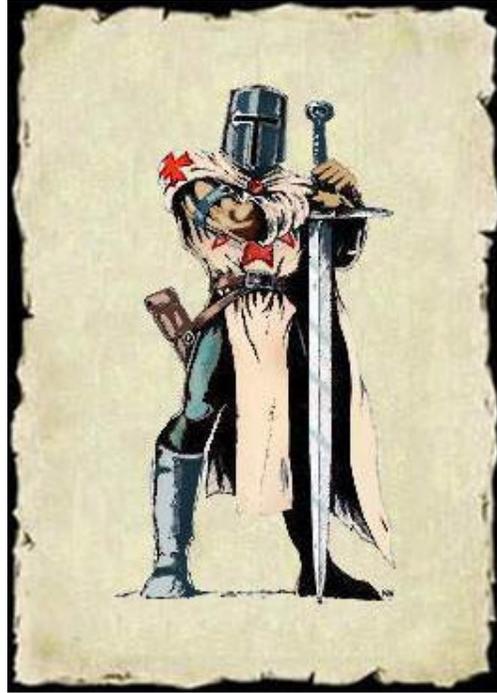


EL TEMPLARIO



Michael Bentine

Mapa Tierra Santa

«Los oficiales planean las batallas,
pero son los suboficiales y los soldados
quienes ganan las guerras.»

Sargento mayor anónimo

Prólogo

El otoño se insinuaba serenamente sobre Normandía en el año del Señor de 1180. La foresta del norte de Francia se despojaba perezosamente de sus hojas crujientes, antes que los vientos del mes de noviembre dejaran sus ramas desnudas. Los bosques se encontraban convertidos en una maraña de arbustos secos; el suelo, abrigado por una cubierta de marga. El humo de las carboneras planeaba inmóvil a la altura de un hombre, aportando a la escena una especie de magia así como una protección para los venados.

A lo lejos sonó un cuerno de caza. El repicar de cascos, el crujir de ramas y de matas aplastadas, anunciaba la llegada de una partida de caza. A la cabeza del grupo, cabalgaba a una milla de distancia un ansioso doncel, montado en un caballo de guerra castaño. La flamante cazadora de ante que lucía y las magníficas botas de montar lo señalaban como miembro de una familia feudal; así lo confirmaba también el espléndido caballo. La emoción animaba su bello rostro; sus muslos enfundados en cuero oprimían el cuerpo de la cabalgadura como si estuviese soldado a la silla de alto pomo. El castaño cabello rizado del joven normando era exactamente del mismo tono que el pelaje de su montura y sus ojos de color verde azulado estaban encendidos por el ardor de la cacería. Hubiera sido difícil de adivinar cuál de aquellos dos magníficos animales disfrutaba más de la cacería. Ambos se encontraban inmersos en el éxtasis del esfuerzo.

Simon de Creçy tenía exactamente diecisiete años en aquella fresca mañana de octubre. El atuendo de piel de ante era un presente de cumpleaños de su tío, sir Raoul de Creçy. El corcel, Pegaso, había sido el regalo de su tío del año anterior. Jinete y montura constituían un equipo inseparable, potencialmente un arma mortal en las guerras medievales, donde los jinetes vestidos con armadura eran la punta de lanza en el ataque.

Al salir al claro, Simon tiró de la rienda de Pegaso. En aquel momento un viejo ciervo real con la cornamenta dañada salió de su escondite en el extremo opuesto del raso. Silenciosamente, Simon descolgó de su hombro el arco galés, un arma poco usual para ser usada por un caballero normando. Apoyó el cabo de una flecha de una yarda a la cuerda del arco. El enorme animal se detuvo, husmeando el aire saturado por el humo. La vacilación de aquella criatura fue su error definitivo. Los oídos del venado captaron el zumbido de la cuerda del arco al tiempo que la pesada flecha cruzaba velozmente el claro. Llegó al blanco con un golpe seco, al clavarse en el corazón del animal hasta el nacimiento de las plumas de ganso.

Durante un instante de agonía, el viejo venado retrocedió, a la vez que se daba vuelta para huir; pero el peso de la rota cornamenta le hizo desplomarse sobre el suelo, con los ojos castaños velados ya por la muerte. Simon de Creçy cruzó a su vez el claro al trote, con el cuchillo de caza listo para el golpe de gracia. No fue necesario. El ciervo real estaba muerto. El joven desmontó y cayó de rodillas junto a su presa, al tiempo que, sorprendentemente, elevaba una pregaria por el espíritu que había abandonado el cuerpo del animal. Lo había ultimado porque sabía que un destino más cruel esperaba al viejo ciervo, ahora que su larga vida había vuelto más lentas sus reacciones.

-Mejor una rápida muerte mediante una flecha de punta ancha, que un fin penoso entre las fauces de los podencos del tío Raoul murmuró.

Simon alzó el cuerno de caza para lanzar una llamada que convocara al resto de la partida, cuando otro sonido llegó a sus oídos.

El doncel en seguida lo reconoció como el choque de armas, confirmado por el débil grito de:

-¡A moi! ¡A moi!

El lejano grito provenía de una cañada en el límite del bosque. Simon subió de un salto a la silla, espoleando a su corcel hasta que se puso al galope para llevarlos entre los arbustos con la velocidad de un bote a través de la rompiente. Al mismo tiempo, lanzó una llamada apremiamente dirigida a los cazadores que le seguían.

Simon salió del sotobosque y se encontró ante una dramática escena. Un jinete alto, corpulento, embozado en una capa con capucha de peregrino, se debatía con un grupo de ladrones. Le atacaban por todos lados, mientras él hacía corcovar a su montura para enfrentar el ataque.

La presunta víctima iba armada con una pesada espada, que manejaba con soltura, mientras los atacantes trataban de hacerle caer de la silla con desesperación. La mayoría de los asaltantes estaban armados con dagas o sables cortos. Un atacante gigantesco blandía un garrote con clavos en la punta. Otros dos permanecían apostados a cierta distancia, buscando un espacio abierto para lanzar sus flechas. Dos de los ladrones se desangraban por las heridas abiertas por el diestro espadachín. Un tercero estaba arrodillado, agonizando, con las manos cerradas sobre las entrañas que salían por el abierto vientre.

Simon extrajo una flecha de una yarda. En aquel preciso instante, uno de los arqueros disparó: su saeta se clavó en el hombro del peregrino. Al caer el herido, se desplomó también su encabritado corcel, lanzando un relincho de dolor por el golpe recibido en un anca. El caballo cayó sobre el jinete, que quedó atrapado bajo el animal.

Con un alarido, el resto se abalanzó sobre él. Su jefe, un individuo gordísimo, levantó el facón para ultimar a la víctima. De repente, los ojos se le salieron de las órbitas al tiempo que la flecha de Simon se le clavaba en el vientre. Aun antes de caer, chillando, una segunda flecha del arco de tejo de Simon atravesaba el cráneo del jubiloso arquero, sobresaliendo un palmo por el otro lado de su cabeza. Los asaltantes sobrevivientes huyeron. Una tercera flecha se clavó en el hombro del gigante en retirada. Con un alarido de dolor, se volvió y, dominado por la rabia, se abalanzó sobre Simon, al tiempo que blandía su garrote.

Antes que el joven normando pudiese disparar, dos flechas salieron silbando del bosque, para hundirse en el cuello y el pecho del ladrón gigante. A pesar de todo, permaneció en pie, rugiendo desafiante.

Un alto caballero de pelo blanco salió al galope de la foresta, mientras espoleaba a su corcel que galopaba directamente hacia el Goliat. Con un golpe de su espada, sir Raoul de Creçy cercenó la cabeza bamboleante del bandido, la cual cayó rodando a través de la cañada.

Al igual que un árbol bajo el hacha del leñador, el decapitado tronco del gigante se abatió sobre el suelo. El alto jinete frenó a su montura y saltó de la silla para arrodillarse junto al peregrino herido. Simon desmontó para ayudarlo. El resto de los señores que integraban la partida de caza salieron en persecución de los bandidos que huían para darles rápida muerte a punta de espada. En la Francia del siglo XII, la justicia era pronta y terrible. El sistema feudal adminis-

traba la justicia en los estratos altos, medianos y bajos. La espada, el hacha y la soga de cáñamo eran los únicos árbitros de la ley.

Simon liberó el caballo herido de su agonía, con la ayuda de dos monteros; después levantaron su enorme peso de encima del jinete caído. Mientras tanto, Raoul de Creçy cortó cuidadosamente la flecha, para extraer acto seguido el resto por la parte posterior del hombro del herido. Medio aturdido, el peregrino, un sexagenario de fuerte constitución, abrió los ojos e hizo una mueca de dolor, pero ningún gemido salió de sus labios.

Mientras su mirada se fijaba en el rostro del viejo De Creçy, una sonrisa se dibujó en sus curtidas y bronceadas facciones.

-¡Raoul! -exclamó con voz ronca-. ¡Por fin!

El caballero normando asintió con su cabeza de blanca melena.

-Bernard de Roubaix -dijo, con voz suave-. Se te ve como un peregrino inverosímil.

Simon abrió desmesuradamente los ojos con admiración cuando su tío despojó al peregrino de su capa, para dejar a la vista una larga sobrevesta blanca. Estaba profusamente manchada de sangre, cuyo color competía con el carmesí de la ancha cruz cosida en la parte anterior. Bajo la túnica brillaba una cota de malla, que había protegido a su portador del peor de los mandobles de sus asaltantes. Sólo la flecha había perforado la cota de malla.

-¡Sois un templario, señor! -exclamó Simon.

Debajo de la palidez grisácea causada por la impresión, el rostro del caballero herido se ruborizó con orgullo.

-¿Este es el muchacho? -musitó-. ¡Se parece a su padre!

Raoul de Creçy asintió con la cabeza mientras vendaba el hombro del templario.

-Simon te salvó la vida, Bernard. Cuando yo llegué, todo había terminado. ¡El muchacho se portó bien!

El rostro del caballero herido, surcado y fruncido por cicatrices de antiguas contiendas, se distendió con admiración.

-Es el destino, Raoul -murmuró-. ¡Inshallah!

Luego perdió el conocimiento.

1

La llamada a las armas

Durante cinco días y cinco noches, Raoul de Creçy y su sobrino lucharon por la vida del templario. La flecha herrumbrada había provocado una tremenda infección que hizo elevar peligrosamente su temperatura. Durante horas, el templario estuvo delirando con frenesí.

El quinto día, la fiebre cedió. Bernard de Roubaix yacía en su lecho de enfermo, débil como un cachorro de león recién nacido. Durmió el profundo sueño reparador de aquellos que regresan del oscuro corredor de la muerte. Las pociones y cataplasmas del hermano Ambrose, preparadas con hierbas cultivadas en el huerto de la abadía cercana, habían resultado milagrosamente efectivas. Sin embargo, sin el devoto cuidado de los Creçy, el herido caballero no habría sobrevivido.

Simon estaba fascinado por su misterioso huésped, pero su tío le dio sólo los detalles más escuetos sobre el templario.

-Bernard de Roubaix es un viejo camarada de lucha, de la época en que servía en la segunda Cruzada. Hacia más de dieciséis años que no nos veíamos. Yo ignoraba que había vuelto de

Tierra Santa.

¿Le conocía mi padre? -inquirió Simon, siempre interesado en saber cosas relacionadas con sus difuntos padres, a ninguno de los cuales recordaba.

-En efecto, tu padre le conocía muy bien. Ningún hombre podría desear un amigo más leal que Bernard de Roubaix.

-¿Estaba él con mi padre cuando falleció?

El muchacho estaba ansioso de saber más.

-¡No! -respondió el mayor de los Creçy-. ¡No estaba! -La actitud del caballero normando se tomó esquiva-. Basta de esto, Simon. Cuando De Roubaix esté mejor, tendrá muchas cosas que contarte. Hasta entonces debes ser paciente.

-Pero es que sé tan poco sobre mis padres... -protestó su sobrino.

El rostro del viejo caballero mantuvo una expresión severa.

-Ya te he dicho, Simon, que en el momento oportuno conocerás más cosas sobre este particular. Hasta entonces, debes esperar. A los caballeros templarios se les ha ordenado hacerse cargo de tu formación. Sin duda te sorprende que la gran riqueza de los templarios asuma todos los gastos de la De Creçy Manor, desde el mantenimiento total de la finca hasta la manutención y hospedaje de los criados. Cuando Bernard de Roubaix se haya recuperado, te lo explicará todo. Para eso ha venido.

Su sobrino parecía estupefacto. Raoul le sonrió con afecto.

-Bernard se dirigía hacia aquí cuando le salvaste la vida. Ahora tiene la intención de llevarte de vuelta con él, a la sede central de los templarios, en Guisos.

Simon se quedó absorto, mientras su mente era un remolino a causa del efecto de las palabras de su tío.

La vida del joven caballero normando, desde la infancia hasta el momento presente, había quedado circunscrita a De Creçy Manor y sus alrededores. Todo había sido regido por la ordenada sucesión de las estaciones.

En la primavera, se sembraba y nacían los corderos. El verano aportaba abundancia de trigo, cebada y avena que, juntamente con el ganado y las hortalizas, constituían el alimento principal de la familia feudal y su impresionante legión de vasallos y sirvientes.

El feudo se hallaba situado demasiado al norte para producir uvas para la elaboración de vino, pero las fincas contaban con magníficos manzanares que brindaban a la casa del viejo caballero y a las gentes de los alrededores excelente sidra. La leche era abundante y con la rica crema de Normandía se producía una deliciosa variedad de aromáticos quesos.

La educación escolar de Simon había sido intensa, como si su tío deseara llenar la cabeza del muchacho con la mayor cantidad de conocimientos que fuera posible.

Por lo tanto, desde temprana edad tomó parte activa en las duras tareas del cultivo de la tierra y en la actualidad colaboraba en el buen funcionamiento de cada rama del feudo, desde el apareamiento del ganado lanar y vacuno hasta el de los grandes caballos de guerra por los que Normandía era famosa.

Simon era una honra para Raoul de Creçy y un magnífico ejemplo para los jóvenes feudales normandos. Su vida estaba plenamente ocupada desde las primeras horas del alba hasta el momento de quedarse dormido poco después de la puesta del sol, junto al rugiente hogar del salón de la mansión.

Durante su ordenada y joven existencia nunca había sucedido nada tan súbito y dramático como la llegada del templario herido. Ahora, de pronto, todo su futuro había sido arrojado al crisol del des-

tino.

Simon sospechaba que las circunstancias de su nacimiento fueron deliberadamente envueltas en el misterio. Por supuesto, le consumía la curiosidad por descubrir la verdad. Sin embargo, la novedad de que la famosa orden militar de los caballeros templarios había sido responsable de su instrucción estricta e insólita en De Creçy Manor le había causado una profunda impresión.

El muchacho siempre había pensado que su tío Raoul era su padre sustituto. Amaba al viejo caballero con una lealtad a toda prueba y aceptaba todo cuanto el viejo De Creçy decía como la pura verdad.

Su tutor le devolvía su devoción y había dedicado toda su vida, desde el nacimiento del chico, a su formación, educación y bienestar, tratándole como si fuera su propio hijo.

Debido a severas heridas sufridas durante la segunda Cruzada, Raoul de Creçy no pudo engendrar hijos. El caballero normando aún cojeaba a causa del lanzazo del sarraceno que le había tirado del caballo y robado su masculinidad.

Durante años, le había torturado la perspectiva de tener que contarle la verdad a su protegido sobre su nacimiento. Ahora el momento estaba cerca.

Con los fondos generosos de los templarios, De Creçy había podido educar a Simon hasta el filo de la edad adulta, brindándole todas las oportunidades posibles para aprender el arte de la guerra y de la paz, al tiempo que le enseñaba las responsabilidades de un caballero.

Desde la época que el muchacho tuvo fuerza suficiente para portar armas, el viejo cruzado le fue transmitiendo las habilidades que él había aprendido luchando en Tierra Santa. Raoul sabía que muy pronto le perdería, para someterse al entrenamiento militar a cargo de los templarios, y aquel conocimiento le dolía en lo más profundo de su corazón.

El décimo día, Bernard de Roubaix se encontraba con fuerzas suficientes como para abandonar el lecho de enfermo y tomar un baño. Una enorme tina de roble, hecha con medio tonel de sidra, fue llevada rodando hasta su dormitorio. En seguida la llenaron de humeante agua caliente generosamente aromatizada con hierbas del hermano Ambrose, incluyendo su remedio preferido, un extracto de Aquea Hamamelis, destilado de la planta del sortilegio, la antigua loción romana para los miembros acalambrados y las heridas ulcerosas de las batallas.

El cuerpo envejecido del templario llevaba muchas marcas de sus pasados combates, principalmente de los encuentros salvajes con los sarracenos. Su tronco vigoroso, atezado, y las largas extremidades estaban cubiertos de cicatrices. Si bien el anciano caballero había perdido peso durante las crisis febriles, su poderosa constitución aún exhalaba un aura de gran fuerza.

A los sesenta años, Bernard de Roubaix se encontraba en tan buen estado como cualquier hombre veinte años más joven. Toda su vida, de la adolescencia en adelante, se había dedicado a hacer la guerra en nombre de Cristo, tanto como cruzado francés o caballero franco, como, posteriormente, como templario o, para nombrarlos con el título completo: «Los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén».

Durante su baño ritual, sólo Raoul y su pupilo tuvieron permiso para asistir a Roubaix. Ambos sintieron que, mientras el herido caballero se distendía en el agua caliente, había llegado el momento de que su huésped les contara el propósito de la misión que le había traído de Tierra Santa.

Simon contemplaba al viejo templario con asombro. De la espesa mata de grises y rizados cabellos a la flotante barba blanca, Bernard de Roubaix ofrecía el aspecto de un guerrero avezado de la más estricta orden militar en las Cruzadas, las «Guerras Santas» que habían tenido lugar en Tierra Santa por más de un siglo. Su nariz rota y la cara llena de costurones estaban curtidas por los incontables días pasados bajo el sol palestino, pero sus brillantes ojos castaños revelaban humor, compasión y ternura en lo más profundo de ellos.

He aquí, pensaba Simon, un monje guerrero con la bondad y la piedad del verdadero caballero, el código de honor del guerrero de la orden de caballería. Presentía que Bernard de Roubaix era un adalid nato, un paladín que cualquier hombre se sentiría orgulloso de seguir.

Simon poseía un grado de percepción muy aguzado para sus años y, a causa de la instrucción devota de su protector y tutor hermano Ambrose, también sabía leer y escribir. Eso era algo raro en aquellos tiempos. De hecho, Simon sabía escribir y conversar en latín, francés, árabe e incluso inglés, lengua que le había enseñado Owen el Galés, un viejo arquero cruzado, que también le había entrenado en el uso del mortífero arco galés.

En el dormitorio de bajo techo, calentado por un resplandeciente fuego de leños durante el largo invierno normando, Simon permanecía callado junto a la tina humeante, que iba rellenando constantemente con agua caliente. Al comprender que, por fin, se correría el velo de misterio que envolvía su nacimiento, temblaba de emoción.

Jamás olvidaría aquella noche en el cuarto iluminado por el fuego del templario herido, donde vacilaban las sombras, mientras Roubaix remojaba su cuerpo abatido en las calientes y curativas aguas, y el caballero normando masajeara diestramente los anchos hombros de su viejo camarada de luchas.

-¡Ah, Raoul! -exclamó el templario, con una sonrisa de satisfacción-. Siempre tuviste el don de curar. Deberías haber sido un hospitalario. Esas manos tuyas han calmado muchos miembros doloridos y llevado alivio a incontables cuerpos abatidos.

De Creçy dejó de hacerle masaje y sonrió, con una amplia sonrisa que curiosamente no alteraba la lívida cicatriz que le cruzaba la boca causada por el afilado filo de una cimitarra sarracena.

-Cuando estuve prisionero en Damasco, aprendí a hacer masajes de un sanador que conocí allí. Massa es una palabra árabe, Simon. No sólo significa tocar, sino también sanar. Los sarracenos saben mucho más sobre este gran arte que nosotros.

Bernard de Roubaix asintió con la cabeza para expresar que compartía aquella opinión.

-El propio médico personal de Saladino era oriundo de Córdoba, en España -siguió diciendo De Creçy-. AUi le llamaban Maimónides. Es judío, un verdadero maestro en el arte de curar. Los sarracenos le llaman «Abu-Jmram-Musa-ibn-Maymun». Cuenta con la plena confianza de Saladino en cuanto a su notable capacidad para curar, y se le reverencia y respeta en todo el Islam.

-Pero eso seguro que debe de ser brujería, ¿no? -intervino Simon, con temor ante aquellas palabras.

El viejo templario lanzó una profunda y sonora carcajada.

-Créeme, joven Simon, todavía tienes mucho que aprender. Ahora escúchame bien. El pueblo judío es muy antiguo, son los herederos de un vasto caudal de conocimientos que estuvieron casi perdidos para el mundo cuando se quemó la gran biblioteca de Alejandría.

»Desde entonces, sucesivos eruditos hebreos han dedicado su

vida a preservar todo el conocimiento que estuvo allí depositado antes de producirse aquel imperdonable acto de salvajismo. Maimónides me contó que él estaba convencido de que los conquistadores de Egipto destruyeron deliberadamente lo que consideraban como conocimientos peligrosos, demasiado valiosos para ser confiados a los profanos.

»Nosotros, los cristianos, les debemos a los judíos la visión que tuvieron al preservar el gnosticismo, como lo llaman. Mediante su acto de coraje al salvar el conocimiento secreto que contenía la biblioteca de Alejandría, se ha beneficiado toda la humanidad. Sin su extraordinario esfuerzo, el gnosticismo se habría perdido.

Semejante punto de vista sobre los judíos, Simon nunca lo había escuchado antes. En la Francia feudal existía un enorme acosamiento dirigido contra el pueblo de Israel, y el joven normando pocas veces había oído hablar en su favor. Aquellas expresiones halagueñas, procediendo de una fuente tan erudita como lo era Bernard de Roubaix, le tomó de sorpresa. Simon resolvió, en lo sucesivo, revisar su propia actitud hacia aquel pueblo notable.

-No olvides nunca -continuó el templario, con el brillo de una mística luz en sus ojos castaños-, que nuestra Madre bendita, la Virgen Maria, era judía, como lo era también, por supuesto, José, su esposo. Sin embargo, el arcángel vino a anunciarle que sólo Ella entre toda la humanidad había sido elegida para dar a luz a Cristo. Ella fue la Inmaculada Concepción.

El silencio entre las sombras danzantes del dormitorio iluminado por el fuego fue absoluto, hasta que el templario continuó diciendo:

-El Espíritu Santo penetró en el infante Jesús al nacer, y un rabino judío realizó el sagrado rito de la circuncisión en el niño santo.

»Yo nunca me he sumado a la injusta persecución de un pueblo tan antiguo como notable, porque me han enseñado muchísimo. Maimónides fue amigo mio e instructor, y de él y de su mentor sarraceno, el gran Osama de Isphahan, aprendí muchas de las maravillas del gnosticismo.

El viejo templario escrutó los ojos de Simon.

-Jamás subestimes la sabiduría y la compasión de los judíos -dijo.

Fue Raoul De Cre~y quien rompió el silencio que se hizo después.

-Este poder para curar, que todavía se enseña entre los judíos en Tierra Santa, me lo transmitió una mujer extraordinaria, Miriam de Manasseh -explicó-. Si de brujería se trata, sin duda es una extraña manera de manifestar el mal por parte del Príncipe de las Tinieblas.

»Maimónides es famoso en toda Tierra Santa por el alivio y las curaciones que ha brindado a los sufrientes y doloridos, sin tener en cuenta si eran judíos, gentiles, cristianos o musulmanes. Todos saben que el gran sanador está al lado de las fuerzas angélicas, y jamás podría servir a las oscuras legiones del Infierno.

De Roubaix asintió con la cabeza.

-Raoul, mucho es lo que le has enseñado al muchacho, pero aún tiene que aprender muchísimas cosas de las antiguas costumbres y proceder.

Se volvió hacia Simon.

-Ven, muchacho, y pon tu mano entre las mias. Tengo mucho que contarte, pero primero quiero que hagas un solemne voto de silencio.

-Lo que vos digáis, señor -respondió Simon.

La voz del templario se volvió sombría y las sombras de la habitación parecieron alargarse.

-Jura por la Virgen Maria -entonó- y por todo lo que te sea más sagrado que, sea lo que fuere lo que te revele, será, eternamente, tu secreto y el mío. Jura que guardarás silencio con respecto a su contenido, para siempre.

El viejo caballero siguió diciendo con gravedad:

-Si alguna vez rompieras este voto de silencio, debes tener en cuenta que te será cortada la lengua para ser enterrada en las arenas de la playa, donde las aguas alcanzan la altura mayor en las mareas. Simon de Creçy, ¿aún deseas hacer el voto?

-Si, señor -respondió Simon con voz ronca, impresionado por la severidad de la pena.

-Entonces, júralo sobre la empuñadura de mi espada de templario que, al sostenerla enhiesta se convierte en el símbolo de la cruz, en que Nuestro Señor Jesucristo fue crucificado.

De Creçy, que había presenciado el ritual de toma del juramento en silencio, entregó a Simon la pesada espada con el puño en cruz. El joven normando repitió solemnemente el voto y besó la empuñadura de bronce. Hecho esto, ambos caballeros se mostraron visiblemente aliviados.

-Simon -dijo el templario-, todo cuanto te diré es la pura verdad. Primero, tu nombre no es De Creçy, y Raoul no es tu tío.

Simon lanzó una mirada sorprendida a su padre sustituto.

-Eso no quiere decir que el amor que os tenéis sea menos auténtico -continuó De Roubaix-. Raoul lo ha sido todo para ti. Si hubiese tenido un hijo, no podría haberlo amado más.

-Lo sé -murmuró Simon, con voz ahogada.

-En segundo lugar -dijo el templario-, tu padre está muerto.

-Pero eso debió de suceder hace mucho tiempo.

El comentario del joven normando fue hecho con el tono de una pregunta.

-No -respondió Roubaix-. Apenas ha transcurrido un año desde que ocurrió su muerte, en Damasco. Por eso he venido a este feudo.

De pronto, la voz del templario se tomó áspera.

-Simon, por el poder que se me ha otorgado como humilde caballero de la orden del Temple en Jerusalén, te ordeno que me acompañes a nuestra comandancia en Gisors, donde recibirás instrucción en el Cuerpo de Servidores Templarios.

»Cuando hayas terminado la instrucción, si te consideras merecedor de ser enrolado como servidor pleno en nuestra Orden, se te llevará a Tierra Santa: allí recibirás el mandato de nuestro actual Gran Maestro, Arnold de Toroga.

Simon estaba anonadado ante la fuerza de aquellas revelaciones.

-Entonces, deseáis que me convierta en caballero templario, como vos mismo, señor?

-Eso es el destino el que tiene que decidirlo, Simon. -Mientras hablaba, De Roubaix sonreía-. Salvo en raros casos, uno debe ser armado caballero antes de ingresar en nuestra Orden. Tanto Raoul como yo éramos caballeros francos. Yo me hice templario y tu tutor se convirtió en Donat, haciendo donación de sus tierras y de todas sus posesiones a nuestra Orden, sin de hecho convertirse en caballero templario. Eso fue así porque consideró que, a causa del carácter de su herida, no podría tomar el voto de celibato en su pleno significado de una total abstinencia de mantener relaciones carnales con una mujer, como acto de voluntad.

El caballero normando asintió con la cabeza mientras el templario continuaba diciendo:

-Simon, tú serás servidor cadete en el cuerpo, como tu padre hubiese deseado. Tu tutor y yo estamos seguros de que, finalmente, obtendrás las espuelas de oro de la orden de caballería y por consiguiente estarás en condiciones de ingresar en nuestra Orden. En cuanto yo esté repuesto, partiremos hacia nuestra comandancia.

»Sin embargo, debo recordarte de nuevo que si llegas a hablar de este asunto, te será cortada la lengua, aun cuando tu tutor o yo mismo debamos ser los instrumentos que lleven a cabo tamaña operacion.

El rostro del templario parecía de granito. Era evidente que hablaba muy en serio.

-¿Y mi padre, señor? ¿Quién era? Puesto que he hecho voto de silencio, seguramente tengo derecho a saberlo.

Bernard de Roubaix, que se estaba secando ante el fuego, sonrió ampliamente.

-Por supuesto que lo tienes, Simon.

El viejo caballero permaneció callado durante un largo rato.

-Tu padre fue uno de los más valientes caballeros de la cristiandad. Fue nuestro más íntimo amigo. ¡Se llamaba Odó de Saint Armand, ex Gran Maestro de la Orden del Temple!

Durante el resto de la noche, Simon durmió con desasosiego; vívidos sueños matizaban su descanso. Desde la infancia, el joven normando experimentaba aquellas visiones, algunas estáticas, otras como pesadillas con vislumbres del horror de las que despertaba gritando, para recibir la confortación de las palabras tranquilizadoras de Raoul de Creçy.

Aquella noche soñó que volaba como un pájaro, dejando el cuerpo terrenal dormido en la casa, mientras su «cuerpo sutil», el doble exacto del físico, se elevaba por encima de un paisaje distante. Se trataba de una experiencia que había conocido muchas veces con anterioridad.

Viendo pasar por debajo de él las ondulantes colinas y los escarpados rocosos, los desiertos y frondosos oasis, Simon tenía la certeza de que aquella era una visión de Tierra Santa.

En esencia, el sueño era siempre el mismo. Simon se encontraba perdido y buscaba desesperadamente a su padre. De pronto, el sueño se convertía en una pesadilla. Los cielos por donde volaba eran traspasados por relámpagos zigzagueantes, que obligaban a Simon a volar más bajo sobre el extraño paisaje.

Debajo de él una espesa niebla se arremolinaba y bullía como dotada de vida propia. Dentro del repelente manto gris, Simon vislumbraba criaturas demoniacas, cuyos rostros eran de seres muertos desde tiempos inmemoriales. Uno de ellos tenía un enorme parecido con el gigante decapitado que Raoul de Creçy había enviado al infierno.

El cadáver sin cabeza, devorado por los gusanos e hinchado hasta duplicar su gigantesco tamaño, mantenía alzada su testa chillona, mientras sus mandíbulas trataban de triturar la figura volante de Simon. El muchacho lanzó un estentóreo grito de terror y se despertó inmediatamente, bañado en sudor. Se abrió la puerta de su habitación y apareció en el umbral su tutor, que se quedó sin saber qué hacer.

Simon gritó:

-Tío Raoul!

Aterrado, le tendió instintivamente los brazos a su padre sustituto.

Sólo se precisaba aquel gesto tan simple para que se abrazaran.

El caballero normando de blanca melena estrechó a Simon entre sus brazos, al tiempo que trataba de ahuyentar los horrores de la noche, tal como hacía cuando Simon era niño.

-¡Menudo servidor templario voy a ser! -dijo el muchacho, avergonzado-. ¡Aquí me tienes, a los diecisiete años y llorando como un niño!

Su tutor sonrió tiernamente, mientras estrechaba con más fuerza a su protegido.

-No debes avergonzarte de las lágrimas, Simon. No haces más que despedirte de tu infancia. De ahora en adelante eres un hombre; un hombre con un gran destino. Ve con mi bendición, pues ya sé que te espera un futuro maravilloso en Tierra Santa. Debes seguir tu estrella, Simon. Ella te guiará hasta la fama y la fortuna.

Por última vez, el joven caballero y su anciano tutor durmieron uno junto al otro, estrechamente abrazados como padre e hijo.

La vida entera de Simon cambió dramáticamente. Durante diecisiete años sólo había conocido la compañía de hombres hechos y derechos, cada uno de ellos, un maestro y un amigo. Entre éstos se contaba su tutor, a quien amaba como a un padre; su maestro, el sabio hermano Ambrose, de la cercana abadía cisterciense; Owen el Galés, el arquero que había servido junto a Raoul De Creçy en Tierra Santa, y toda la comitiva de montañeses y labradores hacendados, así como los criados, que constituían el personal del viejo caballero normando.

Curiosamente, aquella era una casa sin mujeres, salvo las sirvientas de mediana edad que siempre abandonaban la finca antes del anochecer. Sin embargo, había sido un hogar feliz para Simon, cuya joven existencia parecía haber sido el eje en torno al cual giraba la propiedad de De Creçy.

Ahora todos aquellos devotos esfuerzos parecían tender a terminar con la partida inminente de Simon. Tal era el extraño camino de los templarios.

El caso de Simon era, por supuesto, excepcional en un aspecto. Su nacimiento, como hijo natural de un Gran Maestro de una orden entregada al celibato, había hecho de su formación un asunto del más estricto secreto.

Como Bernard de Roubaix le contó:

-Nuestra Orden se fundo hace unos sesenta años. Estaba formada por un pequeño núcleo de caballeros, guiados por Hugues de Payen y Godefroi de Saint Omer, como Gran Maestro y Ordenador, respectivamente.

Otros caballeros implicados fueron Hugues de Champagne, Payen de Montdidier y Archambaud de Saint Amand, mientras que los restantes, André de Montbard, Gondemar, Rosal, Godefroy y Geoffrey Bisol, pronto se unieron a ellos para formar el primer capítulo de los «Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Jerusalén».

»Esos hombres extraordinarios andaban juntos para proteger a los indefensos peregrinos que habían sufrido graves pérdidas en el camino de Jaffa a Jerusalén, una antigua carretera romana de unas sesenta millas de largo. Muchas de las víctimas, jóvenes y viejas, perecían a manos de asaltantes y ladrones, y esa situación se había vuelto intolerable. Por esa razón se formó la Orden, con el principal propósito de poner fin a esa matanza de los inocentes.

»Los templarios, tal como se nos conoció, hicimos votos de pobreza y castidad, eligiendo el difícil camino del celibato en una tierra donde impera en gran medida el amor libre.

»Adoptamos como distintivo la insignia de dos caballeros cabal-

gando un solo caballo como demostración de nuestro voto de pobreza y, originalmente, los caballeros templarios vestían solamente ropas de desecho y equipos donados por terceros.

»Hoy en día, el equipo y los caballos nos los proporciona la Orden. Nuestra enseña, el Gonfardon, la llamamos el Beauseant. Es una bandera negra y blanca en que la sección negra guarda proporción con la parte blanca, de acuerdo con los principios de la mística Sección Dorada, un axioma de la antigua Geometría Sagrada.

»Saint Bernard de Clairvaux, el gran cisterciense, estableció las reglas por las que se rige la Orden de los Templarios. Estas reglas disciplinarias son inflexibles y no toleran ningún deslíz; de ahí que se te criara clandestinamente como hijo natural de uno de los más famosos grandes maestros de la Orden.

»Este secreto hubiera podido causar un daño irreparable a la Orden, pero se guarda en manos de unos pocos hombres de confianza, de los cuales, Simon, ahora tú formas parte. Esa es la razón por la que te pedí que hicieras el juramento sagrado.

Simon tenía todos los deseos normales de cualquier joven saludable, pero el mantenerle en un entorno sin mujeres había constituido un intento deliberado de Raoul de Creçy para preservar la castidad de su pupilo. Sin embargo, no había nada de perverso en aquella conducta poco común por parte de su tutor.

Simon era de noble linaje. Hobo de Saint Amand no había sido un hombre corriente, sino un caballero cuyas gestas eran legendarias. La bastardía no era un estigma en aquellos tiempos y muchos caballeros lucen la marca de la bar-sinistre en sus escudos, para indicar que son hijos naturales, nacidos fuera del matrimonio, de aquellas familias feudales.

A menudo, esos hijos ilegítimos pertenecían a la nobleza europea, y en Tierra Santa, entre las familias sarracenas, se había adoptado la misma actitud sensata con respecto a la bastardía.

Sólo el hecho de que Hobo de Saint Amand fuese el Gran Maestro de los templarios, acogidos al celibato, le había privado del gozoso reconocimiento de Simon como hijo natural.

Bernard de Roubaix estaba impaciente por llevar a su nuevo cadete a Gisors, la fortaleza de los templarios que dominaba aquella parte de Normandía, así como para que iniciara la intensiva instrucción que allí le esperaba. Tan pronto como su herida estuviese curada, el caballero estaría listo para partir.

El día elegido fue la vigilia de Navidad de 1180, pues De Roubaix no quería soportar prolongadas despedidas en la gran festividad de la cristiandad. Bien sabía cuán poco dispuesto estaba su viejo amigo, Raoul de Creçy, a perder a su sobrino adoptivo, y consideraba que cuanto antes pasara aquel doloroso momento, mejor sería.

La partida de Simon del hogar de su infancia fue acompañada de lágrimas y de escenas que partían el corazón. Su tutor y cada uno de sus maestros y amigos vertieron muchas lágrimas. Aquellos eran tiempos violentos y pavorosos, en que la vida humana valía poco y nada, pero las demostraciones de emoción no se consideraban vergonzosas, de modo que los hombres más fuertes podían llorar abiertamente.

Simon y De Roubaix partieron cargados de presentes, entre los que se contaba la propia espada de cruzado de Raoul de Creçy, una soberbia muestra del arte de los forjadores de armas de Damasco.

-Sé que la llevarás con honor -dijo el viejo caballero, con los

brillantes ojos llenos de lágrimas-. Esta hoja jamás ha segado una vida humana sin una buena razón.

Se abrazaron por última vez y lloraron, ambos con el corazón a punto de quebrarse.

El anciano cisterciense, que había enseñado a Simon a leer y escribir en tres lenguas, le llevó a su alumno un breviario con tapas de marfil, el fruto de muchos meses de tallarías penosamente, a causa de la debilidad de sus ojos.

-Lleva esto contigo, hijo mío -le dijo, con voz ahogada por la emoción-. Te confortará en tus momentos de fatiga. Ruega por nosotros, Simon, como nosotros rogamos por ti.

Owen, el arquero galés, cuya habilidad con el largo arco de tejo había proporcionado a su discípulo una enorme ventaja para sobrevivir, le abrazó con auténtico fervor gaélico.

-Ve con Dios, Simon bach -graznó roncamente-. ¡Owen nunca te olvidará!

Su regalo de despedida fue una flamante aljaba de cuero, con tres docenas de las más magníficas flechas de una yarda, con plumas de ganso, que el más hábil artesano pudiera hacer.

Entre abrazos y lágrimas amorosas, el joven caballero normando emprendió el largo viaje que le llevaría a muchas tierras y le proporcionaría infinidad de aventuras. Simon estaba a punto de cumplir un extraño destino.

La ruta meridional a Gisors atravesaba el mismo bosque donde sólo unas semanas atrás Bernard de Roubaix casi había perdido la vida. El invierno había llegado, y los dos jinetes, conduciendo por la brida los caballos de carga, avanzaban lentamente por la crujiente capa de nieve recién caída.

Mucho antes del mediodía, habían salido de los bosques que señalaban el límite meridional del feudo de De Creçy, y muy pronto les resultó muy fatigoso seguir la senda cubierta de nieve que llevaba a la comandancia de los templarios.

Si bien se podía llegar a Gisors en un día, cabalgando a paso tranquilo, en condiciones normales, el tiempo obstaculizó su avance al desencadenarse una fuerte ventisca. Sólo cuando hubo aclarado apareció borrosamente a la vista la imponente fortaleza de los templarios, resplandeciendo con un color de salmón rosado bajo el sol poniente.

Gisors era sólo una plaza fuerte en el gran sistema de comandancias de los templarios que se extendían a través de Francia, España y Portugal, con puestos en puntos tan lejanos como Inglaterra y Tierra Santa.

En su tierra, en Francia, los templarios habían establecido un complejo sistema interconectado de abadías, feudos y granjas fortificadas, construidas para la defensa y avituallamiento con el fin de desplegar las vastas actividades de la Orden. Desde forrajes para los caballos hasta comida, ropa, armas y equipos para los caballeros, servidores y el resto de los numerosos cuerpos de hermanos seglares, herreros, armeros, escribientes y albañiles, carpinteros y constructores de buques: la Orden de los Templarios era autosuficiente.

Además, su flota, que superaba en exceso los sesenta bajeles, con galeras de guerra y de transporte, surcaba los mares, trayendo mercaderías y riquezas: oro, plata, sedas y raras especias, de tierras lejanas.

Semejante organización, tan poderosa, de los templarios era ampliamente respetada ~ si Bernard de Roubaix no hubiese ido vestido de peregrino en su viaje a De Creçy Manor, la malhadada banda de ladrones jamás se habrían atrevido a atacarle. La pena por haberlo hecho fue la muerte. Aquel frío día de invierno, el viejo caballero

y su acompañante se sentían seguros con el convencimiento de que, llevando el templario la característica cruz de la Orden en su túnica blanca, podían andar seguros por donde se les antojara.

Por el camino hacia Gisors, el cruzado había ilustrado a Simon en una serie de actividades de los templarios. Una de ellas era el invento de la Orden de lo que más adelante se denominaría «la banca comercial».

El joven normando estaba asombrado ante el alcance y el poder del sistema. El no tenía idea de cuán vasta era la red financiera de los templarios en todo el mundo occidental.

En las palabras De Roubaix:

-Los capitales de los templarios respaldan muchas empresas en toda Europa y el Mediterráneo. Se rumorea incluso que nuestra flota comercia con extrañas y hasta el presente desconocidas tierras allende el vasto océano occidental.

El viejo cruzado rió, con una sonora carcajada.

-Pocas personas conocen la manera en que operamos financieramente cubriendo tan largas distancias. En vez de transportar pesadas cargas de oro y plata en barras, lo que no deja de ser peligroso cuanto menos, nosotros simplemente llevamos un solo documento, que llamamos «carta de crédito». Con la sola presentación del documento al llegar a destino, o sea, a otra comandancia de los templarios en cualesquiera que sea el país donde me encuentre, puedo cambiar el importe que declare la carta por el metal precioso equivalente.

El templario se reía de la estupefacción que manifestaba su joven acompañante.

-Más que eso, Simon. Si yo le doy una carta, aprobada por el Gran Capítulo de nuestra Orden, a un mercader aventurero, éste podría utilizarla para equiparse con una nave y la correspondiente tripulación, vituallas, armas y fondos suficientes como para la expedición.

»El mercader sólo tendría que traer de vuelta una carga valiosa, y nosotros, los templarios, sólo le cobraríamos un modesto porcentaje del valor a cambio de la financiación de la empresa.

-Pero el voto de pobreza, señor, seguramente no permite que una riqueza semejante vaya a parar a los cofres de la Orden, ¿no es cierto? -inquirió Simon.

-El voto de pobreza sólo se aplica a los caballeros monjes de la Orden, no importa cuál sea nuestro rango, pero no a la Orden misma. Los hermanos templarios no poseemos nada salvo los caballos la armadura, las capas y las armas. Al morir, se nos sepulta con nuestro uniforme y nuestra armadura, y espada en mano. No poseemos nada más.

»Como puedes ver, Simon, yo no llevo dinero, sino sólo cartas de crédito por una modesta suma, por si tuviera necesidad de pagar por una noche de hospedaje o precisara un caballo nuevo. Al presentar uno de estos documentos en la comandancia de la Orden, la persona a quien he quedado debiendo dinero percibirá la suma que yo haya escrito en la carta. El meramente cambia el documento por oro o plata, según prefiera.

Simon movió la cabeza perplejo. Él no tenía idea de las ramificaciones de la Orden. Bernard De Roubaix siguió diciendo:

-El Temple incluso adelanta las enormes sumas que se requieren para la construcción de muchas de las grandes catedrales góticas que se levantan lentamente en toda la cristiandad.

-¿Qué hay de esos rumores acerca de que la flota de los templarios comercia con tierras desconocidas? -preguntó Simon con avidez, su romántico espíritu conmovido por las visiones que aquello

conjuraba.

De nuevo, De Roubaix lanzó una carcajada.

-Los árabes y los judíos no son los únicos que practican el arte secreto de la navegación. Nuestra Santa Madre y Sus sirvientas, las estrellas, guían nuestros barcos hasta muchas tierras ignotas, más allá del horizonte occidental, hasta lugares aún no descubiertos por otros.

Con los fascinantes comentarios de De Roubaix para pasar el tiempo durante el viaje a Gisors, el día transcurrió volando.

De repente, el templario se detuvo, señalando hacia la alta torre de piedra, que brillaba bajo los últimos rayos del sol poniente.

-He aquí nuestro cuartel general en Normandía. Como puedes ver, Simon, la torre de vigía domina la ciudad, los valles y bosques que la rodean. Nuestra estrategia se basa en el establecimiento de tales comandancias a lo largo de las rutas de peregrinaje a Tierra Santa.

»En una época, los romanos se establecieron en el mismo lugar. Tenían buen ojo para descubrir los terrenos altos, tanto para el ataque como para la defensa. Si los romanos no hubiesen sido paganos, habrían podido ser buenos templarios.

El fornido caballero rió y clavó las espuelas a su nuevo corcel. Salió al trote y luego al galope, para poner a prueba al magnífico caballo de guerra gris que Raoul De Cre~y le había regalado para reemplazar el que había perdido a manos de los ladrones. Simon, aun montado en Pegaso, tuvo dificultades para mantenerse a la altura del viejo templario.

El áspero camino cubierto de nieve subía serpenteando por la empinada colina hasta las puertas del castillo, que se abrían en las macizas murallas de piedra que rodeaban el montículo artificial central donde se levantaba la torre.

Dejando espacio para posibles reconstrucciones e incluso para refuerzos mayores, los ya macizos muros exteriores cerraban el vasto patio interior así como extensos terrenos, y daban lugar a los cuarteles del cuerpo de servidores y establos para los caballos.

Estos edificios estaban contruidos en forma de barracas de techo bajo, abrazando el perímetro interior de las murallas.

De Roubaix rompió un largo silencio, que se había abatido sobre ellos.

-Aquí es donde vas a pasar los próximos meses, Simon.

El joven normando contemplaba la fortaleza de los templarios, fascinado por el aspecto inexpugnable que ofrecía. Al ver la expresión maravillada en el rostro de su protegido, el viejo caballero sonrió.

-Gisors no es tan fuerte como parece. Tenemos planes en estudio para reconstruirlo. Espera a ver todos los grandes castillos de Tierra Santa. Por ejemplo, Krak des Chevaliers tiene unos muros dos veces más gruesos que éstos. Puedes creerme si te digo, Simon, que todo Gisors cabría en un rincón de Krak y ni se notaría.

-¿Cuándo construyeron los templarios ese Krak des Chevaliers, señor?

-¡No lo construimos nosotros! En su mayor parte fue obra de nuestros colegas en Tierra Santa, la Orden del Hospital de Saint John de Jerusalén.

Sólo unos pocos de los múltiples castillos de Palestina los construyeron los templarios. Algunos los adaptamos de las fortificaciones originales que construyeron los turcos y los sarracenos. Los hospitalarios, que consideramos rivales nuestros, son formidables constructores, y nosotros incluso ocupamos en guarnición algunos de sus más grandes castillos, por cuanto ellos no cuentan con hermanos suficientes para guarnecer todas sus fortalezas y llevar a cabo la obra piadosa en sus hospitales.

-¿Cuántos castillos hay en Palestina?

Cada vez que el viejo templario impartía alguno de sus conocimientos arduamente aprendidos, Simon se mostraba como un encantado discípulo.

De Roubaix manifestó con un gruñido su evidente disgusto ante aquella idea.

-¡Demasiados y me quedo corto! Desde la primera Cruzada, que se libró con el único propósito de recuperar Tierra Santa, y especialmente Jerusalén, para que los cristianos la visitaran en peregrinación, han aparecido muchos aventureros que se han unido a la segunda Cruzada con el único propósito de enriquecerse ellos.

»Estos así llamados "nobles", ya que muchos de ellos tienen un dudoso pasado, adoptaron el nombre de la ciudad o puerto que conquistaron como título nobiliario, y actualmente dominan la región adyacente a las plazas fuertes que ellos guarnecen.

»Hay tantos castillos en Palestina, que pueden verse los unos desde los otros. Ahí reside el punto débil de nuestra campaña. ¿Sabes Simon? La Cruzada es una guerra móvil y permanecer a salvo en enormes castillos no es el medio adecuado para hacer frente a nuestro más poderoso enemigo... ¡Saladino!

El nombre salió de los labios agrietados De Roubaix con un halo de aliento congelado.

-Cuando ese poderoso guerrero sarraceno concluya su actual campaña en Egipto y mueva sus fuerzas ayyubia' hacia el norte de Tierra Santa, nosotros vamos a enfrentar nuestro más grande desafío, porque el sultán Saladino es el comandante de caballería más probo desde Carlomagno, emperador de occidente.

»En estos momentos está en vigencia un tratado de paz, pero es probable que cualquier imbécil entre los codiciosos caballeros normandos lo rompa asaltando alguna de las ricas caravanas de Saladino en ruta hacia La Meca.

De Roubaix gruñó y escupió con asco en la nieve.

-Entonces veremos qué plan de batalla resulta mejor.

Cerrándonos dentro de esos enormes bastiones de piedra, sitiados por los sarracenos, o saliendo a combatir contra los ayyubids de Saladino, lanza a lanza. ¡Esta es nuestra única oportunidad, Simon!

»Tú tomarás parte en esa batalla, y ahí es donde comienzas tu nueva vida y tu gran gesta, como tu padre hubiera deseado.

De Roubaix se persignó y siguió trotando, seguido de cerca por Simon.

A la entrada del castillo, les dio el alto el centinela, pero era una simple formalidad. Aunque montaba un caballo extraño, el templario fue reconocido de inmediato, y el servidor de la guardia dio la orden de levantar el rastrillo para dejarles pasar al patio interior.

Cuando por fin se abrieron las pesadas puertas, un fornido hombre de armas de barba gris, vistiendo la negra túnica del cuerpo de servidores, se adelantó precipitadamente a saludar a De Roubaix.

-Me alegro de veros de regreso, señor -dijo, con una voz parecida a un trueno lejano-. Veo que habéis traído a nuestro nuevo recluta.

El veterano señaló a Simon.

-Así es, Belami -respondió De Roubaix-. Este joven caballero es todo tuyo para que le instruyas y le enseñes, le insultes y le alabes, como te plazca. Sobre todo -agregó el viejo caballero haciendo una significativa pausa-, ¡le protegerás con tu vida!

-Entonces, señor, será mi deber y tendré el placer de cumplir vuestras órdenes.

Simon reaccionó cálidamente a la amplia sonrisa que apareció en el tosco rostro bondadoso del veterano servidor que, como él ya había

advertido, sólo tenía el brazo derecho; el izquierdo terminaba con un gancho sujeto a una funda de cuero a la altura de la muñeca.

Bernard De Roubaix observó la sorpresa que expresaba el rostro de Simon y sonrió hoscamente.

-Belami es capaz de blandir la lanza, el hacha de batalla, la espada, la maza o la daga con un solo brazo mucho mejor que el más hábil de los caballeros con ambos.

El veterano guiñó el ojo a Simon, los claros ojos azules brillando en su rostro arrugado y del color de una castaña. Le dedicó otra amplia sonrisa, mostrando generosamente una hilera de dientes perfectos.

-Haré cuanto pueda, cadete -gruñó-. Veo que llevas un arco galés, así como una aljaba llena de flechas de una yarda. ¿Sabes tirar también con la destreza de un galés?

Antes de que Simon pudiese responder, De Roubaix lo hizo por él.

-Tres posibles asesinos yacen muertos en el bosque cercano a De Creçy Manor a causa de los certeros tiros de Simon. Unos villanos descarriados trataron de matarme, Belami, y casi lo consiguieron. Estuve más cerca de mi Hacedor que nunca en los últimos años; en realidad, desde el día en el que cercenaste la cabeza de aquel sarraceno que me había ensartado en su lanza.

Belami se mostró preocupado.

-Confío que no os hirieran gravemente, señor.

El templario sonrió gravemente.

-¡Un simple rasguño! Recibí una flecha en el hombro izquierdo. ¡Rk'n! Pero perdí a Eclair, un excelente caballo. Todavía siento su pérdida. ¿Y qué te parece mi nueva montura, Belami? Es un presente de Raoul De Creçy.

El fornido servidor dio una vuelta en torno al gris semental, asintiendo con su grisácea cabeza a medida que ponderaba mentalmente cada detalle, en favor y en contra.

-No es tan ligero como Eclair, diría yo, pero es un magnífico animal a pesar de todo. Raoul De Creçy es un buen juez en lo que a caballos se refiere. ¿Qué nombre lleva, señor?

-Boanerges. Así fue bautizado en honor a uno de los «Hijos del Trueno». -De Roubaix se rió-. El buen Dios sabe bien que pede atronadoramente.

Los dos viejos soldados rieron a gusto, saboreando la grosera broma. Simon parecía sorprendido ante aquel chiste tan crudo, viniendo en forma tan inesperada de De Roubaix. Al advertirlo, el templario se sonrió.

-Simon, los caballeros del Temple se espera que sean ponderados en lo que se refiere a los asuntos sagrados, y por supuesto lo somos. Saint Bernard de Clairvaux nos indicaba muy acertadamente que evitáramos los pensamientos mundanos, las chanzas ligeras y otras locuras de la carne, y nos alentaba a mantener sesudos y sobrios discursos con nuestros hermanos templarios. Pero sería un día muy triste si dos viejos camaradas que han compartido duras batallas, como Belami y yo, no pudiéramos celebrar una broma como las que suelen hacerse en los fuegos de campamento.

El rostro del joven normando se distendió y su risa juvenil se unió a la suya. El caballero templario palmeó los cuartos traseros del caballo del joven.

-Adelante, Simon. Te dejo en las expertas manos del más capaz servidor de nuestro cuerpo. Escucha con atención cada palabra que él diga. En serio o en broma, todo cuanto Belami te cuente merece ser recordado. Veinte años de guerrear en Tierra Santa le han enseñado muchas cosas. Le debo mi vida a Belami muchas veces. De modo que escucha y aprende. Un día, Simon, estarás agradecido por sus

sabias palabras.

Así diciendo, Bemard de Roubaix hizo dar media vuelta a su caballo gris y se marchó al trote hacia el cuartel de los Caballeros Templarios en la torre de vigía, en tanto Belami conducía a Simon hacia las humildes barracas donde se alojaban los cadetes del Cuerpo de Servidores.

El veterano ya sabía muchas cosas sobre su nuevo discípulo, porque De Roubaix había estado enviando despachos a Gisors. Además, sus astutos ojos habían examinado a Simon, y al viejo soldado le gustó lo que descubrió.

-¿Conocisteis a mi padre? -prorrumpió indiscretamente, adivinando casi la respuesta.

Belami se volvió hacia él, manteniendo inexpresivo su rostro arrugado. El tono de su voz era adusto.

-Yo también hice un juramento solemne, muchos años atrás -dijo.

-Pero ahora ya sé quién era mi padre -arguyó Simon en voz baja. Bernard De Roubaix me lo dijo.

Belami dirigió una larga mirada a la cara ansiosa del joven normando, y su expresión se suavizó.

-Entonces no tengo que decirte que era un hombre magnífico. -El veterano bajó la voz-. Pero cuanto menos hablemos de él aquí, tanto mejor. Hay oídos muy aguzados en Gisors. Guarda tu secreto, mon ami, y yo guardaré el mío. He aquí mi franca mano para sellar el trato.

El viejo servidor extendió su poderoso brazo derecho y su palma dura como el acero se cerró sobre la mano derecha de Simon. En aquel momento, su discípulo comprendió que había encontrado un amigo para toda la vida.

La barraca de los servidores era limpia y ordenada, puesto que todos los días los diligentes cadetes se dedicaban a fregar su suelo. En aquel momento sólo había siete de esos jóvenes, que habían quedado de la camada anterior, cuyos integrantes habían partido recientemente hacia el sur, hacia Marsella, donde embarcarían en dirección a Tierra Santa.

Los cadetes restantes, debido a enfermedades o heridas recibidas durante su instrucción, se consideraba que no estaban momentáneamente en condiciones y, por lo tanto, tendrían que esperar con impaciencia durante varios meses el próximo barco disponible que partiera para ultramar.

Ellos constituían una muestra representativa de los jóvenes cadetes del cuerpo. Sus hogares se encontraban en sitios tan lejanos como Flandes o Bretaña. Con la excepción del bretón, los demás provenían de Normandía, sus feudos, y de Flandes, Picardía y el Loire. Todos ellos se parecían en una cosa: cada uno se sentía amargamente contrariado al no haber podido embarcar hacia Palestina.

También se mostraban ansiosos por impresionar al recién llegado con sus conocimientos y experiencias adquiridos últimamente. Belami lo encontraba divertido puesto que él había sido quien les brindara la instrucción preliminar y aún consideraba que eran unos reclutas novatos.

-Os presento a Simon De Creçy, nuestro último cadete -anunció al grupo de jóvenes semi formados, algunos de los cuales andaban con muletas, mientras que otros llevaban el brazo inmovilizado por pesados vendajes o se encontraban recuperándose de las fiebres. Uno de ellos incluso tenía una suave banda de cuero atada alrededor de la cabeza, puesto que se había fracturado la mandíbula. Temporalmente, estaba imposibilitado de hablar.

Se agruparon en torno al recién llegado, y comenzaron a atacar a Simon a preguntas.

-¿De dónde eres, muchacho?

-¿Qué parte de Francia ha tenido la dicha de liberarse de ti?

-¿Acaso tu familia te dio una patada en el trasero o fuiste lo suficientemente loco como para enrolarte como voluntario?

Las habituales bromas de los soldados adolescentes acuartelados saludaron al recién llegado.

Simon sonrió bonachonamente, aceptando de buen grado las pullas más ásperas. Su altura y sus anchos hombros, así como la decidida expresión de su rostro ya le habían asegurado el respeto de sus hermanos cadetes por su físico. Ahora ponían a prueba su ingenio, para ver cuán vivo era y averiguar si Simon sería una buena adición a sus filas.

-Soy de Forges-les-Eaux, donde forjamos hombres de hierro respondió, jocoso-. Mi tío Raoul fue quien me enroló «voluntariamente». Simon continuaba llamando a su tutor por el antiguo título.

-Cuando estéis todos repuestos y bien de nuevo, con sumo placer os demostraré lo que puede hacer a un hombre tomar las aguas ricas en hierro de nuestro pueblo de Forges-les-Eaux.

-¡Debes de estar herrumbroso! -exclamó un sonriente cadete de Lille.

El resto prorrumpió en una carcajada, y la ligera tensión nerviosa que los recién llegados solían experimentar en tales circunstancias cesó en seguida.

Sin embargo, Simon no iba a salir tan bien librado. Los demás cadetes lo cogieron entre todos, y, temiendo lastimarles si se resistía, Simon no se defendió.

-Vamos, Herrumbroso -gritaban, aplicándole inmediatamente un apodo-. ¡Veamos realmente de qué estás hecho!

Los alborotados cadetes cogieron una manta de caballo y se dispusieron a mantear a su nuevo compañero. Se trataba de la estúpida ceremonia de iniciación que la mayoría de los soldados jóvenes suponían haberla inventado ellos. No les fue fácil al puñado de cadetes temporalmente impedidos lanzar por el aire a Simon media docena de veces, pero de alguna manera lo lograron.

El joven normando sólo cayó fuera de la manta un par de veces y, aparte de unos pocas contusiones, sobrevivió a la prueba con su acostumbrado buen talante inalterado.

-Muy bien, Herrumbroso, saliste airoso -dijo riendo el fornido muchachote de Bretaña-. Me llamo Yves.

Inmediatamente, los jóvenes cadetes volcaron un chorro de informaciones personales.

-Y yo, Gaston.

-Yo soy Phillipe.

-A mi me llaman Gervais.

-Ese es Pierre, con la mandíbula rota.

-Yo respondo al nombre de Etienne.

Gritando y riendo los siete cadetes se apiñaban alrededor de su nuevo camarada de armas, complacidos de que un compañero tan sereno se hubiese unido al cuerpo.

Belami, que hasta ese momento había sido un alegre testigo de la iniciación, ahora les interrumpió.

-A lors, mes braves -gritó-. Todos vosotros habéis sido desgraciados, descuidados o simplemente estúpidos, pero ello significa que tendréis que esperar el próximo transporte disponible proveniente de Marsella. Por lo menos tardará tres meses en llegar. Bernard De Roubaix acaba de decírmelo.

Aquella noticia fue saludada con gruñidos y silbidos. Belami levan-

tó la mano para imponer silencio.

-Por lo tanto, para beneficio de Simon De Creçy, vamos a someternos todos una vez más a la instrucción básica

Más gritos de protesta acogieron aquel anuncio. El maestro servidor continuó, imperturbable:

-Podéis pensar que ya lo sabéis todo. Yo os aseguro, mes camarades, que no es así. En caso contrario, no estaríais aquí hoy.

Belami cogió a Simon por el hombro.

-Bernard de Roubaix me dice que este joven caballero cabalga bien, tira bien y sabe manejar la espada y la lanza. Que yo sepa, nunca se ha caracterizado por exagerar la nota, por lo tanto acepto la palabra de mi superior como el Evangelio.

El veterano sonrió irónicamente.

-Al parecer, Simon de Creçy también sabe leer, escribir y hablar varios idiomas, entre los que encontrará el árabe como el más útil.

¡Hasta sabe hablar inglés!

Una sonora carcajada de los cadetes acogió aquel anuncio.

-Estoy de acuerdo con vosotros, mes amis, que es una lengua bárbara. Incluso la nobleza inglesa prefiere hablar francés. Lo que pretendo señalar es que tenemos aquí un cadete relativamente inteligente que anhela trasladarse a Tierra Santa tanto como vosotros. De manera que, cuanto más le ayudemos a completar su instrucción básica, más rápidamente vamos a emprender la larga ruta hacia Marsella. ¿Comprenez?

Aquellas palabras surtieron efecto, y los jóvenes cadetes pusieron toda su voluntad para acelerar la preparación de Simon. Dejaron de lado las rivalidades y las bromas pesadas, y todos disfrutaron de la experiencia.

La mayoría se repuso muy pronto de sus heridas o dolencias, y todos ellos estuvieron tan ocupados, que no tenían tiempo de aburrirse por la repetición del programa de instrucción, que era lo que Belami pretendía.

Todos los días, el amanecer sobre el montañoso paisaje boscoso precedía a los ejercicios de equitación, de esgrima y del manejo de la lanza. Practicaban, interminablemente, la formación táctica montados a caballo, la carga y el giro brusco para volver a cargar, corveteando, trotando y haciendo cabriolas, así como todos los ejercicios y maniobras que contempla el manual de caballería. Al final del entrenamiento, cabalgaban juntos como un solo jinete.

Trabajaron arduamente; comían bien y dormían como troncos.

Por fin llegó la noticia del sur anunciando que la próxima nave de transporte de templarios había zarpado de Tierra Santa para recogerlos en el puerto de Marsella al cabo de pocas semanas. Aquella noticia fue acogida con ensordecedores gritos de alegría, y hasta Belami tuvo que reconocer que sus ocho cadetes poseían toda la capacidad y preparación que él era capaz de brindarles.

De hecho, estaban tan bien entrenados que llegaron a salvarle la vida al veterano. Ello ocurrió de la siguiente manera.

Como parte de su instrucción en el arte de la guerra, Belami había llevado a su pequeño ejército Sena abajo para efectuar un ejercicio de cruce del río. En la ribera que el veterano había elegido para la demostración, el Sena corre velozmente entre altos acantilados rocosos.

La cima del acantilado estaba densamente poblada de árboles de considerable tamaño, de modo que había troncos suficientes para construir una balsa. Todo lo que los cadetes tenían que hacer era abatir los árboles y hacerlos rodar por el acantilado hasta la angosta playa de la falda.

Las recientes lluvias de marzo habían aflojado las piedras de los acantilados y una inesperada helada tardía había erosionado posteriormente la cara rocosa. En el lapso de una hora, los cadetes habían construido una recia balsa, que estaba a punto para ser probada. Como de costumbre, el veterano servidor subió a bordo de la estructura de troncos para inspeccionar las ataduras y ponerla a prueba.

La balsa flotaba cerca de la playa, amarrada por una sog a las raíces de un árbol caído cerca de la orilla. Por alguna razón, los nudos no satisficieron a Belamí, que se dedicó a la tarea de rehacerlos más apretados.

En aquel momento, se produjo un desprendimiento de rocas del acantilado erosionado por la helada, que se precipitaron al Sena. El consiguiente desplazamiento masivo de las aguas provocó un oleaje que se abatió sobre la balsa. Antes que el sorprendido veterano pudiese saltar a la playa, la rugiente masa de agua había golpeado el extremo de la balsa, de la que se desprendió uno de los troncos, que golpeó al servidor en la cabeza, dejándole aturdido y precipitándole al furioso Sena.

Belami llevaba armadura y, sin conocimiento, desapareció sin hacer esfuerzo alguno en las profundas aguas.

Algunos de los horrorizados cadetes sabían nadar, pero ninguno tan bien como Simon. Por fortuna, se había quitado la cota de malla para cortar los árboles y todavía no había vuelto a ponérsela. Sacándose las botas, el joven se zambulló en el espumoso río y nadó directamente hacia las profundidades, en el lugar donde había visto desaparecer a Belamí.

Simon apenas pudo distinguir el cuerpo del servidor inconsciente, atrapado entre las espesas algas. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, de la que surgían burbujas que subían a la superficie.

Comprendiendo que no había tiempo que perder, Simon cogió la daga de Belami de la vaina que llevaba en la cintura y cortó las enredadas algas.

Con unos poderosos golpes dados con los pies, el cadete se dio impulso para subir los dos a la superficie. Cuando se liberaron de las garras del río, una exclamación de alivio saludó su reaparición. Le echaron una sog a, que Simon cogió ~ en pocos segundos, salvador y salvado fueron sacados a tierra.

La alegría de los cadetes fue de corta duración. Su veterano instructor parecía horriblemente muerto. Una vez más, Simon tuvo motivos para bendecir a Qwen, el viejo arquero galés, así como las lecciones que le había dado. El rudo arquero se había criado en la comunidad de pescadores asentada a la ribera del río Severn, en el sur de Gales.

Él le había enseñado a nadar como un galés nativo y, afortunadamente, también le había demostrado cómo tratar a una persona ahogada.

-¡Deprisa! Ayudadme a poner a Belami boca abajo sobre aquel tronco -gritó Simon.

Los cadetes, alegrándose de poder hacer algo útil, llevaron al veterano inconsciente hasta el árbol caído y le colocaron encima, de través, tal como Simon les había indicado. Simon comprendió que no tenía tiempo de quitar la armadura al servidor, por lo que se dedicó en seguida a tratar de salvarle la vida. El joven normando se arrodilló a horcajadas sobre la espalda de Belami y comenzó a ejercer presión sobre la amplia caja torácica del viejo soldado.

Presionando y aflojando la presión, Simon logró que expeliera la mayor parte del agua lodosa que había tragado.

-¡Dadle la vuelta! -ordenó, y los demás cadetes le obedecieron en seguida.

Aspirando profundamente, ahora unió firmemente los labios a la

boca del hombre inconsciente, al tiempo que oprimía las aletas de la nariz del veterano, mientras exhalada con fuerza el aire para que penetrara en los pulmones de Belami.

Simon repitió la operación varias veces, mientras pedía a otro cadete que oprimiera el pecho del veterano, tal como había hecho él anteriormente.

A los compañeros expectantes, todo aquello les parecía cosa de brujería. Varios de ellos se apresuraron a persignarse.

De pronto, Belami empezó a toser, vomitando más agua. Abrió los ojos, parpadeando ligeramente.

-¡Incorporadlo! -gritó Simon, presa de la excitación.

Mientras los demás lo hacían, sus temores de que se trataba de una obra de brujería se vieron fortalecidos cuando el veterano vomitó el resto del agua. A pesar de sus temores supersticiosos, lanzaron gritos de júbilo.

-¡Un milagro! -exclamó Pierre de Montjoie, que ya tenía la mandíbula soldada.

-¡Brujería! -siseó Phillippe de Mauray, estremeciéndose de terror.

-¡Ni una cosa ni la otra! -dijo Simon, sonriendo con alivio al ver coronados sus esfuerzos-. Se trata de un antiguo artificio, que me enseñó Owen, el Galés. Me contó que los romanos utilizaban este método mucho antes de que llegaran a Bretaña. Bendita sea nuestra Señora, por haber surtido efecto. Al parecer, no siempre es así; resulta efectivo sólo si se aplica a la víctima lo más pronto posible después de haberse ahogado o sufrido asfixia.

»Owen también me dijo que los brujos y charlatanes locales se valían del mismo artificio, para "resucitar a los muertos", y en el caso de alguien como Belami, tomado a tiempo, sus esfuerzos a menudo daban resultado. ¡Podéis imaginaros qué reputación podía reportarle a un brujo un aparente milagro como éste!

Artificio de brujo o no, el caso era que había salvado la vida a Belami.

Increíblemente, sólo veinte minutos después de haber sido rescatado del Sena, el veterano estaba en condiciones de ponerse de pie tambaleándose.

La primera cosa que hizo fue arrodillarse y dar gracias a la Virgen Bendita. Luego, abrazó a Simon, en medio de las risas de alivio de los cadetes. Por fin, les reprendió a todos por no haber construido la balsa correctamente.

-¡Quién sea que haya atado esos nudos tan flojamente merecería ser azotado! -dijo, y hablaba en serio.

El veterano, sobre todo y en primer lugar, era un maestro servidor. Para él, corregir un procedimiento lo era todo.

Belami, del Cuerpo de Servidores Templarios, había reasumido su tarea.

La larga ruta al sur

En el mes de abril de 1181, se terminó el periodo de instrucción de Simon en Gisors. Junto con los siete cadetes restantes, estaba listo para emprender el largo viaje al sur.

Belami se había superado a sí mismo. Simon ahora era experto en el uso de todas las armas, incluyendo la menos caballerosa de las artes de la guerra, como dar puntapiés, meter los dedos en los ojos y golpear con el garrote. El hábil veterano de guerra le había enseñado al joven normando todo cuanto sabía sobre las formas de matar o de dejar fuera de combate al oponente.

Simon había merecido elogios de Belami y ganado el respeto de

sus compañeros, que celebraron aquella formidable incorporación a sus filas. Durante los meses de intensa actividad, el joven caballero sólo había visto a Bernard de Roubaix en contadas ocasiones, puesto que el templario partía en misiones especiales para regresar al cabo de unos días. El viejo caballero era un hombre muy ocupado y trataba deliberadamente de no interferir en la instrucción de Simon, con el fin de no causar la impresión de que le hacía objeto de alguna suerte de favoritismo, cosa que podría provocar la enemistad de los otros cadetes.

Sin embargo, había estado atento a los progresos de Simon, y Belami le había informado regularmente sobre el comportamiento del joven. El templario estaba encantado con la evaluación que hacía el veterano de su protegido.

-El muchacho posee una cordialidad natural que le hace merecedor del afecto de sus amigos. A pesar de ello, nunca he visto que utilizara esa virtud para evitarse inconvenientes. Si surge un problema, lo enfrenta. Será un magnífico camarada en la batalla. Su habilidad con las armas es excepcional, sobre todo cuando se vale del arco. Con esa arma, Simon es un mago.
El templario.

-¿Tienes algo más que decirme, servidor?
Belami titubeó.

-Hay algo que me preocupa, señor. Simon se ha criado en un hogar sin mujeres. Se le ha enseñado a tratar a la mujer como a una dama, con caballerosidad y cortesía, que es como debe ser. Pero, al mismo tiempo, se le ha llevado a pensar en la mujer en general, y en las doncellas en particular, como en una especie de trampa para la inocencia y en un cebo para el incauto.

»Sé que Raoul De Creçy sólo pretendía que Simon se mantuviera casto, durante el mayor tiempo posible, atento a las esperanzas que ambos cobijáis para el futuro del muchacho como caballero templario. Este, después de todo, era el sueño de su padre, Odó de Saint Amand.

Belami hizo una pausa, mostrándose un poco incómodo.

-Pero esta actitud ha hecho a Simon, que es un muchacho sano y normal, extremadamente vergonzoso con las mujeres.

De nuevo el veterano vaciló.

-Eso podría acarrear problemas en el futuro, en el mundo masculino de los templarios.

Bernard De Roubaix comprendió que Belami tocaba un punto válido. La desviación del amor normal no era desconocida en las filas de los templarios y los hospitalarios, si bien solamente se hablaba de ello en voz baja y en secreto.

-Consideraré el asunto cuidadosamente -dijo-. Como Simon aún no ha sido armado caballero templario, no veo razón por la que debiera prohibirsele la compañía de las damas.

El viejo caballero titubeaba, embarazado por la situación.

-Eso no significa que apruebe la conducta licenciosa. ¡Maldita sea, Belami! Usa tu propio juicio. No eres un santo en estos asuntos, sin embargo nunca he oído a ninguna mujer que se quejase porque la hubieras lastimado. Pero, viejo rufián, no permitas que el zagal tenga excesiva licencia. Recuerda: tú estás a su lado para protegerle de todos los peligros, y eso incluye la astucia de las mujeres inescrupulosas.

Después del postrer informe de Belami, el caballero templario mandó a llamar a Simon. Quedó encantado por lo que vio. El joven cadete era la pura imagen de la salud; su rostro parecía más enjuto a causa del duro entrenamiento, y su alto y recio cuerpo, en perfecto estado. Bernard De Roubaix dio su plena aprobación.

-Belami me ha contado excelencias sobre ti, Simon. Mis felicitaciones por tus rápidas reacciones. Sin duda le salvaste la vida a Belami, del mismo modo que en otra ocasión salvaste la mía. Esa extraña habilidad para la resucitación valdría la pena que la transmitiras a tus camaradas. -Los ojos del viejo caballero chispearon-. Aunque pocos hombres se ahogan en los desiertos de Tierra Santa.

Simon se sonrió.

-Mañana partiremos hacia París, señor. Me complace tener esta oportunidad para agradeceros todas vuestras gentilezas. Belami me ha hablado de vuestro interés por mis progresos. Os estoy muy agradecido. Lamento no haber tenido tiempo de visitar a mi tío..., quiero decir a sir Raoul. Pero espero que cuando volváis a verle le daréis mis respetos y mi más sincero homenaje.

-Y tu amor~ Simon. No es señal de debilidad utilizar esa palabra. Sé el afecto que os tenéis. Claro que le diré cuánto le amas y le añoras, así como cuán orgullosos nos sentimos Belami y yo de tus excelentes progresos.

Simon se ruborizó y le dijo gracias tartamudeando.

El anciano mariscal templario sentía el mismo afecto por el hijo natural de su Gran Maestro fallecido que su más íntimo amigo, Raoul De Creşy.

-Debo separarme pronto de ti, Simon. Nuestro Gran Maestro me ha ordenado dejarte en París y luego volver a mi semiretiro con Raoul, en De Crecy Manor. Lo disfrutaré, porque es mi más viejo amigo.

»También dedicaré mi tiempo a realizar una gira de inspección de las propiedades de los templarios en esta parte del norte de Francia. Asimismo supervisaré las granjas, los libros contables y los suministros de rutina de vituallas y forrajes para todas las comandancias de los templarios en la zona.

»Estaré ocupado y llevaré una vida útil todavía, pero mi corazón..., no, el corazón de Raoul y el mio... te acompañarán a Tierra Santa.

Las palabras de De Roubaix le recordaron al joven que el último vínculo con su antigua vida en Normandía pronto se cortaría. Ahogó un sollozo.

-Vamos, vamos, mi querido muchacho. -También el templario estaba al borde de las lágrimas-. Tu tutor y yo iremos a pescar y a cazar, y recordaremos anécdotas de Tierra Santa. A los viejos es mejor dejarles juntos con sus memorias del pasado. ¡Tú, joven Simon, eres nuestro futuro!

Bernard de Roubaix suspiró. Por lo menos disfrutaría los últimos días que pasaría con Simon.

-Quiero que me acompañes en una visita a Chartres. Los demás cadetes irán con Belami hasta nuestra sede central en París, pero deseo mostrarte la iglesia favorita de tu padre: la catedral de Notre Dame de Chartres. Procura estar listo en una hora.

Simon le saludó y corrió a contarle a Belami y a sus camaradas que se encontraría con ellos después, en la capital. Luego se reunió con el anciano mariscal y juntos partieron hacia Chartres.

Esa ciudad está situada al sudoeste de Gisors, aproximadamente a tres días de distancia a caballo. Por el camino, se detuvieron en una granja en Mantes, que la tenía a su cargo un servidor templario retirado. Había servido a las órdenes de De Roubaix y de Belami, antes de dejar su pierna izquierda en Tierra Santa y retirarse a Normandía con una pensión de la Orden.

El marchito anciano saludó a De Roubaix calurosamente y sacó una sidra excelente para Simon. Al templario le ofreció zumo de manzana sin fermentar.

Su siguiente parada fue en una granja de un caballero franco,

Robert d'Andelis, que había luchado junto a De Roubaix en Tierra Santa. Los dos viejos cruzados charlaron largo y tendido toda la noche, mientras Simon escuchaba absorto sus emocionantes recuerdos.

Por fin, después de la puesta del sol del tercer día, los viajeros entraron en el patio de la comandancia de los templarios en Chartres.

Para Simon había sido un viaje fascinante, pues durante la larga cabalgata, el viejo templario le abrió una vez más su corazón a su escudero. El joven normando estaba encantado con las historias de ultramar que le contaba De Roubaix, pues muchas de las batallas en que había tomado parte el viejo cruzado las había compartido junto al padre de Simon, cuando era Gran Maestro. Además, era evidente que De Roubaix tenía un alto concepto de Odó de Saint Amand y hablaba de él con gran afecto.

El placer mutuo que experimentaron durante el viaje era equiparable al que comparten un padre y un hijo. Eso no significa que Bernard de Roubaix hubiese suplantado a Raoul de Cre-y en el amor de Simon, pues eso nadie podría lograrlo, sino que ahora se había creado un fuerte lazo afectivo entre ellos; y el templario sentía la misma tristeza sobrecogedora que Raoul había experimentado, al pensar en la partida de Simon en pos de su destino en Tierra Santa.

Avanzaban por la ondulante campiña, densamente poblada de bosques y adornada por el atractivo esplendor de las primeras flores silvestres de la primavera. Prímulas y campánulas alfombraban el suelo de la floresta, en tanto que los castaños, los manzanos y los cerezos florecían en los huertos.

En Chartres, su primera tarea al levantarse al amanecer fue visitar la catedral. Aquel imponente monumento dedicado al amor del hombre por Dios había sido construido y ornado durante los últimos cincuenta años. Ocupaba el mismo lugar de la antigua iglesia, construída por Eulbert, el gran benedictino. La iglesia se había quemado medio siglo antes.

La iglesia de Fulbert, a su vez, la habían levantado los benedictinos, después de la destrucción, también por el fuego, de la primera iglesia cristiana que se alzó en el lugar.

En total, tres eran las iglesias que se habían construido en el mismo sitio, que los druidas dedicaron previamente a la adoración del dios pagano Lug.

El hecho de que utilizaran un sagrado lugar pagano para construir una iglesia cristiana confundió a Simon y así se lo manifestó al mariscal templario. De Roubaix le explicó la aparente anomalía.

-Ello se debe a que el lugar en si es sagrado, sea para adoradores paganos, sea para los cristianos que les sucedieron. El suelo se encuentra saturado del buivre, el «poder del dragón», que lleva las corrientes telúricas de la fuerza vital a través de la tierra. Estas sutiles energías, que fluyen como la sangre de nuestras venas, siguen el curso de las «aguas de debajo de la tierra». Este lugar sagrado, donde actualmente se erige la catedral, está localizado sobre un punto de confluencia de esas corrientes subterráneas. Las aguas suben arremolinadas a la superficie, en la forma de una fuente natural, o puits como los llamamos. ¡Ahí es donde encuentras el Wouivre..., silo buscas!

Simon quedó encantado con la catedral. Para el joven caballero parecía que el magnífico edificio siempre había engalanado aquel lugar sagrado y que así permanecería por los siglos de los siglos. Causaba una sensación de permanencia aquella catedral que ni él ni el templario consideraban que el Destino pudiera alterar jamás.

Admiraron la imponente fachada de la catedral, con su impresionante pórtico esculpido y los espléndidos ventanales que se abrían sobre la ojiva de medio punto del portal en arco. Aquella era una

de las primeras catedrales que se construyeron en el nuevo y revolucionario estilo gótico, que se caracterizaba por las elevadas bóvedas de la nave y, en toda la edificación, la noble línea de los arcos en aguda punta.

-¡Todo esto se construyó sin planos! -comentó el templario, para sorpresa de Simon.

Siguió explicando cómo se había realizado aquella extraordinaria proeza.

-Los maestros de obras usaban un vasto piso de yeso donde lo dibujaban todo, desde las elegantes curvas de los arcos góticos hasta las formas redondeadas y cantonadas de las columnas de sostén.

»Aquellos ingeniosos artesanos poseían la habilidad de los grandes constructores de templos de Tierra Santa. Eran matemáticos que comprendían los principios y axiomas de la sagrada geometría de Euclides y Pitágoras, y aquí, en Chartres, podemos ver los resultados prácticos de aquellas bellas verdades.

Simon estaba fascinado.

-¿Queréis decir, señor, que todas esas maravillas se construyeron mediante la utilización de la geometría solamente?

El viejo templario se sonrió.

-No totalmente, Simon, porque el ojo del artesano ve una belleza oculta que el geómetra, sin ayuda, no puede liberar de la piedra. Eso ocurrió con los maestros de obras que construyeron esta obra maestra con sus piedras de talla perfectamente cortadas.

»Obtuvieron estos resultados recurriendo a los medios que tiene la naturaleza para formar esas curvas perfectas. Para explicarlo con simplicidad, los maestros de obras empleaban juncos, largas cañas flexibles o delgadas varillas de madera curvable, que, cuando se mantenían contra una serie de pesas pequeñas dispuestas sobre el piso de yeso, ayudaban a guiar los compases a lo largo de las líneas ondeantes.

»Las formas de la naturaleza no pueden ser mejoradas por los hombres comunes, por muy hábiles que sean en el arte del dibujo. Tales formas nos son dadas por el Gran Arquitecto del Universo. Nosotros no podemos mejorar la obra del Todopoderoso, que es perfecta.

Mientras caminaban en derredor de la gran catedral, el sabio caballero iba señalando la simple decoración, que reverentemente enriquecía el edificio sin caer en una ostentación vulgar.

-La estatua de San Jorge, el vencedor del Dragón, que, por supuesto, es el símbolo del toско poder pagano del sitio sagrado, y la figura de San Teodoro, el ángel guardián de este lugar sagrado, se yerguen sobre la puerta meridional, o la «Entrada del Caballero», como se la llama.

»Fíjate que esas figuras son de tamaño natural. Visten la cota de malla del monje guerrero, y tienen los pies tallados en equerre, correctamente «cuadrados», como corresponde a los Geómetras Sagrados que representan.

»Cuando estuve prisionero en Damasco me enseñaron el maravilloso arte de la geometría como parte de la Gran Obra. Los sarracenos me trataron bien, a pesar de ser templario, y a que un par de nuestros grandes maestros habían maltratado salvajemente a los paganos.

»Sea como fuere, me dieron muestras de gran civilidad, a pesar de saber mis captores que no obtendrían rescate alguno por mí. Incluso conocí al gran filósofo arábigo Osama. Este sabio y viejo maestro completó mi instrucción en geometría sagrada, cuyos rudimentos ya había aprendido de otro extraordinario erudito, llamado Abraham, un sabio judío que conocí en Tiberias.

Maestro por naturaleza como era, De Roubaix le explicó a Simon, con simples términos, muchos de los aspectos más sobresalientes de la catedral.

-En primer lugar, consideremos el sitio sagrado en si, que fue elegido por los antiguos druidas por su poder. Siglos atrás, se colocó aquí un dolmen enorme de piedra, mediante métodos que aún no hemos logrado comprender totalmente.

»De alguna manera fue transportado desde muchas millas de distancia, donde originariamente había formado parte de uno de los antiguos círculos de piedra descubiertos en esta parte del país.

»Cuando se construyó la catedral, se precisó una pesada plataforma con ruedas de construcción maciza, tirada por un tronco de poderosos caballos, con el fin de llevar el dolmen las pocas yardas que lo separaban del lugar donde se encuentra ahora, en lo que es la cripta de la catedral. ¿Cómo hicieron los druidas para trasladar semejante piedra desde el círculo mágico donde se encontraba hasta el nuevo emplazamiento de su templo pagano?

El templario lanzó una sonora carcajada ante el evidente asombro de Simon.

-No atormentes tu joven cabeza con semejante enigma, Simon. Muchos grandes eruditos están tan perplejos como tú. Quizá la respuesta se encuentre en el conocimiento que poseían los druidas de la magia antigua.

»Cualesquiera que fuesen sus métodos mágicos, sus motivos eran los mismos que los nuestros: la adoración de la Luz y la veneración de nuestra santa Madre Tierra, que se halla representada y personificada en el enorme dolmen de piedra bajo nuestros pies.

Simon parecía sorprendido.

-Pero, seguramente, los paganos y nosotros adoramos a dioses enteramente distintos, o mejor, en su caso, un panteón de dioses, diosas y espíritus de la naturaleza.

El templario sonrió comprensivamente.

-En realidad, Simon, nuestra bendita Señora de Chartres es adorada y reconocida por muchos nombres. Los antiguos egipcios la llamaban Isis; los griegos, Gaya. Nosotros la llamamos Santa Virgen María. Ella es la madre de nuestro Señor y la madre celestial de todos nosotros. Eso es lo que creemos los templarios. ¡Este es Su lugar sagrado. Este es el «Misterio del Sitio»!

Para entonces ya habían pasado por debajo del pórtico y entraban en la catedral. Inconscientemente, bajaron la voz al franquear el portal, pasando de la brillante luz primaveral del exterior a la fresca penumbra de la nave abovedada.

Simon en seguida advirtió un resplandeciente dibujo luminoso que cubría las amplias losas del suelo de la catedral. Estaba fascinado por la danzante luz solar sobre las piedras, y De Roubaix se dio cuenta del interés de su acompañante en el colorido diseño.

-¡Ese es el segundo Misterio, el de la Luz! Observa, Simon, cómo los tres altos ventanales de la fachada frontal proyectan esos bellos dibujos. Ello se debe al hecho de que los artesanos han instalado recientemente una intrincada red de pequeños marcos de plomo, llamados «comes», que mantienen unidos múltiples fragmentos de vidrios de colores de formas diferentes en el interior de las ventanas de piedra. Esos fragmentos de vidrios de colores, primero se pintan y luego se someten a la acción del fuego en un horno, antes de fijarlos en las «comes» de plomo, formando una escena de la vida de nuestra bendita Señora de Chartres.

»Puedes ver a algunos de los artesanos trabajando en los ventanales, en aquel andamio, sobre nuestras cabezas.

-¿De dónde proceden esos maestros capaces de construir una

obra de arte tan maravillosa? -preguntó Simon, pasmado ante los arcos resonantes de la amplia nave.

-Muchos de ellos son oriundos de la zona del lago Como, en Italia. Les llamamos «comocinenses». Son, en efecto, maestros de obra. Todos ellos son hombres libres, puesto que la tarea de construir y decorar estos enormes edificios sagrados no es para los vasallos, siervos y esclavos.

»Cada francmasón es hermano de una de las famosas cofradías o compañías de artesanos. Se les conoce como «Los hijos del maestro Jacques», «Los hijos del padre Soubise» y -en ese momento el viejo templario hizo con disimulo un curioso signo con la mano derecha- «Los hijos del rey Salomón».

»Los templarios comprendemos los extraños hábitos de esas cofradías, porque, de la forma y diseño del templo del rey Salomón, el mago maestro de Jerusalén, proviene la Divina Proporción de la Sagrada Geometría, que se ha utilizado exclusivamente en toda la construcción de esta hermosa catedral.

Simon se hallaba perdido en la contemplación de la obra de arte pétrea que les rodeaba, envolviéndoles con una sensación de paz y serenidad.

Bernard de Roubaix siguió diciendo en voz baja:

-San Bernard de Clairvaux, el renombrado erudito cisterciense, nos dio las reglas, las reglas mediante las cuales disciplinamos nuestra vida como caballeros templarios. Ellas dan forma a nuestros deberes y regulan nuestros hábitos de vida, de manera muy parecida al modo en que la Sagrada Geometría determina la forma y diseño de las piedras de talla acabadas, con que se construyeron el templo de Salomón y esta catedral.

»Como ves, Simon, sólo mediante la estricta observancia de las reglas del Cosmos, que nos dio el Gran Arquitecto del Universo, podemos construir semejante obra de arte... que es, por supuesto, lo que debería ser nuestra propia vida.. Somos criaturas de Dios, hechas a Su propia imagen, y nuestra vida debe conformarse a la perfección de Sus reglas.

Una luz enceguedora parecía iluminar la mente de Simon. Su voz sonaba apagada.

-Ahora lo comprendo. Esta catedral es un sermón de piedra, que nos enseña a todos cómo tenemos que vivir. Todo se encuentra expresado aquí en las perfectas proporciones de las piedras sillares.

-¡Exactamente! -exclamó el templario-. ¡Has captado la gran lección que nos enseña este lugar! Tu padre solía llamar a esta catedral: «Un instrumento para comunicarse con Dios».

En aquel preciso momento el sol salió de detrás de una nube, para inundar la nave de rayos de luz donde flotaban las motas de polvo. Simon se quedó sin aliento ante su belleza, y ambos, instintivamente, cayeron de rodillas y dijeron un Padrenuestro y el Ave Maria. Aquél fue un momento mágico.

-Ese fue un ejemplo perfecto del «Misterio de la Luz» -comentó el viejo caballero, poniéndose de pie-. Ahora, respecto del delicioso «Misterio del Sonido».

Bernard de Roubaix extrajo su daga, puesto que tenía derecho, como caballero templario, a entrar armado en la catedral.

Dando vuelta a la hoja, golpeó ligeramente con la empuñadura el costado de la columna más cercana. Sonó una nota clara, que se elevó por los arcos de la nave. De Roubaix se sonrió y golpeó de nuevo una segunda columna cuadrada. La nota fue distinta. El templario se desplazó rápidamente a lo largo de la columnata, dando un ligero golpe a cada una de las altas columnas, hasta que toda la nave de la catedral se llenó con el sonido de la mágica música de las colum-

nas de piedra, como un coro de ángeles.

Simon estuvo a punto de aplaudir de placer, pero se contuvo prudentemente.

Mientras el bello sonido menguaba lentamente, apareció una figura encapuchada y envuelta con la túnica blanca de la Orden, que avanzó, sonriendo, para saludar a De Roubaix.

-Bernard, sabía que eras tú, amigo mío. Cómo te gusta hacer cantar a nuestra catedral.

El encapuchado templario se descubrió la cabeza para dejar al descubierto un rostro enjuto, de barba blanca, que denotaba una mansa energía.

Se trataba de Robert de Guise, un famoso cruzado, que había renunciado a su ducado para unirse a la Orden.

-Encantado de verte, Robert -dijo De Roubaix, al tiempo que abrazaba a su viejo camarada de armas-. Te presento a Simon de Creçy, mi pupilo.

-Debes de estar emparentado con Raoul de Creçy -dijo De Guise-. Es un viejo camarada de luchas y un querido amigo mío, a quien hace años que no veo. Espero que esté bien.

-Goza de excelente salud, señor.

Para evitar que Simon tuviese que mentir, explicando su parentesco con Raoul de Creçy, Bernard de Roubaix intervino:

-Simon se dispone a unirse a la Cruzada, Robert. Le traje a la catedral como recompensa por haberse desempeñado excelentemente en su entrenamiento en Gisors.

De Guise sonrió.

-¿Te hizo pasar muchos malos ratos Belami, hijo mío?

-No, señor -respondió Simon, con una sonrisa-. El servidor Belami me brindó tres meses maravillosos de su precioso tiempo. Gracias a él, y a las cosas que me enseñó, podré, con la ayuda de nuestra bendita Señora, servir a la Orden sin deshonrarme en Tierra Santa.

-Bien dicho, muchacho.

De Guise contemplaba con admiración la recia complexión del apuesto cadete.

-¡Virgen Santa, crecen altos y fuertes en Normandia!

-Discúlpanos, Robert -dijo De Roubaix-. Aún hay unas cuantas cosas que quiero mostrarle a mi pupilo, y nos queda poco tiempo.

El ex duque asintió comprensivamente.

-Por supuesto, Bernard. Puedes rondar por donde te plazca con total libertad. La catedral está llena de maravillas. Disfrútalas, hijo mío, mientras puedas.

El eminente templario dio a Simon su bendición y les dejó para que siguieran explorando el resto de la construcción.

-¿Conocía a mi padre, señor? -preguntó Simon con ansiedad, en cuanto Robert de Guise estuvo fuera del alcance de sus voces.

-No como a padre tuyo -respondió el templario, con voz queda-. Pero, como Gran Maestro, por supuesto. Ten cuidado, Simon. No debemos hablar de estas cosas, sobre todo en la catedral, donde cada palabra llega a todos los confines, por muy quedo que hablemos.

-Perdonadme, señor.

El joven se ruborizó de vergüenza ante aquella falta de discreción.

-Es muy natural que desees saber más sobre tu padre -dijo De Roubaix en un murmullo-. Sólo procura ser más cauteloso, muchacho.

»Volvamos al último misterio de la catedral: el "Misterio de la forma y el diseño del edificio". Estas proporciones sagradas constituyen la base de la Sagrada Geometría. La denominamos la Regla áurea.

»Dicho simplemente, la esencia de la Divina Proporción, o la Sección áurea, como la imaginaban los antiguos egipcios, es la Unidad

en el cociente a la raíz de cinco, más uno, dividido por dos.

Con el fin de ilustrar lo que quería decir, el templario trazó los números en el suelo, valiéndose de un junco que había extraído de un haz que los albañiles habían dejado apoyado contra el muro.

-Así: $1: 5 \pm 1$

»Esto nos da la proporción de la Unidad a 1,618, en números redondos. Id est: la Sección áurea es 1,618.

Para simplificar, se utiliza la flotación numérica moderna

De nuevo, trazó las cifras en el polvo que se había asentado sobre las losas de la obra precedente a la que se elevaba sobre sus cabezas.

-Cada piedra sillar fue marcada por los maestros de obra utilizando esa proporción, en el modelo primero, y luego, después que la piedra fuese cortada burdamente y traída aquí, era cuidadosamente terminada y colocada en su posición exacta, como lo requieren los principios de la Sagrada Geometría. Ello significa que el tallado final y el ajuste se realizó en el piso de la nave, el crucero y todo el resto de la catedral.

Simon estaba extasiado.

-¿Y el Laberinto, señor? -preguntó, señalando el vasto dibujo laberíntico taraceado en las losas de la nave.

El viejo templario hizo una pausa, sonriendo pensativamente, mientras se atusaba la barba.

-Un día, Simon, sin duda transitarás solemnemente por el Gran Laberinto de Chartres, de acuerdo con la Sagrada Danza de la Vida y la Muerte..., pero, hasta entonces, no te puedo explicar el «Misterio del Laberinto».

En aquel momento, un grito terrible resonó en la catedral, rompiendo la paz y la tranquilidad.

Sobresaltados, levantaron la vista, para vislumbrar la figura que caía del alto andamio con los brazos desplegados como un águila y agitando las piernas.

Chillando aún, el aterrado artesano cayó en el vacío hasta chocar contra las losas. El pobre desgraciado falleció instantáneamente.

Simon, horrorizado, se precipitó en seguida hacia adelante, pero la orden de De Roubaix resonó estentórea:

-¡No toques a la víctima de la Wouivre! Ambos estamos armados, por lo tanto ninguno de los dos se encuentra en estado de gracia. Aquí llega alguien mejor preparado para administrar la extremaunción. Roguemos por su alma.

Ambos cayeron de rodillas y entonaron un Padrenuestro. Cuando hubieron terminado, para sorpresa de Simon, el templario siguió orando en una lengua desconocida, a la vez que hacía ciertos signos curiosos que ponía cuidado de ocultar a los ojos que pudieran estar observando, salvo los de su pupilo. Al fin, se puso de pie.

Ven, Simon -dijo, quedamente-. Es hora de irnos. El Wouivre está presente.

Sin otra palabra más, abandonaron la catedral, que de repente se volvió fría como el hielo y ahora parecía poblarse de sombras. Simon temblaba de desazón.

Afuera, a la luz del mediodía, se sintió mejor. El templario se volvió a su acompañante.

-Simon, lo que has presenciado no fue un accidente. Eso fue un sacrificio que exigió el Wouivre.

-¿Queréis decir que fue obra de brujería? -preguntó Simon con voz ronca, todavía horrorizado por la terrible muerte del artesano.

-Quizá -repuso el templario-. Pero más probablemente se debió a la expiación de algún pecado mortal, que el albañil cometiera y que no había sido absuelto en la confesión. Bajo ninguna circuns-

tancia, un artesano debe asumir una tarea en una obra sagrada, dentro de los confines de un lugar santo, sin haberse confesado. El Wouivre vino a cobrarse la pena por semejante blasfemia. ¡Es la muerte!

Al día siguiente, continuaron el viaje a París. Después de la súbita muerte del francmasón, el silencio se había impuesto entre ellos, pero, a la mañana siguiente, el cálido sol primaveral disipó su depresión. Bernard de Roubaix prosiguió su disertación sobre temas templarios, sin volver a referirse a la tragedia. Simon se encontraba tan absorto ante la corriente de información de su mentor, que no tardó en releger el accidente del día anterior a lo más profundo de su mente; sin embargo, la horrorosa imagen de aquella figura que chillaba, mientras se precipitaba a su muerte, siguió reapareciendo en perturbadores destellos de la memoria. El caballero normando aún era muy joven y, si bien había dado muerte tanto a animales como a personas, la súbita muerte le afectó más de lo que era habitual en aquellos tiempos violentos. Les llevó tres días salvar la distancia que les separaba de París y cada noche pernoctaron en diferentes granjas de los templarios. Los edificios fortificados de dichas granjas eran construidos alrededor de un patio central, donde se podía encerrar a los animales en caso de ataque. De ahí que también se las llamara «fermes», de Jermé, que significa «cerrado», en frances.

Caballero y escudero se acercaban a París por el suroeste, siguiendo la baja orilla izquierda del río Sena. Desde que partieron de Chartres habían cubierto una distancia de más de un centenar de millas.

La capital de Francia en el siglo XII había crecido a un ritmo febril en los últimos veinte años. A la sazón, más de 100.000 personas vivían dentro del perímetro de sus fortificaciones, o bien apiñadas en los environs de París, fuera de sus murallas. Ello la convertía en una de las ciudades más grandes del mundo occidental.

Los romanos la habían trazado como un nostálgico recordatorio de su propia capital, puesto que París, como Roma, también descansaba sobre bajas colinas. El enclave de la guarnición que servía de cuartel general de las legiones romanas asentadas en la Galia, pronto se convirtió en un importante centro comercial.

Eso sucedió a causa del río Sena, que era plenamente navegable en todas las estaciones del año, por donde llegaban abundantes provisiones desde la costa septentrional francesa y de las ricas granjas y viñedos de poniente. Ese río estratégicamente tan importante, que cruzaba serpenteando la ciudad que servía de guarnición a los romanos, también había traído a las sucesivas legiones allí apostadas el recuerdo de su Tíber natal, que serpenteaba a través de Roma.

Simon estaba fascinado por la ajetreada escena que contemplaba a su derredor mientras él y De Roubaix avanzaban al paso de sus caballos por las angostas calles. Estas eran poco más que sendas barrosas, pues los environs de la ribera meridional del río no gozaban de las mismas comodidades que las de la parte septentrional de la capital. La ciudad sobre la orilla derecha del Sena se encontraba entrecortada por anchas rues adoquinadas, herencia de las vías que en un tiempo fueran las arterias de la ciudad guarnición romana. Los environs de la orilla izquierda, en comparación, eran arrabales.

Las sucias y sinuosas sendas se extendían a ambos lados de casas, hosterías, tabernas, burdeles, establos y pocilgas burdamente construidos. Sumidos perpetuamente en la sombra de los destartados edificios más grandes de dos pisos, aquellos angostos caminos de carro hedían a orina y excrementos, tanto animales como humanos.

El ruido era ensordecedor: una mezcla atronadora de crujientes

carros, utensilios tintineantes, aves de corral y otros animales que protestaban ruidosamente camino al mercado. Se agregaban a aquella cacofonía los fuertes gritos y los insultos roncós, las maldiciones y las risotadas, que acompañaban la frenética actividad que tenía lugar en las transitadas callejuelas.

A Simon le había intrigado Gisors, le había fascinado Chartres y quedó emocionado ante la perspectiva de ver París por primera vez, pero ahora que se hallaba en la capital, la encontraba tremendamente desagradable.

Bernard de Roubaix la detestaba, como siempre, y no veía llegado el momento de regresar a la paz y la tranquilidad de su amada Normandía natal.

Mientras obligaban a sus caballos fogosos a abrirse paso a través de las multitudes de hedionda humanidad que se apretujaban en las calles, Simon no tenía tiempo de advertir las miradas de admiración que le dirigían las mujeres, jóvenes y viejas por igual. El alto, apuesto y joven cadete de negra túnica cabalgaba junto al templario de más edad, cuya cota de malla centelleaba bajo los pocos rayos de sol que se filtraban hasta las oscuras callejuelas.

Por fin, salieron del laberinto de inmundas callejas laterales y se encontraron en el soleado quai a la orilla del río, para encontrarse con su primera visión de la catedral, Notre Dame de París.

Construida en l'Ile de la Cité comenzada solo diecisiete años antes, aquella enorme construcción tenía la misma edad de Simon. Pero había crecido a un ritmo tan sorprendente, que la impresionante altura del gran edificio ahora dominaba la ciudad.

Sin duda, se trataba del proyecto más ambicioso de la era de la arquitectura gótica, y Simon apenas podía contener la ansiedad de ver su interior.

Acercándose a Nôtre Dame, seguían cabalgando lentamente a lo largo del quai que bordeaba la orilla izquierda, gozando de la fresca brisa del río que alejaba el hedor de los arrabales. Los muelles estaban abarrotados de bajeles de carga de toda clase, que constituían la clave de la riqueza creciente de la capital que se expandía rápidamente.

París, en aquella época, gozaba de un comercio extensivo en mercaderías exóticas, al tiempo que era un mercado central para los productos de granja y otros, que llegaban diariamente a los quais de ambas orillas del río.

Normandía, Picardía, Bretaña y las Tierras Bajas, así como la mayor parte de Francia bajo dominio del rey francés y el duque de Borgoña, enviaban a París sus mejores terneros, ovejas, cerdos, pescados, quesos, hortalizas, frutas y vinos, para alegrar las mesas de aquellos que podían pagarlos.

Desde más allá, Inglaterra mandaba lana, y varios países del Mediterráneo embarcaban alfombras, sedas y telas de hilo, cristalería y platería, cerámica y armas finas, armaduras y artículos de cuero..., en una palabra, toda la rica profusión de lujosos productos que los artesanos extranjeros eran capaces de diseñar y manufacturar.

La flamante universidad de París atraía una clase de riqueza distinta, la del conocimiento, que se volcaba allí procedente de muchas tierras del mundo. Pero al mismo tiempo aquel gran centro del saber ingresaba enormes sumas de dinero que los estudiantes extranjeros recibían de sus padres ricos, con el fin de brindar a sus hijos parte de la mejor instrucción de Europa.

Los nobles y los comunes, los ricos y los pobres, los avaros y los generosos, todos se dirigían a la activa capital, por razones tan diferentes como visitantes había en París.

A causa de la necesidad de servicios tan variada que aquel flujo tan intenso de visitantes exigentes generaba, París se había converti-

do en un refugio para los pobres, siempre y cuando fuesen capaces de esclavizarse para realizar cualquier tarea servil que se les presentara. Nunca había escasez de semejante trabajo, buena parte del cual se relacionaba con la descarga de los barcos, almacenamiento y distribución de la mercadería.

Todo ello lo efectuaba la Jaequerie, la masa de campesinos que vivían en las barracas y las chozas de los barrios bajos de la orilla izquierda.

Los quais del Sena formaban un ruidoso y abigarrado escenario, pero afortunadamente la fresca brisa del río y el aroma de los perfumes y las especias orientales que traían los barcos de carga extranjeros de exóticos países influían en gran manera para mitigar el hedor de los environs, en cuanto a la orilla del río se refería. Cuando De Roubaix y su escudero cruzaron el puente meridional hasta l'le de la Cite, las paz y la tranquilidad que rodeaba a la enorme catedral, aún en construcción, fueron recibidas como un alivio esperado.

Curiosamente, ahora que Simon se encontraba cerca de Notre Dame de Paris, no experimentaba la misma sensación de temor que había sentido la primera vez que vio la catedral más pequeña de Chartres.

Si bien faltaba mucho para su terminación, ya se advertía una ostentosa opulencia en esa gran catedral que le faltaba a la más simple, más reverencial, arquitectura de la primera construcción.

Así como Simon había tenido la impresión de que Chartres era un sermón en piedra, ahora veía la catedral de Notre Dame de Paris como una ampulosa manifestación de la vasta riqueza de la Iglesia romana. Aquello fue suficiente como para afectar la religiosa sensibilidad del devoto joven normando.

Además, la misma sensación de alienación le asaltó cuando, después de dejar los caballos en manos de un mozo de establo, el templario y su escudero entraron en la catedral.

Si bien, al igual que en la ocasión anterior, inconscientemente bajaron la voz al trasponer el portal del sagrado edificio, Simon no experimentó en absoluto aquella sensación de espiritualidad y paz interior que previamente había gozado de manera tan extática en Chartres. Para él, Notre Dame fue una desilusión.

Bernard de Roubaix en seguida advirtió el súbito cambio de humor de su escudero. También él sentía lo mismo con respecto a Notre Dame de Paris.

-Se debe a la ausencia del Wouivre, Simon -dijo-. Aquí, en esta catedral, está dormido. En Chartres, el Dragón está despierto. Pero, lamentablemente, en este vasto edificio, aun cuando la construcción exterior está casi terminada y, por consiguiente, deberíamos sentir la presencia del guardián de nuestra bendita Señora, en cambio notamos su ausencia.

»Ello es así porque el orgullo y la arrogancia de los constructores ha crecido incommensurablemente junto con la enorme riqueza que se ha volcado en su construcción.

»El Wouivre prefiere una dedicación más simple y devota al verdadero propósito del edificio, como instrumento perfecto para la comunicación con Dios. Notre Dame de Paris no se está construyendo con ese solo fin en la mente de sus arrogantes construc-

tores.

»Por tanto, el dragón Wouivre duerme. Pero despertará para la celebración de los antiguos ritos de las estaciones. Ven cuando esté terminada, cuando se celebren los ritos de los equinoccios o de los solsticios con la reverencia debida, y encontrarás el Wouivre despierto.

»Sin embargo, ya que nos encontramos aquí, Simon, ruega conmigo por el éxito de tu misión en Tierra Santa.

Lado a lado, caballero y escudero se postraron de rodillas y vertieron su alma a nuestra bendita Señora de París.

Durante un breve lapso, sintieron que el dragón dormido se agitaba en su prolongado sueño y ambos tuvieron la impresión de que la Virgen Madre había escuchado su devota plegaria.

De Roubaix tenía poco que decir sobre Nôtre Dame de París y pronto se marcharon, para cruzar a la orilla derecha y emprender camino hacia el cuartel general de los templarios.

Si algo simbolizaba el poder de la Orden, era ese centro para el Gran Capítulo de París. Sin embargo, su templo de maciza construcción, al igual que la comandancia de Gisors, ya estaba señalado para ser reconstruido en una fortaleza aún más fuerte.

Simon estaba notablemente impresionado por los altos muros, con sus numerosos máchzcoullís. Se trataba de contrafuertes salidizos, semejantes a pequeñas cajas, distribuidos a lo largo de las murallas con almenas. En caso de ataque, en cada uno se encontraba un arco, que se encargaría de disparar contra los sitiadores que intentaran escalar las murallas.

Las torres en las esquinas de los muros estaban coronadas por agujas cónicas, y el vasto patio interior se encontraba respaldado por la gran construcción que contenía la Casa Capitular, que constituía el corazón de la fortaleza. Aquel era el primer foco del poder temporal de la Orden en occidente, y su formidable presencia dominaba la capital de Francia.

Simon sentía que el tamaño y el peso de los muros exteriores le oprimían. Se sintió aliviado al pasar bajo el sombrío rastrillo y salir al patio interior iluminado por la luz del sol. Bernard de Roubaix había visitado el templo muchas veces en el curso de sus misiones, pero siempre experimentaba la sensación de encierro opresivo que perturbaba a su escudero.

Al igual que Simon, el viejo templario era esencialmente un hombre de acción que amaba el aire libre de Dios; era un hombre de campo nacido y criado en Normandía. Si bien una parte de su vida había transcurrido dentro de los muros de muchas fortalezas, nunca se sintió cómodo en ninguna de ellas, en particular en el interior del cuartel general de los templarios en París.

Bernard de Roubaix era bien conocido por los guardias, y los visitantes en seguida cumplieron con las formalidades requeridas. Sus monturas fueron conducidas al herrador de turno para que les cambiara las herraduras, y ellos no tardaron en recibir la bienvenida de parte de Belami y su pequeña compañía de ansiosos y jóvenes cadetes. Rodeado de tanto afecto y amistad, Simon pronto dejó de sentir la impresión opresiva, que se disipó rápidamente en medio de las risas y las bromas alegres. Ni las miradas de desaprobación de los caballeros templarios, que se disponían a iniciar sus períodos de abstinencia, pudieron desalentar el alegre espíritu que animaba a los cadetes. Además, la presencia de los famosos y viejos caballeros sancionaba tácitamente su conducta.

-Ahora, Simon, que has contemplado las maravillas de Chartres, ¿qué dices? -preguntó Belami, dándole un fuerte abrazo.

-Es un milagro. No creo haber sentido tanto la presencia de la paz y la belleza en ningún otro lugar.

-¿Y qué impresión te ha causado Notre Dame de París?

-De ningún modo la misma. -Hizo una pausa-. ¿Es bella?

Si. ¿Impresionante? Por supuesto, aún le falta mucho para estar terminada, pero, de todas maneras, no es como Chartres.

-Lo sé. -Belami asintió con la cabeza-. Yo siento exactamente lo mismo. El Wouivre parece estar dormido en Notre Dame de París. En Chartres, en cambio, el Dragón está siempre presente, guardando a nuestra santa Señora.

En contraste con estos profundos pensamientos, Simon no tardó en sumirse en las acostumbradas chanzas estúpidas de sus compañeros cadetes, que todos los jóvenes parecen celebrar en un ámbito militar. Se trata de una experiencia intemporal y constituye la esencia de la camaradería que se extiende en cualquier corps d'élite compuesto por gente joven.

En París, no hubo tiempo de visitar lugares de interés, lo que causó una gran desilusión en Simon, que deseaba ver la nueva universidad. Pero, desde su llegada, los cadetes habían estado muy atareados, preparándose para el largo camino que les llevaría a Marsella.

Se habían producido unos días de demora a causa de la reunión de un gran número de peregrinos, comerciantes y mercenarios, que los cadetes escoltarían hasta la Provenza, desde donde la mayoría seguiría viaje hasta Tierra Santa.

Los servicios de una escolta de templarios se obtenían mediante el pago a la Orden de una suma razonable, pero los viajeros primero tenían que presentar pruebas válidas que justificaran el viaje. El servicio de escolta era habitual entre los peregrinos que podían permítterselo, y los mercaderes u otras personas no acostumbradas a usar armas para defenderse se sentían seguros durante el viaje.

Sin embargo, algunos de los viajeros eran mercenarios, jóvenes aventureros que se dirigían a ultramar para unirse a cualquier ejército franco dispuesto a poner precio a sus espadas. También éstos estaban contentos de tener la oportunidad de compartir el viaje con la escolta de ocho jóvenes cadetes, al mando del canoso veterano.

Consideraban que la presencia de una compañía de templarios, por pequeña que fuese, les daba derecho a buscar abrigo en las comandancias que encontrarían a lo largo del camino. Para ellos, también, era dinero bien gastado. Por cierto que la escolta daba la impresión de estar perfectamente instruida.

Las bandas de forajidos y de otros renegados sin patria, a veces comandadas por feudales proscritos, aún eran una amenaza en los solitarios caminos hacia la costa provenzal. Pero las lanzas de los jóvenes templarios evitarían que nadie atacara el convoy de carros, salvo los bandoleros más osados.

La mayoría de los peregrinos eran de mediana edad, algunos con esposas e hijas, pero había otros, aparte de los mercenarios, cuyo viaje a Tierra Santa no era motivado por un devoto deseo de obtener la Gracia o la plenitud espiritual. Estos eran mercaderes, y el riesgo inherente al viaje formaba parte de su actividad comercial.

Pero para los más vulnerables de los peregrinos, los jóvenes cadetes les parecían ángeles guardianes, y las mujeres más jóvenes favorecían a los ocho apuestos cadetes con múltiples miradas de admiración solapada.

Una adorable joven italiana, hija de un platero milanés, estaba fascinada por el alto normando de cabellos castaños y ojos azules como plumas de pavo real.

María de Nofrenoy tenía sólo dieciséis años cuando se enamoró locamente de Simon, literalmente a los pocos minutos de haber puesto los ojos en él. Toda la pasión de su joven cuerpo se desbordó has-

ta el punto de casi ahogaría a causa de su intensidad.

Su cara en forma de corazón, agraciada con un cutis finísimo y una cálida y generosa boca, que dejaba ver unos dientes perfectos, posteriormente se vio embellecida por la chispa de pasión que apareció en sus ojos de color castaño oscuro. Cada mirada que dirigía hacia el nada suspicaz Simon era una promesa de gozo.

-Debe de haber algo raro en ese muchacho -se decía Belami entre dientes, con desesperación-. Debe de estar ciego para no ver a esa flor esplendorosa.

El veterano en seguida tuvo que abandonar aquellas reflexiones para concentrarse en reunir a los peregrinos y sus heterogéneas posesiones, que se apilaban inseguramente en un surtido inadecuado de carros desvencijados.

-Sabe Dios que soy un hombre paciente -le dijo gruñendo a Simon-. Pero, ¿por qué tengo que ocuparme del acarreo de la mitad de las posesiones mundanas del norte de Francia hasta la Provenza? Puedes estar seguro, Simon, que la mayor parte de toda esa basura no llegará más allá de Dijon, ¡y ni hablar de Marsella!

Blasfemando copiosamente en árabe, que es una lengua maravillosa para ese cometido, Belami espoleó a su caballo para acercarse a Bernard de Roubaix y protestar contra aquella típica estupidez de los civiles.

El viejo templario, que ya lo había escuchado todo antes, en especial las maldiciones árabes, asintió prudentemente.

-Inshallah, Belami. Cuando las ruedas se caigan, deja la basura atrás.

-¡Santa Madre de Dios! -juró el veterano, elevando los ojos al cielo-. ¡Una vieja imbécil ha traído su mecedora! ¡Eso tiene que descargarlo ahora mismo!

-No, Belami -rió De Roubaix-. Su carro se desarmará mucho antes de llegar a Dijon. Es mejor que maldiga al diablo por ello antes que lance sus juramentos contra el entrometido servidor templario que arrojó su mecedora favorita en París. En Marsella encontrará otra.

Habían sido dos días exasperantes para Belami y sus cadetes, antes de que la caravana, por fin, emprendiera su camino franqueando el portal meridional de las murallas que delimitaban el perímetro de la ciudad.

Simon, Bernard de Roubaix y el veterano servidor se abrazaron con el corazón henchido y los ojos velados por las lágrimas. Sabían que sería por última vez. El caballero templario se quedó observando a sus amigos hasta que se perdieron de vista; luego, sonándose la nariz ruidosamente, se enjugó las lágrimas y volvió a penetrar por el portal, para emprender su solitario camino de vuelta a Gisors. Allí, siguiendo las órdenes y los dictados de su corazón, pasaría el resto de sus días en De Cre~y Manor con su viejo amigo Raoul. Al menos los dos veteranos cruzados podrían compartir su tristeza ante la ausencia de su pupilo, esperando con ansiedad las cartas que sabían que les escribiría desde Tierra Santa.

Éstas les ayudarían a mitigar el dolor causado por la separación de la persona más importante de su vida. Ambos sabían que Simon gozaría de un gran destino y que, a su manera, buscaría el Santo Grial del Conocimiento, el Gnosticismo de los Magos.

Aquella era la Era de la Caballería, y las hazañas de la gran Orden Militar de los Templarios habían influido grandemente, si no inspirado, la leyenda del rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda. Existía incluso otro Avalon en Borgoña, cerca de Beaune, ~ después de todo, Lancelot du Lac provenía de Francia.

Muchos creían implícitamente en la autenticidad de ese gran

círculo de gallardos caballeros. Tanto De Roubaix como De Cre~y veían a Simon como otro sir Percival, el incomparable caballero de la corte de Arturo sobre quien los trovadores, mágicos poetas errantes, cantaban sus baladas, llevando las leyendas de la vida arquetípica a los espíritus de aquellos que escuchaban sus mágicas canciones.

Los dos caballeros también creían en la realidad del rey Arturo y su círculo mágico de auténticos chevahers. Aceptaban su autenticidad de la misma manera que creían en la Cruz donde había muerto Jesús, que, estampada en plata, íes había conducido durante su Cruzada en Tierra Santa.

Desde París, la ruta de los peregrinos escoltados por los templarios se extendía en dirección sureste hasta Dijon, alrededor de 230 millas, siguiendo el curso del Sena a medida que avanzaban hacia sus tributarios. Si bien De Roubaix y Simon habían cubierto treinta millas por día en su viaje a Chartres y París, los peregrinos y sus destartalados carruajes obstaculizaban de tal manera la caravana de los templarios, aun en las rectas vías romanas, que apenas avanzaban veinte millas entre el amanecer y el crepúsculo vespertino. En total, les llevó once días llegar a Dijon, dejando una triste estela de carros averiados y otras posesiones a lo largo del camino.

La pequeña ciudad era un centro importante para la venta de los productos de granja de la región y se había convertido en un foco de atracción para el comercio de vinos, iniciado siglos antes por los romanos y desarrollado posteriormente por los seguidores de Carlomagno, el primer emperador de la cristiandad. La rodeaban los feudos de los nobles hacendados, así como los hogares rurales de las familias feudales y mercaderes aposentados, mansiones, granjas yfermes de los templarios allí establecidos. Dichas construcciones contrastaban violentamente con las barracas de los pobres.

Dijon, el Diblio del tiempo de los romanos, era ahora el hogar del duque de Borgoña. Se hallaba enclavado contra el río Borgoña, que a su vez desembocaba en el Saóne, y allí, durante un día exasperante, Belami y los cadetes bregaron con la reparación de los carruajes que se desintegraban rápidamente. Ello era suficiente para llevar a un hombre a la bebida.

Como aquella era una de las regiones productoras de vino de mejor calidad de Europa, Belami decidió que sus cadetes eran merecedores de un poco de esparcimiento, de modo que, cuando hubieron terminado las reparaciones de emergencia, y mientras el herrador cambiaba algunas herraduras de los caballos, el veterano introdujo a su pequeña tropa a las delicias de los vinos de Borgoña.

Aunque los caballeros templarios hacían votos de abstinencia, el requisito no pesaba sobre las filas de los servidores de la Orden, y, si bien Belami no consentiría la indisciplina de la borrachera, no veía razón alguna para que los cadetes debieran permanecer muertos de sed en medio de la abundancia de bebida.

Él mismo les acompañó, tomando modestamente una o dos botellas, como para dar ejemplo de moderación en el beber. Belami se reía de sí mismo al recordar, de pronto, a sus viejos camaradas de armas, veinte años antes en Tierra Santa. «Difícilmente me reconocerían ahora», pensó. No, por cierto, a raíz de sus actuales hábitos abstemios, que contrastaban con su antigua imagen de bebedor empedernido.

-Este vino es excelente. -El veterano chasqueó los labios apreciativamente-. A mi edad, mes braves, me tomo mi tiempo para saborear un vino de semejante cosecha. En los viejos tiempos, cuando tenía vuestra edad, lo engullía a barriles. Bien podrían haberme servido onnes de cerdo.

Los cadetes rieron estrepitosamente, ya que el vino de Borgoña les había aflojado la lengua.

-¿Cómo luchabais, mon cher sergent, si estabais borracho?
-inquirió Pierre, el apuesto joven de ojos oscuros y seguro de si mismo, que evidentemente provenía de una noble casa francesa, pero que, hasta el momento, no se le había hecho conocer su origen.

Sin embargo, su agudeza y valentía ya le habían hecho merecedor de la íntima amistad de Simon.

Belami se echó a reír.

-¡Como siempre, mon gar-on, con una sola mano y la fuerza de un oso!

-¿Y el vino no os afectaba en absoluto? -preguntó Phillipe, el muchacho alto y callado, que también se había sentido atraído por la cálida camaradería de Simon.

-¡Si! -reconoció Belami-. ¡Después de una docena de botellas, me parecía que luchaba contra el doble de paganos!

Los cadetes celebraron estruendosamente la ocurrencia.

-Es un mal hábito -rugió el veterano-. ¡No lo cultivéis! Casi me expulsaron del cuerpo por mis borracheras. Sólo la intercesión de mi comandante, el difunto Gran Maestro y el hombre más extraordinario a cuyas órdenes haya servido jamás, me salvó de recibir una patada en el traste. De no haber sido por Odó de Saint Amand, hoy no estaría con vosotros, saboreando este delicioso vino. Bebed, mes braves, que mañana debemos partir al amanecer.

Durante el largo viaje hacia el sur, María de Nofrenoy apenas podía apartar los ojos de Simon. Su corazón latía con fuerza cada vez que le tenía cerca, lo que sucedía tan a menudo como ella podía encontrar una excusa para llamar su atención, ostensiblemente con el fin de recabar ayuda para el carruaje de su padre que siempre le creaba algún problema.

La joven anhelaba el contacto de las fuertes manos del apuesto normando sobre su voluptuoso cuerpo, que virtualmente ansiaba ser tomado por su deseado amante.

Las bellas facciones y los ojos sorprendentemente azules de Simon poblaban sus sueños, despierta o dormida, pero en especial cuando, por la noche, se removía inquieta en la parte posterior del carro de su padre, devorada por el deseo.

María aún era virgen, pero su ardiente temperamento milanés le proporcionaba una madurez física que superaba la que le correspondía por la edad. Hasta aquel viaje a Marsella, su experiencia amorosa se había limitado a unos pocos besos robados y a algunas torpes caricias con el aprendiz de su padre en París. Al zagal le habían atrapado en el acto antes de que hubiesen llegado las cosas a mayores. Había recibido una buena tunda y le habían despedido, a pesar de las protestas de María, que se atribuyó la culpa. Ahora se había enamorado perdidamente de Simon y deseaba que fuese él quien le robara la virginidad. Todos los demás cadetes habrían estado encantados de ser su amante, pero María sólo tenía ojos, y suspiros, para Simon. Para alivio de Belami, su cadete favorito comenzaba por fin a darse cuenta de la adoración de su admiradora. El veterano ahora estaba seguro de que Simon no era anormal ni tenía ningún defecto físico.

Fueron todos aquellos años de acondicionarlo para la castidad en la casa sin mujeres de Raoul de Creçy lo que había retrasado el normal desarrollo del joven normando. Simon era tremendamente tímido con las mujeres, en particular con las jóvenes. Pero ni siquiera su agudo retraimiento para con el sexo opuesto podía difícilmente evitar que respondiese a los generosos encantos de María, así como a la evidente ansiedad con que ella silenciosamente se los ofrecía para su aprobación.

En dos ocasiones, al ayudarla a enmendar los inconvenientes que sufría el carro de los De Nofrenov, Simon se encontró muy cerca de

María, con los cuerpos en contacto. Cada vez, la emoción causada por el roce les había hecho estremecer, mientras el perfume natural de la muchacha le embriagaba como el olor de las flores silvestres. La tierra despertaba al vigor del mes de mayo; hacia una llamada a sus jóvenes criaturas para que respondiesen a la música del gran dios Pan. Simon y María reaccionaban a los tonos mágicos de la siringa, y la sangre latía con fuerza en sus venas.

Una noche de luna acamparon al lado del camino, y Simon montaba guardia cuando el leve ruido de unos pasos le obligó a girar sobre sus talones, al tiempo que extraía la espada. Antes de que tuviese tiempo de desafiar al merodeador, los suaves dedos de María le rozaron los labios, para silenciarlos. Su cuerpo tembloroso se apretó contra él. A la luz plateada de la luna, Simon pudo ver el largo y bien cepillado pelo que enmarcaba el rostro ansioso de María. Con el sordo siseo del acero al rozar con el cuero, el joven caballero envainó de nuevo la espada. El vigoroso doncel levantó a la temblorosa joven del suelo, estrechándola fuertemente entre los brazos enfundados en la cota de malla.

Sus bocas se encontraron y se fundieron en un beso. La activa lengua de María se deslizó entre los labios húmedos de Simon. Embelesado, él respondió, los sentidos vibrando de deseo, y todas las terribles advertencias del hermano Ambrose volaron de su mente como un enjambre de pájaros silvestres liberados de pronto.

Simon sintió que su masculinidad se alzaba bajo la tierna caricia de María, mientras debajo de los ásperos calzones de cota de malla, los muslos de la muchacha se abrían anhelantes a su palpitante erección.

Lo restante habría sido la conclusión natural de semejante pasión. Pero, en aquel instante, el resplandor vacilante de una antorcha brilló sobre sus jóvenes rostros sorprendidos.

Ambos lanzaron una exclamación de sorpresa al ser descubiertos, Simon encogiéndose de vergüenza, y María tapándose instintivamente la cara con su capa con capucha.

Para alivio de Simon, una sorda risita le anunció que era Belami quien sostenía la antorcha, que se apagó de inmediato cuando el veterano introdujo el cabo encendido entre las matas empapadas de rocío. Con el dedo sobre los labios, les reprendió dulcemente:

-¡Ahora no, mes enfants, y no aquí! Volved junto a vuestro papá, signorina. No temas, Simon, guardaré tu secreto. Pero quiero hablar contigo, man ami..., a solas!

El dulce beso que le dio María, con una risita, le dijo al joven normando que no estaba todo perdido y, mientras la bella joven se perdía en la oscuridad, Belami puso su poderoso brazo sobre los temblorosos hombros de su joven amigo.

-Simon -le dijo-, lo que ha pasado, pasado está. No se ha cometido ningún pecado mortal. Has besado a una hermosa muchacha que lo deseaba. Eso es todo. Y si la naturaleza hubiera tomado su curso natural, tampoco eso habría sido pecado.

»Nunca estuve de acuerdo con la forma extremadamente estricta en que te educaron. Si bien tengo un gran respeto por tus tutores, creo que interpretaron mal la voluntad de tu padre.

»Recuerda, Simon, que no estarías aquí si tu propio padre no hubiese respondido a la llamada de amor de nuestra santa Madre.

»Todavía no eres un caballero templario, a quien le está prohibido el amor terrenal por los votos del celibato. Por lo tanto, por amor a nuestra santa Señora (y créeme, Simon, que no digo ninguna blasfemia), deberías conocer la dulzura del verdadero amor, antes de que renunciaras a él para siempre.

Como el padre que abraza a su hijo favorito, así Belami estrechó

a Simon entre sus brazos.

-Jesús sabe que no soy un santo, pues he amado a muchas mujeres, pero la doncella del caso, o la matrona, siempre consintió voluntariamente, y ninguna de ellas, que yo sepa, sufrió daño alguno a causa de nuestra relación. Tú no haces más que lo que suele hacer cualquier joven animal en celo en esta época del año. No hay pecado en ello, porque no tendríamos futuro sin el amor natural. ¡Créeme, Simon, el gran dios Pan no está muerto!

En seguida el trastornado joven le abrió su alma al prudente y mundano amigo, y le contó a Belami sus pasadas dudas y temores. El sonriente veterano le escuchó pacientemente mientras Simon le hablaba de la lucha solitaria que sostuvo, cuando la feliz infancia se convirtió en la incierta adolescencia vigorosa.

-He tenido sueños que me llevaron a un delicioso éxtasis, pero con el alba llegaba la culpa infernal, llenándome el alma de terror.

-¿No es eso verdaderamente obra del diablo?

-¡No, Simon, no lo es! -Belami rió-. Es, antes bien, obra de nuestra santa Madre Tierra. Créeme, man am¿ tendrás mucho tiempo para evitar el caer en pecado mortal después que hayas tomado los votos de caballero templario... -El veterano hizo una pausa-. ¡Si es eso lo que deseas hacer!

Esbozó una amplia sonrisa.

-Basta de esta solemne conversación. Tomaremos un vaso de vino caliente con especias, porque el viento de Borgoña se vuelve muy frío a esta hora..., pues es por eso que estás temblando, ¿no es cierto, mon brave?

Belami sabía muy bien por qué temblaba Simon, pero así le brindaba al joven una excusa válida para su embarazo.

-Belami, ¿qué haría yo sin vos?

-En primer lugar, estarias pasando un delicioso rato con Maria! -respondió el veterano, riendo, mientras se dirigían hacia el círculo que formaban los carros con el fin de saborear el vino caliente con especias y disfrutar de un par de horas de sueño, con la silla por almohada y envueltos en mantas junto al agonizante fuego de campamento.

4

Rebatos y excursiones

La caravana de peregrinos siguió serpenteando su camino a lo largo de las aguas bordeadas de cañizares del Saône, hasta que se unía con el río Ródano en Lyon.

Ese era otro importante puesto clave de los romanos para proteger el valle del largo río que se extendía hacia el sur hasta el delta de la pantanosa Camarga. Era un puerto destinado al comercio de vinos de gran actividad, así como una importante plaza fuerte de los templarios. Allí Belami dejó a dos de los jóvenes cadetes, Gervais de Lartre e Yves de St. Brieuc, el alto muchacho de Lille y el fornido bretón. Ambos se sintieron amargamente desilusionados al no poder continuar, pero la recurrencia de la fiebre que sufrían obligó a Belami a tomar la decisión de dejarles, para reforzar la guarnición de los templarios en Lyon.

-Mejor hacer un buen trabajo aquí que convertirse en un estorbo para una guarnición en las tierras asoladas por las fiebres de ultramar.

Los muchachos eran inteligentes y comprendieron el punto de vista de Belami. Este les dio ánimos.

-Cuando estéis completamente curados, podréis uniros a noso-

tros en Tierra Santa. Hasta entonces, mes braves, buena cacería... y no bebáis demasiado para ahogar vuestra decepción!

Lyon era el centro comercial para el vino de Borgoña, y las barcazas pesadamente cargadas zarpaban de sus quais para deslizarse rápidamente río abajo por el Ródano y llevar su carga de vinos y finas pieles a Provenza, donde les esperaban infinidad de barcos.

Los lanchones de río, de quilla plana, construidos especialmente, eran gobernados por fuertes remeros y estaban equipados con anchas velas. Su pilotaje constituía una hábil operación, para guiarles entre los móviles bancos de arena que las poderosas corrientes constantemente formaban y dispersaban. Cuando estaban vacías, aquellas barcazas habían de ser laboriosamente remolcadas río arriba. Entonces se las arrastraba cerca de la orilla, donde la corriente era más débil, por medio de vuntas de caballos o bien por partidas de desdichados prisioneros. Todo en nombre del gran dios Baco.

A causa del alto costo que significaba contratar un piloto fluvial experimentado y la falta de espacio que quedaba a bordo, después de cargar los pesados toneles de vino, pocos eran los peregrinos que podían darse el lujo de recurrir a aquel medio de transporte por la rápida y rugiente corriente. Sin embargo, varios mercaderes y los peregrinos más ricos eligieron afrontar el costo de aquel viaje rápido por el Ródano. El resto de la caravana, con excepción de los dos cadetes enfermos, emprendió la ruta del largo valle. Mientras así lo hacían, la relación entre María y Simon floreció hasta convertirse en un intenso amorío.

Todo era bastante inocente; furtivos encuentros de gozo cuando el padre de la joven estaba completamente dormido en la parte posterior del carro. Aquellas citas eran frecuentes, debido a lo afecto que era el orfebre al vino de Borgoña, pero lamentablemente los interludios debían ser breves, porque Simon y los otros cinco sirvientes ahora tenían que cubrir las guardias de los cadetes faltantes. El tiempo que los jóvenes pasaban juntos, si bien resultaba placentero, aún era demasiado corto como para poder llegar a una conclusión satisfactoria. Generalmente, sus breves encuentros llegaban al clímax del más absoluto deseo mucho antes de poder alcanzar algo más definitivo.

En todo momento, Belami, sin ser visto ni oído, montaba guardia para asegurarse de que los jóvenes gozaran de unos momentos de paz sin ser molestados. El veterano no era un voyeur, pero su aguzado oído difícilmente podía dejar de percibir la pasión que les embargaba. Se sonreía en la oscuridad y en voz baja tarareaba antiguas canciones de amor provenzales.

Aquel idilio fue interrumpido dramática y repentinamente.

Su marcha hacia el sur había transcurrido sin sobresaltos, aparte de la muerte de un anciano peregrino y de su entierro junto a un santuario al lado del camino, de manera que la vigilancia se había convertido en cosa rutinaria. Sólo fue preciso una momentánea distracción en el instante más inoportuno para que casi se produjese un desastre. Ocurrió a pocas millas al norte de la ciudad de Orange, frente al cañón de l'Ardèche. Poco antes del amanecer, Belami se despertó de repente con todos sus sentidos alerta. Para él, un débil grito y el roce de una espada al ser desenfundada había provocado la alarma. La niebla matutina colgaba baja sobre su campamento en la ribera del río, y la húmeda hierba había ahogado el golpear de los cascos de los caballos que se acercaban. El veterano no precisó que ningún centinela pidiera el santo y seña para identificar a los intrusos como personas hostiles. En Lyon, le habían advertido sobre una banda de forajidos conducidos por un caballero renegado, Etienne de Malfoy. Los hombres honestos no se acercan a un campamento sigilosamente a aquella hora de la madrugada. Con un potente grito de: «Alarma! ¡Alarma!

¡Aux armes mes braves!», Belami se incorporó, con al hacha de guerra de doble filo en su poderosa mano derecha. Ya llevaba su cota de malla puesta. El veterano cuando viajaba siempre dormía con ella, y, mudándose regularmente dejaron o de ropa interior, le absorbía el sudor y evitaba así las fiebres.

La guardia del campamento se levantó en armas, pero los bandidos ya se encontraban entre ellos. Los intrusos atacaron indiscriminadamente, matando hombres y mujeres en su frenética búsqueda del botín. Dos de los cadetes de Belami yacían muertos, con las cotas de malla reposando inútilmente junto a sus destrozados cadáveres: una lección terrible sobre la necesidad de estar siempre dispuesto para entrar en batalla.

Los tres cadetes sobrevivientes, Simon, Pierre de Montjoie y Philippe de Mauray, estaban de pie, espalda contra espalda, formando un triángulo mortífero y luchando por sus vidas. No había ni rastros de Etienne Colmar, el joven cadete de Flandes.

Belami se sumió en una desesperada lucha como el Ángel de la Muerte, blandiendo su mortal hacha de guerra como una guadaña de destrucción. Un ladrón gritaba de dolor, mientras se aferraba el muñón de su brazo que sangraba a chorro, hasta que se desplomó hacia adelante, sin conocimiento. Otro cuerpo se estrelló contra el suelo, decapitado de un solo tajo. Un tercer asesino encontró su fin cuando Belami hundió hasta el mango el hacha en el pecho protegido por la malla de acero del hombre que chillaba.

Simon parecía estar en todas partes, en tanto su espada penetraba por debajo de la guardia de su oponente para perforarle el vientre o la garganta. No había tenido tiempo de tensar su arco antes de que los bandidos surgiesen de la bruma.

El ataque por sorpresa había tenido éxito contra la gente desarmada y los indefensos. Pero al hacerles frente los jóvenes guerreros y el veterano servidor, cuya hacha de guerra cercenaba mallas y cascos de acero, los forajidos huyeron a la desbandada. Su jefe, un hombre fornido, de barba negra, con armadura y capa roja, juraba estentóreamente al tiempo que su desmoralizada banda de bandidos pasaba por su lado lanzando maldiciones. Su negra montura se contagió del pánico, antes de que él pudiese dominarle, y el animal giró sobre sí mismo y salió al galope para perderse en la niebla, mientras su dueño se encontraba impotente para frenarle tirando de las riendas.

Los forajidos dejaron a siete de sus compañeros muertos o agonizantes a sus espaldas. Simon y sus camaradas se apoyaron en sus ensangrentadas espadas, jadeando penosamente: la respiración se condensaba en nubes de vapor al entrar en contacto con el frío aire de la madrugada. Belami fue examinando a los muertos hasta que encontró un cuerpo con un hálito de vida. El hombre estaba mal herido: la afilada espada de Simon le había abierto el costado.

-¡Aidez-moi; camarade! -gritaba entre los dientes apretados por el dolor.

-¡El diablo te lleve! -murmuró Belami-. Pero, primero, dime quién es tu jefe. ¿Quién es el hijo de puta?

La punta de su puñal rozaba la garganta del renegado.

-¡Etienne de Malfoy!

-¡Merci, camarade!

El ladrón tenía los ojos desmesuradamente abiertos de terror.

Belami cogió el cayado en cruz de un peregrino asesinado, que yacía con el cuerpo retorcido junto a ellos. Acercó la cruz a los labios del hombre agonizante.

-¡Te absuelvo! -musitó el veterano.

Y hundió la daga hasta la empuñadura en el pecho del forajido.

Una bocanada de sangre salió de los labios del herido, y su espíritu abandonó el cuerpo. Belami levantó la vista hacia el rostro pálido de los cadetes. Estos se habían quedado conmocionados ante su acción. Las facciones del veterano eran duras como el granito.

-Un hombre herido, con la mitad de las entrañas fuera del cuerpo, puede seguir sufriendo el tormento durante una hora o más. Mi daga fue piadosa. Un día, mes camarades, quizá tendréis que hacer lo mismo por mí. -Hizo una elocuente pausa-. O quizá tenga que hacerlo yo por vosotros.

Simon había ultimado ciervos heridos por el mismo motivo. El coup de grâce no podría llevar un nombre mejor. De pronto le asaltó una idea. Se llevó la mano a la sudada frente.

-¡María! ¡Mon dieu! Me había olvidado de ella.

Belami lanzó una carcajada, rompiendo la tensión.

-Ella está bien, Simon. He visto cómo la bella moza clavaba un estilete en la carroña de un cabrón mal parido, cuando trataba de robar a su padre. Estaba estrangulando al viejo para sacarle la verdad de dónde tenía escondida la plata. No hagas enojar a esa exquisita criatura, Simon. ¡Puede ser fiera como una gata salvaje!

Belami registró los cadáveres de los renegados en busca del botín de guerra, pero encontró pocas cosas de valor en ellos. Luego los cadetes hicieron rodar los cuerpos hasta la rápida corriente del Ródano.

Simon buscó a María, que se hallaba atendiendo a su trémulo padre. Se abrazaron apasionadamente, con el deseo más ardiente aún a causa de la fiebre de la contienda que todavía perduraba en ellos. Cuando Simon regresó junto a Belami, éste le dijo:

-No podemos considerarnos libres de ese renegado De Malfoy. En Lyon me hablaron de sus hazañas sangrientas. Parece ser que se oculta en el cañón de l'Ardèche. Es una especie de leyenda local, nacido en esta región. Conoce el valle como la palma de su mano, lo que dificulta a las fuerzas punitivas hacerle salir de ahí. No hay nada que pueda sustituir el conocimiento de las gentes de la localidad.

Belami hizo una pausa, pensativo.

-Cuando lleguemos a la comandancia de Orange, le pediré al mariscal que me dé unos cuantos hombres de la guarnición. Tengo la corazonada de que sería preferible reunir a unos cuantos soldados de la zona y salir en busca de ese barbudo hijo de puta, que dejar que su banda de asesinos recobre la moral y sorprenda a la próxima caravana de peregrinos con otra de sus emboscadas matutinas.

Mientras Belami le explicaba a Simon sus planes para liquidar a De Malfoy, los cadetes contaron las bajas sufridas.

-Malo -gruñó el veterano por fin-. Dos de nuestros camaradas han muerto, Gaston y Gerard. Ambos hechos pedazos sin haber descargado un solo sablazo por su parte. Ved cómo estaban sin la cota de acero puesta, mes braves. ¡Aprended la lección! -El viejo soldado escupió en el suelo-. ¡Asesinos de criaturas! -exclamó con asco-. Eran sólo unos niños.

Diez peregrinos, la mayoría viejos e indefensos, habían muerto; cuatro mujeres, dos jóvenes y dos mayores, habían sido violadas y luego salvajemente destripadas. Phiippe vomitó al ver sus vientres abiertos. Los demás desviaron la vista mientras cubrían los cadáveres des-cuartizados.

-¿Cómo pueden los hombres comportarse de esta manera? Ninguna bestia es tan salvaje. Esto es la maldad descarnada -dijo Pierre.

-En eso tienes razón, mon brave -replicó Belami, con tristeza-. Estos renegados están embrujados. Están aliados con el diablo. -Se persignó al tiempo que los demás se estremecían, pues sentían la proximidad del Señor de las Tinieblas, que se sentía atraído por el

hedor de la muerte-. Esos cabrones están poseidos. Sus horribles actos hablan por si mismos -concluyó Belami.

-¿Cómo pudo suceder todo eso en tan corto tiempo? -preguntó Simon con un hilo de voz.

-La lucha duró más de lo que supones -repuso Belami, limpiando el hacha de guerra-. Combatimos con ellos unos buenos cinco minutos. Ese es tiempo suficiente para violar y robar. Probablemente las mujeres se habían levantado para ir a buscar agua y alimentar los fuegos de campamento. Los bandidos las atacaron a ellas primero, para evitar que dieran la alarma. Esos diablos deben de haberlas poseido junto a la fuente.

-Pero, ¿y la guardia? ¿Cómo pudieron acercarse a los centinelas sin ser oídos? -inquirió Simon.

-Eso fue culpa mia -respondió Philippe, sintiéndose culpable-- Oh, yo estaba alerta, pero me pareció ver a una de las mujeres que se acercaba a mi puesto para traerme agua. Pero era uno de los ladrones que llevaba una capa de mujer con capucha. Debió de cogerla de una de sus desgraciadas victimas. Me volví para darle las gracias y, cuando recobré el conocimiento, estaba estirado en el suelo, con la cabeza zumbándome a causa del golpe que me había propinado el bandido. En aquel momento, Pierre le atravesaba con su espada. Yo extraje la mia y me uní a los demás cuando los otros asesinos nos atacaban.

-Fue un grito y el ruido de tu espada al ser desenvainada lo que finalmente me despertó -explicó Belami-. El golpe contra tu cabeza y los mandobles de Pierre deben de haberme alertado un instante antes, pero lo que recuerdo claramente es el roce de la espada al salir de la vaina. Bien hecho, muchachos, os habéis comportado como auténticos servidores templarios.

Se arrodillaron para elevar una breve plegaria por el alma de sus camaradas asesinados. Todos estaban extrañados por la desaparición del otro cadete, Etienne Colmar, el joven de Flandes.

El misterio se desveló cuando le hallaron muerto, empalado en un árbol con una lanza. También él estaba desprovisto de la cota de malla. Evidentemente, el acto lo había cometido el jinete renegado. Los demás asesinos sólo estaban armados con espadas y dagas.

Los tres cadetes muertos fueron enterrados uno al lado del otro, con cruces de ramas burdamente atadas colocadas sobre sus cuerpos asesinados.

Simon les rindió honores con su espada alzada y el rostro tenso por el dolor.

-Tenéis razón, Belami, deberíamos ir y vengar a nuestros amigos. Debemos meter humo en el nido de ratas y exterminar a esas alimañas.

Los demás asintieron con la cabeza para expresar su conformidad.

-Ahora -dijo el veterano-, debemos llegar cuanto antes a la comandancia de Orange. Quiero que De Montdidier, el mariscal de la guarnición, me preste la mitad de sus hombres de inmediato. Debemos atacar a De Malfov mientras sus secuaces aún estén baldados.

Al cabo de pocas horas, Belami rabiaba de impaciencia, enfrentando al segundo oficial al mando de aquel puesto de los templarios. Eugéne de Montdidier, el mariscal de mediana edad al mando, se encontraba postrado a causa de un violento ataque de amaldía, una de las fiebres más azarosas de Tierra Santa. El veterano cruzado hubiera accedido sin vacilar a la petición de Belami, pero, por una endiablada mala suerte, el hombre estaba delirando cuando llegó la caravana al lugar.

Su ayudante, Louis de Carlo, otro viejo cruzado, se mostró inflexible.

Se negó rotundamente a reducir las fuerzas de la guarnición mien-

tras el comandante se hallara hors de combat. Nada de lo que Belami pudiese decir o hacer parecía poder hacerle cambiar de actitud o modificar su posición. Ofreció a los peregrinos seguro refugio en el patio de la comandancia, así como ayuda y remedios para los enfermos y heridos, pero se negó lamentándolo mucho a conceder a Belami el refuerzo de uno solo de sus soldados.

La guarnición de los templarios protegía el extremo oriental de un alto puente, originariamente construido por los romanos, sobre el Ródano, para comunicar el camino occidental de los peregrinos con la ciudad de Orange, en la orilla opuesta del río.

Se trataba de un eslabón vital en la cadena estratégica de fortalezas de los templarios, y el viejo cruzado esgrimía un argumento válido al querer mantenerlo en su plena dotación. Sin embargo, la capacidad de persuasión de Belami era la de un cruzado veterano que había adquirido más experiencia que el segundo oficial al mando de la guarnición. De mala gana, el mariscal temporario accedió por fin a prestarle la miserable dotación de nueve soldados, dejando la guarnición para ser defendida por los treinta y un templarios auxiliares restantes.

Lamentablemente, Robert de Burgh y Homfroi de Saint Simeon, los caballeros templarios más experimentados de la guarnición, se hallaban ausentes en Orange.

-Han ido a la ciudad para mantener una reunión del Capítulo en la abadía. Si estuviesen aquí, Belami, podría confiarles a ellos la misión. Poseen un gran conocimiento de la región y su ayuda sería invaluable. ¿No puedes esperar que regresen? Claro, ya te comprendo: De Malfroy es vulnerable en estos momentos a causa de las pérdidas y del fracaso de su ataque. Pero sólo puedo prescindir de nueve hombres. Que Dios te proteja, Belami.

-Así seremos trece -replicó el veterano servidor-. El buen Señor tenía ese número en la última cena. Atacaremos a los renegados a la misma hora que nos atacaron a nosotros, exactamente antes del amanecer.

-Ten cuidado, Belami -le advirtió el viejo cruzado-. El cañón de l'Ardèche es un lugar peligroso. Los altos acantilados y el sinuoso río lo convierten en el sitio perfecto para una emboscada.

Irritado por lo porfiado que se mostraba el segundo oficial, el veterano, por primera vez, dejó que la impaciencia por saldar cuentas con De Malfroy se impusiera sobre su prudencia. El servidor Louis de Carlo, el gordo y viejo comandante temporario, hacía tiempo que no participaba en combate alguno, pero había sido un soldado recio en su época y sabía la llama que ardía en el corazón de Belami. A medianoche le vio marchar con sus tres cadetes y nueve soldados montados, y en el fondo sintió nostalgia por no poder acompañarles.

Belarul contaba con dos montañeros entre su pequeña fuerza. El conocimiento que ellos tenían del terreno le daba cierta tranquilidad. Eran las dos de la madrugada pasadas cuando llegaron a la entrada del cañón. La luna había salido tarde y les daba luz suficiente para adentrarse en las tenebrosas profundidades del escarpado valle, siguiendo el sinuoso curso del río Ardèche.

Hasta el momento, habían recorrido una milla por el cañón sin ser descubiertos. Los cascos de sus caballos estaban recubiertos por pedazos de arpillera y avanzaban en silencio. Con todo, Belami estaba inquieto.

-No hay guardias apostados -le dijo a Simon en voz baja.

-Eso es extraño para un caballero experimentado como De Malfroy -murmuró Simon a su vez-. En el carro de Nofrenoy faltaba un barril de vino. Quizá los bandidos están durmiendo la mona.

Belami asintió con la cabeza.

-Puede ser que tengas razón, Simón. Los vencidos suelen ahogar el recuerdo de la derrota en vino. Confiemos que tengan un sueño pesado.

Guiados por los dos montañeses, siguieron avanzando serpenteando por el cañón. De pronto, el montanés que hacia de guía se detuvo al aparecer la luna de detrás de una nube. Se llevó los dedos a los labios. Belami se adelantó calladamente para unírsele, al tiempo que indicaba a los demás que le siguieran de cerca. No pronunciaron ni una sola palabra.

Ante ellos, un grupo de hombres envueltos en mantas yacía alrededor de un fuego de campamento. Los arqueros templarios se parapetaron detrás de los árboles y apuntaron sus arcos. Simón descolgó de su hombro el arco de tejo en silencio. Belami asintió con la cabeza, y los arqueros dispararon simultáneamente. Las cinco flechas se clavaron con un ruido sordo en los bultos tapados por las mantas del suelo, y la primera flecha de Simón traspasó el cuerpo agazapado del centinela. Belami en seguida se dio cuenta de que habían sido víctimas de un engaño. Sus blancos eran objetos envueltos con mantas. De repente, una lluvia de flechas, disparadas desde las rocas de lo alto, se clavaron a su alrededor. Dos de ellas hicieron blanco en los hombres de Belami, reduciendo su tropa a diez.

El resto de los soldados se había arrojado al suelo detrás de cualquier cosa que les sirviese de protección. Los renegados acogieron su reacción con gritos de triunfo. Confiados en extremo, cometieron un error fatal. Creyendo que sus adversarios habían sufrido más bajas de las que en realidad se habían producido, los jubilosos bandidos abandonaron su refugio y se lanzaron corriendo pendiente abajo para concluir su tarea.

Los templarios simulaban estar muertos hasta que sólo unas pocas yardas les separaban de sus atacantes. Entonces se levantaron y dispararon; Simón lanzó flecha tras flecha en rápida sucesión. Cada proyectil lanzado por un arco encontraba su blanco, y las flechas del normando iban abatiendo a los forajidos, uno tras otro. El ataque se detuvo y, chillando de terror, los bandoleros se desbandaron en retirada. Montando de nuevo en sus caballos, los templarios salieron al galope tras ellos, abatiendo a sus desmoralizados oponentes a medida que les alcanzaban.

Belami hizo caer de su montura a un alto ladrón con un golpe aturridor; antes de que el bandolero recobrase el conocimiento, él ya había saltado de la silla y le colocaba la punta del puñal en la garganta.

-¿Dónde está De Malfov? -rugió el veterano, con la hoja de la daga temblando por la furia que le dominaba.

No había ni un asomo de piedad en sus ojos. El aterrado bandolero respondió aún aturrido:

-Fue a atacar a la comandancia. Lo tenía planeado desde hace mucho tiempo. De Malfov abandonó el valle por un acceso secreto, a través de las cuevas que hay cerca de la entrada. ¡Nuestra emboscada tenía por objeto deteneros mientras él atacaba la fortaleza de los templarios!

-Debe de estar loco. La guarnición puede rechazar el ataque fácilmente. -Belami estaba asombrado por el aparente desatino del forajido-. Si tienes algo más que decir, dílo ahora, o te cortaré las orejas.

No había nada melodramático en el tono de Belami. Sus palabras expresaban exactamente lo que quería decir. El bandolero continuó precipitadamente:

-Se disfrazaron de peregrinos. El camino occidental de peregrinaje cruza el puente. Los guardias no sospecharán nada.

-¡Por el fuego del infierno! -exclamó Belami-. Regresemos,

mes braves, o será demasiado tarde.

-¡Piedad! -chillaba el bandido.

-La clemencia de Dios no se gana tan fácilmente. has traicionado a tus camaradas. ¡Muere!

La daga del veterano, hundiéndose en el corazón del hombre, acalló sus balbuceantes megos. Los templarios saltaron de nuevo sobre sus monturas y, en tanto la luz del alba se filtraba en las oscuras profundidades del valle, partieron al galope como llevados por el diablo.

Les había llevado dos horas el silencioso acercamiento. Ahora salieron atronando del cañón en cuestión de minutos y cubrieron la distancia que les separaba del puente en media hora de duro cabalgar. Al tomar la última curva antes de llegar al puente, vieron que se elevaba una aceitosa columna de humo negro de la comandancia. Dando rienda suelta a sus sudorosos caballos, los templarios maldecían o rezaban según les dictaban sus temores. Acercándose al puente por el otro extremo, el triunfante De Malfoy conducía a sus forajidos, cada uno de ellos pesadamente cargado con su botín. Ello había de ser su ruina. Reacios a deshacerse de su rico botín, titubearon durante unos momentos que habrían de resultar fatales. Los once vengadores, pálidos de furia, se precipitaron hacia ellos como una avalancha.

Los hombres de Belami iban armados con lanzas. Las mortales puntas de acero se clavaban en los bandoleros como si fuesen de carne picada. A continuación, aparecieron las espadas y todo fue una confusión de hojas de acero, que brillaban bajo la luz del amanecer. Aunque les aventajaban en número por cuatro a uno, las agueridas fuerzas de Belami se abrieron paso entre la masa de los hombres de De Malfoy.

El hecho de que los bandoleros fueran atrapados en medio del puente fue otro factor que contribuyó en su resonante derrota. Totalmente desmoralizados, los forajidos huyeron. «¡Sauve qui peut!», fue el grito que lanzaron al pasar junto a De Malfoy. Éste lanzó un juramento y atacó a sus propios hombres cuando se arremolinaban a su alrededor.

Las flechas de Simon dieron cuenta de tres hombres más, mientras él disparaba desde la silla. El hacha de guerra de Belami cercenó los miembros de otros cuatro bandoleros que lanzaban gritos de dolor. La fuerza de los templarios acuchilló a una veintena de renegados, y los arqueros dieron cuenta de los restantes. Fue una carnicería.

De Malfoy quedó solo en su corcoveante caballo negro, con la espada roja de sangre de sus propios hombres. Otro bandolero permanecía a su lado: un joven enjuto, de rubios cabellos, que ahora intentaba escapar atacando, lanza en ristre, a Simon que estaba más cerca de él.

De Malfoy levantó su espada y la arrojó al río.

-¡fe me rends! -gritó roncamente-. Fui armado caballero y puedo pagar un buen rescate.

Haciendo caso omiso del jinete que le atacaba, Simon tensó la cuerda de su arco.

-¡He aquí tu rescate! -gritó, y la gruesa cuerda del arco vibró sonoramente.

La flecha atravesó silbando el puente y se hundió en el pecho cubierto por la sobrevesta roja de De Malfoy.

Con un fuerte gruñido, cayó de su alta silla y se estrelló contra el parapeto de piedra. En su agonía, se retorció resbalando por el costado del altísimo puente. De Malfoy ya estaba muerto cuando se hundió en las espumosas aguas del Ródano y desapareció en el remolino blanco.

-¡Cuidado!

La advertencia de Belami llegó demasiado tarde, en tanto la lanza del renegado atacante alcanzaba el costado derecho de Simon. El joven normando sólo tuvo tiempo de girar sobre la silla, al tiempo que saltaba el arco y echaba mano de la espada. Entonces la lanza le hirió, de través, pero desgarrando a fondo la cota de malla y llegando a la carne. Simon se tambaleó sobre la silla, mientras el renegado pasaba por su lado.

Belami espolé a su montura para interceptarle el paso. Philippe y Pierre se acercaron a Simon por ambos lados para evitar que cayera de Pegase.

El bandolero de rubios cabellos arrojó la lanza y desenvainó la espada para parar el golpe de Belami. El hacha de guerra partió limpiamente la hoja de acero de la espada y se hundió en el aterrado rostro afeminado del joven forajido, que se partió en dos, sangrando copiosamente. Murió al instante.

Inclinado sobre la grupa de su caballo, que seguía galopando, el bandido muerto fue llevado hacia el valle.

Belami se acercó al trote a Simon y examinó su herida.

-Es profunda -dijo-, pero vívira.

La batalla había durado apenas tres minutos desde el principio hasta el final.

-¡María! -exclamó Simon, en un murmullo doliente-. Busca a María, Belami.

-No temas, muchacho. Philippe, Pierre..., que le atiendan inmediatamente. Iré en busca de la joven.

Belami cruzó el puente al galope y franqueó el portal abierto de la fortaleza de los templarios. El hecho de que aquellas pesadas puertas estuviesen abiertas de par en par indicaba que la estratagema de De Malfoy les había cogido por sorpresa.

El patio estaba patéticamente cubierto de ensangrentados bultos envueltos en telas, que momentos antes eran peregrinos. Sus carros destrozados aún ardían, provocando la espesa humareda que los templarios observaron cuando regresaban.

Mientras a Simon le ayudaban sus camaradas, Belami desmontó, para abrirse paso entre los cadáveres de la guarnición pasada por las armas, en dirección a la torre central.

La mayoría de los templarios asesinados aún tenía el arma envainada. Habían muerto sin devolver ni un solo mandoble. Pero un par de soldados habían vendido su vida al precio de un asesino muerto. El segundo oficial al mando, el viejo servidor De Carlo, era uno de los pocos que se habían defendido. Dos bandoleros, uno con el cuello cortado y el otro con el cráneo partido, yacían formando un montón informe delante del cuerpo del veterano servidor. Este se encontraba clavado a la puerta de la torre por una lanza.

-Al menos Louis murió como un soldado -musitó Belami, tirando de la lanza y sosteniendo diestramente el pesado cuerpo de De Carlo antes de que se desplomase sobre el suelo.

El templario entró en la torre sabiendo perfectamente lo que encontraría allí. De Malfoy había elegido la capilla para llevar a cabo el peor de sus tremendos crímenes. El enfermo mariscal De Montdidier había sido descuartizado mientras deliraba. Su celda monjil parecía un matadero.

En la capilla de los templarios, los renegados habían orinado y defecado en el altar, y destruyeron todo símbolo religioso que pudieron encontrar. Su diabólica obra se hacía del todo evidente en el número de mujeres violadas y destripadas que yacían tendidas sobre los peldaños del altar.

Belami se santiguó al ver el sangriento espectáculo; incluso su

endurecido estómago se revolvió ante el hedor asqueante que saturaba el aire pestilente. La sensación de depravación era abrumadora.

Un gemido condujo al nauseado veterano hacia la pequeña sacn-tía. Con la espada en la mano, abrió la puerta de un puntapié.

María yacía atada con la cuerda de una campana a una mesa, sobre la que habían extendido un mantel de altar manchado de sangre.

Sólo ella de todas las mujeres vejadas, jóvenes y viejas, no había sido destripada. Su cuerpo estaba cubierto de moretones y de salpicaduras de heces. Su cara, tan bella antes, estaba terriblemente hinchada a causa de tremendos golpes, y la boca le colgaba abierta por el horror. Un espantoso gemido salía de sus labios. Cuando Belami la liberó de las ataduras, se apartó de él aterrada.

El servidor templario la cogió tiernamente con su poderoso brazo derecho y apoyó el cuerpo exánime contra su cintura.

La mantuvo junto a su pecho, como un padre llevando a una cniatura asustada. Con sumo cuidado la sacó de aquel horrible lugar para salir a la luz del sol.

Cuando abandonaban aquel mortuorio, Simon, ayudado por philippe y Pierre, vio quién era la persona que Belami sostenía con sus brazos. El joven, pálido como la muerte por la pérdida de sangre, gtrtó con voz ronca:

-¡María!

-Vive -dijo Belami, simplemente.

Simon lanzó un grito y cayó sin conocimiento en los brazos de sus camaradas.

Belami alzó la vista en el instante en que una partida de templarios hacia su entrada a caballo en el patio lleno de humo. Llegaba al mando de los dos caballeros ausentes, que regresaban de la reunión en el Capitulo de la abadía de Orange.

Aun aquellos experimentados cruzados se horrorizaron ante la escena de aquella matanza general que se ofrecía a su vista. Los soldados habían descubierto otro espectáculo horroroso. Al viejo orfebre italiano, De Nofrenoy, lo habían empalado en una aflrada estaca. Evidentemente, el hombre se había resistido a declarar dónde llevaba escondida la plata. Su carro lo habían desarmado literalmente antes de que De Malfoy descubriera el escondite secreto, hábilmente disimulado en el fondo falso de un barril de agua.

Belami dejó a la vejada doncella al cuidado de los templarios y en pocas palabras les informó del error que había cometido al intentar borrar del mapa a De Malfoy.

El veterano servidor no ocultó nada de lo sucedido.

-La culpa fue mia, señor -dijo a De Burgh.

-Al contrario, servidor Belami. -El veterano cruzado hacia tiempo que era conocedor de su reputación-. De Malfoy debió de planear este ataque al tener conocimiento de nuestra partida para participar en la reunión del Capítulo en la abadía. Vuestro contraataque hizo fracasar sus planes. Se vio obligado a dejar unos hombres en la retaguardia para contener a vuestras fuerzas. Ese engendro del diablo tenía espías en todas partes. Mis hombres me informan de que vuestros cadetes se portaron bien. ¡Os felicito, Belami, no os censuro!

A pesar del prudente avalúo que hizo De Burgh de la situación el viejo soldado seguía atribuyéndose la culpa.

-No dejéis nunca que la ira gobierne vuestras decisiones -les dijo a los restantes cadetes, al tiempo que veía a Simon confortablemente instalado en un carro de los templarios para ser llevado al hospital de Orange-. Iré a visitarte en cuanto haya terminado mi informe completo -le dijo al muchacho herido.

Habían enviado un mensajero a la ciudad y no tardaron en lle-

gar unas monjas, hermanas mercedarias de Saint Lazarus, para hacerse cargo de Maria.

-¡Pobre niña! -dijo Belami-. Ha perdido la razón. Apostaría mi mano derecha a que ese cerdo mal nacido de De Malfoy la obligó a presenciar el empalamiento de su padre.

-¿Cómo pueden los hombres cometer tantas atrocidades? Philippe estaba horrorizado.

-Están poseídos por los habitantes de las tinieblas -dijo De Burgh-. Dejan que los deseos carnales dominen su mente y su cuerpo, hasta que se hundan más hondo que el nivel de la bestia. Entonces, bajo el principio espiritual de que «los iguales se atraen», sus almas son presa de los demonios, que penetran en sus cuerpos degenerados y los utilizan como títeres.

Belami y el resto de los soldados limpiaron la profanada capilla, y el abad, que había regresado con los templarios, reaconsagró el altar.

-Esto es obra de la más negra de las brujerías. De Malfoy debe de haber sido un poderoso brujo para tomarse semejante venganza contra la casa de nuestra Señora. La capilla aún conserva el olor del mal. Sólo el tiempo, la misericordia, las oraciones y el amor podrán retornarle su aire de santidad. El rito santo por si solo no es suficiente para eliminar la terrible presencia del pecado de esta iglesia arrasada.

El abad había sido cruzado. A pesar de haber visto escenas horrosas, había algo tan diabólico en la maldad sistemática de De Malfoy, que sentía desfallecer su espíritu.

Después de haber escuchado la confesión de Belami, estuvo de acuerdo con De Burgh.

-No puedes culparte, hijo mío. A causa de lo que hiciste, ese engendro de Satanás está muerto. Sólo Dios sabe qué otros daños terribles habría causado. Aquel joven demonio de pelo rubio, a quien me dicen que diste muerte, era el acólito del diablo, el monaguillo pervertido de De Malfoy. Flas liberado esta región del gran mal. Te absolvo, Belami, hijo mío. ¡Ve con Dios!

La infortunada María permanecía con la vista perdida en el espacio mientras las buenas hermanas sanaban su cuerpo. Cuando Belami fue a ver a la madre superiora, ésta le dijo:

-La niña nunca dejará que vuelva a tocarla otro hombre. Con el tiempo, podremos penetrar en su mente. Nosotras la cuidaremos. Al igual que varios de nuestros benditos santos, la pobre criatura ha sido cruelmente martirizada. Nuestra santa Madre es amante y compasiva, sobre todo para con aquellos que fueron tremendamente castigados por la bestialidad de los hombres.

La buena madre superiora se estremeció, y luego le tranquilizó:

-María es huérfana. Nosotras la recibiremos en nuestra Orden. Es la voluntad de Dios y de nuestra Virgen santa.

Belami comprendió que aquello era lo mejor para la muchacha, pero dudaba que su mente perturbada pudiese recuperar sus facultades jamás. Cuando fue a visitar a Simon, le dijo varias mentiras piadosas para tranquilizar a su pupilo favorito.

-María se está recuperando bien y te manda su afecto -dijo, sin parpadear, mirándole con sus brillantes ojos astutos-. Se quedará con las buenas hermanas hasta que puedan recogerla sus parientes italianos -continuó diciendo con total convicción.

Simon, a pesar de las soporíferas hierbas del hospitalario, sufría considerables dolores y su narcotizada mente no detectó falsedad alguna en las palabras de Belami. Experimentó tan sólo una gran sensación de alivio al saber que Maria estaba tan bien atendida. Con un profundo suspiro, el joven normando dejó que se rompiera el débil hilo que le mantenía consciente y se sumió en un profundo sueño

reparador.

5

Corsarios

Philippe y Pierre sólo habían recibido heridas de poca importancia durante la lucha en el puente en cambio Simon, con el corte más serio en el costado derecho, no pudo poner los pies en el suelo hasta pasadas dos semanas.

Durante toda la crisis del sufrimiento de Simon, Belami y sus dos camaradas mantuvieron una constante vigilia, aplicando a la cruenta herida compresas embebidas en hamamelis y vendándola con tejidos de hilo limpios humedecidos con vinagre de vino hervido. El hospitalario, un anciano brabantón, daba su consentimiento a esas medidas y siempre estaba atento con una esponja de mar griega, para bañar el cuerpo consumido por la fiebre de Simon con agua fresca de manantial liberalmente perfumada con hisopo.

Entre todos ellos mantenían alejadas a las moscas de la herida abierta del joven, hasta que los fluidos de su organismo hubieron cerrado la herida, que mantenían temporariamente unida mediante espinas limpias. Los hospitalarios habían aprendido muchísimo sobre el arte de sanar de sus adversarios sarracenos en Tierra Santa.

Durante cuatro días la crisis se encarnizó con el cuerpo postrado de Simon. Al quinto amanecer, la fiebre había cedido, como un fuerte viento de verano, y su piel era fresca al tacto.

Al abrir los ojos, vio el rostro sonriente de Belami. Confundido, fijó la mirada en la sonrisa radiante del veterano.

-¡Belami! -exclamó con voz ronca y los labios dolorosamente agrietados por la fiebre.

Los ojos del viejo soldado se humedecieron al acercar una esponja mojada a los labios de Simon. Su aceite y la esencia de hamamelis suavizaron la piel agrietada y el joven pudo beber un poco de agua de la fuente por medio de una caña. Todo el tiempo, Philippe y Pierre, que dormían fuera del pequeño dormitorio de Simon, mantuvieron a su camarada cómodamente incorporado entre los dos.

El peligro les había acercado a los cuatro. Esa es la única virtud del combate: que, quiénes comparten sus fatigas y peligros, luchando codo a codo, establecen lazos de camaradería más fuertes que los del amor fraternal. El recuerdo del horror, el dolor y el miedo se subliman así mediante la experiencia compartida de la batalla y, gracias al cielo, ese intenso sentimiento de unidad persiste a través del tiempo. Sólo la muerte misma pone fin a ese lazo en cada compañero de armas. Ésa es la única experiencia valedera de la guerra.

Durante su delirio, su cuerpo sutil había abandonado su torturada forma física, mientras se retorció y revolvía en la cama de tablas de madera.

El Simon que volara por encima de un paisaje neblinoso no experimentaba dolor alguno, desde el momento de abandonar su cuerpo material hasta que regresó a él, en tanto pasaba el punto álgido de la fiebre.

Planeó sobre llanos, ríos, colinas y escarpados acantilados del mismo paisaje que siempre había sido el escenario de sus extraños sueños en que volaba. Ahora supo a quién estaba buscando: a su padre, Odó de Saint Amand.

Por debajo de él, la bruma a veces se arremolinaba hasta convertirse en un mar alborotado de grises nubes, que se extendía como un manto sobre el suelo.

Una vez más, las formas de la pesadilla subían como los muertos ahogados a la superficie turbulenta, alzando las manos esqueléticas para aferrar su forma voladora, con las maliciosas bocas abiertas por un odio terrible. Una de ellas era la forma corrupta, atravesada por una flecha, de Etienne de Malfoy con las cuencas vacías de sus ojos resplandeciendo con un virulento fuego verde al tiempo que salía el asqueroso hedor de la muerte de su boca sin labios. Luego llegaba el amanecer y entonces la sutil parte de Simon era arrastrada rápidamente de vuelta a su cuerpo atormentado por el dolor. Fue la quinta mañana cuando sus sufrimientos se volvieron tolerables y el joven normando se despertó para ser recibido con afectuosa camaradería por sus tres íntimos amigos.

-¡Inshallah! -dijo Belami, y abrazó el cuerpo consumido de Simon.

La fiebre había quemado hasta la ínfima porción de grasa excesiva que el joven tuviera en su cuerpo vigoroso. Parecía un Jesús joven.

-Lo que te hace falta ahora son unos buenos bistecs provenzales y un excelente vino tinto, mon brave. En un corto tiempo volverás a estar en condiciones de combatir.

El experimentado hospitalario, André Devois, comenzó a alimentar a Simon con pan mojado en leche de cabra y en seguida le administró una dieta más sustanciosa. Al cabo de tres días, el joven normando había mejorado notablemente. Pero al recobrar la salud, el sentimiento de culpa de Simon afloraba y le atormentaba sin cesar, perturbando su muy necesario reposo.

Belami tomó una firme actitud ante él.

-No tienes motivos para culparte de nada, mon ami -insistía-. Sé que la instrucción monástica que te han impartido te ha impuesto la pesada noción del pecado. Tu amor por Maria no es algo pecaminoso. La joven se repone bien y es afortunada al no haber terminado tan mal como los demás. El buen Dios y nuestra santa Madre la protegieron.

Belami se persignó, tanto por las piadosas mentiras como por haber mencionado a la Virgen. Si bien era un hombre religioso en el sentido de su inmovible fidelidad al cristianismo, la conmiseración del viejo soldado poseía una cualidad especial que provenía de su prolongada experiencia en Tierra Santa. Ella era verdaderamente ecuménica. Esa sensibilidad podía parecer incompatible con lo que semejaba una efectiva máquina de matar, pero Belami era mucho más que eso.

Simon poseía ese mismo sentido innato de conmiseración, aunque tenía casi dieciocho años y ya había dado muerte a siete u ocho hombres; pero todos ellos habían sido criminales dispuestos a matarle a él o a sus camaradas. No se sentía culpable por ello; en cambio sus regodeos con Maria habían creado ciertas dudas en su joven espíritu. Esas eran las que atormentaban su conciencia.

Belami se dispuso a disiparlas tan prestamente como pudo.

-No has roto voto alguno y yo juro que no tuviste tiempo de quitarle la virginidad a la muchacha. Ambos sois tan inocentes como criaturas recién nacidas, de modo que olvidalo. Acepta mi consejo, Simon. Es mejor así.

El proceso de recuperación y las energías que tornaban rápidamente no tardaron en sacar a Simon de las tinieblas de la culpa a la luz de una nueva resolución. Estaba más decidido que nunca a justificar la fe de su fallecido padre en su destino, así como arribar a Tierra Santa lo más pronto posible. Sin embargo, ello presentaba un problema. A causa del retraso provocado por la herida de Simon, los cuatro camaradas descubrieron, al llegar a Marsella, que habían perdido el barco que esperaban que fuese su medio de transpone.

El hecho desalentó a los tres cadetes, pero Belami se mostró más resuelto y se dirigió a la nave más cercana que cargaba vituallas y refuerzos para Tierra Santa. El barco, un carguero veneciano de amplio velamen, brindaba escueta comodidad en sus noventa pies de eslora para treinta caballos y un centenar de hombres. El acostumbrado aparejo veneciano de velas latinas había sido reemplazado, tanto en el palo de trinquete como en el de mesana, por aparejos de velas cuadradas. Ello estaba más de acuerdo con las costumbres del norte de Europa que con la práctica en el Mediterráneo. Existía una ligera desventaja por cuanto eran más difíciles de manipular, pero eso quedaba compensado por una estructura más recia. Además, ello permitía colocar cofas de combate en lo alto de los mástiles. Estas servían como puestos de vigía o bien podían acoger a unos cuantos arqueros, así como piedras y ánforas con aceite para ser arrojados sobre la tripulación de otras naves que intentaran abordar el barco. Las posiciones en las cofas se alcanzaban trepando por escaleras de sogas sujetas a los mástiles.

El bajel de gran calado era posesión de la Orden de los Hospitalarios. Esta Orden contemporánea de caballeros monjes era una organización militar rival y a menudo chocaba en los altos niveles con la de los templarios. Pero la rivalidad no se extendía más allá de las riñas bien intencionadas entre los rangos competitivos de los servidores.

Belami abordó amigablemente a un servidor hospitalario, Jean Condamine, un guerrero tan canoso como el veterano mismo. Condamine tenía el cargo adicional de practicante de la medicina para los Caballeros Hospitalarios, en su labor consagrada a sanar enfermos.

Los miembros de ese cuerpo alternativo de servidores no debían necesariamente observar una total abstinencia y, por lo tanto, unas botellas de vino provenzal demostraron ser el lubricante adecuado para poner las ruedas en movimiento. Belami no tardó en persuadir a su oponente en el Cuerpo de Servidores Hospitalarios para que les facilitara el pasaje a los cuatro templarios y sus monturas. Esta habría sido la petición más difícil de ser concedida, pero dio la casualidad de que, en aquel viaje, el Saint Lazarus sólo transportaba veinte caballos de los hospitalarios.

El grueso de los pasajeros lo constituían los arqueros y servidores, así como mercenarios que se habían sumado a la tripulación como para brindar una protección adicional. Esta era una necesidad muy real, ya que piratas de la costa Barbaria y corsarios del norte de África habían estado recientemente muy activos y habían logrado hacerse con varios botines valiosos.

Por esta razón, la nave de los hospitalarios iba también armada de dos catapultas, una en la proa y la otra situada en la cubierta de popa; ambas armas podían lanzar pesadas rocas a una distancia de un centenar de yardas.

Ese era otro motivo por el que Belami había elegido la nave entre la cincuentena de gabarras, barcos mercantes aparejados con velas latinas y otras embarcaciones de gran calado dedicadas a la pesca y al comercio que se alineaban en los quays de Marsella.

Debían esperar varios días para embarcar, de modo que Belami se dedicó a demostrar a sus camaradas cómo pasar el tiempo en el más importante puerto de la costa occidental del Mediterráneo. Con un instinto nacido de la larga experiencia, Belami había olfateado una pequeña taberna que ofrecía alojamiento en las dependencias anexas. El hospedaje iba acompañado de buena comida y un excelente vino de la zona. También había un genial posadero, que había sido mercenario en otros tiempos, y una esposa jovial con tres hijas, para completar la trabajadora y hospitalaria familia provenzal.

-Esto es mucho mejor que molestar a la guarnición de los templarios de la localidad para que den acogida a cuatro huéspedes temporarios -dijo Belami, con una astuta sonrisa-. Me he presentado al mariscal local y le he informado de que resido aquí con unos antiguos amigos. Es un caballero bastante tranquilo, para ser templario, y estaba enterado de nuestro contratiempo en la comandancia. No puso ninguna objeción a la presente situación. De hecho, nos felicita por haber eliminado a De Malfoy.

-¿No quiso saber más detalles sobre la matanza de los peregrinos? -inquirió Philippe sin rodeos.

-Ni uno solo -repuso Belami, secamente-. Semejantes pérdidas ocurren de tanto en tanto, y De Malfoy ya había borrado a varios grupos de la faz de la tierra de la misma manera. Al haber borrado esa mancha oprobiosa de la orden de caballería nos ha convertido en persona grata ante los templarios y los hospitalarios de la comarca. En caso contrario, ellos y nuestros camaradas de Orange se habrían visto obligados a atacar ellos mismos ese nido de víboras. Así -siguió diciendo con una luminosa sonrisa-, id y divertios. Hay mucho por ver y hacer en Marsella. Seguid mi consejo y procurad saber algo más sobre la Orden de los Hospitalarios y su obra. Nuestros grandes maestros no siempre están de acuerdo, pero nosotros, los servidores no armados caballeros, debemos actuar en íntima relación mutua, si es que queremos sobrevivir en Tierra Santa.

Los demás le tomaron la palabra a Belami y, por conducto del contacto que el veterano había hecho a bordo del barco, no tardaron en ser bien recibidos entre el grupo de servidores y soldados hospitalarios con quienes viajarían para unirse a la Cruzada.

Fuese que la conmoción causada por la herida hubiese afectado el recuerdo de Simon de los hechos recientes o fuera que las evasiones bienintencionadas de Belami hubieran obrado efecto, en medio de la emoción ante el pronto embarque y el bullicio que reinaba en Marsella, el caso es que desapareció el sentimiento de culpa que tema y sólo muy de vez en cuando pensaba en María. Como de costumbre, Belami había tenido razón.

Los tres servidores templarios aprendieron muchas cosas de sus contemporáneos entre los hospitalarios. Al tiempo que el bello rostro de la muchacha italiana se esfumaba de la memoria de Simon, su mente se iba llenando de nuevas y excitantes informaciones sobre Tierra Santa. Al parecer, muchas de las plazas fuertes que habían surgido para preservar los territorios ganados con esfuerzo por los cruzados, los habían construido o ampliado los hospitalarios, que eran formidables constructores de hospitales y castillos, y a menudo reforzaban fortalezas originariamente construidas por los sarracenos y otras naciones musulmanas en Palestina, Siria y el Líbano.

El formidable Krak des Chevaliers, un enorme bastión de piedra 'con intrincadas fortificaciones, que dominaba los campos de los alrededores con sus múltiples torres y maciza edificación, había sido principalmente construido por los hospitalarios, si bien de tanto en tanto también se constituía en guarnición de los templarios.

Los tres emocionados zagales rondaban por el agitado puerto, acompañados por el mismo número de servidores hospitalarios. Los otros jóvenes llevaban dos meses en Marsella, preparando las vituallas para el viaje, por lo que eran versados conocedores de la ciudad. Ellos les señalaban las influencias griegas, romanas y venecianas en el crecimiento del bullicioso puerto, y llevaron a Simon, Philippe y Pierre en una visita guiada a los mercaderes y mercados que competían para aprovisionar los múltiples bajeles anclados a lo largo del quati'.

Había también barcazas que transportaban vino de Dijon y Lyon, así como chalanas cargadas de hortalizas y frutas de los campos cercanos a Orange y otras ciudades del bajo Ródano. Carros rebosantes de carne y productos lácteos llegaban diariamente de otros puntos de la región, y la agitación general que producía la llegada y la partida de los numerosos tipos de embarcaciones constituía un panorama de constante interés, tanto para los visitantes como para los nativos.

Al igual que en los quaz~t de Paris, las fragancias de las especias y frutas mantenían a raya los olores más nauseabundos del puerto; incluso los aromas provenientes del mercado del pescado eran barridos por la brisa constante del mar. Todo provocaba fascinación en los cadetes, y tanto los templarios como los hospitalarios gozaban del espíritu de camaradería que reinaba entre ellos, modestamente estimulado por el delicioso vino tinto provenzal.

Fue durante ese idilio de agitada tranquilidad que los tres cadetes tuvieron la oportunidad de volver a ser jóvenes. El exceso de Violencia y pesada responsabilidad habían empañado temporariamente el goce de la vida para ellos, pero ahora volvían a reafirmar su espíritu juvenil.

Pierre fue un gran valor en la reconstitución de la moral de sus compañeros, que en el caso de Simon tanto se había visto afectada por la herida, así como por el injustificado sentimiento de culpa respecto del destino de Maria.

-Me gusta este lugar. Marsella tiene una atmósfera que supera la de Paris -comentó Phippe, pensativamente, mientras tomaba un sorbo de vino de un vaso de madera de olivo-. Es como la calma después de la tormenta.

-Es el mercado del pescado, mon gar~on -se sonrió Pierre-. El hedor que viene de los fruits de mer podridos tiene un efecto soporífico, como el opio. ¡A mí dadme la pestilencia del vino agrio en el Quai de Bercy, y el rico aroma de cloaca que viene del Sena, en todo momento! Eso es lo que yo llamo atmósfera. No hay nada como la mierda parisina para ponerte en marcha, a primera hora de la mañana.

Los jóvenes templarios y hospitalarios rieron estrepitosamente, ante la ruda ocurrencia de Pierre, tanto por efecto del sol del mediodía como por el excelente vino tinto.

Pero, Philippe, su callado compañero, ahora parecía haberse sumido en un ensueño, con la mirada perdida en el mar, como si hubiese vislumbrado una visión más allá del horizonte.

Simon fue el primero en advertirlo.

-¿Qué te aflige, mon gar? En este preciso instante, estabas a muchas millas de distancia.

Philippe se sobresaltó, como si despertase de una ensoñación.

-Es sólo un presentimiento que he tenido. Anoche soñé que estaba en Tierra Santa, frente a las puertas de Acre, y nadie me dejaba entrar.

-¡No me digas! -exclamó Pierre, con su alegre voz-. Después de tres semanas en alta mar, sin tomar un baño caliente, sería un milagro que nos dejaran pasar!

Esa mañana, sin embargo, ni siquiera la efervescencia de Pierre no bastaba para disipar el mal presentimiento de Phippe.

-No es saludable -dijo Belami, cuando Simon se lo contó-. Toda esta pérdida de tiempo, varados en Marsella, le da al muchacho demasiado que pensar. Philippe es un chico serio, ansioso por llegar a Tierra Santa. ¡Eso es todo! Llévadle al campo y que se distraiga.

El veterano servidor hizo una pausa, con una mueca en el rostro moreno.

-Y que no tome vino tinto al mediodía. Tiene un efecto depresivo, a menos que duermas la siesta o dejes que se desahogue en los

brazos de una buena mujer.

Más que nada, fue la gente de la ciudad la que ayudó a recuperar la moral al joven Phippe.

Los marsellese eran una colorida mezcla de galos, romanos, venecianos, ibéricos, genoveses y otras gentes navegantes, que se habían asentado en los alrededores del puerto y en torno al delta del Ródano, en la Camarga. Simon y los demás salieron a caballo para ver aquella extraña tierra pantanosa que, a través de los siglos, había surgido del barro y las arenas de los múltiples canales del ancho estuario del río.

Los romanos habían impulsado centros importantes en Arlés y Aix-en-Provence, construyendo hipódromos y anfiteatros para sus carreras de cuadrigas y competencias de gladiadores, de acuerdo con el capricho de las clases dirigentes. Como en todo el Imperio romano, esto lo realizaron los esclavos y, al caer Roma, muchos de esos siervos liberados se establecieron en la región. Los anfiteatros actualmente se utilizaban como almacenes o mercados, y los hipódromos se convertían en magníficos establos para el tráfico extensivo de caballos salvajes que merodeaban libremente por la Camarga.

Durante esas excursiones, Simon y sus amigos también conocieron la estructura de la orden militar rival.

-Los rangos son muy parecidos -les explicó Marc Lamotte, un eficiente servidor hospitalario, pelirrojo, tres años mayor que Simon-. También tenemos un gran maestro, que pasa la mayor parte del tiempo luchando contra los sarracenos y otros paganos, cuando debería estar construyendo más hospitales. Necesitamos desesperadamente más instalaciones para los enfermos y los desamparados. Siento que es mi deber concentrarme en sanar a los enfermos y alimentar a los necesitados, antes que dedicarme a matar paganos saludables.

Simon se sonrió.

-Tú no tienes la culpa, Marc. Deja la lucha en manos de nuestra orden militar. Nosotros mantendremos los caminos de peregrinaje abiertos para vosotros, y así podréis seguir construyendo hospitales y refugios.

-Ojalá fuese tan fácil. -El hospitalario meneó la cabeza con tristeza-. Hay muchos hombres sabios y inteligentes entre los paganos. Ellos saben más que nosotros sobre el arte de sanar. Mi tío era un hospitalario que en una ocasión cayó prisionero en Isphahan, y él me contó de los árabes y del uso que hacen del massa, el arte de curar mediante la imposición de manos.

-Es la segunda vez que oigo hablar de eso -dijo Simon-. El tío Raoul y Bemard de Roubaix me hablaron de ese método de curar, en Normandía.

El pensamiento de Simon voló por un instante hasta De Cre~y Manor, que ahora se le antojaba a miles de leguas de distancia. Suspiró con nostalgia, pero en seguida la disertación del hospitalario sobre su Orden atrajo de nuevo su atención.

-También tenemos senescales y mariscales para administrar nuestros castillos y hospitales, y un gonfalonero, a quien se le confían nuestros estandartes sagrados, conserva los rollos heráldicos y mantiene los puntos de orden en la disciplina. Luego vienen los caballeros hospitalarios mismos, buenos guerreros con la habilidad adicional que se requiere para confortar a los enfermos y moribundos, y por fin, como sabéis, nosotros, los servidores, que somos la «argamasa» que mantiene unida la estructura total.

Las risas de los jóvenes resonaron con el buen humor de la adolescencia y la experiencia compartida. La sensación era placentera.

La herida de Simon había cicatrizado perfectamente y la cálida agua del mar hacía que resultara práctico bañarse, lo que aceleró el proceso. Belami le dio unas lecciones de esgrima, y el cadete nor-

mando respondió bien a los trucos y mañas del astuto veterano.

-Me dejásteis ganar este asalto -rió, mientras se dejaba caer con una rodilla sobre el pecho de su tutor.

-Celebro que lo creas así -gruñó el viejo soldado, a quien Simon había vencido limpiamente-. Eres mucho mejor de lo que tú piensas, Simon.

En su quinta noche en Marsella, abordaron el Saint Lazarus y, al romper el alba, la nave soltó amarras e izó las velas para aprovechar la temprana brisa matutina.

La corriente del Ródano no era tan fuerte como lo había sido en su larga carrera hacia el mar. Suavemente les llevó hacia la desembocadura y las dos velas cuadradas se hincharon rápidamente con el viento de mar adentro. No precisaron ningún piloto práctico para conducirlos a mar abierto, y no tardaron en pasar ante las boyas exteriores y pusieron proa a los brazos del golfo de Lyon.

Simon, Belami, Philippe y Pierre observaban apoyados en la baranda de popa el lento retroceso de la costa. Todos, en silencio, se preguntaban qué les aguardaba más adelante.

El Saint Lazarus era un magnífico barco, bien diseñado y construido para navegar como carguero transmediterráneo. Lenta y firmemente, cubría con comodidad el promedio de sesenta millas marinas por día.

Sólo Philippe sufría de mal de mar, el precio abusivo que el mar les cobra a los hombres de tierra firme. Pierre había pasado su adolescencia en pequeñas embarcaciones, y Belami había hecho muchos viajes por mar en naves de los templarios. También Simon había disfrutado de muchas horas remando en el lago de la finca de su tío, o nadando y navegando en barca por el largo pasaje del río Andelle, junto a los dominios de los De Crey. Sus estómagos resistían bien, y Philippe pronto se recobró, de modo que toda la tripulación y sus ochenta pasajeros «se sacudieron bien» a las pocas horas de haber iniciado el balanceo en el suave oleaje del vasto mar. La luz del sol y el cielo azul muy pronto produjeron una sensación de lánguido placer que sus livianas tareas no lograban mitigar.

Al amanecer, en su quinto día en el mar, a unas 300 millas de Marsella, se rompió el idilio. Hasta entonces los vientos se habían mantenido estables y el carguero de quilla ancha se había desplazado a una velocidad permanente de tres nudos. Luego el viento viró y perdió fuerza. Aquella fue una oportunidad que los corsarios que les habían estado siguiendo a una prudente distancia aprovecharon rápidamente.

Eran dos galeras piratas: naves rápidas, fáciles de gobernar, que utilizaban los corsarios de la costa Barbaria. Su táctica había sido de gran destreza; siguieron las luces de los cargueros guiados por el vigía, precariamente instalado en la cofa del mástil. Ello significaba que los barcos piratas sin faroles eran casi invisibles, el casco casi hundido en el horizonte. En contraste, la nave de los hospitalarios había prendido, imprudentemente, una linterna, cosa bastante segura para la navegación en condiciones ordinarias, pero peligrosa en aguas infestadas de piratas.

Al aminorar el viento, los corsarios atacaron, aumentando el ritmo de las galeras, hasta que rápidamente llegaron al alcance de las catapultas que ambas naves llevaban. Fueron localizadas en cuanto aparecieron en el horizonte, y los redoblantes tocaron la alarma.

El caballero hospitalario, Gervais de Redon, tenía más experiencia en la atención de los enfermos que en comandar un barco de guerra, pero el veterano servidor Condamine era muy versado en aque-

llas lides. De inmediato alistó a Belami y le dio el mando de los mercenarios. Con los servidores templarios, Belami se encontró con treinta hombres a sus órdenes. Les hizo formar inmediatamente y les pidió que se mantuviesen fuera de la vista hasta que los corsarios trataran de abordarles. Ellos tenían que ser su reserva estratégica.

Jean Condamine mandó a veinte arqueros para que se unieran a ellos, y retuvo a los otros treinta, dispuestos a enfrentar al enemigo desde larga distancia.

Cuando les separaban unas 200 yardas, los corsarios abrieron fuego con sus catapultas más poderosas. Al principio, las grandes piedras lisas que lanzaron cayeron al agua, pero, al acortarse la distancia, silbaban por encima de los mástiles o les perforaban las velas.

En cuanto las galeras piratas llegaron al alcance del carguero, Jean Condamine ordenó a De Redon abrir fuego y, por una afortunada casualidad, el tercer tiro de la catapulta de popa colocó una roca de buen tamaño en la segunda galera, en el costado de babor, que barrió a dos corsarios de la cubierta de proa, y sus destrozados cadáveres cayeron en la estela de la galera.

Los piratas lanzaron dos tiros más: una de las piedras mató a un arquero en el acto de un tremendo golpe en el pecho y mancó a un caballo en el establo protegido de la bodega. En cuanto comenzaron a registrar tiros certeros en el carguero, los capitanes corsarios dejaron de catapultar piedras para lanzar balas de fuego griegas. Dichas armas consistían en potes de arcilla completamente cerrados, llenos de una mezcla inflamable de brea, aceite y nafta. Al romperse los potes, la mezcla ardía espontáneamente, y el agua resultaba ineficaz para apagarla. El único líquido recomendable para combatir las balas de fuego griegas era el vinagre. Por este motivo, los costados del carguero estaban recubiertos con pieles embebidas en una solución de vinagre, y otras pieles humedecidas con la misma preparación las mantenían listas dentro de cubos junto a los dos mástiles.

En cuanto las balas de fuego griegas estallaban a bordo, los soldados y la tripulación atacaban las llamas con esos extinguidores. La falta de viento, que les había hecho caer en manos de los corsarios, ahora tampoco avivaba el fuego provocado por la preparación química y no tardaba en ser extinguido.

Mientras tanto, los arqueros habían mantenido el tiro constante contra ambas galeras, que se acercaban rápidamente por los dos costados. Varias flechas de los arqueros hospitalarios habían encontrado su blanco liquidando una docena de piratas. A pesar de todo, los corsarios no se daban por vencidos y se preparaban para la matanza.

Cuerdas con arpones de cuatro ganchos en los extremos eran lanzadas a través del espacio que separaba a las naves, que se iba estrechando rápidamente. Varios de aquellos arpones se engancharon en distintas partes de las defensas del carguero; uno de ellos ensartó a un marinero a la baranda de babor.

Las galeras piratas no sospechaban la estratagema de Belami de esconder a los soldados. Los gritos de triunfo, cuando la tripulación mora se alineaba ante la borda, denotaban una excesiva confianza.

Al acercarse las naves piratas para el abordaje, se quebraron varios remos de los galeotes, lo que causó varias víctimas entre los esclavos encadenados. Un enjambre de corsarios se mantenían junto a la borda, dispuestos a saltar a los costados altos del carguero.

Los arqueros hospitalarios no dejaban de arrojar una lluvia de flechas mortales. Muchos piratas lanzaban su último grito de guerra cuando las cortas flechas se clavaban en los morenos cuerpos, ligeramente protegidos. Aun así, hordas de corsarios trepaban por las sogas o se lanzaban hacia la nave de los hospitalarios colgados de las cuerdas de su galeote.

Siguiendo la táctica habitual en aquellas costas, el ataque se producía sincronizado por ambos lados; cada galeote mandaba simultáneamente una horda de piratas a través del estrecho espacio que les separaba de sus víctimas.

Simon se hallaba apostado en el castillo de popa del alto alcázar. Allí, disparaba mortales flechas con su arco galés sobre los corsarios que les abordaban. Algunas se clavaban en los costados de madera de la nave, pero la mayoría encontraba su blanco en el cuerpo de algún moro que lanzaba un grito de agonía. Luego Belami se lanzó sobre ellos, con su hacha danesa de doble filo partiendo cascos de acero, cotas de malla y escudos reforzados como si fuesen de pergamino.

Junto a él, Phiippe y Pierre blandían las pesadas espadas de cruzado con toda la destreza que Belami les había impartido durante los entrenamientos. Desde sus escondites, el resto de las tropas de los templarios surgieron de repente para encarar a los sorprendidos corsarios. Los servidores hospitalarios primero se valieron de sus lanzas; luego, a medida que las afiladas puntas atravesaban a una de sus víctimas, extraían las espadas y se abrían camino hasta la borda de la nave.

-¡Manteneos juntos! -gritaba Belami-. ¡Obligadíos a retroceder hasta la borda!

El viejo Condamine, el astuto veterano hospitalario, bajó comiendo con Simon del castillo de popa y, juntos, se abrieron paso hasta donde se hallaba Belami. En un instante, se dieron vuelta las tornas. Donde los moros triunfantes abordaron la nave a docenas, ahora se apilaban los cadáveres de los corsarios hasta llenar la cubierta del carguero. A pesar de la brisa marina, la nave entera hedía a cuerpos destripados y a muerte. De lo alto de los mástiles caían piedras y pequeños barriles de aceite hirviendo eran arrojados sobre las cubiertas de ambas galeras. Durante todo el tiempo, caía una lluvia de flechas de los hospitalarios sobre las tripulaciones piratas.

Con gritos de desesperación, algunos de los corsarios sorprendidos intentaban volver a sus galeras y muchos de ellos caían gritando en medio de los costados chirriantes de las tres naves.

-¡Se retiran! -gritó Belami-. ¡ Un último ataque y habremos vencido!

La pequeña fuerza de servidores respondió con renovada furia; hasta los arqueros dejaron sus armas y blandieron las ensangrentadas espadas.

De pronto, aquello se convirtió en una carnicería; una matanza de moros, desmoralizados más allá de los límites. Las hojas de los hospitalarios cortaron rápidamente las amarras con garfios y las galeras se alejaron lentamente por ambos lados. Una estaba en llamas, y el fuego se volvía incontrolable, al inflamarse los explosivos almacenados en su bodega. La otra galera, en muy mal estado y falta de remos, bregaba por alejarse lentamente de su pretendida víctima, que tan rápidamente se había convertido en mortal vengador.

Simon y los arqueros sobrevivientes seguían disparando flechas, abatiendo a los corsarios que pretendían apagar las llamas en ambas galeras.

-¡El viento! -gritó Condamine-. ¡Mirad! Las velas se hinchan.

Con un ronco grito, los hospitalarios y sus aliados ayudaron a afirmar las velas, y el pesado carguero se desplazó lentamente hacia adelante, y no tardó en dejar muy atrás a las devastadas galeras. Una de ellas se estaba hundiendo. La otra estaba en un estado catastrófico.

Sin aliento, a causa del esfuerzo, con las pecheras de malla salpicadas de sangre, mientras aspiraban anhelantes el aire fresco del mar, los cruzados victoriosos se entretuvieron a abrazar a sus camaradas y hacer una evaluación del costo de la derrota de los corsarios.

Veinte hospitalarios, entre arqueros y soldados, yacían muertos. Una docena más estaban heridos, algunos seriamente. Con horror, Simon descubrió que Philippe era uno de ellos, con una flecha mora clavada entre las costillas. Le sostenía un lloroso Pierre de Montjoie, en tanto que Condamine y Belami atendían a los heridos. Mientras Simon se inclinaba sobre su agonizante amigo, los ojos de Philippe se abrieron, parpadeando, con un interrogante en las veladas profundidades.

-¡Vencimos! -dijo Belami-. ¡Les mandamos de vuelta al infierno, camarada!

-¡Dios sea loado! -musitó Philippe, y se sonrió.

Su leve sonrisa adquirió el rictus de la muerte al ser abrazado por el Ángel Oscuro. Vertiendo lágrimas libremente, Pierre y Simon abrazaron a su querido amigo.

El servidor hospitalario se llevó a Belami aparte.

-Les sepultaremos en el mar. Es nuestra costumbre.

-¡A Philippe de Mauray no! Le prometí llevarle a Tierra Santa y allí será enterrado el muchacho.

-Lo que tú digas, Belami -dijo el hospitalario-. Tenemos un barril de agua vacío. Pondremos al valiente muchacho en salmuera.

Y así lo hicieron: vertieron sal en abundancia en el agua con vinagre y con sumo cuidado introdujeron el cuerpo de Philippe en la mezcla conservadora. Clavaron los cercos de hierro para sujetar la tapa y el barril de agua se convirtió en el féretro de un valiente joven templario.

El costo había sido alto, pero la batalla naval había terminado con una resonante derrota para los muy temidos corsarios de la costa Barbaria.

-Cuando me llegue el turno -le dijo Pierre de Montjoie a Simon-, entiérrame en Tierra Santa. De ser posible, en el sitio donde enterremos a Philippe.

Mientras el joven vertía ardientes lágrimas, Simon le estrechó en sus brazos.

El anciano comandante hospitalario, De Redon, se desempeñó magníficamente en el combate general, liquidando a un corsario con su espada y aplastando el cráneo de otro con su maza. Ahora, hábilmente atendía a los heridos, restañando hemorragias y vendando heridas, con sus tejidos de lino limpios, sus unguentos y sus extractos de hierbas.

Gervais de Redon no tenía cabeza para el mando en una batalla, pero era un soberbio médico y sanador.

El Saint Lazarus tocó tierra en Sicilia, donde se abasteció de agua, de carne fresca y fruta, que los hospitalarios consideraban que era un profiláctico contra las fiebres y un laxante imprescindible en la vida de a bordo, donde el ejercicio normal era muy limitado.

De Siracusa el carguero partió para emprender la más larga singladura del viaje a Tierra Santa: mil millas hasta Acre. La nave evitaría detenerse en Chipre, que se hallaba gobernada por un dictador hostil, y tampoco harían escala en Malta.

Chipre aún se estaba reponiendo de la rapiña y la matanza que había causado en la bella isla el cruzado franco Reynald de Châtillon, que la había tomado después de una tremenda campaña. Ahora se hallaba bajo una autocracia estable encabezada por Ducas Isaac Comnenus, que se había erigido él mismo en emperador, y los isleños cobraban precios muy elevados a los barcos hospitalarios y templarios que les visitaban para reaprovisionarse. En aquel clima de odio, resultaba más económico y seguro dirigirse directamente a Acre, el principal puerto de los cruzados en Tierra Santa.

El carguero de los hospitalarios fue saludado por la alborozada multitud que se alineaba a lo largo de los muros almenados de Acre. Coloridas banderas, pendones y gallardetes pertenecientes a los caballeros francos se hallaban ondeando en los sombríos confalones de las guarniciones de los hospitalarios y templarios, azotados por la fuerte brisa marina.

La plateada cruz de Malta de ocho puntas, que se destacaba fuertemente sobre el campo negro, se agitaba en lo alto del palo mayor del Saint Lazarus mientras la nave circundaba la punta de tierra y navegaba majestuosamente ante la fortificada isla conocida como la Torre de las Moscas. Al cabo de veinte minutos, ya había echado anclas bajo la imponente muralla de Acre.

A causa de su gran calado, el barco amarró a lo largo de la saliente mole. Fue una tarea ímproba trasladar a los valiosos caballos de guerra desde los improvisados establos en la bodega de la nave por la planchada bamboleante. Todos los animales estaban aterrados y les flaqueaban las patas por falta de ejercicio. El único modo de poder vencer a los pesados corceles a pisar las gruesas tablas de la rampa que les llevaría a tierra fue tapándoles los ojos y llevarles con su jinete y un mozo conocido a cada lado, tranquiizándoles y dándoles ánimos.

Sin embargo, en cuanto ponían pie en tierra firme, los grandes caballos se reponían en seguida, y no tardaban en trotar para eliminar la lasitud que se había apoderado de ellos a bordo de la nave.

Pegase acarició con el morro la mano de Simon, mientras le llevaban del barco a tierra, y cuando el joven jinete volvió a montarlo en el extremo de la muralla, el gran caballo de guerra normando cabriólo y corveteó alegremente.

Calaban, el caballo de Belami, fue el segundo en bajar y también recobró rápidamente su acostumbrado élan, contento de sentir de nuevo las fuertes piernas del veterano sobre su ancho lomo.

El portal de Acre se encontraba abierto para recibir la tan esperada y necesitada carga de provisiones vitales. Los refuerzos de la caballería pesada y de los soldados bien instruidos eran especialmente apreciados, y la llegada de los diestros hospitalarios traía una nueva esperanza a los heridos y enfermos, en aquel momento al cuidado del escaso personal del hospital de la ciudad, parte del cual se encontraba también postrado por la fiebre.

La sensación de alivio era evidente. Toda la ciudad estaba enjéte.

Aquellos de los recién llegados que no conocían Tierra Santa se mostraban anhelantes de emoción, y todos ellos estaban encantados por la calidez de la bienvenida que les brindaban. El comandante de la nave de los hospitalarios agradeció a sus huéspedes templarios su aguerrida ayuda, expresó sus condolencias por la muerte de Phiippe y les ofreció la hospitalidad de su Orden en Acre. Pero como había una pequeña guarnición de los templarios en la ciudad, Belami se creyó en el deber de pasarles su informe primero. Jean Condamine les abrazó calurosamente.

-Compañeros en la batalla, amigos para siempre -dijo, simplemente.

El cadáver de Philippe fue llevado a tierra con el debido respeto y, siguiendo con lo acordado por los tres templarios, fue enterrado, aún embalsamado en el barril de agua, directamente fuera de las murallas de la ciudad. Aquél era el sitio donde, si hubiera vivido, habría puesto los pies por primera vez en Tierra Santa. Belami tenía un sen-

tido natural para saber lo que era justo.

-Aquí es donde me gustaría que me enterrasen -le recordó Pierre de Montjoie a Simon su promesa.

-Esperemos que no sea necesario -repuso el joven normando-

-Conozco muchos lugares peores para una tumba -observó Belami-. Con las murallas de piedra de Acre detrás de la cabeza y las cálidas aguas del mar cerrado a tus pies, éste es un sitio de reposo adecuado para un cruzado.

Elevaron en silencio una plegaria por el reposo del alma de Philippe, con las manos sobre las empuñaduras de sus espadas desenvainadas, apoyadas en el suelo, a la manera de los cruzados. Luego se dirigieron a las puertas de la ciudad, abriéndose camino a través de las angostas y populosas callejuelas del principal fuerte de los cruzados.

Dentro de los muros, las vistas y los olores eran nuevos y raros; no menos penetrantes éstos que los de las ciudades europeas, pero si más exóticos y curiosos. Todas las casas de estilo árabe parecían tener un establo fuera de sus paredes de ladrillos de adobe. Las más opulentas estaban revocadas con yeso. Las más pobres, con barro. Los techos, en forma de cúpula o con tejas, como en el caso de los hogares de los mercaderes ricos, formando un marcado contraste con los de hojas de palmera secas colocadas encima de los cañizares de bambú en las viviendas más miserables.

El clamor de las calles era tan ensordecedor como en París, Lyon y Marsella, pero el coro de fondo de las conversaciones era sorprendentemente distinto. El aire vibraba con el fluido glótico del árabe, la sibilante cadencia del armenio y el sonido musical del latín. A esas lenguas se agregaban el francés, español, italiano y griego, en tanto que un pequeño contingente teutónico marcaba un contrapunto gutural a la cacofonía general.

Las especias orientales -cardamomo, comino, coriandro, pitnienta, cinamomo, nuez moscada y jengibre- competían con los perfumes de Arabia, aceite esencial de rosas, incienso y azares dulcemente perfumados para mitigar el hedor del estiércol de caballo y de vaca, que cubría abundantemente las estrechas callejuelas.

Para Belami, la escena familiar evocaba infinitos recuerdos de sus años de servir en las cruzadas en Tierra Santa. Para Simon y Pierre constituía una revelación. Podían mirar hacia el interior de muchas tiendas abiertas de artesanos, mientras avanzaban a paso lento obligando a las monturas a abrirse paso entre aquel tumulto babélico. Lo que veían les dejaba estupefactos. Bernard de Roubaix tenía razón cuando le decía a Simon que el mediano Oriente no era un incivilizado remanso de ignorancia. Aquellos artesanos esforzados eran moros, árabes, turcos, armenios, sirios y persas conversos. Otros provenían de tierras más lejanas. Además, los intrincados instrumentos, las finas armas y ornados artefactos que elaboraban superaban con mucho todo lo parecido que Europa podía producir. Un metalista árabe, de barba blanca y flaco como un halcón del desierto, ponía los toques finales a un astrolabio, un delicado ejemplo de la habilidad del fabricante de instrumentos.

Otro árabe de anchas espaldas, con las manos tendinosas de un herrero, forjaba la resplandeciente hoja damasquina hecha con una amalgama de hierro al rojo vivo y barras de acero.

-¡Una espada para un príncipe! -murmuró Pierre.

En todas partes, artistas y artesanos, tejedores de alfombras, sastres, fabricantes de armaduras, de arcos y flechas, repujadores de cuero, trabajaban los unos al lado de los otros en un vasto panorama de habilidad y de conocimiento. Ello asombraba a los jóvenes servidores mientras avanzaban con sus monturas al paso, y los ojos

muy abiertos.

-Nosotros, los cristianos, somos los ignorantes -dijo Simon, con notable honestidad.

Pierre de Montjoie asintió con un gruñido. Apenas podía dar crédito o apreciar el amplio abismo que se abría entre las culturas de la cristiandad y el islam, encerrados en su amarga lucha para obtener la supremacía. Experimentó una cierta frustración al comprobar que la gente que él había venido a convertir a la fe de Cristo obviamente sabía más sobre las artes, la artesanía y las ciencias que los de su propia fe. La desagradable sorpresa le mantuvo preocupado durante varios días.

En una ocasión, Belami había experimentado una reacción similar ante las aptitudes de Oriente, pero a partir de la primera campaña en Tierra Santa había absorbido buena parte de la sabiduría del mediano Oriente.

Para Simon de Crey era todo mágico. Como erudito, cuya rápida mente era capaz de absorber conocimientos como una esponja, se regocijaba ante cada nueva muestra de civilización.

«Eso lo heredó de su madre», pensaba Belami. Su padre fue siempre un hombre de acción. Buena parte de sus conocimientos filosóficos los aprendió de la dama que le dio un hijo, que él nunca se atrevió a reconocer.

Simon aún no sabía quién era su madre, pero por sus venas corría la sangre de una mujer excepcional.

El cuartel general de los templarios en Acre tenía más el carácter de una presencia oficial que de una fuerte guarnición. El fornido mariscal comandante, Robert de Barres, les saludó con poco ardor.

-Estaba esperando un refuerzo de siete cadetes además de vos mismo, servidor Belami. Bernard de Roubaix me escribió en esos términos -dijo, secamente, su rostro sudado enrojecido por el fastidio.

Belami dio un paso adelante, saludó y le dio un conciso informe de los acontecimientos ocurridos en Francia y alta mar. No rehuyó responsabilidad alguna, pero comentó que sus acciones en el caso de De Malfoy habían merecido la aprobación del comandante templario en actividad en Orange. El veterano subrayó la valentía y la devoción al cumplimiento del deber de todos sus cadetes, tanto los vivos como los muertos. Fue un modelo de informe militar por su concisión. Cuando hubo terminado, saludó y retrocedió un paso para ponerse en fila junto a Simon y Pierre.

De Barres, a pesar suyo, estaba impresionado. Sin embargo, advirtió con satisfacción las bellas facciones y la magnífica planta de Simon. Al elegante mariscal templario le encantaba la belleza masculina.

Como comandante de las fuerzas de los templarios en Acre, Robert de Barres tenía la impresión de que la más nutrida guarnición de los hospitalarios rebajaba su posición y autoridad. El intentaba compensarlo mediante la imposición de una excesiva disciplina a sus hombres. Ello no había aumentado su popularidad con los templanos de la guarnición bajo sus órdenes.

Belami presintió el subyacente antagonismo y se dispuso a establecer su posición y la de sus jóvenes servidores. Sólo uno de los templanos de la guarnición había servido previamente con el veterano. Era Gilbert d' Arlan, un sagaz y viejo soldado de las Ardenes. El calvo cruzado saludó a Belami con un fuerte abrazo, evidentemente contento de compartir sus responsabilidades con un camarada de armas tan generoso de corazón y tan astuto.

-Todo ha cambiado desde la época que estuvimos juntos, Belami -rió, torciendo los labios-. Ahora todo es política. Poco combate auténtico y muchas maniobras para acceder al poder. Incluso se rumorea que el contingente alemán se encuentra aquí para formar su pro-

pia orden teutónica; pero, conociendo a los hunos cabeza dura, eso les llevará mucho tiempo. Son buenos soldados, pero lentos, Belami. A pesar de todo, hay unos cuantos por aquí y varios más en camino, según dicen.

-Fuertes de brazo y duros de mollera -comentó Belami, con una risotada-. Son hombres que vale más tenerles de tu parte. No me gustaría nada luchar contra los hunos. ¿Cuál es la posición de la guarnición, viejo amigo?

Como había hecho Belami, el servidor D' Arlan le dio un conciso informe de la situación militar en Acre.

-Las murallas de la ciudad son fuertes como siempre y se han añadido unas cuantas torres más. El mando se encuentra bajo el señorío del condestable, Almaric de Lusignan. El convoca a diez de sus caballeros francos, que le ayudan a llevar las cosas. Luego está Balian de Jaffa, un buen chevalier, al igual que Pagan de Haifa y Raymond de Scandelion, ambos hombres valientes, con otros veintiún caballeros bajo su mando conjunto. Además, el conde Joscelyn, Jordan de Terremonde y Gilles de Calavadri, todos ellos cruzados experimentados, que pueden poner cada uno de ellos una docena o más de caballeros en el campo. De modo que, con unos pocos dignatarios inferiores y sus seguidores, podemos reunir a unos ochenta caballeros francos.

Belami lanzó un silbido de sorpresa.

-Eso no es un ejército con que hacer frente a los sarracenos, cuando lleguen.

El servidor D' Arlan se sonrió.

-Todavía tenemos que tomar en cuenta a las guarniciones de los hospitalarios y templarios. En total, podemos reunir a unos 150 hermanos, principalmente hospitalarios, y eso incluye a sus servidores también. Como de costumbre, eso significa que el cuerpo de servidores llevará el peso de la acción; además de los auxiliares, por supuesto.

-¿Qué pasa con ellos? -preguntó Belami.

-Son turcos, como siempre -respondió D' Arlan. -Cientos buenos lanceros, si bien ligeramente armados.

Belami asintió con la cabeza, y se volvió hacia Simon y Pierre para darles una explicación.

Los turcos son auxiliares. Son buenos combatientes. Magníficos jinetes y arqueros, y confiables en la batalla. Les he tenido al mando muchas veces. Le recomendaré a De Barres que os dé el mando de ~ tropa de veinte turcos, y yo comandaré una tropa doble. Eso significa... -Hizo una pausa y sonrió- que os convertiréis en servidores de pies a cabeza.

Simon y Pierre lanzaron un grito de alegría. Belami interrumpió su manifestación excesiva de entusiasmo.

-Todavía no estáis confirmados en el rango. Eso queda en manos del mariscal, pero no creo que debáis preocuparos. ¿Eh, Gilbert?

El otro veterano asintió con la cabeza.

-Y no os creáis que lo sabéis todo -les advirtió-. Belami tiene muchas más cosas que enseñaros. Pero vuestro mejor maestro, y muy exigente por cierto, es la propia Tierra Santa. El desierto os puede matar rápidamente, por poco que le deis oportunidad. Los uadis y los pasos estrechos a través de las montañas son lugares ideales para una emboscada. Y recordad, mis amigos, que los paganos conocen cada palmo de sus tierras. Así que aprended tan aprisa como podáis. Un buen comandante debe tener buen ojo para reconocer el terreno. Sólo entonces puede escoger el sitio correcto como campo de batalla.

El servidor D' Arlan no andaba con rodeos. Por eso era tan buen

soldado.

Cuando De Barres confirmó formalmente a los nuevos servidores en su rango de comandantes de tropa, les dio a cada uno un abrazo. Belami advirtió que el mariscal prolongaba el contacto con el cuerpo esbelto y fuerte de Simon un poco más de lo que la ocasión requería. Al veterano servidor templario aquello no le gustó nada. Lo último que le faltaba a Simon era un problema con su nuevo comandante en jefe.

Los jóvenes estaban entusiasmados con el hecho de haber sido promovidos oficialmente y se fueron a celebrarlo con Belami, D' Arlan y otros jóvenes servidores de la guarnición de los templarios.

-Muy bien -dijo su tutor-, beberemos un buen vino tinto a vuestro cargo, mes braves, pero a partir de mañana habrá doble ejercicio, hasta que seáis capaces de manejar a vuestras tropas como sabéis manejar la espada.

Las calles de Acre bullían de actividad después de la larga siesta de la tarde. La súbita oscuridad aún no había caído y, como estaba a la mitad del verano, el desfile de ciudadanos de la rica ciudad era constante, paseando arriba y abajo mientras tomaban el fresco de la naciente noche.

Belami les indicaba los diferentes escudos que llevaban las monturas de los distintos caballeros francos, españoles, italianos y alemanes. Aquellos escudos colgados fuera de las viviendas de sus propietarios anunciaban la presencia del caballero en cuestión dentro de la casa.

-De Beaumont, Colin y David de Blois, Honfroi de Beau-lieu, Cartier de Manville, Robert d' Avesnes... Conozco a muchos de ellos. ¡Ah! He aquí uno que no me resulta familiar. Un grifo negro, en reposo sobre campo azul; sobre todo, una cruz teutónica. Ese es un caballero alemán; uno de los nuevos caballeros teutónicos, seguro. ¡Hola! -Belami cambió súbitamente de tema-. ¡Ahí tenéis un par de bellezas para vosotros!

El veterano señaló una lujosa litera, que llevaban sobre los amplios hombros cuatro robustos nubios, probablemente eunucos. Las cortinas de la litera estaban abiertas, por cuanto aún hacía calor, a pesar de la brisa marina que soplaba por las estrechas callejuelas. Dentro de la litera iban dos mujeres jóvenes, una deliciosa morena y una ceñuda pelirroja de generosas proporciones. Ambas iban ricamente vestidas y proferían risitas como adolescentes. Al pasar ante el grupo de los jóvenes servidores, las dos mujeres lanzaron admirativas miradas a la alta figura y las clásicas facciones de Simon. Aún seguían mirándole apreciativamente cuando la corriente de gente apresurada las llevó doblando la esquina.

-Una cosa no ha cambiado -dijo Belami, sonriendo-. Las putas siguen siendo hermosas en Acre.

Aquella era una forma sorprendentemente diferente de ver Tierra Santa de las que les habían enseñado a Simon y Pierre. El viejo hermano Ambrose nunca había hecho referencia a ello.

Más tarde, cuando abandonaban la taberna donde celebraran modestamente el nombramiento, los jóvenes vieron otro aspecto de la vida en ultramar. Esta vez se trató de un asunto de vida o muerte.

Su comandante en jefe, Robert de Barres, fue la figura central implicada. Paseaba por la calle de los Armourers, acompañado por dos de sus lanceros turcos de mayor confianza. Belami, Simon y Pierre acababan de despedirse de sus nuevos amigos, cuando todo sucedió con la velocidad de un rayo de verano. En un primer momento, De Barres se asomaba a una herrería para admirar una espléndida espada de Damasco a la que se le aplicaba el pulido final. Al cabo

de un segundo, un árabe alto, que llevaba una gallabieh a rayas y un kaftán con capucha, extrajo una daga y se la clavó a De Barres en la espalda.

-¡Asesino! -gritó Belami, una fracción demasiado tarde.

En una acción repentina, el veterano sacó su propia daga, la sope- sé por una fracción de segundo y la arrojó.

El asesino no había logrado atravesar la cota de malla del mariscal de los templarios. Alzó la daga para intentarlo de nuevo mientras el caballero se volvía para parar el nuevo golpe.

La daga de Belami cruzó la angosta calle como un rayo y se hundió hasta la empuñadura en la garganta del asesino. Con un grito gutu- ral, cayó a los pies de su posible víctima. Antes de que lanzara el últi- mo suspiro, De Barres había extraído la espada y atravesado el corazón del moribundo.

Simon se había adelantado con la intención de ayudar al maris- cal, pero Belami le contuvo.

-No intervengas en esto, mon brave -le dijo, secamente.

El viejo soldado cruzó la calle y saludó a De Barres.

-Confío en que no estaréis herido, señor. Estos asesinos usan dagas envenenadas. ¿No sería prudente llamar a un hospitalario para que os atendiese, señor?

De Barres sonrió con una mueca de dolor. El golpe le había doli- do terriblemente.

-Gracias por interesaros por mi vida, servidor Belami -repu- so de mala gana-. Eso sí que es pensar con rapidez. Los mariscales templarios hace tiempo que son un blanco principal de esos asesinos, desde que nuestro fallecido Gran Maestro, Odó de Saint Amand, tra- tó de eliminarlos. Vos hacéis honor a vuestra reputación, servidor. - Su actitud cambió bruscamente-. ¡Bien hecho! Gracias a nuestra santa Señora y a vos, no estoy herido.

En cuanto se hubo recobrado de la conmoción del frustrado asesinato, el duro ordenancista se mostraba auténticamente agra- decido. Más tarde, de vuelta en el cuartel de los templarios, Simon le preguntó a Belami:

-¿Por qué no dejásteis que interviniera? ¿Y qué tuvo que ver mi padre con esos asesinos?

Belami adoptó una grave expresión.

-En primer lugar, ni tú ni Pierre sabíais que esos asesinos actúan generalmente en pareja. Eso os colocaba a ambos en posición de nes- go. En segundo lugar, tu padre era un adversario activo del Culto de los Asesinos. Si no hubiese muerto en Damasco, en 1179, siendo prisionero de los sarracenos, los asesinos le habrían dado muerte con absoluta seguridad. Esos diablos nunca cejan en su propósito una vez que han decidido matar a una mujer o a un hombre.

El veterano se explicó más ampliamente:

-El Culto de los Asesinos es una rama de los musulmanes Shi' ite. Forman una secta extremadamente fanática, que no se condice con la compasión musulmana. Les llamamos Isma' lites. La fundó un per- sa loco en el siglo pasado. Se llamaba Hassan-as-Sabah. Tenía el cuar- tel general en Alamut, que significa: «nido de águila». Eso fue en las montañas Daylam, muy lejos hacia el norte. Los musulmanes les lla- man Hashashijyun a los asesinos de esa secta, porque creen que utili- zan la hierba mágicas, el hachís, tanto antes como después de cele- brar un sacrificio. Exteriormente, constituyen un grupo político dedicado al asesinato. Pero la actividad real, detrás de la fachada reli- giosa, es la magia negra. En otras palabras, mon ami, estos asesinos son unos brujos poderosos.

-¿Quieres decir que tienen poderes mágicos? -preguntó Simon.

-Eso dicen, y ciertamente parecen ejercer una influencia tre-

menda en todos los pueblos del mediano Oriente. Incluso Saladino, el gran jefe Ayyubid, les teme, y eso que es valiente como un león. Al parecer, los asesinos ya han llevado a cabo dos intentos contra su vida, y el último casi tuvo éxito.

-Yo creía que sólo atacaban a los cristianos -intervino Pierre, que acababa de unirse a ellos.

-¡Nada de eso! El culto tomará como blanco a cualquiera que se les cruce en su camino elegido. Saladino, como Odó de Saint Amand, intentó destruir a las alimañas. En el caso de nuestro Gran Maestro, el propio gran maestro de los Asesinos, Sinan-al-Raschid, o, como todos le conocemos, El Viejo de las Montañas, huyó en un caballo aparentemente sin jinete.

-¿Cómo realizó ese milagro? -rió Simon.

-Puedes reírte, muchacho, pero así sucedió -replicó Belami-. Un caballo sin jinete fue visto huyendo de la emboscada de los templarios y, al cabo de pocos minutos, el jefe de los asesinos estaba montado en él, perfilándose en el horizonte.

A Pierre los ojos se le salían de las órbitas, escuchando con incredulidad.

-¿Cómo es posible que lo sepais, Belami?

-Porque estaba allí, mi incrédulo amigo. Nuestro Gran Maestro templario estaba tan perplejo como yo. Personalmente -agregó Belami, muy serio-, creo que el djinn de negro corazón estaba aferrado al costado de la silla del caballo supuestamente sin jinete, comen-
do en dirección al sol y oculto por la manta de la silla. Es un truco que he visto realizar a los arqueros montados escitas para hacer creer al enemigo que fueron derribados del caballo.

Todo el mundo creía en la brujería y la hechicería, y la magia existía con la misma realidad que los rayos, las enfermedades y la muerte. Ese era el secreto que avalaba el éxito del uso del terror como táctica por parte de los Asesinos.

Luego, cuando Belami estuvo de nuevo a solas con Simon, le dijo:

-Sinan-al-Raschid nunca debe saber que eres el hijo de Odó de Saint Amand, ¡pues sería tu sentencia de muerte!

Simon se sonrió, pero su sonrisa se esfumó ante la expresión de Belami.

-¿Quieres decir que ese Viejo de las Montañas puede hacerme matar, como si fuese una hormiga?

-En cualquier momento y en cualquier lugar -contestó Belami, con mirada sombría-. Su poder se extiende, como un largo brazo, hasta más allá de las playas de ultramar..., incluso hasta Europa y la hiperbórea isla de Inglaterra. Es por eso que no quise que te vieras envuelto en la pelea.

Había un hombre allí cerca -explicó Simon-, un pelirrojo alto, de barba enmarañada, también envuelto en un kaftán. No me habría fijado en él, Belami, pero me llamó la atención porque tenía un solo ojo. El otro lo llevaba tapado con un parche negro.

Simon le recordaba vívidamente.

-Debía de ser el otro Asesino del equipo -comentó el veterano-. No creo que te viera, Simon, pero indudablemente me vio a mí y me recordará en acción. No te preocupes, tengo ojos en la nuca. Siempre tengo un ojo bien abierto para que no me sorprendan los Asesinos.

Los deberes de los templarios en Acre eran muy similares a los del resto de la guarnición, pero, como ocurría con los hospitalarios, tenían su propia disciplina y podían abandonar la ciudad en patrullas cuando querían. Más que cualquier otra cosa, eran las finanzas de los tem-

plarios lo que mantenía las Cruzadas vivas. Sus empresas comerciales extensivas les reportaban inmensas riquezas, y su habilidad para transferir grandes fondos, sin haber de transportar físicamente el pesado tesoro, tenía una extraordinaria importancia. A pesar de las gabelas del Papa y de los impuestos que se recaudaban en toda Europa e Inglaterra para las Cruzadas, los tesoros de los templarios ocupaban el primer lugar, financieramente hablando. De ahí su absoluta libertad de acción.

Simon y Pierre no tardaron en ejercitarse en las prácticas de la artillería de sitio, y De Barres dedicó toda una jornada a explicar la estrategia y las tácticas de las principales defensas de Acre.

-Como podéis ver, nuestras defensas exteriores son más que suficientes para demorar un estado de sitio durante muchos meses -dijo-. También podemos recibir provisiones por mar. Cuando vosotros llegasteis, estuvisteis bajo la protección de nuestras catapultas, que pueden lanzar piedras y balas de fuego griegas a una distancia de 300 yardas. No os sorprenda... Este gran alcance se lo da el hecho de estar emplazadas en las altas torres de Acre. Si un día nos atacara Saladino, tendría que acercarse muchísimo su artillería de sitio para poder contrarrestar nuestro poder de defensa. Nosotros les superamos en un rango superior al centenar de yardas.

Los dos servidores asintieron con la cabeza para expresar que habían comprendido, y De Barres, que desde el dramático intento de asesinato había aflojado un tanto su férrea disciplina, puso una mano amigable sobre el hombro de Simon.

-Me dicen que eres un buen arquero, De Creşy -dijo, con lo que pretendía ser una cálida sonrisa. De hecho era una horrible desdentada, pues los dientes frontales del mariscal se los había roto a maza sarracena-. Podrás usar tu talento efectivamente desde estas murallas. Los múltiples máchicouzi~ que adornan las almenas sólo son suficientes para evitar la colocación de escaleras y otros artilugios que salvar las murallas de la ciudad; pero sólo hay espacio para un arquero en cada uno de esos compartimientos de piedra. Tú te entinas mejor, servidor De Creşy, detrás de un refugio de madera colocado en una de las torres.

Mientras hablaba, De Barres le apretaba el biceps a Simon de una forma afectuosa y morosa, que desagradó al joven en gran manera, si bien refrenó el deseo de quitarle la mano de encima. Belami también advirtió aquel gesto de parte del mariscal y se quedó preocupado.

-Como muy pronto aprenderéis cuando salgáis en patrulla por desierto, una de nuestras necesidades tácticas más importantes es agua -continuó el mariscal-. Usadla con sobriedad, porque ellos conocen todos los manantiales y oasis en muchas millas a la redonda y pueden envenenarlos todos. La provisión de agua que lleven en vuestra bota de cuero de cabra, es literalmente vuestra vida. El sol seca rápidamente la piel y muy pronto el cuerpo pierde sus fluidos. El servidor Belami, por experiencia, conoce la vital importancia de un cuidadoso racionamiento del agua en el desierto.

Cuando De Barres terminó su disertación, preguntó a los servidores si tenían alguna pregunta que hacer.

Simon preguntó:

-Señor, ¿por qué hay tantos castillos y fortalezas en este mapa? seguro que los templarios son los únicos que patrullan las rutas de los peregrinos de Acre, pasando por Jaffa, a Jerusalén?

De Barres sopesó la pregunta.

-Esa era la idea original, que yo apoyaba plenamente. Sin embar-

-Titubeó y luego se lanzó a pronunciar un inesperado discurso

El motivo de esta fortificación de Tierra Santa se debe al ansia

poder. Los templarios contribuimos a dotarlos de gente, por supuesto

pero sólo hemos construido un pequeño número de castillos, y están situados en lugares importantes dentro de los caminos de peregrinaje. ¡No lo han hecho así los demás!

Evidentemente, De Barres se había embarcado en su tema favorito.

-La avaricia y la lujuria, éstos son nuestros verdaderos enemigos. A los Asesinos se les puede comprar con oro, y muchos de los crímenes que cometen los maquinan los cristianos contra otros cristianos. Hoy en día todo es política en Tierra Santa. Las cosas han cambiado desde nuestros tiempos, servidor Belami. Príncipes, reyes, señores y condes disputan actualmente unos con otros por el dominio del reino de Jerusalén. Trágicamente, el joven rey Balduino está agonizando, aun cuando sigue reinando; eso significa que Guy de Lusignan, Raimundo III de Trípoli y Reinaldo de Châtillon, y otros que son igualmente inescrupulosos, mantienen el dominio real en Jerusalén. El rey Balduino IV ha sido atacado por la lepra, lo que es una razón por la cual los hospitalarios que le atienden mantengan una posición tan poderosa en Jerusalén..., más poderosa, pienso yo a veces, que la de nuestra propia Orden bajo Arnold de Toroga, el Gran Maestro.

Nada podía detener la ira sincera de De Barres.

-Lo que yo me pregunto es si esto es una Cruzada o una carrera para lograr el poder temporal. ¡La respuesta es obvia! Creedme, hermanos, en la actualidad hay más prostitutas que peregrinos en Tierra Santa. Tened cuidado de no caer en pecado mortal con este engendro del Mal.

Calló bruscamente, dominado por la ira, y, girando sobre sus talones, se alejó de ellos.

Cuando se hubo marchado, Belami hizo una seña a los jóvenes servidores para que le siguieran hasta donde no pudiesen ser oídos. Entonces les dijo:

-Mucho ojo con ése, mes camarades. El sol de muchas largas patrullas por el desierto ardiente le ha causado algún daño a nuestro valiente mariscal. Conozco su reputación. Físicamente, aún está en forma, y el templario es un valiente caballero en la batalla. - Bajó la voz-. Pero el sol del desierto puede causar efectos extraños en un hombre. Tened en cuenta mi advertencia, sobre todo tú, Simon: no os quedéis a solas con él.

-Pero muchas de las cosas que dijo parecen correctas -comentó Pierre-. Por todas partes se ven grandes riquezas \T muchas jóvenes mujeres libres. Dondequiera que exista esta situación, suele haber problemas.

-Además no terminó de aclarar a qué se debe el gran número de castillos que hay en Tierra Santa -dijo Simon, intrigado.

-Esa es una pregunta difícil de contestar -repuso el veterano-. La mayoría de los castillos y fortalezas se encuentran en línea de mira unos de otros. Esto es así, naturalmente, para protección mutua. Pero guarnecerlos a todos requiere demasiados caballeros, sirvientes y lanceros auxiliares. La Cruzada es en realidad una guerra móvil, que exige rápidos desplazamientos de caballería hacia cualquier lugar donde haya un conflicto. Encerrar a todas esas fuerzas dentro de fuertes murallas no hace más que ceder la iniciativa a los sarracenos. Cuando Saladino haga un movimiento, que con seguridad debe hacer un día no muy lejano, necesitaremos a todos los lanceros y soldados de caballería que tengamos para hacer frente a su raudo ataque. Mantener a todas las fuerzas en castillos y detrás de las murallas de las ciudades es puramente una estrategia defensiva para guardar la riqueza de los nobles. Esto es una Cruzada, no una maldita acción de retaguardia para proteger los tesoros mal habidos de

los avariciosos potentados.

-¿Qué quería decir De Barres con aquello de que hay más prostitutas que peregrinos? -inquirió Simon.

Belami se sonrió.

-Yo diría que se igualan en número.

Los dos jóvenes parecieron sorprendidos.

-¡Oh, vamos, mes braves! No todas las prostitutas son malas. De Barres cree que todas las mujeres son una consecuencia del «engendro del Mal», pero el caso es que él es distinto a nosotros. He conocido putas de buen corazón en mis tiempos, y hasta una o dos con un corazón de oro también.

»Asimismo he conocido a una madre superiora que era más mala que Lilith, la hembra del demonio, y a algunas malas putas entre la nobleza disfrazadas de condesas y damas de la Corte. ¡Yo trato a las prostitutas como reinas, mientras que De Barres trata a las reinas Como si fuesen prostitutas!

Lanzó una de sus habituales carcajadas estentóreas.

-Para tu información, Simon, hay unos cincuenta castillos y fortalezas en Tierra Santa, y dentro de ellos muchas prostitutas de ambas clases.

Armados con aquella útil información táctica, se retiraron para pasar la noche. Era temprano, pero al amanecer debían partir para realizar la primera patrulla por el desierto con las tropas turcas, a lo largo de la ruta de Acre a Tiberias, sobre las playas del lago de Galilea.

En el terreno político, el reino de Jerusalén era un embrollo. El caos habría sido total de no haber mediado la presencia de los templarios y los hospitalarios. La segunda Cruzada había perdido su ímpetu original, y sólo la amenaza de los sarracenos de Saladino en el sur evitaba que las tropas francas de degollaran mutuamente. Lattakieh, Antioquía, Jaffa, Tiberias, Tiro, Ascalón, Jerusalén y otras ciudades fortificadas, si bien supuestamente formaban parte del reinado cristiano, hervían con las conspiraciones, complots y contratretas que se incubaban entre facciones rivales.

Formalmente, existía un tratado precario entre Saladino y Balduino I pero si hombres inescrupulosos como Reinaldo de Châtillon planeaban asaltar las ricas caravanas en ruta hacia La Meca, entonces el tratado sería algo muy frágil, sin duda.

Saladino, si bien era justo y piadoso, no era persona a quien se pudiese traicionar. Brillante estratega, ya sabía muy bien cómo dirigir una campaña contra tales líneas defensivas estáticas. Así era como había derrotado a Egipto.

Si le provocaban, se desplazaría en dirección al norte hacia Tierra Santa, para proteger a las caravanas sarracenas. Sólo era cuestión de tiempo, y la arena caía rápidamente en los relojes.

7

Tiberias, el guardián de Galilea

Belami estaba contento de tener cierto mando sobre la pequeña patrulla, en las treinta millas aproximadamente que separaban Acre de Tiberias. Los cincuenta turcos lanceros se encontraban bajo el submando de Simon y Pierre, pues el veterano había dividido a los lanceros en tres tropas; dos secciones de quince jinetes de caballería ligera para cada joven servidor, con los restantes veinte bajo su propio

Los turcos iban armados con fuertes lanzas de caña, y la mayoría llevaban un arco escita y una aljaba que contenía tres docenas de flechas. Aquellos jinetes de la caballería ligera estaban altamente ins-

truidos en tareas de exploración y de patrulla. También eran expertos rastreadores.

Su armadura corporal consistía en vestas rellenas de algodón, llamadas alquótons. Les llegaban hasta las rodillas, con tajos en la parte posterior y en la entropierna para facilitar la operación de montar a caballo. Bajo la vesta protectora, algunos de ellos llevaban mallas de acero, que les quitaban a los sarracenos muertos. Sólo unos pocos eran capaces de disparar con buena puntería desde la silla, como los escaramuzadores escitas de Saladino, pero, desde el suelo, los turcos disparaban certeramente sobre largas distancias. Sin embargo, sus ligeras flechas no poseían el mismo poder de penetración que las de una yarda de Simon.

Los turcos cabalgaban estupendamente y podían permanecer patrullando desde el alba hasta el anochecer. Eran tan expertos con sus lanzas, que podían usarlas para cazar conejos en el desierto. Valientes y decididos, al mando de los servidores adecuados, constituían una fuerza formidable y de desplazamiento rápido. Belami estaba orgulloso de ellos. En verdad ofrecían un aspecto impresionante cuando trasponían al trote el portal de Acre y emprendían el camino de Galilea. En aquel preciso instante amanecía.

Durante la patrulla de rutina se encontraban con pequeños grupos de peregrinos y mercaderes, en ruta a Tiberias o bien cruzaban la línea de su patrulla en un viaje más largo a Jerusalén. Algunos de los grupos incluían mujeres, las familias de los peregrinos o esposas e hijas de los mercaderes itinerantes. Pocas de ellas, fuesen jóvenes o viejas, dejaban de fijarse en el apuesto servidor templario montado en Pegase. Desde el trágico interludio con Maria, Simon había vuelto a recluírse en su capacidad de total timidez ante las mujeres. Con deliberación, o inconscientemente, el joven normando hacia caso omiso a aquellas miradas provocativas. Su mente aún era un torbellino a raíz de las exóticas escenas que había presenciado en Acre. Eran tan poco parecidas a sus propios sueños extraños sobre Tierra Santa, que hubiera preferido sobrevolar el ondulado paisaje y evitar el abrazo de criaturas de pesadilla, antes que hacer el amor con una encantadora mujer. Todas las gestas que le contaran Raoul de Creçy y el hermano Ambrose estaban relacionadas con los hechos caballerescos de los templarios en el campo de batalla, antes bien que sobre sus relaciones con doncellas en apuros, o algo parecido.

Si aquellas historias en alguna ocasión estaban teñidas con alguna nota romántica, siempre era de parte de los caballeros francos; la caballerescidad siempre había sido su impecable característica, y las damas implicadas eran invariablemente castas y virginales. Sólo en Gisors, Simon había conocido otros aspectos de la leyenda del rey Anuro y la Tabla Redonda. La historia de Guinevere y sir Lancelot du Lac le había conmovido considerablemente.

Ahora que Simon había visto algunas damiselas y damas de los caballeros francos, sus sentidos habían sufrido una conmoción más intensa. La mayoría de las mujeres pertenecientes a las familias de los cruzados estaban protegidas con medidas de seguridad semejantes a las de los harenes. No obstante, a muchas de las mujeres más atrevidas de Acre podía vérselas sin velo en público, algo que ninguna mujer musulmana sería capaz de hacer.

Esas damas cristianas, doncellas y matronas, habían observado a Simon en muchas ocasiones. Una bonita morena había hecho detener su litera para preguntar al joven normando la dirección de un cierto orfebre. Su treta habría resultado transparente para cualquier len experimentado, que la hubiese tomado como una franca miviración. No fue ése el caso de Simon, que, ante la desesperación de Belami, tomó la pregunta de la bella interlocutora al pie de la letra.

-Lo siento, mi señora -había contestado, desviando cortés-

mente la mirada de los generosos pechos semiexpuestos-, pero no conozco a ese orfebre en particular, pero esta calle está -llena de ellos, y cualquiera os lo podrá decir, estoy seguro.

Mientras Simon saludaba y se alejaba al trote, Belami gruno.

-Tendré que hacer algo con este muchacho -le dijo al sonriente Pierre.

Sin embargo, aquel encuentro no dejó de afectar a Simon.

Mientras se inclinaba desde la silla hacia la litera de la joven, su intenso perfume trastornó los sentidos. Junto con el aroma de agua de rosas que exhalaba su cuerpo recién bañado, su fragancia despertó su virilidad, que se agitó penosamente bajo los calzones de cota de malla. Con la cara enrojecida por la turbación, se había alejado con el fin de recobrar el dominio sobre sus alterados sentidos.

Más tarde, Belami encontró una nota dentro de la capucha de cota de malla de su joven servidor, que evidentemente la había introducido entre los pliegues la damisela cuando él se inclinó para responder a su pregunta.

-Esta es una invitación a cenar con la dama, con su nombre y dirección completos. Debe de hacer un tiempo que va detrás de ti, Simon. -Belami echó la cabeza hacia atrás y lanzó una estruendosa carcajada-. Despierta, muchacho, o te perderás la más maravillosa experiencia de nuestra vida terrenal. ¡Que nuestra santa Madre no lo quiera!

El pobre Simon estaba confundido y emocionado ante el comentario de Belami, pero se hallaba igualmente perturbado por el recuerdo del seductor perfume de la adorable doncella.

-Ya falta poco -le dijo Belami a Pierre-. Simon está empezando a despertar. Lo que le ocurrió con Maria de Nofrenoy le alteró grandemente.

Los tres servidores cabalgaban a la cabeza de sus tropas, hasta que Belami hizo señas a sus jóvenes camaradas para que se unieran a él en el extremo de la columna.

-¿Veis aquella larga nube de polvo? -preguntó, señalando hacia el norte-. Esa es una de las caravanas sarracenas, que se dirige a Meca. Es la clase de botín que Reinaldo de Châtillon difícilmente puede dejar de codiciar. Si sigue con sus viejas mañas, nuestro tratado con Saladino pronto terminará bruscamente. Estad atentos porque puede haber problemas, mes braves. ¡Para eso estamos aquí en patrulla!

Por la longitud de la nube de polvo, Simon y Pierre comprendieron que Belami tenía razón. Debía de ser una empresa de gran riqueza, así como un Hadj, el sagrado peregrinaje que los musulmanes hacen a La Meca.

-¿Quién es exactamente ese Reinaldo de Châtillon? -preguntó Simon, con curiosidad-. Hemos oído contar muchas cosas sobre sus hazañas, pero pocas sobre el hombre mismo.

Belami lanzó un bufido.

-Lo uno te dice lo otro. Se trata de un aventurero franco, de alguna manera armado caballero, probablemente por servicios prestados a algún príncipe inescrupuloso. Una cosa es cierta. Llegó a Tierra Santa hace unos años y se casó con la princesa de Antioquía, que había enviudado recientemente. Eso fue allá en 1153. Reinaldo, asimismo conocido como Reginaldo, es el hijo menor de Godofredo, conde de Gien, así que no tenía ni un céntimo.

»La princesa Constanza contaba con una rica dote y eso le puso en una excelente posición. Guillermo de Tiro, el famoso cronista que acaba de regresar a Europa, le tenía antipatía a De Châtillon y escribió sin pelos en la lengua sobre su matrimonio. Algunos dicen que el viejo cronista, arzobispo él, fue expulsado de ultramar por Reinaldo, que nunca olvida un insulto o una injuria.

»Como señor de Antioquía, asoló Chipre antes de que Isaac Comnemos la ocupara. Sus excesos en Tierra Santa son bien conocidos, y la persecución a que sometió al Patriarca es legendaria. Al fin y al cabo, el Patriarca se considera que es la máxima autoridad en la Ciudad Santa. El es el rival representativo del Papa, y De Chátillon le trata como a un ser inferior. Os digo que Reinaldo es un rufián, un bellaco, un embustero y un ladrón. En una ocasión le capturó Saladino. En recompensa por las traicioneras promesas de leal amistad por parte de Reinaldo, el jefe sarraceno, que no miente jamás, le dejó en libertad. ¡Fue una tontería!

»Reinaldo de Chátillon recompensó a Saladino por su generosidad traicionando su confianza y, según se rumorea, aún sigue planeando construir una flota junto a las playas del mar Rojo para convertirse en el primer cruzado corsario. ¡Merde! De Chátillon no es un cruzado. No tiene ni una pizca de sinceridad en todo su cuerpo. Se propone saquear los puertos del mar Rojo, y las caravanas cargadas de riquezas de Saladino para La Meca, ofrecen enormes y succulentos botines.

»Os digo, muchachos, que tenemos que estar alerta a la espera de serios acontecimientos como consecuencia de tanta avaricia. Cualquiera día, se excederá, y entonces Saladino caerá sobre él y sobre nosotros como el Ángel de la Muerte Vengador.

Ninguno de ellos pensó cuán proféticas habían de resultar muy pronto las palabras de Belamí.

En aquel momento, atravesaban una desolada zona arenosa y poblada de hierba de pasto, en el camino a Galilea. Aquel yermo carente de agua resultaba deprimente; era un llano que se elevaba hacia dos colinas rocosas, llamadas Los Cuernos de Hattin, o Hittin como los habían bautizado los árabes. El lugar era tan desolador que Simon comentó:

-¡Qué sitio tan horrible! No me gustaría nada verme atrapado allí por paganos hostiles.

-Tienes buen ojo para los campos de batalla, Simon. Los Cuernos de Hattin es un mal lugar para caer en una emboscada. En la primera Cruzada, tuvo lugar ahí una matanza de cristianos y, según dicen algunos, todavía rondan por allí los espíritus perdidos. El veterano se santiguó, y sus jóvenes camaradas se estremecieron a pesar de que el calor de la tarde seguía siendo opresivo.

-Supongo que se podría levantar una fortaleza en una de aquellas colinas, pero sería muy desolada. -El viejo servidor meneó la cabeza-. Ahora, vamos. Faltan sólo unas pocas millas hasta Tiberias. quiero llegar allí antes de que anochezca.

Las tropas habían desmontado y hacían caminar a sus monturas. A una señal de Belamí, volvieron a encaramarse a las sillas y partieron a buen paso hacia el término de la patrulla. A ninguno de ellos le ibiese gustado pasar una fría noche en el desierto. De ningún modo aquel horrible lugar.

Una vez se hubiese puesto el sol y la oscuridad se extendiera rápidamente sobre la tierra, la arena y las piedras muy pronto perderían el calor del día, y soplaría de Galilea el áspero viento del desierto. Por la noche el frío sería intenso.

En tanto Belami galopaba hacia atrás de la columna para que se apresurasen los de la retaguardia, Simon sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Sin embargo, aún no se había puesto el sol. De pronto supo cuál era la causa: en varios de sus sueños había sobrevolado aquel mismo paisaje desolado, mientras unas formas monstruosas intentaban atraparlo. Se sacudió la sensación de intensa depresión que de repente se había apoderado de él y ordenó a sus tropas que le siguieran al tiempo que salía galopando hacia ade-

lante.

Al cabo de una hora, la patrulla llegaba a las puertas de Tiberias.

Las fortificaciones de la ciudad se encontraban bien situadas en un farallón desde donde se dominaba el mar de Galilea, la mitad meridional del cual se pretendía proteger. Sobre las aguas de aquel vasto mar interior, Jesús había caminado en medio de una tormenta. Mientras se acercaban a la ciudad, los pensamientos de Simon se centraron en aquel incidente. Las palabras del Salvador: «¡Paz! ¡Callad!» resonaban en su mente, en tanto el joven cruzado conjuraba la imagen de Cristo encarnado, saltando de la barca de pesca que le llevaba y caminando sobre las aguas, que de pronto le sostenían como si fuesen cubiertas de espeso hielo.

-¡Un milagro sin duda! -murmuró, en cuanto puso los ojos en el lago azul de Galilea.

Aquella escena también le parecía de alguna manera familiar. Entonces se dio cuenta de que durante sus vuelos nocturnos, había planeado muy bajo por encima de su brillante superficie. Simon comprendió que habría sido capaz de dibujar un mapa de todo aquel mar interior, a pesar de que las orillas septentrionales se encontraban en aquel momento ocultas por la niebla del atardecer.

Ahogó una exclamación, lo que provocó la pregunta de Belami:

-¿Ocurre algo, muchacho?

-Todo me resulta extrañamente familiar. Tengo la impresión de haber estado aquí antes -balbuceó Simon.

Entonces le tocó el turno a Belami de mostrarse sorprendido.

-Pero es que ya estuviste aquí -dijo-. Si bien no comprendo cómo puedes recordarlo. Tu padre te trajo aquí, sólo unos días después de tu nacimiento. El mismo te bautizó, en las aguas de Galilea.

-¿Y tú cómo lo sabes, Belami? -preguntó Simon, estupefacto.

-Porque estaba aquí, muchacho. Yo te sostuve en mis brazos. Entonces tenía dos manos. Simon..., ¡yo soy tu padrino!

Los dos hombres, sin desmontar, se acercaron de costado y se abrazaron calurosamente, con las lágrimas rodando libremente por sus mejillas. Minutos más tarde, entraban en Tiberias al frente de una impecable columna de hombres montados.

Tanto la ciudad como el castillo, con sus sólidas torres y la edificación central, se hallaban encerrados dentro de las murallas extensivamente fortificadas, con almenas y maciza construcción. Su señorío se hallaba bajo el dominio de Raimundo III de Trípoli. Su esposa, Eschiva, una formidable mujer, muy bien parecida, demostraría ser una aguerrida senescal bajo el estado de sitio. En el momento en que Belami y sus tropas llegaron allí, la dama estaba muy aburrida. Pocas cosas de interés ocurrían en Tiberias, y su esposo estaba ausente, de visita en Antioquía.

Ella y su sobrina, lady Elvira, ambas de la noble casa de Bures, recibieron alborozadas el rompimiento de la monotonía de su vida en aquella parte de ultramar. Belami y su pequeña tropa de caballería ligera se quedaron sorprendidos al recibir una entusiasta bienvenida cuando entraban en la ciudad.

El título que Raimundo había adoptado de «Señor de Tiberias» indicaba la importancia estratégica de aquella ciudad tan fuertemente fortificada mejor que su tamaño, que no era muy impresionante. Pero las sólidas fortificaciones, respaldadas por una guarnición bien dotada y la inevitable artillería compuesta de catapultas de diferentes tipos y ballestas lanzapiedras, compensaban la falta de grandeza de la ciudad.

Su guarnición era adecuada para resistir un estado de sitio, pero no lo suficiente como para realizar patrullas en gran escala. En cada ocasión en que la visitaba algún dignatario, como por ejemplo Guy

de Lusignan, el conde Joscelyn o Reinaldo de Châtillon, se preparaba para impresionar a sus huéspedes. Por todas partes, a lo largo de sus cortas y angostas callejuelas, se colgaban banderas y banderines, y las tabernas y pequeños figones sacaban lo mejor que tenían para agasajar a los visitantes.

Sin embargo, Tiberias era un remanso para la vida social e incluso la visita de una patrulla de templarios era una ocasión memorable. Belami se sorprendió al ser invitado, junto con sus jóvenes servidores, a cenar con la princesa Eschiva y su sobrina, lady Elvira, en compañía de los oficiales de la guarnición.

Cuando se presentaron, después de una rápida ducha bajo la aguatocha del cuartel, se pusieron los uniformes de templarios, pero los tres llevaban jupons limpios, la ropa interior que conservaban para cambiarse las prendas manchadas de sudor. Habían frotado las mallas de acero con arena hasta sacarles brillo, pues la herrumbre no era problema en un clima tan seco. Sólo cerca de las playas del salado mar Muerto se aherrumbraban las armaduras o las armas de los cruzados.

Los tres servidores templarios ofrecían un aspecto impresionante con sus cascos en el hueco del brazo izquierdo, las capuchas de cota de malla echadas hacia atrás y las largas sobrevestas negras de la Orden luciendo la Cruz de los Templarios.

-Princesa, os traigo saludos de Robert de Barres, mariscal de los templarios en Acre -dijo Belami con su sonora voz-. Os ruego que aceptéis este humilde presente de dulces, de parte del servidor D' Arlan de los hospitalarios.

El veterano indicó a Simon que se adelantara con el regalo. Cuando el normando ofreció el cofre de mimbre que contenía el Rahat Lacoum, los dulces de los turcos aromatizados con cítricos y agua de rosas, conocidos como «Delicias», lady Elvira le dirigió una mirada de admiración. La princesa Eschiva, cuyo aburrimiento se acentuaba por la ausencia del marido, también les favoreció con una seductora sonrisa en los labios generosos. Estaba bien conservada y aún era atractiva, con una figura rotunda que competía con su rostro sensual, que en un tiempo había sido muy bello. Aún a los cuarenta y cinco años, aquella notable mujer lograba que el pulso de un hombre se acelerara en su presencia.

Lady Elvira era más alta que su tía, y sus clásicas facciones quedaban enmarcadas por una abundante cabellera, que había adquirido un brillo bronceado bajo el continuo cepillado. Sus ojos eran sorprendentes, con motas doradas centelleando en el fondo del iris castaño oscuro. A Simon le recordaron una rara piedra preciosa que el viejo padre Ambrose le había mostrado una vez. Un crisoberilo, le había dicho que era. El mismo tono tornasolado parecía brillar en los ojos de lady Elvira. Simon se sintió turbado por ellos. En cuanto a Pierre, se había enamorado de ella al cabo de una hora de haberla visto por primera vez.

Una ojeada a la cara de Pierre le dijo a Belami lo que le estaba sucediendo a su joven camarada. El veterano tomó mentalmente nota de decirle que era una locura enamorarse de alguien de rango más elevado que el propio. Pierre era un servidor; Elvira, la hija de un conde. No obstante, les estaba reservada una sorpresa.

Una sirvienta jovial de pronta sonrisa llamó la atención de Belami. El viejo guerrero comprendió que no dormiría solo en Tiberias.

La princesa Eschiva tenía infinidad de preguntas sobre Europa, que iban desde lo que vestían las damas en la corte del rey Luis hasta qué nuevos platos se servían en la casa real. La dama senescal tenía entendido que los servidores habían llegado recientemente de París, por lo que presumía que ellos debían de conocer algunas de las respuestas.

Ni Belami ni Simon pudieron ofrecerle información sobre aquellos temas aparentemente vitales, pero, para sorpresa de sus compañeros, Pierre de Montjoie sí que pudo hacerlo. De hecho, resultó ser una fuente impresionante de conocimientos sobre la etiqueta, el comportamiento, la cocina y las intrigas de la corte. Después de dos vasos de buen vino francés, Pierre se superó a sí mismo.

Ni Simon ni Belami se habían mostrado dispuestos a hablar de sus respectivas familias, de modo que hasta entonces Pierre también se mantuvo reticente a hablar de la suya. Ahora, de pronto, todo salía a borbotones de sus alegres labios.

-Los De Montjoie son la rama franca de nuestra familia, que procede originalmente de Santiago, en España -explicó-. El casti- llo cercano a Jerusalén, llamado Château Montjoie, fue construido recientemente por un tío mío.

Belami y Simon contemplaban a su camarada con estupefacción mientras él seguía diciendo:

-Yo me crié en la corte francesa, donde mi padre, el conde Denis de Montjoie, es consejero sobre asuntos españoles. El motivo por el que me alisté como cadete en el Cuerpo de Servidores en Gisors es muy simple. Me peleé con mi padre, y él me desheredó.

Los invitados al banquete estaban fascinados por las palabras de Pierre.

-Todo empezó porque mi hermana menor, Berenice, debía des- posarse con un caballero riquísimo, Albert de Valois. El tiene casi sesenta años y es viudo por partida doble. Mi hermana sólo tenía entonces doce años.

»La pobre Berenice estaba aterrada, huyó y vino a verme, para rogarme que la ocultara. A mí, Valois, que es un libertino, me desa- gradaba profundamente, así que llevé a Berenice a casa de una ami- ga mía de la infancia, la princesa Berengaria, que para ese entonces sólo tenía catorce años, pero era muy inteligente para su edad. Berengaria de Navarra es una joven maravillosa. En seguida supo qué hacer y le pidió ayuda a la reina Leonor de Aquitania, la esposa del rey Enrique de Inglaterra. Berengaria sabía que el primer esposo de la reina había sido Luis de Francia, y que la pareja real había estado en la Cruzada en ultramar. Allí, la reina Leonor se hizo íntima amiga del tío de Berengaria.

»Sucede que la reina detesta la práctica de las uniones matri- moniales infantiles y tomó a Berenice bajo su protección. Mi herma- na tiene ahora trece años y es una de las damas de compañía de la rei- na. La reina Leonor ama a Berenice y a Berengaria. Con ella están a salvo de las represalias que pueda tomar Albert de Valois.

»Mi padre, por supuesto, se puso furioso y me desheredó. Para recuperar lo mío, decidí buscar fortuna como servidor templario.

La velada fue un resonante éxito. Además, lady Elvira en segui- da se interesó en aquel atractivo joven servidor que era en realidad de sangre azul. Como no era una simplona, sabía que las disputas familiares raras veces duran eternamente. La princesa Eschiva vio con buenos ojos la atención extasiada de Elvira ante la fascinante histo- ria de Pierre. La dama senescal era una mujer inteligente y rápida- mente se dio cuenta de las posibilidades de aquella situación. Pierre de Montjoie se había convertido en candidato elegible con un breve parlamento.

Belami estaba fascinado.

-Por Dios, muchacho, ¿acaso esperas que te llame «sir Pierre»?

-De ninguna manera, mi respetado servidor -rió Pierre.

-¿Así que realmente estás en la fila para heredar el título de caballero? -dijo Simon, encantado.

Belami aclaró la situación.

-Todo saldrá bien. Serás armado caballero, Pierre, seguro. Sólo recuerda que hasta que llegue la feliz hora eres mi joven servidor, y así será hasta que te pongan las espuelas de oro. ¿Savez?

-¡Qul, je sai~! -sonrió Pierre, que gozaba plenamente la sensación que había causado.

-¡Brindo por eso! -exclamó Simon, levantando su copa.

-¡Por el destino! -dijo el veterano, y yació la suya de un solo

Acto seguido, Belami llevó a Simon aparte.

-Vamos a dar un paseo; hay algo que quiero mostrarte -le dijo en voz baja.

Se excusaron ante la princesa Eschiva, diciendo que les llamaba el deber de la inspección nocturna, y luego se retiraron, dejando a Pierre rodeado de sus admiradoras, todas ansiosas por escuchar los últimos escándalos ocurridos en la corte de Francia.

Los templarios cabalgaron hasta salir por las puertas de Tiberias y, cogiendo un sendero que llevaba por la empinada pendiente hasta las orillas del lago, llegaron a una ancha franja de arena.

La luna brillaba con todo su esplendor en el aire frío de la noche cuando empezaron a galopar a lo largo de la orilla brillantemente iluminada. Cuando llegaron al sitio donde se almeaban las barcas de pesca, junto a unas oscuras casuchas, aminoraron el paso de sus monturas y, después de desmontar, condujeron a Pegase y Calaban hasta una fuente para que abrevaran en ella, pues se merecían un trago de agua fresca.

-Siempre se aprende algo -observó Belami-. ¡Pierre un noble caballero! ¡Eh, bien! ¡Tant mieux! -Esbozó una amplia sonrisa a la plateada luz de la luna.

tu padre le encantaba venir aquí, Simon. En esta fuente solían encontrarse él y tu madre.

La voz de Belami tenía un dejo de nostalgia.

-¿Quién era ella? -preguntó Simon, ansioso.

Los ojos de Belami adquirieron una dulce expresión.

-Lamentablemente, aún no puedo decírtelo, Simon. Bernard de Roubaix no te dio su nombre y mi voto de silencio no me permite que yo lo haga. -Al ver la expresión de desencanto en el rostro de Simon, agregó:- Baste decir que tu madre era muy hermosa, sobre todo de alma. Tu padre aprendió de ella todo cuanto sabía de filosofía. Cuando tu madre murió, el espíritu de tu padre murió con ella. Sólo su sentido del deber le mantuvo en pie. Tenía una misión que cumplir y la cumplió, pero el corazón de Odó de Saint Amand se fue con tu madre. El hecho de no poder reconocerte como hijo suyo debió de ser para él un infierno en esta tierra.

»Persiguió a los Asesinos como si cumplierse una penitencia. Sinan-al-Raschid se convirtió en el símbolo de su amarga frustración. Parte del resto, ya lo conoces.

Viendo la dolorida expresión de Simon, Belami trató de consolarle cambiando de tema.

-Tu padre tenía extrañas ideas sobre Galilea. El creía que Jesús era calafate. Por eso Nuestro Señor se llevaba tan bien con los pescadores. Nuestro fallecido Gran Maestro creía que Jesús construyó la barca de Pedro el Pescador, junto con muchas otras, en las playas de Galilea.

Simon escuchaba fascinado, dando vueltas a la idea en su mente.

-¿Por qué mi padre creía eso, Belami?

-Tu madre le puso la idea en la cabeza. Ella le dijo que se trataba de una leyenda local. Si bien los piensas, parece lógico. -Belami se entusiasmaba hablando del tema-. Al fin y al cabo, Jesús tenía unos catorce años cuando la Santa Biblia le pierde el rastro. Entonces

no volvemos a saber de él hasta que regresa, cuando tiene treinta, de algún lugar del desierto, para ser bautizado por san Juan el Bautista.

-Es una cuestión interesante, Belami. ¿Qué le pasó a Nuestro Señor durante esos años en que nada se sabe de él?

-Tus padres creían que después de que Jesús estuvo constantemente discutiendo con los rabinos en el templo, quedó señalado como un agitador. Después de todo, sólo tenía trece años. Su padre, José, estaba preocupado por el extraño comportamiento de su inteligente hijo y le pidió a un amigo suyo, a José de Arimatea, que se llevara al muchacho en su barco. Recuerda que ese José, que aparece posteriormente en la Santa Biblia, era un mercader y visitaba muchos países extranjeros en sus viajes. ¿Qué más natural que este mercader, que siempre podía tener necesidad de un calafate, se llevara a Jesús con él? Al fin y al cabo, el Señor, aun siendo niño, era aprendiz de su padre, el maestro carpintero de Nazaret.

»Sin duda, Jesús conocía de embarcaciones, y más adelante se hizo íntimo amigo de los pescadores, como en el caso de Pedro. Los pescadores no parecen, por lo general, dispuestos a brindar su amistad a aquellos que no comprenden los peligros de su oficio. Sin embargo, escuchaban sus instrucciones cuando les decía dónde echar las redes. Nuestro Señor debió de ser un experto en barcas y en pesca!

-¿Quieres decir que Nuestro Señor pasó todos esos años..., veamos, unos quince años..., con José de Arimatea, o en Galilea?

Simon parecía intrigado, y su mente recorría raudamente todas las posibilidades.

-¿Por qué no? -dijo Belami-. Los cruzados ingleses me contaron que un mercader llamado José de Arimatea visitó un lugar santo en el oeste de su país, donde se explotan las minas de estaño. Si no me equivoco, el lugar se llama Glastonbury.

»También me dijeron que creían que Jesús le acompañaba. Los monjes han construido una abadía allí y tiene un famoso árbol de espinas que, según cuentan, florece una vez al año, por Navidad. Se supone que ese misterioso árbol creció del báculo de José. -Belami suspiró, pensativo-. ¿Quién sabe? Después de todo, sólo es una especulación.

De pronto, el joven normando sintió que le invadía una oleada de paz. Sonrió como si a la distancia viese a un hombre alto inclinandose sobre las barcas de pesca varadas en la playa. La figura del pescador era nítida, perfilándose a la luz de la luna, y Simon pudo ver que llevaba barba.

-Las cosas no han cambiado mucho aquí -dijo, casualmente, a Belami.

-¿Qué te hace decir eso, mon brave?

Simon señaló a la distante figura junto a la barca.

-Aquel pescador. Podría ser Simón, llamado Pedro, o incluso Jesús mismo, examinando una barca de pesca, todos esos años pasados.

-¿A la luz de la luna? ¿Mucho después de medianoche? Belami rió-. ¿Dónde está esa persona tan dedicada a su labor? ¡Yo no la veo!

Un escalofrío recorrió la espalda de Simon. Señaló hacia la barca distante, varada en la arena.

-¡Allí! -gritó, pero la figura había desaparecido-. ¡Rediós! musitó, sin ánimo de blasfemar-. Estaba allí. Le he visto tan claramente como te veo a ti, Belami.

-Un efecto óptico de la luz lunar, muchacho. Quizá un exceso de vino también. No hay nadie allí, Simon. ¡Atribúyelo a la magia de Galilea!

Pero Belami había sentido el mismo escalofrío a lo largo de la espalda.

-Está refrescando -dijo, estremeciéndose como un perro viejo-. Vamos, Simon. Te desafío a una carrera.

En un instante, estaban montados y galopando por la playa iluminada por la luna; los cascos de los caballos chapoteaban el agua de la orilla.

-Pescador o calafate, juro que le vi a la luz de la luna -se dijo Simon en voz baja.

A la mañana siguiente, despertaron temprano e inspeccionaron las defensas de la ciudad amurallada. Luego, Belamí, que había presentado su informe oficial al comandante de la guarnición, se reunió con sus camaradas. Le hizo algunas chanzas a Pierre por su resonante éxito con las mujeres.

-Te has anotado un triunfo, mon ami. Juro que lady Elvira se encuentra bajo el embrujo de la magia de los De Montjoie. Al igual que la princesa Eschiva. Ha puesto sus ojos de águila en ti, muchacho. No me equivoco si digo que ya está confeccionando la lista de los invitados a la boda.

Pierre se echó a reír.

-No corras tanto, Belami. Vas saltando unos cuantos obstáculos delante de mi.

El veterano sonrió abiertamente.

-No estés tan seguro, simpático gallito. La princesa es una mujer riuy decidida. Por la expresión que vi anoche en la cara de lady Elvira, diría que ella también lo es. Es una belleza, ¿eh?

-¡Vaya si lo es! -suspiró Pierre, extasiado por el recuerdo de la alta doncella de los místicos ojos dorados.

Sus camaradas cambiaron sonrisas de complicidad.

-Puedes creerme, Pierre -dijo Belami, con una risita-, ya están preparando el pato de la boda.

Se volvió hacia Simon.

-He encontrado a un viejo amigo, que conocía mucho a tu padre. -Había bajado la voz, a pesar de que Pierre no podía oírles-. Pero no sabe que tú eres su hijo. Me gustaría que le conocieras. Se llama Abraham-ben-Isaac. Es un hábil fabricante de instrumentos que le enseñó muchas cosas a tu padre.

-Pero, ¿seguro que es judío? -Simon estaba perplejo-. ¿Es un converso, tal vez?

-¡No, no! ¡Abraham es judío y siempre lo será! Es un hombre notable. Artista, artesano y filósofo. Verdaderamente, un sabio. Iremos a verle esta tarde.

Simon se moría de impaciencia. Cuando conoció a Abraham, no sufrió decepción alguna. El alto y anciano erudito de hombros encorvados era todo lo que Belami había anunciado.

El sabio de barba gris elogió al joven servidor templario, sus astutos ojos brillando de placer en cuanto oyó el apellido de Simon.

-Raoul de Cre~y debe de ser pariente cercano tuyo, ¿no? dijo-. Le conocía bien. Un hombre magnífico. ¿Está vivo y bien de salud, espero?

-En efecto, señor -respondió Simon-. Vive en Normandía.

-Hizo una pausa-. Mi... tío Raoul me crió en su feudo, cerca de Forges-les-Eaux.

-¡Vaya! -exclamó Abraham como para si mismo-. Ciertamente me recuerdas a alguien, pero no a Raoul de Cre~y.

Belami se apresuró a interrumpirles.

-El joven Simon es todo un erudito, Abraham. Está ansioso por

hacerte muchas preguntas.

El magro rostro del estudioso anciano irradiaba sabiduría.

-Si puedo responderlas, con gusto lo haré --dijo, sonriendo--.

¿Qué temas despiertan tu interés, joven?

-El hermano Ambrose me enseñó los rudimentos de la astronomía y las matemáticas. Mis conocimientos son escasos, pero sé hablar y escribir en latín, francés y árabe. En mi mente bullen las preguntas que deseo haceros, señor. Perdonadme que os moleste cuando debierais estar haciendo la siesta en esta tarde tan calurosa.

Abraham se sonrió, en tanto sus pesados párpados se abrían para expresar su divertido asombro.

-Los gentiles y los sarracenos duermen después del calor del mediodía. En cambio, a los judíos nos gusta trabajar en la sombra, cuando las cosas están tranquilas. Mira, mi joven amigo. He estado haciendo un nuevo astrolabio para el «Señor de Tiberias» Es un agudo estudioso de las estrellas.

-Bernard de Roubaix te manda saludos -interrumpió Belami.

Abraham profirió una risita, cálida y simpática.

-He ahí a otro viejo amigo. Una persona ávida de conocimientos. Solíamos reunirnos aquí, cada vez que vuestro Gran Maestro...

-Los penetrantes ojos del anciano se clavaron de pronto con astuta expresión en Simon- . . . Odó de Saint Amand, visitaba Tiberias.

Aquellos eran tiempos de gozo.

Belami volvió a interrumpir deliberadamente la cadena de pensamientos de Abraham.

-El padre de Simon murió en la Cruzada. Yo llevé de nuevo al muchacho a Normandía, con De Cre~y, y él y Bernard de Roubaix me pidieron muy seriamente que te buscara por esa misma razón: para que enseñes al muchacho.

-Me sentiré muy honrado, Belami. ¿Me lo confiarás a mi o bien te quedarás tú también?

La voz de Belami se suavizó.

-No, Abraham. Dejaré que introduzcas parte de tu sabiduría en su dura cabezota normanda

Simon ya había quedado atrapado por la fascinación que ejercía el anciano erudito. En el curso de las siguientes semanas, llegó a querer a Abraham por su sabiduría, su compasión y su honestidad. El sentimiento fue mutuo. Desde el momento en que

Abraham vio las facciones clásicas de Simon y los atractivos ojos azules del normando, Abraham reconoció el linaje del joven tem-
plario. Sin embargo, el secreto de Simon se hallaba tan seguro con

rujo de Isaac, el mago, como con Belami, De Cre~y y De Roubaix. Abraham jamás le traicionaría.

Las semanas pasaban volando mientras Abraham llenaba todas horas libres del tiempo de Simon con un alud de conocimientos. genio judío en acumular datos y cifras había servido para conservar la mayoría de los tesoros de las destruidas bibliotecas de Alejandría y Bizancio en el depósito de la memoria racial. Los judíos eran los guardianes del gnosticismo y sólo lo impartían a ciertos embros de su propia posteridad, o, en raras ocasiones, a aquellos en quienes ponían su confianza, como en el caso de Simon de Cre~y.

Abraham le enseñó la Geometría Sagrada, la Proporción Divina, importancia universal del patrón, el peso, la forma y el número; los rincipios de lo mágico y el dominio del poder de voluntad.

Simon lo absorbía todo, como una esponja de mar griega. Comenzaba a comprender por qué Bernard de Roubaix le había llevado a Chartres para realizar aquel misterioso recorrido por la catedral.

-Las piedras de la catedral son meramente un discurso -dijo Abraham-. Del mismo modo en que trazarias caracteres en una table-

ta de cera con una caña, dibujarías o grabarías jeroglíficos en el muro de un templo o escribirías letras en un pergamino. La idea subyacente lo es todo. Por lo demás, todo es simple vanidad.

Escrutó el rostro fascinado de Simon.

-Salomón era un gran mago. ¡Un Ipsissimus! Un maestro de maestros de la Gran Obra, la alquimia del alma humana. Esa es la transformación de la escoria en oro y es un símbolo del verdadero gnosticismo. La Gran Obra es la transmutación de la escuela del materialismo del hombre en la dorada Esencia del Espíritu de Dios. ¿Me comprendes, Simon?

-¿Queréis decir: convertirse uno mismo en la imagen de Dios?

-¡No, Simon! ¡Eso es una blasfemia! Ningún hombre se vuelve Dios. Los judíos no adoramos imagen alguna de nuestro Dios. Hasta se nos prohíbe pronunciar Su nombre. En vez de ello, utilizaron la palabra Adonais, que significa Señor. Nuestro Dios tiene muchos nombres. Vuestro Jesús, en la Cruz, gritó: «¡Eloi! ¡Eloi! Lama sambactani». Eso es arameo, Simon.

-Significa: «Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?», ¿no cierto, Abraham? -preguntó Simon.

-No exactamente, muchacho. Era una invocación de Jesús, crucificado y agonizante, al Eloihim: el gran espíritu angélico. ¿Recuerdas cómo se rasgó el velo del templo, cuando Jesús exhaló el Espíritu de Cristo?

-«A Tus Manos encomiendo mi Espíritu» -murmuró Simon, reverente.

-Las manos del Eloihim, Simon. Si las manos de Dios hubiesen tocado el Calvario, Su poder habría sido más grande que el de una estrella fugaz al chocar contra la tierra. El lugar hubiera quedado devastado en cientos de millas a la redonda. El poder de los servidores de Dios, el Eloihim, fue incluso suficiente para rasgar el velo del templo.

Simon nunca olvidó la fascinación de aquellas mágicas sesiones con el filósofo judío. Sus lecciones eran también prácticas. Abraham le enseñó el uso del torno de pedal para tornear las delicadas roscas y las pequeñas tuercas y tornillos para la construcción de instrumentos. Aprendió que con una aleación de cobre y estaño se obtenía el bronce; el moldeo de los metales y, sobre todo, la aplicación de la matemática a la medición precisa de la materia, el espacio y el tiempo.

Pero fueron los ejercicios espirituales que Abraham le enseñó a Simon lo que hizo volar su mente con nuevas ideas. En verdad, fue Abraham-ben-Isaac quien abrió la mente de Simon a las maravillas del Universo.

Sus maestros en Normandía, en especial el hermano Ambrose, habían iniciado a Simon en el largo viaje por el camino interminable del conocimiento; pero fue Abraham-ben-Isaac, el constructor de instrumentos judío de Tiberias, quien le ensanchó aquel sendero hacia el vasto camino del gnosticismo.

8

Relámpagos de verano

El idilio intelectual de Simon en Tiberias llegó a un brusco fin con la llegada de Robert de Barres. Existían dos razones que justificaban la visita. En primer lugar, debía realizar la inspección de rutina de la ciudad; en segundo lugar, no podía ahuyentar de su mente los pensamientos turbadores que le provocaba el recuerdo del

joven y apuesto templario. La llegada de una nave de los templarios, transportando un gran número de refuerzos, había brindado a De Barres la oportunidad de abandonar Acre y ver cómo progresaba la patrulla que efectuaba Belami en la zona desértica alrededor de Tiberias. Su visita terminó como un relámpago de una tormenta de verano.

Belami no esperaba la llegada del mensajero que le traía la noticia de la visita de De Barres y, astutamente, adivinó el verdadero motivo que se ocultaba detrás de ella. Maldijo en voz alta y se preparó para encarar el problema. Este se produjo a los pocos días después de la llegada de De Barres.

Manipulando la orden del día, el veterano mantuvo a su protegido fuera del camino de De Barres, pero finalmente ocurrió lo merecido. Simon se encontró a solas con el robusto caballero templario.

Robert de Barres había pasado una noche agitada, pues sus sentimientos se poblaron permanentemente con la presencia del apuesto Simon. Existen tantos grados de amor y de lujuria entre los que se sienten atraídos hacia los de su propio sexo como entre los amantes convencionales. Los sentimientos de Robert de Barres por Simon Creçy se caracterizaban por un deseo concupiscente, tan bestiales como los de un oso solitario en celo. Quería poseer el cuerpo de Simon en una pasión brutal.

En cuanto se encontraron a solas, el fornido y sudoroso templario hizo un primer movimiento. Tuvo más el carácter de un ataque físico que el de una proposición amorosa. Belami tenía razón. Los abrasadores soles de mil días de patrullar los desiertos inclementes habían inflamado el cerebro del valiente soldado. De Barres ansiaba la frescura del cuerpo de Simon para apagar su ardiente pasión.

El joven normando luchó contra los ataques arrolladores del robusto templario, tratando de refrenar el incontrolado maltrato de su mariscal, mientras hacían eclosión todos los frustrados deseos contenidos en la mente del obseso.

Mientras jadeaban y resollaban, debatiéndose sin palabras en un cerrado, silencioso y antinatural abrazo, el cálido aliento de De Barres olía fuertemente a vino. Otra violación de los votos que había hecho el templario. Además de haber enloquecido de deseo, el caballero templario estaba borracho.

Luchaban con todas sus fuerzas; Simon para proteger su virilidad de las poderosas manos ávidas de De Barres, y el fornido caballero para vencer su resistencia. La locura había obnubilado los sentidos embotados de De Barres. Preso de la furia, cogió una maza que colgaba de la pared de la habitación e intentó golpear a Simon. Felizmente, el joven servidor llevaba la armadura, con excepción del casco, que se había quitado cuando el mariscal le mandó llamar. A pesar de ello, el golpe casi le dejó sin sentido.

Simon quedó medio desvanecido, pero aun así resistió los frenéticos esfuerzos de De Barres por violarle. Una mesa enorme se partió por la mitad bajo el segundo golpe de la maza, que Simon esquivó por pocas pulgadas. En aquel momento la puerta se abrió de par en par.

Era Belami. Con una mirada se hizo cargo de la situación. Comprendió que De Barres se había vuelto loco. Cerró dando un portazo y sacó la espada.

-Mariscal De Barres -dijo, con tono pausado-, sois un hombre enfermo. ¡Arrojad la maza! Enviaré a De Creçy a buscar al residente hospitalario.

El enloquecido templario lanzó un sonoro bufido de rabia y volvió a levantar la maza, esta vez para atacar a Belami. El veterano cogió una silla para usarla como escudo, pero en aquel instante el rostro

encendido de De Barres se tomó intensamente morado. Los ojos se le salían de las órbitas y profirió un horrible grito ahogado, al tiempo que soltaba la maza sobre el piso de piedra. Abrió la boca, mostrando los dientes rotos. Una bocanada de sangre brotó de su garganta.

Dando media vuelta, con las manos tratando de aferrar el aire, el robusto templario se estrelló de espaldas contra la pared y se deslizó hasta el suelo, donde quedó inmóvil.

-¡Rediós! -juró Belami-. ¡Nuestra Santa Madre le ha fulminado!

Los dos servidores se persignaron. Se arrodillaron precipitadamente junto al cuerpo inconsciente del mariscal, mientras los talones de sus botas repiqueteaban contra las baldosas.

Belami desabrochó la cota de mafia de De Barres y trató de reanimarle, mientras Simon corría en busca del hospitalario. El hermano Manuel era un caballero español de la Orden de San Juan de Jerusalén, un hábil sanador y médico.

No había nada que él pudiera hacer. Para cuando llegó, Robert de Barres estaba muerto, con los ojos fijos en el vacío en su livido rostro.

-Trágico. Fue un ataque fatal. Su corazón ha estallado. Rogad por él, hermanos -dijo el hospitalario.

Mientras se arrodillaban para orar, el médico cerró los ojos vidriosos del mariscal muerto. Simon aún estaba temblando por la pelea que había sostenido con De Barres. Belami le hizo seña de que no hablara.

Terminada la breve plegaria por el muerto, el veterano dijo:

-El mariscal había llamado a mi joven colega para que le diera un informe sobre las defensas de la guarnición. Robert de Barres, que Dios acoja su alma... -añadió, al tiempo que se santiguaban-, sufrió el ataque de repente y, en la agonía de la muerte, cayó sobre la mesa. Era tan robusto, que se partió bajo su peso. El servidor De Cre~y intentó sujetarle cuando sufría las fuertes convulsiones, de ahí que haya quedado en ese estado. Recibió fuertes contusiones durante el proceso. Sin duda es un día trágico para la Orden, hermano Manuel.

El hospitalario meneó la cabeza, asintiendo tristemente. Era evidente que aceptaba como válida la historia de Belami.

-Es la voluntad de Dios y de nuestro bendito san Juan -dijo con la debida veneración-. Haré los preparativos para el entierro inmediato. -El hospitalario hizo un esfuerzo para agregar, e~voz baja-: Este calor pondrá el cadáver en estado de putrefacción en pocas horas. Será mejor enterrar al mariscal hoy mismo.

Belami había hecho lo correcto al proteger la reputación del templario. Antes de la puesta del sol, el cadáver de Robert de Barres había sido colocado en un ataúd rápidamente construido con madera de cedro de la zona y, con la debida pompa y el ritual adecuado, en ausencia de un hermano del templario, fue enterrado por el hospitalario oficiante, hermano Manuel de Ortega.

La princesa Eschiva asistió al funeral, profundamente emocionada por la súbita muerte de un viejo amigo y honorable invitado, y adecuadamente vestida de un maravilloso vestido negro; la acompañaba lady Elvira, envuelta dramáticamente en una negra capa de amazona. Con ellas formó casi toda la guarnición, incluyendo a los lanceros turcos. Como sea que tanto los hospitalarios como los servidores templarios vestían de uniforme negro, la sombría ceremonia resultaba impresionante. Por otras razones, Simon y Belami no la olvidarían jamás.

En cuanto terminó el servicio funerario, el cadáver de De Barres fue bajado a la fosa profunda que habían cavado tres servidores templarios como un postrer gesto de respeto hacia su mariscal muerto. Se acababa de arrojar la última palada de arena sobre el flamante ataúd, cuando un exhausto lancero turco llegó montado en un caba-

llo cubierto de sudor. Se dirigió directamente a Belami y le informó, en árabe:

-Reinaldo de Châtillon ha enviado una patrulla a atacar una rica caravana sarracena. Si partís de inmediato, servidor Belami, podréis llegar antes que ellos. Este mensaje lo manda el servidor D' Arlan de los hospitalarios.

Las últimas instrucciones que Belami recibió de parte de De Barres fue la orden de mantener la presencia de los templarios en la ruta de los sarracenos a La Meca, con el fin de prevenir esta suerte de ataques depredadores por parte de De Châtillon.

-Ensilad, mes amis -ordenó Belami-. Yo le explicaré a la princesa la situación. Partimos hacia el norte inmediatamente. Con un poco de suerte, los atacantes avanzarán despacio, para conservar las energías para el ataque. Si llegamos demasiado tarde, esto sólo puede conducir a la guerra.

Las patrullas de los templarios van ligeramente pertrechadas, pues otras posesiones que no sean las raciones de campaña y las armas no son consideradas de importancia por la orden. Pierre apenas tuvo tiempo de despedirse de Eschiva, y Simon ni un segundo para decirle adiós a Abraham-ben-Isaac. A Belami le llevó sólo un minuto informar a la princesa y expresarle su gratitud por su amable hospitalidad.

A los diez minutos de la dramática llegada del mensajero, la patrulla de los templarios franqueaba las puertas de Tiberias en dirección al norte. La tormenta de verano estaba a punto de estallar.

Mientras Simon cabalgaba al frente de su tropa, le palpitaba el cerebro a causa de la conmoción que le habían producido los terribles sucesos de la mañana. De repente, recordó unas palabras de Abraham-ben-Isaac: «Los acontecimientos futuros se presienten». La mente creadora capta esos presentimientos, como los reflejos del heliógrafo del pulido escudo de un explorador al enviar un mensaje de alerta a una patrulla en el desierto. Por lo que me has contado sobre tus vuelos durante el sueño, hijo mio, deduzco que tú posees ese don de profetizar: don o castigo, como quieras verlo.

»Yo puedo enseñarte a controlar esos sueños, en que tu espíritu se desprende de tu cuerpo dormido, como el halcón Horus del dormido Osiris. Hasta el momento, estas visiones han sido involuntarias aventuras nocturnas. Ahora, podrás ponerte en trance meditativo y uoltar tu cuerpo sutil a voluntad, para que vague por Netsach, el lugar del pensamiento creativo.

En el curso de la semana siguiente, el mago judío le había enseñado a Simon la técnica de la relajación, para inducir un estado de sueño semejante al trance.

-Al principio, nunca debes hacerlo solo. A tu padre también se lo enseñé La dulce sonrisa de Abraham irradiaba afecto-. Oh, si, mon de Creçy, reconocí el rostro de tu padre en ti la primera vez que te vi. No temas. Tu secreto está seguro conmigo. También yo he formulado el juramento del rey Salomón.

Y entonces se habían abrazado. Ahora Simon se disponía a cumplir su destino.

La patrulla cabalgó sin descanso en la oscuridad, guiadas por un explorador armenio de la guarnición de Tiberias que conocía el terreno, o el arte de reconocerlo, incluso mejor que Belami. Pararon para un breve descanso cuando la luna se ocultó tras las colinas del horizonte.

Tres horas más tarde, el falso amanecer les encontró despiertos y de nuevo en ruta hacia el norte. Debían de estar aproximadamente una hora más atrasados que los soldados de De Châtillon, que segu-

ramente debían haber acampado para pasar la noche, sabiendo que su presa estaba segura.

Mientras Simon se entregaba al breve, pero reparador sueño del soldado, su cuerpo sutil abandonó, voluntariamente esta vez, su forma envuelta en la manta, con la cabeza sobre la silla de montar. Siguiendo las meticulosas instrucciones de Abraham, por fin era capaz de efectuar él solo aquella proyección mágica. Ahora podía vagar a voluntad por los lugares místicos del Sepiroth, concentrando la fuerza de voluntad en mantener el espíritu dentro del reino de Netsach, el dominio del pensamiento creativo.

Lo que vio le llenó de inquietud. Debajo de él, la caravana sarracena se encontraba acampada, con sólo unos pocos soldados escitas y ayyubid montando guardia. No sospechaban lo que les esperaba. Simon, desde su elevada posición sobre el campamento, vio la partida franca acercándose en silencio a ellos.

De inmediato, tocó al dormido Belami en el hombro. Antes de que pudiese retirar la mano, el veterano le había cogido del brazo y arrojado por encima de su cuerpo sobre la blanda arena del otro lado. Al reconocer las facciones paralizadas por la sorpresa de Simon, le dijo severamente:

-No vuelvas a hacer eso nunca más, mon brave. Podría haber tenido una daga en la mano.

La voz de Simon tenía un tono imperioso.

-¡Alarma! -gritó-. ¡Debemos partir en seguida! He soñado que los hombres de Chatillon se disponen a atacar. Estoy seguro de que no se encuentran muy lejos de aquí.

-Eso es suficiente para mi. Sé por Abraham que tus sueños no mienten -gruñó Belami.

Se puso de pie de un salto, gritando para despertar al resto de las tropas a su mando. Al cabo de unos minutos, habían ensillado los caballos y galopaban en dirección al norte.

La luz anaranjada del sol del amanecer teñía la parte inferior de capa de nubes de una tonalidad cromada. Al no compadecerse de Ismonturas, Belami demostraba su fe en el don profético de Simon, pero después de veinte minutos de cabalgar raudamente, redujeron galope al trote. En aquel momento, los lanceros turcos, que cabalaban un «paso» delante de ellos, volvieron galopando y se detuvieron levantando una nube de polvo.

-¡Los sarracenos! Están al otro lado de la próxima loma -dijeron los exploradores.

-¡Llegó la hora! No tengáis piedad con los caballos! -gritó Belami-. ¡A la carga!

Al principio, en ominoso silencio, y luego, cuando el choque de las armas llegó a sus oídos, aullando como locos, los cascos de la caballería turca atronaban en la arena del desierto. Llegaron a la cima de la loma envueltos en una nube de polvo finísimo y se lanzaron por la pendiente del lado opuesto. La caravana de los sarracenos ya estaba luchando por su vida. La situación no era buena para ellos.

Los hombres de De Châtillon habían dado muerte a varios guardias escitas y ayyubid silenciosamente, con la daga. El resto de la escolta de la caravana se había concentrado formando un círculo para proteger una sola tienda negra con sus vidas. Era evidente que un sarraceno de importancia se hallaba en su interior.

Los lanceros turcos de Belami, chillando como los espíritus que presagian la muerte en Escocia, atacaban por la retaguardia desprevenida de la caballería franca. Simon había descolgado el arco de su hombro y disparado dos flechas antes de que los turcos alcanzaran su objetivo. Las flechas de una yarda hicieron blanco en dos caballos francos, cuyas monturas quedaron sin jinete.

De pronto, en la entrada sombría de la negra tienda, apareció una

mujer, daga en mano, evidentemente decidida a vender cara su vida.

Un caballero franco de cerrado casco, que parecía haber surgido de la nada, se precipitó hacia ella, con el brazo levantado, empuñando su propia daga, con la intención de hundirla en el corazón de la mujer. Nunca llevó a cabo su propósito, pues la flecha de Simon le perforó el brazo derecho. Lanzando una maldición, hizo dar la vuelta a la montura y cabalgó en dirección al arquero normando, manteniéndose agachado detrás de la cabeza de su montura para protegerse de una segunda flecha, al tiempo que intentaba desenvainar la espada con la mano izquierda.

Simon, cuyo código ético como servidor templario le prohibía matar a un caballero cristiano a menos que fuese atacado primero, titubeó. Pero no lo hizo Belami, cuya hacha de guerra giró y luego salió disparada de su mano derecha, en dirección al jinete atacante.

Al tiempo que el vociferante caballero chocaba contra Pegase y casi arrojaba a Simon al suelo, el hacha de Belami se clavó en el pecho del caballero franco, después de atravesar su cota de malla. Con un agudo chillido, el jinete del casco de acero fue arrancado de la silla para caer estrepitosamente con su armadura a los pies de Simon. Belami desmontó al tiempo que los hombres de De Châtillon huían presa del pánico.

Los lanceros turcos les persiguieron, y dejaron a varios soldados de la derrotada partida heridos o muertos sobre el terreno cubierto de sangre. Belami le quitó el casco en forma de balde al caballero muerto.

-Lo que suponía -exclamó-. Este no es un caballero de Francia. Es un Asesino. Debe de haberse unido a los atacantes, como se vio, durante la noche.

-Tenéis razón, servidor -dijo con voz débil un caballero herido-. Yo soy Roland de Buches, comandante de las fuerzas de Reinaldo de Châtillon. Mis órdenes eran atacar la caravana, no asesinar mujeres.

-Entonces la dama debe de ser una persona muy cercana a Saladino. ¿Por qué, si no, un miembro de los Asesinos habría venido hasta aquí para matarla?

-¿Cómo lo supiste? -le preguntó Simon, asombrado ante el hecho de que Belami hubiese dado muerte a un «caballero cristiano».

El sudoroso veterano rió tristemente.

-Ningún caballero franco ataca con una daga. Un caballero enloquecido por la batalla podría atacar a una mujer sarracena indefensa, pero lo haría con una espada o una lanza. Este iba completamente armado; sin embargo, arrojó la lanza y sacó la daga. Tenía que ser uno de los hombres de Sinan-al-Raschid. Se han juramentado para matar a Saladino o a su familia.

Simon se acercó a la temblorosa mujer, que aún llevaba el velo puesto.

-Confío, señora -le dijo, gentilmente-, que no habréis sufrido daño alguno.

El le habló en árabe. Para su sorpresa, la esbelta mujer del rostro velado, le respondió en francés.

-Por la misericordia de Alá, no sufrí ni un rasguño. -Su voz era grave y melodiosa-. Gracias, señor, por salvarme la vida.

-Estos son los asesinos de Reinaldo de Châtillon -explicó-. Como templarios, se nos ordenó intervenir si esos bandidos intentaban atacar alguna caravana en la santa Hada a La Meca. Mil perdones, alteza.

La velada mujer rió, con un dulce trino nervioso.

-¿Cómo me reconocisteis, servidor?

-El color negro de la tienda delataba vuestra identidad, alteza. o hay ninguna de las habituales alfombras, costosas y decorativas,

de Ispahan. Todos los cruzados instruidos saben que Sitt-es-Sham es la noble y modesta «Señora de Siria», y que su hermano es el ilustre comandante de los sarracenos, el sultán Saladino.

De nuevo se oyó la ligera risa, como una brisa de verano.

-Muy lisonjero, servidor, pero no es todo verdad, creo.

Belami lanzó una risita. La Señora de Siria era demasiado aguda para él.

-Resultó evidente quién erais, alteza, cuando me di cuenta de que quien os atacaba era un Asesino. Sólo uno de los asesinos de Sinan-al-Raschid recorrería una distancia tan grande para matar a una persona como vuestra alteza. Mis más humildes disculpas por no haber llegado antes.

La dama habló de nuevo, esta vez en árabe.

-El joven servidor..., ¿cómo se llama? Su tiro fue milagroso.

-Simon de Creçy respondió el veterano-. Mi nombre es Belami, y éste es el servidor Pierre de Montjoie. -Señaló a su otro colega, que acababa de desmontar para unirse a ellos-. Nuestras espadas están a vuestro servicio, alteza.

Los tres servidores templarios la saludaron arrodillándose.

-Os ruego que os levantéis, caballeros -dijo Sitt-es-Sham, en sibilante francés-. ¿Podéis darme escolta para proseguir mi viaje a La Meca? Como mujer, aun siendo princesa sarracena, no me está Permitido entrar al lugar sagrado donde reposa nuestro bendito Khaaba. Pero llevo muchos presentes para los necesitados de La Meca, y las bocas hambrientas no pueden esperar mucho tiempo la llegada de alimentos.

Cada uno de los templarios se puso de pie y se inclinó para rendir su homenaje. Entonces sucedió algo extraño. Mientras Simon presentaba sus respetos, al parecer accidentalmente la Señora de Siria dejó caer su velo. Por un instante, Simon pudo contemplar un rostro de gran belleza y encanto, agraciado con unos ojos magníficos del mis profundo color violeta.

«Los ojos de un ángel», pensó Simon, en tanto su corazón latía emocionado.

Luego el velo fue colocado inmediatamente en su lugar, y sólo los gloriosos ojos restaron visibles. Una vez más, su seductora risa sonó débilmente detrás de su yashmak.

Con la ayuda de sus contados guardias ayyubi' d que no habían sufrido heridas, los tres servidores la vieron montada y segura en su pura sangre blanco, y, con una escolta de doce lanceros turcos elegidos por Belami, la bella hermana de Saladino partió de nuevo hacia La Meca.

Sin mirar atrás, Sitt-es-Sham se perdió de vista bajo el resplandor del sol naciente.

-No te quedes ahí como una carpa moribunda, Simon, que tenemos muchas cosas que hacer. Y por cierto, servidor De Creçy, has sido objeto de la más excelsa fineza que una dama musulmana puede brindar. Y una princesa también. Tú, amigo mio, has podido vislumbrar por un instante su belleza desvelada. Pocos hombres han visto jamás a Sitt-es-Sham tal como realmente es. Khay' am, el poeta astrónomo persa, habría atesorado este momento. Fue un auténtico poema.

-Fue un accidente -replicó Simon, ruborizándose-. ¡La princesa dejó caer el velo por casualidad!

Belami lanzó un hondo suspiro.

-Simon, querido ahijado, a veces me pregunto para qué usas el cerebro.

Con una sonora carcajada, el cruzado templario volvió a montar y dio una vuelta por el campamento, contando los muertos y heri-

dos para su parte de guerra. Una cosa era cierta: el resultado no le haría bien a Reinaldo de Chátillon. Y cuando Saladino se enterase todo lo ocurrido de labios de su hermana, los días de De Chatillon estarían contados.

Ninguno de ellos sabía que aquel bárbaro ataque a una pacífica caravana sarracena resultaría ser el fin de la tregua tan arduamente nada. Aquellos relámpagos de verano habían sido el anuncio de una tormenta tremenda, que estaba a punto de estallar.

9

El camino de Jerusalén

Cuando la patrulla de Belami retornó a Acre, el nuevo mariscal templano, Roger de Montfort, acababa de ser nombrado. La princesa había enviado la noticia de la muerte de Robert de Barres al Gran Maestro del Temple, Arnold de Toroga, en Jerusalén. De allí, el mensajero veloz había llegado a Acre en menos de tres días, y el maduro caballero templario, que había regresado recientemente en último barco a Tierra Santa, fue nombrado mariscal de la guarnición de los templarios. Belami le conocía de los viejos tiempos y respetaba a De Montfort por su valentía y honestidad. También era un hombre instruido y, por lo tanto, indulgente. Escuchó el informe de Belami en silencio, y le felicitó calurosamente.

-Bien razonado, Belami. Tu táctica fue impecable. Lamento la temprana muerte de Robert de Barres, pero no me sorprende. Hacía tiempo que no estaba bien. Demasiado tiempo en Tierra Santa, ¿eh, Belami?

-Lamentablemente, sí, señor! -repuso el viejo soldado, sin mayores comentarios.

-Servidor Belami -dijo De Montfort-, voy a enviarte a ti y a tus hombres a Jerusalén. La reputación de que gozas entre los cruzados templarios es envidiable. He escrito a Arnold de Toroga, sugiriéndole al Gran Maestro que refuerce tus tropas con algunos hombres sobrantes de la guarnición para que eso te permita disponer de una patrulla montada de libre acción con que mantener a los cabaleros innobles como De Chátillon fuera del juego y tratar de preservar la Pax Saracénica.

Belami contuvo el aliento. De Montfort sonrió.

-Sé que no va a ser fácil, pero es evidente que cuentas con dos excelentes servidores jóvenes, y tendrás a tu mando no menos de centenar de lanceros. Por supuesto, eso no es más que una picada de pulga contra las hordas sarracenas, pero será suficiente para mantener a De Chátillon y otros de su calaña a raya.

Belami fue derecho al grano.

-Señor, os agradezco la confianza que depositáis en mí, pero no puedo detener a todas las fuerzas de De Chátillon. Corren sólidos rumores de que está construyendo una pequeña flota para mandar una expedición pirata a los puertos del mar Rojo. Yo puedo detenerle en tierra, con la ayuda de Dios, pero sin naves nada puedo hacer contra De Chátillon en el mar.

De Montfort tenía una grave expresión.

-Por supuesto que no, Belami. Sólo puedo esperar que hagas cuanto puedas. Tus tropas servirán para proteger a los peregrinos que se dirijan al sur, a Jerusalén, y las caravanas sarracenas que vayan a La Meca. Cumple con tu deber, servidor Belami, tan bien como puedas.

-Cogió la mano derecha del veterano-. Cuidate, viejo camarada.

Belami saludó y se fue a anunciar a los demás la difícil misión

que se le había encomendado.

Dos días en Acre fueron suficientes para reponer las contadas bajas en sus filas. Belami sólo había perdido cinco lanceros turcos en el ataque matutino, y De Montfort le dio carta blanca para seleccionar a los sustitutos. A la tercera mañana, en cuanto amaneció, partieron de nuevo, en dirección, esta vez, a Jerusalén.

Su ruta les llevó al sureste, hacia la Ciudad Santa, por un terreno fértil y ondulado. En cuanto a distancia, se encontraba sólo a unas noventa millas de Acre, pero respecto del ambiente, Jerusalén se halla en otro continente. La vida en Acre era simple y agitada, como lo exigía el tráfico de la ciudad. El puerto de desembarque de los cruzados y la puerta al mar, por su misma naturaleza, tenía que concentrarse en esos aspectos de su existencia. Como Simon y Pierre habían comprobado, y Belami sabía por experiencia, se podía gozar de diversos placeres en Acre, pero en conjunto el bullicioso puerto de las Cruzadas era una guarnición militar y, como tal, la vida era relativamente austera. En cambio, no ocurría lo mismo en Jerusalén.

Aquel era el centro de las Cruzadas, el eje central alrededor del cual giraba la compleja estructura del reino cristiano de ultramar. Su línea de marcha había conducido a las tropas de Belami más

de Nazaret y el monte Tabor, y a lo largo del sinuoso curso del río Jordán, que siguieron entre hileras de bajas colinas hasta que la Ciudad Santa apareció ante su vista, resplandeciente bajo el calor propio del mediodía, en su cuarta jornada de duro cabalgar.

Deliberadamente, Belami les había Uevado hacia el costado nordeste de la ciudad para ofrecer a Simon y a Pierre la primera vista del foco de las Cruzadas tal como se ve desde el monte de los Olivos. Para ello, había vadeado el riachuelo Kedron y conducido a sus hombres por las laderas del famoso monte precisamente cuando la luz anaranjada del amanecer bañaba la Ciudad Santa de una tonalidad cromada.

El ligero rodeo había compensado las penalidades que tuvieron que pasar cuando aún reinaba la oscuridad.

En el otro lado de su posición en la ladera, las almenas orientales de las largas murallas que rodeaban Jerusalén brillaban en todo su esplendor. Se destacaban las inconfundibles formas del Domo de la Roca, el palacio real y la mezquita de Al-Aqsa, todo construido dentro de la zona donde en un tiempo se había alzado el templo del rey Salomón. Frente a ellos, había dos entradas, el Portal de Josafat y el Portal Dorado, el primero dando acceso a la ciudad, y el segundo, que conducía a la zona del templo.

La ciudad sagrada relucía en las luces crecientes de la mañana temprana. Sus altas torres, mezquitas y cúpulas, minaretes y agujas truncadas de las iglesias cristianas formaban un intrincado dibujo de formas que capturaba la imaginación y la elevaba hasta las alturas.

Asentada firmemente sobre su base de roca, Jerusalén dominaba toda la región circundante. Con aproximadamente mil cien yardas de longitud por novecientas de anchura, la ciudad entera tenía la forma de un rectángulo, lleno de actividad religiosa, comercial, política y militar; lo sagrado y lo profano.

Desde la Torre de Tancredo en el ángulo del noroeste, la muralla y sus terraplenes occidentales corrían en dirección sur, sólo interrumpida por el Portal de Jaffa. Luego pasaba ante la maciza Torre de David hasta el portal de Sión, en el flanco meridional, donde la muralla se desviaba hacia el noreste, en una serie de almenas angulares, hasta el Portal de Silbán.

Finalmente, siguiendo el borde escarpado, se extendía hacia el norte a lo largo del llano oriental, dando la cara a Belami y sus tropas en el monte de los Olivos, hasta que doblaba hacia el oeste para for-

mar la línea dentada de las defensas del perímetro septentrional.

Aquellos muros presentaban la abertura del Portal de las Flores, el Portal de la Columna de san Esteban y, por fin, el portillo en zigzag de san Lázaro.

-¡La Ciudad Santa, sin duda! -exclamó Simon, fascinado ante el espectáculo iluminado por la luz del sol que tenía enfrente.

Belami se rió al ver la expresión maravillada en el rostro extático del joven servidor.

-Como te dije, Simon, la proporción de prostitutas y de peregrinos es casi igual. Este es el centro religioso de la cristiandad, y santos y pecadores vivieron aquí siglos antes de que Nuestro Señor siguiera el sendero de la agonía, llevando la Cruz Verdadera sobre su flagelada espalda.

»El Gran Templo de Salomón, el Maestro Mago, ha sido destruido, pero en su asentamiento iglesias cristianas y mezquitas musulmanas han ocupado su lugar. Contempla hasta el hartazgo los blancos sepulcros de Jerusalén, bañados por la brillante luz del sol de Dios, y recuérdala así... en toda su gloria terrenal. -El tono de su voz se alteró, agudamente-. No existe tanta maravilla dentro de las murallas. La Ciudad Santa indudablemente lo es, pero Jerusalén, el centro de nuestro reino, también está lleno de intrigas al igual que un cadáver putrefacto está minado de gusanos.

Sin decir una palabra más, el recio soldado volvió a montar y condujo a sus tropas por la larga pendiente, a través del arroyo Kedron, y al paso se dirigió hacia el Portal de Josafat.

A la voz de alto de la guardia, Belami replicó:

-La acción de los templarios no requiere explicación. El servidor Belami y sus tropas piden entrar en la Ciudad Santa.

Su tosco acento y el evidente aire autoritario constituían un mejor pasaporte que una docena de documentos. Con el crujir de pesados maderos, las anchas vigas de cedro que trancaban las puertas fueron laboriosamente retiradas y las altas hojas se abrieron lentamente. La columna de la caballería ligera de los templarios entró en Jerusalén.

En cuanto el último de los lanceros turcos hubo traspuesto el portal, las pesadas puertas se cerraron con estrépito y las gruesas vigas de madera volvieron a su lugar. El regente de Jerusalén no corría riesgos ante la delicada situación actual.

Las tropas de los templarios se adentraron en la ciudad y se dirigieron a su cuartel general dando un pequeño rodeo. Belami quería que sus jóvenes camaradas vieran parte de la Ciudad Santa que, a aquella hora temprana, presentaba la actividad de una colmena.

La vida comenzaba temprano en Jerusalén, antes de que el sol ardiente agotara las energías de sus industriosos ciudadanos. Los trabajadores eran numerosos, si bien muchos habitantes menos esforzados se ganaban precariamente la vida mendigando o realizando tareas serviles, tales como de mozo de servicios o de vigilante nocturno o diurno para detener la escalada de hurtos. Aunque las penas por robo eran severas, como la pérdida de los dedos o el cercenamiento de la mano, aún quedaban muchos ladrones en Jerusalén.

Simon y Pierre estaban fascinados por lo que veían, mientras se abrían paso entre la bulliciosa multitud. Todo cuanto ya habían visto en París, Lyon, Marsella, Acre y Tiberias quedaba eclipsado por la riqueza de los variados oficios y las exóticas mercaderías que se exhibían, se elaboraban o se restauraban en las angostas calles de Jerusalén.

El bullicio era aún más insistente que en Acre, y la amplia variedad de lenguas desafiaba a quien osara identificarlas. Al latín, griego, árabe, francés, español, italiano, alemán, genovés, pisano y, ocasionalmente, hasta inglés, se agregaban el armenio, turco, kurdo, maltés

y indostanés, permo y urdú, de las tierras de Persia, Afganistán e India. Los hablantes de esas últimas lenguas eran comerciantes que traían especias raras y finas telas por la Ruta de la Seda, que se extendía de ultramar a Catay

Al ruido ensordecedor de las voces se unía el sonido de las numerosas campanas de las iglesias, que tocaban a maitines, así como el toque militar de las cornetas, el redoble de los címbalos y el tronar de los tambores. En cuanto al color, había una plétora de mercaderías: sedas de todos los matices; alfombras y telas de algodón, lana y satén, todas teñidas con extractos vegetales conocidos por los alquimistas. Al igual que Acre, Jerusalén olía a intenso incienso y a especias acerbadas, a los perfumes almizclados de Oriente y a los aceites esenciales de azahar, rosas, violetas, azucenas, orquídeas silvestres y mimosa, pero en grado tal, que esos aromas sensuales cubrían el hedor de los productos de desecho animales y humanos en considerable proporción. Con el tiempo, el visitante apenas notaba esos otros olores desagradables y aspiraba los efluvios de sus exóticos rivales con enervante placer.

Aquella cabalgata temprana alrededor de la Ciudad Santa causó una perdurable impresión en Simon, aunque no así en Pierre cuya vida anterior en la corte francesa había de alguna manera embotado sus sentidos con una gran variedad de lujos. En Jerusalén, los mendigos de la ciudad dejaban tranquilos a los templarios, pues sabían que la Orden había tomado los votos de pobreza. Los ciudadanos respetaban a los templarios por otros motivos, puesto que allí estaban las espadas y las lanzas que mantenían a Jerusalén libre de sarracenos.

La población trabajadora nativa comprendía que si Saladino reconquistaba Jerusalén, los «conversos» de la localidad serían expulsados con cajas destempladas. La decapitación mediante un golpe certero de una afilada cimitarra sarracena sería la rápida forma de salir. Las torturas más espantosas serían el destino más probable que aguardaría a los «fieles» que habían caído en brazos de la cristiandad.

En el año 1181, había un millar de caballeros y de lanceros, en total, incluyendo a los servidores, entre las dos grandes órdenes militares de los hospitalarios y los templarios. El cuerpo de lanceros estaba formado principalmente por turcos y otros mercenarios, y actuaban como fuerzas ligeras de exploración, o bien hasta participaban en los ataques de los caballeros provistos de pesadas armaduras. Las tropas estaban distribuidas por todas las guarniciones de ultramar. Otro millar de caballeros francos, españoles, italianos, alemanes y de otras naciones europeas podía contarse que combatirían por la cristiandad, pero eso era todo. La enorme discrepancia entre las fuerzas opositoras era obvia, pues para enfrentaría el sultán Saladino podía reunir por lo menos quince o veinte mil jinetes, incluyendo los mejores de Arabia.

La segunda Cruzada había terminado y, si se tenía que organizar una tercera, después de aquel precario periodo de tregua, se requerirían muchos más refuerzos para llevarla a cabo.

Las fuerzas francas confiaban grandemente en su infantería, integrada por arqueros y lanceros, que actuaría como respaldo de los cabaleros, así como para defender las murallas de todas las fortalezas cristianas, y resistir a las fuerzas sarracenas cuando Saladino decidiera atacar. La impresión era que cabía preguntarse «cuándo» y no «sí». aquella feliz alternativa la daban por descontado la mayoría de los peregrinos pensantes y, sin duda, los cruzados mismos.

Por fin, Belami interrumpió el recorrido de «familiarización», pero le explicó luego al mariscal templario, Hugh de Belfort, que había estado esperando con cierta impaciencia su informe.

-Durante las patrullas, ¿no habéis visto ninguna señal de actividad de los sarracenos? -preguntó el incrédulo mariscal, que no familiarizado con los informes de Belami ni con sus métodos tan poco convencionales.

-Sólo el reflejo de sus heliógrafos en el horizonte, cuando se transmitían mensajes sobre nuestro desplazamiento de una colina a la otra. Nos estuvieron vigilando atentamente todo el camino. La noticia de nuestro enfrentamiento con los hombres de De Châtillon debe de haber corrido rápidamente por toda la región.

-¡Por las llagas de Cristo! -exclamó De Belfort-. La situación general es tan explosiva como ese maldito polvo nuevo del que tanto se habla. ¡Al diablo el alma de De Châtillon! Ya resulta bastante ardua esta tarea, servidor Belami, de mantener la paz entre los asesinos de Jerusalén, sin necesidad de que ese loco de De Châtillon cause más problemas. Al pobre rey Balduino le resulta casi imposible gobernar ahora, y De Lusignan gana más poder de día en día. Cuando nuestro desafortunado monarca fallezca a causa de su terrible enfermedad, roguemos para que nuestro Gran Maestro pueda influir en los barones para que elijan a Raimundo de Trípoli como regente, para aconsejar al nuevo delfín, que sin duda sucederá a nuestro actual monarca inválido. Raimundo no es ningún santo, pero es mejor que los demás, sobre todo que De Châtillon.

Aquella diatriba se debía más a la costumbre de De Belfort de hablar consigo mismo, que a la pretensión de ofrecer un certero panorama de la situación política para conocimiento del experimentado veterano, pero en realidad no hizo más que confirmar las sospechas que Belami tenía.

Tal era la reputación del veterano servidor, que antes de veintí cuatro horas, Arnold de Toroga, el Gran Maestro de los templarios ya le había ordenado que asistiera al Capítulo, algo que, en tiempos normales, hubiese sido insólito.

La casa capitular de los templarios tenía forma octogonal, como consecuencia de la Sagrada Geometría, y tenía doce bancos de piedra, adosados a las paredes, con un caballero templario sentado en cada uno de los tronos de mármol. El Gran Maestro se encontraba delante de suprie-dieu, situado en el centro, de cara a un pequeño altar donde se había colocado una cruz, hecha con dos espadas de los templarios. El Gran Capítulo era un alto tribunal templario, dentro de un sistema que, teóricamente, controlaba el rey de Jerusalén. Como contribuía en gran medida a los fondos del reino y proporcionaba la mayor parte de su poderío militar durante las cruzadas, la existencia del tribunal de los templarios no sólo era tolerada sino reconocida tácitamente por el poder político del Gran Capítulo.

Belami entró solo y saludó al Gran Maestro. El veterano reconoció a muchos de los miembros del Capítulo, con quienes había servido previamente. La sombra de una sonrisa se dibujó en sus labios, al descubrir al menos a tres ex comandantes. Estos, a su vez, le saludaron con un movimiento de cabeza.

El Gran Maestro habló así:

-Servidor Belami, os doy la bienvenida a Jerusalén. La Orden necesita de vuestros invalorable experiencia y conocimientos. Tengo entendido, por lo que me decía el mariscal De Montfort, que traéis a cincuenta lanceros, y que también os acompañan dos jóvenes servidores, a quien habéis instruido personalmente y altamente recomendado. Vuestra acción en el rescate de Sitt-es-Sham ha sido debidamente anotada y aprobada.

»Yo os daré un centenar de auxiliares más experimentados, la mitad lanceros turcos y el resto arqueros.

-¿De infantería, Honorable Gran Maestro? -dijo Belami, con

tono de desaprobación-. Eso reforzará mis fuerzas, por cierto. Es preciso que nos movamos con rapidez, señor, si tenemos que evitar que las fuerzas de De Châtillon asuelen la región del mar Muerto.

-No podemos ofrecer más fuerzas de caballería -dijo el Gran Maestro, secamente-. Preciso a cada uno de los lanceros que pueda~ ¡OS reunir para defender el reino de Jerusalén contra el ataque de los irracenos. Tendréis que valeros también de la infantería.

-He realizado anteriormente maniobras conjuntas, Honorable Gran Maestro. En distancias cortas, resulta efectivo sólo durante el ataque. En patrullas, agota tanto a los hombres como a los caballos puesto que la caballería y la infantería no pueden avanzar al mismo paso.

-Entonces dividid las tropas en fuerzas de choque y de reserva, servidor Belami. Eso es lo mejor que os puedo sugerir. En realidad, servidor Belami, es una orden. Gracias por haber venido. podéis retiraros!

Belami saludó marcialmente, giró sobre sus talones y salió de la casa capitular. Estaba furioso.

-¡Hidalgos! -murmuró-. ¡Nunca escuchan!

De fuentes confiables, tales como viejos camaradas y ex comandantes, Belami no tardó en formarse un panorama veraz de las fuerzas caóticas que obraban en Jerusalén.

El joven y moribundo rey Balduino IV casi no tenía poder. El regente, que oficialmente era Guy de Lusignan, compartía de mala gana su poder, si no su autoridad, con Raimundo III de Trípoli y Reinaldo de Châtillon. El anciano patriarca, Almaric, el representante rival del Papa en Jerusalén, había sido expulsado de la ciudad, al igual que el arzobispo Guillermo de Tiro, el famoso cronista, también había sido obligado a alejarse de ultramar por De Châtillon. Con anterioridad, la Iglesia ortodoxa griega había establecido el cisma con Roma, abriendo un abismo entre las formas de la cristiandad. Un patriarca títere, Heraclio, ahora actuaba como el portavoz de los barones todopoderosos en asuntos de la Iglesia. Eso dejaba a los templarios y los hospitalarios como las únicas fuerzas verdaderamente independientes en Jerusalén.

Belami, que ya había soñado con una posible solución al problema de la movilidad de sus tropas, se ocupaba de coordinar las nuevas fuerzas de caballería e infantería combinadas, cuando De Châtillon hizo el siguiente movimiento. La pequeña flota de Reinaldo -construida, como le gustaba imaginar, en secreto- ahora fue varada en mar Rojo.

Mientras tanto, en Damasco, Saladino, el comandante supremo del sultanato ayyubid y sus numerosos aliados, estaba escuchando el relato de su hermana del ataque imprevisto a su caravana. Sitt-es-Sham y su comitiva habían regresado a Damasco con una fuerte escolta, que le proporcionaron los guardianes de La Meca. Flanqueados por una fuerza tan poderosa de guerreros, ninguna partida de bandidos cristianos se había atrevido a molestarles.

La narración de su inesperado rescate llevado a cabo por los servidores templarios dejó a Saladino con sentimientos mezclados. En primer lugar, la justa ira al ver que la confianza puesta en el infiel De Châtillon había merecido una traición tan bárbara; su segunda reacción fue de confusión.

En una ocasión Saladino había jurado decapitar a todo templario que cayera en sus manos, después de una matanza de compatriotas suyos efectuada por fuerzas de los templarios excesivamente apasionadas. Ahora, tendría que reconsiderar su juramento, un acto que, para un devoto musulmán como Saladino, constituía un salto mortal moral.

Sin embargo, Sitt-es-Sham se mostró inflexible. Los tres servi-

dores templarios, cuyos nombres había conseguido, le habían salvado la vida y probablemente el honor también de las garras de un Asesino disfrazado de caballero franco. Por consiguiente, debían ser convenientemente recompensados.

Saladino dio las gracias a Alá por el feliz retorno de su hermana y tomó mentalmente nota de honrar y recompensar a los tres valientes templarios, si un día caían en sus manos. Luego, juró matar a De Chátillon, e inmediatamente dio orden de reunir a sus generales. Por lo que a Saladino se refería, la tregua había terminado. ¡En adelante, ya no regía la Pax Saracénica, sino la Jihad o «Guerra Santa»!

El líder del islam era un hombre complejo, de gran humildad e incomparable coraje. A diferencia del arquetípico jefe musulmán, el supremo sultán ayyubid era un intelectual, poco afecto a la cetrería, la caza o los convites, actividades que tanto habían distraído a muchos de sus reales antecesores. Su deporte era el polo, pues era un magnífico jinete y consideraba aquel juego de rápidos movimientos como una especie de ajedrez jugado con caballos. Los maestros de la Universidad de Damasco le habían enseñado a dominar el gran juego del tablero escaqueado, así como le habían impartido el amor por el gnosticismo, especialmente por las artes y las ciencias, la astronomía, la matemática, la arquitectura, la música, la erudición natural y la belleza en todas sus formas, como obra de Alá, el Único Dios.

Damasco, que él había vuelto a recuperar de manos de los infieles cristianos, representaba para Saladino todo lo que había de bello en la arquitectura árabe y en la planificación de una ciudad. Sus múltiples arboledas sombreadas y los numerosos jardines, grandes y pequeños, públicos y privados, eran oasis de color, perfume y belleza natural, y uno de los más grandes placeres del sultán residía en gozar de aquellos refugios de paz, completamente solo. En otras palabras, entre todos los jefes musulmanes, el sultán Saladino era único. Esto era así porque sus actos y reacciones resultaban difíciles de predecir.

Alto, apuesto y aún activo y en buena forma en la edad madura, aquel príncipe de ayyubids poseía una personalidad extraordinaria, con el don de un encanto inmenso. Aunque tímido y retraído cuando muchacho, mediante la aplicación y el estudio diligente había crecido hasta convertirse en un diestro líder capaz de no dar consejos hasta el momento preciso. Sólo daba su opinión cuando se la pedían. Saladino no era ni jactancioso ni embustero. Cuando hablaba, era para decir la verdad.

Si agregamos a esto su devota fe en lo justo de la causa del islam, tendremos a un líder capaz de hacer retroceder a las hordas de las cruzadas que habían saqueado y asolado el medio Oriente.

Allá en Tiberias, Abraham-ben-Isaac le describió a Simon el jefe sarraceno en estos términos:

-Salah-ed-Din nació en 1138, en una familia compuesta de siete hermanos y una hermana. Su padre era Ayyub-ibn-Shadhy, un oficial del séquito de Zengi, el atabeg de Mosil. Su madre era Nejm-ed-Din. Su padre había sido alcaide de Tekrit, una fortaleza donde Zengi se había refugiado después de una desastrosa derrota. Cuando a Zengi le cambió la suerte, recordó que en una ocasión le debió la vida a Ayyub-ibn-Shady y le incorporó a su séquito.

»Aunque el padre de Saladino era mahometano, él era kurdo, del clan Rawadiya. Gente aguerrida y cortés, poseían un gran sentido del honor y la hospitalidad. Saladino heredó todas las virtudes tribales de su padre.

»El nombre completo de Saladino es Yusuf Salah-ed-Din, que significa «el honor de la fe». Es un nombre que bien se merece.

»En todo el medio Oriente, Simon, no encontrarás hombre más

devoto, caballeroso y honorable. Además de estas cualidades, posee el coraje de un león del desierto y la obstinación de una muía. Es sin duda un adversario formidable en quien la cristiandad pueda clavar sus garras.

»Osama, príncipe de Sheyzar, eminente erudito y filósofo, tomó al inteligente hijo de Ayyub-ibn-Shadhy bajo su protección. Osama era un mago supremo, con gran penetración para juzgar el carácter de la gente. En el joven Yusuf, entonces sólo un muchacho, el sabio mago debió de reconocer todas las cualidades de grandeza. Saladino tenía sólo trece años cuando se conocieron; sin embargo, Osama presintió el destino del chico. Tú, Simon, serías afortunado si conocieras a un hombre como él.

-Ya le he conocido -repuso Simon, con sinceridad-. ¡Vos, ¡fíjate maestro, Abraham-ben-Isaac sois mi Osama!

El viejo filósofo se sintió complacido, pero meneó la cabeza.

-Yo no me encuentro en el mismo plano de evolución que Osama, príncipe de Sheyzar. El es la suerte de ser que los cristianos tratáis de santos.

Durante sus muchas conversaciones con Abraham, Simon aprendió muchísimas cosas más sobre Saladino. Supo de la educación que recibió el líder, en Baalbeck y Damasco, en sus tempranos años en la corte de Nur-ed-Din. Este atabeg era uno de los hijos de Zengi que, en 1146, fue asesinado, y Nur-ed-Din se hizo cargo de todo el séquito de su asesinado padre para que le sirviesen.

Nur-ed-Din, como su padre Zengi, había reconocido las cualidades del joven Saladino, aun en aquella temprana edad.

Durante la primera Cruzada, con los avatares de la guerra rápidamente cambiantes, Saladino era demasiado joven para tomar parte activa en ella; pero, como las fortunas de su padre prosperaron bajo el régimen de Nur-ed-Din, también mejoró su suerte.

Su capacidad para absorber conocimientos muy pronto le hizo abandonar la universidad y, cuando fue bastante mayor para servir al hijo del viejo benefactor de su padre, Nur-ed-Din tuvo conocimiento de que era un brillante comandante de tropas. A partir de aquel momento, el ascenso a capitán y luego a comandante de caballería también llamó la atención del colega de Nur-ed-Din, Shirkuh, un general sarraceno de gran osadía y capacidad, lejanamente emparentado con Saladino. La estrella de Yusuf Salah-ed-Din comenzó a brillar para que todo el mundo la viese.

-Esta bendición tuvo un doble filo -rió Abraham, al llegar a esa parte de la vida de Saladino-. La fama ganada en el campo de batalla y la evidente inteligencia del joven comandante de caballería no sólo le convirtieron en un valioso elemento para los hijos de Zengi, sino que también le marcaron como a un posible futuro rival. Saladino era lo suficientemente listo como para darse cuenta de la situación y se opuso a cualquier pretensión que pudiese tener de alcanzar el poder. Sirvió a los hermanos lealmente y bien, y con absoluta dedicación. Los hijos de Zengi, que siempre estaban alerta para detectar cualquier indicio de traición, reconocieron la honestidad de Saladino y su caballeroso comportamiento. No pudieron descubrir falta alguna en él, de manera que pudo vivir con honor y fortuna. Aquella era una época fértil para los hombres inteligentes, sobre todo con la demostrada capacidad para ganarse el respeto y el afecto de sus tropas. Saladino era, sobre todas las cosas, un musulmán devoto y un aplicado estudiante de la divinidad y de la teología. Le encantaba escuchar a los eruditos citar pasajes del Corán, y su inflexible ortodoxia le protegía como un escudo.

-Era un jeque ambicioso, que buscaba poder, fama y riquezas -siguió diciendo Abraham-. Saladino era un apasionado creyente

en el islam y, por encima de todo, sólo deseaba ser un instrumento de la Voluntad de Alá. Como discípulo de Ibn-aby-Usrun, el gran sabio teólogo de su época, y como estudiante preferido de Osama, Saladino ya había emprendido el ancho camino del gnosticismo. Por eso, Simon, Saladino es el verdadero líder de los sarracenos: porque es honesto, valiente, justo y misericordioso.

»Por ello, respétale, hijo mío, pues él es tu más grande adversario. La cristiandad tiene un valioso oponente en Saladino, el «Honor de la Fe». -Abraham hizo una pausa-. Mis voces me dicen que un día vosotros dos os conoceréis. Sé que el acontecimiento determinará tu destino.

Simon de Creçy nunca olvidó las palabras de Abraham-ben-Isaac. Le volvieron a la memoria mientras ayudaba a Belami a instruir a sus nuevas tropas. En esencia, las tácticas del veterano eran simples, y por consiguiente impecables.

Su «columna volante» estaba compuesta de excelentes soldados de caballería y de infantería bien entrenados; la única dificultad radicaba en el hecho de que éstos retrasaban a los primeros. Pero Belami no tardó en resolver el problema.

Basándose en un pasaje del libro sobre las tácticas que empleaban las legiones romanas cuando utilizaban tropas mixtas, el astuto y viejo soldado entrenó a sus hombres para que actuasen al unísono. Cuando los soldados de caballería iban montados, un infante corría junto a cada caballo, aferrándose al estribo del jinete. Ello significaba que la columna volante en patrulla sólo podía avanzar a la misma velocidad con que podía correr un soldado de infantería o un arquero; sin embargo, cuando los de caballería desmontaban, para llevar al paso a sus monturas, los de infantería, después de un breve descanso, podían alcanzarles fácilmente.

Durante un ataque real, los mejores arqueros montaban a la grupa de los caballos de los lanceros turcos, para descabalgarse a último momento y brindar apoyo en el ataque final con lluvias de flechas. Ello requería una intensa instrucción, mucho renegar y violentas peleas, pero afortunadamente la táctica resultó efectiva.

La columna volante de Belami avanzaba casi tan rápidamente como lo había hecho originalmente sin la infantería. El astuto veterano había encontrado una solución viable al problema que el Gran Maestro le había planteado, que era precisamente lo que el inteligente y viejo caballero templario sabía que pondría en práctica. Arnold de Toroga no era ningún imbécil.

Cuando Reinaldo de Châtillon finalmente botó su pequeña flota y partió siguiendo la costa del mar Rojo, se enfureció al comprobar que una columna volante de los templarios a menudo seguía paralelamente su curso por tierra. Cada objetivo que elegía se le tornaba imposible de saquearlo sin ser descubierto. Sólo cuando dividió a la flota en dos partes, logró el airado De Châtillon desembarcar y saquear los puertos del mar Rojo, principalmente sobre el costado de Africa.

Belami no podía detener a los dos bandos de asaltantes, pero lograba hacerles las cosas difíciles a ambos. El resultado fue que sólo un número muy reducido de objetivos elegidos por los corsarios fueron saqueados o sitiados, como Aydhab en la costa africana. Esta táctica dilatoria dio tiempo al almirante Lulu, comandante de una flota egipcia, para desplegar sus naves y obligar a levantar el sitio de Eyl. Los corsarios aún tuvieron ocasión de atacar y hundir un barco de peregrinos árabes que navegaba hacia Jedah, sin que hubieran sobrevivientes, y prendieron fuego a naves ancladas en Al-Hawra y Yambo. El mundo musulmán estaba horrorizado, pero, de no haber sido por la presencia de Belami en muchos de esos objetivos, la matanza hubie-

ra sido mucho peor. Una y otra vez, la columna volante de los templarios frustró el ataque y la matanza que pretendían llevar a cabo los francos. Naturalmente, De Châtillon estaba furioso y, al fin, tuvo que suspender los ataques espontáneos en la zona del mar Rojo.

El momento culminante llegó cuando el almirante Lulu desembarcó con sus tropas, las hizo montar en caballos beduinos que consiguió en el lugar y desmembró a los corsarios de De Châtillon en el cañón de Rabugh. Reinaldo de Châtillon salvó la vida por un pelo y la mayoría de sus hombres fueron muertos. El Señor de Kerak entonces se retiró apresuradamente a su fortaleza en Kerak de Moab, que era tan inexpugnable como puede serlo un castillo.

Puede parecer extraño que la misión de Belami consistiera en interceptar a las fuerzas francas, pero tales eran los intrincados juegos políticos de la época. Belami no había perdido ni un solo hombre, ya fuese de caballería o de infantería, pero había evitado matanzas en gran escala de personas inocentes a manos del Señor de Kerak. Eso sólo había mitigado el fuego de la venganza de Saladino y, vitalmente, brindó a Arnold de Toroja más tiempo para reforzar su guarnición en Jerusalén.

La Pax Saracénica quedó hecha añicos; la Jihad estaba a punto de estallar, y el 29 de septiembre de 1183, el comandante sarraceno cruzó el río Jordán, asoló la fértil llanura de Ghaur y saqueó la ciudad de Beysan, que había sido abandonada por sus defensores cristianos.

Luego avanzó por el valle de Jezreel y acampó junto al Pozo de Goliat. Saladino había arrojado el guante.

Belami regresó volando a Jerusalén e informó al Gran Maestro de los templarios.

-Pero, Belami -protestó Simon-, ¿de qué lado estamos nosotros?

-Ciertamente no en el de De Châtillon, mon brave. Ese bastardo asesino ha roto la tregua y traicionado la causa cristiana. Habría sido capaz de asesinar a cada hombre, mujer y niño de aquellas ciudades indefensas del mar Rojo. La suerte de esta guerra política ha cambiado y ahora tenemos que enfrentar la ira de Saladino. Pero por lo menos nosotros no somos asesinos de criaturas.

El veterano tenía razón, y Simon y Pierre así lo comprendieron.

-Esos cruzados políticos me superan -dijo Pierre de Montjoie, con voz lastimera-. Pero es mejor formar parte de una Cruzada para llevar el cristianismo a los paganos, que ser marcados como asesinos de niños por la historia.

-Lo que demuestra -dijo Belami, con una sonrisa-, que no eres tan idiota como a veces me lo parecen.

Todos esos acontecimientos ocurrieron en el transcurso de muchos meses y si bien pareció una pérdida de tiempo para los dos jóvenes vividores, lo cierto es que convirtió a la columna volante de Belami en una de las más efectivas unidades tácticas de ultramar. No tardaría en ser puesta a prueba en el campo de batalla.

Saladino resultaría ser un duro adversario. El hecho de que Zeng, el atabeg, hubiese sido asesinado por su propia gente, mantenía a Saladino en alerta constante. Los Asesinos del culto de Sinan-al-Raschid habían efectuado dos intentos y estuvieron a punto de cumplir su misión con éxito. En el último atentado, fue la capucha de malla de Saladino, que le cubría la cabeza y el cuello, lo que detuvo el golpe. Estuvo tan cerca de la muerte, que desde entonces mantuvo una constante vigilancia incluso sobre sus compañeros de más confianza, puesto que uno de los atacantes fue un miembro de su guardia personal.

Ahora que había declarado abiertamente la Jihad, el líder sarraceno se mantenía doblemente vigilante.

Su última victoria contra los cruzados, antes de la tregua, había tenido lugar en «La locura del rey Balduino», el Castillo de los Pesares en el Vado de Jacobo. Saladino sitió la fortaleza durante cinco días. Al fin, los gruesos muros cayeron, al ser socavados por los zapadores sarracenos, que luego prendieron fuego a los soportes de madera del interior de los túneles.

Al quinto día, había entrado en el castillo; liberó a los prisioneros musulmanes y luego derribó toda la fortificación. Desde entonces, reinó una tregua con altibajos hasta que se declaró la Guerra Santa.

Durante otra batalla previa -un ataque combinado de fuerzas de los templarios, hospitalarios y francos al campamento de Saladino en la Pradera de las Fuentes, cerca de Mesafa-, Saladino derrotó a los cruzados y capturó a sus jefes. Entre éstos se encontraban Raimundo de Trípoli, Balián de Ibelin, Balduino de Ramla y Hugh de Tiberias. Además de estos importantes caballeros francos, tomó prisioneros a los maestros de ambas órdenes militares. Odón de Saint Amand había sido uno de ellos.

Todos los caballeros salvo Odón fueron liberados, a cambio de un rescate y de la solemne promesa de no continuar la lucha contra Saladino. Sólo de Saint Amand se negó a formular este sagrado juramento y tampoco quiso ofrecer rescate.

-El dinero de los templarios no me pertenece para que pueda utilizarlo en mi propia liberación -había dicho con tono desafiante

Saladino había quedado admirado del coraje feroz del Gran Maestro en la batalla y, una vez más, le ofreció la libertad sin rescate hacía el juramento. Odón de Saint Amand rehusó de nuevo, y falleció en prisión a causa de las fiebres, en Damasco, unos meses más tarde.

Saladino lamentó su muerte y le enterró con todos los honores, como correspondía a un valiente y caballeroso adversario. Posteriormente, los demás hidalgos renegaron de sus promesas y se complotaron contra Saladino durante la tregua. Su arzobispo les absolvió a todos.

Cuando Belami contó a Simon las circunstancias de la muerte de su padre, había puesto el acento en la generosidad de Saladino.

-¿Durante cuánto tiempo fue Gran Maestro mi padre? -preguntó Simon.

-Desde 1171 hasta 1179; ocho años consagrados al servicio de la Orden. Cuando tú naciste, en 1163, tu padre era caballero templario. En los siguientes ocho años, a raíz de su destreza, brío y valor, llegó a ser Gran Maestro de la Orden del Templo. Tuvo la muerte de un soldado, Simon. Saladino le respetó y le honró no sólo como soldado, sino también como erudito. El líder sarraceno le dio a tu padre todas las posibilidades para que pagara un rescate o diese su palabra de honor a cambio de su libertad. Saladino es tan caballeroso como el mejor de nuestros caballeros cristianos, si no más.

Con el regreso de Belami a Jerusalén, y su extenso informe sobre los ataques de De Châtillon y la destrucción de sus fuerzas en el Cañón de Rabugh, Arnold de Toroga había recibido también nuevos refuerzos de tropas templarias de Acre. Sus fuerzas se encontraban en su plenitud y le ofreció los servicios de la Orden a Guy de Lusignan, ahora el incontestable regente de Jerusalén.

El atormentado cuerpo del joven rey Balduino IV estaba al borde de la muerte, con los miembros paralizados y prácticamente putrefactos. Su mente aún seguía activa, pero su habilidad para el mando casi la había perdido. De Lusignan vio llegada su oportunidad y convocó a todas las fuerzas del reino en su ayuda. Raimundo III de Trípoli,

los grandes maestros de los templarios y de los hospitalarios, los hermanos Ibelin, Reinaldo de Sidón y dos poderosos visitantes, Godofredo, duque de Brabante, y Ralph de Mauleon, todos le respaldaron con su peso político. Incluso el despreciable Reinaldo de Châtillon llegó corriendo de Kerak de Moab, para unir a sus lanceros a los de los cruzados. Los políticos tienen una conciencia de corta vida.

-¡Judas Iscariote! Sabemos hasta qué punto podemos confiar en De Châtillon. Pero no tenemos alternativa. De pronto el cerdo embustero es nuestro aliado. ¡Quiera Dios que no tenga que salvarle el pellejo!

Belami protestaba, pero, como siempre, él obedecía las órdenes. Los cruzados partieron de Jerusalén, con gran despliegue de banderas, exóticos guiones y escudos francos de brillantes colores, en contraste con las negras sobrevestas de los cuerpos de servidores de los templarios y los hospitalarios, y por supuesto la vestimenta totalmente blanca de los caballeros templarios. Con ellos se alineaban los lanceros turcos a caballo, y los auxiliares de infantería. En total, después de dejar una reducida guarnición en Jerusalén, los cruzados reunieron un millar de caballeros y lanceros, además de 10.000 infantes. No tenían idea de que las tropas de Saladino ascendieran a más de 20.000 hombres, de caballería, arqueros montados, escaramuzadores y soldados de infantería, divididos en tres fuerzas principales. Estas eran comandadas por Saladino en persona, con Taki-ed-Din, su sobrino favorito, y su hermano mayor, Feruk-Shah, al mando de otras dos divisiones. Los sarracenos eran todos guerreros avezados, ágiles y mortales en el campo de batalla. Superaban a los francos en más de dos a uno.

Si hubiesen aplicado el método de Belami de combinar las columnas de la caballería con las de infantería, los cruzados habrían llevado ventaja.

Lamentablemente, la caballería se veía obligada a disminuir la marcha al paso más lento de la infantería, lo que daba a los sarracenos la ventaja de una mayor movilidad y rapidez.

El joven Homfroi de Toron, que se apresuraba a unirse a las fuerzas francas con las tropas de su padrastro de Outrejourdain, se encontró con que les salieron al paso los ayyubids y eliminaron a sus tropas. Él mismo, aunque sólo tenía diecisiete años, luchó valientemente, pero tuvo que retirarse a Kerak, donde buscó refugio. Como fuerza de combate, sus diezmadas tropas estaban acabadas.

La primera batalla entre los dos ejércitos en la Jihad de Saladino tuvo que librarse en el Llano de Jezreel. La columna volante de Belami entró al ataque, con Simon y Pierre al frente de un centenar de hombres de caballería e infantería, con el veterano al mando de los cincuenta lanceros turcos restantes. La tarea de Belami consistió en vencer a los escaramuzadores sarracenos, un millar de arqueros escitas, capaces de disparar desde la silla de su montura.

Cada vez que estos guerreros avanzaba para soltar una nube de flechas, las fuerzas mixtas de Belami tenía que interceptarles y anular su ataque. Además, los escitas perdían muchos hombres abatidos por los arqueros de Simon y Pierre, que participaban en la batalla, montados a la grupa de los caballos de los lanceros turcos. Cuando saltaban al suelo y disparaban sus dardos mortales, docenas de escaramuzadores escitas caían de sus sillas.

Las filas de los sarracenos se declararon en retirada. Inmediatamente, Belami y sus servidores entraron a la carga, enfilando a los aterrados arqueros escitas con sus lanzas. Antes de que los escaramuzadores pudiesen reagruparse, la columna volante de los templarios había barrido el terreno para cubrir a los arqueros que habían desmontado. Luego, repetían la táctica de recoger a los arque-

ros, que montaban a la grupa de los lanceros, y se reunían con la columna franca. Era una perfecta maniobra de manual.

Si Guy de Lusignan hubiera sido un comandante más eficiente, todas sus fuerzas habrían utilizado la misma táctica. Lamentablemente, el regente de Jerusalén era un excelente político pero un mal general. Hizo alto con las fuerzas francas en los Pozos de Goliat, en vez de avanzar directamente contra la fuerza principal de Saladino, antes de que hubiesen podido formar su línea de ataque en forma de media luna.

Los francos, templarios y hospitalarios confiaban grandemente en tácticas anacrónicas. Siempre habían puesto en práctica su táctica principal: concentrar el peso de los caballeros atacantes en una masa compacta, para romper las filas de los paganos. De Lusignan confiaba que podría valerse de la misma maniobra antigua de nuevo.

Belami maldecía en árabe, su lengua preferida para renegar con eficacia.

-¿Por qué el maldito imbécil no se da cuenta de que Saladino está a la espera de la carga de los francos? ¡Por los huesos del Profeta, cuando el condenado «Calzones de acero» finalmente ataque con sus caballeros, ese astuto sarraceno abrirá las filas centrales y dejará que la fuerza de la carga se pierda en el aire! Entonces, Saladino hará girar la caballería formando la media luna y atacará a De Lusignan por la retaguardia, mientras nuestros guerreros correrán a la desbandada en el medio. Hasta un niño podría darse cuenta de por qué Saladino ha dispuesto a la caballería en esa formación de media luna. ¡Que Dios me dé fuerzas! ¿Por qué tenemos que estar a las órdenes de un estúpido?

Así las cosas, aparte de algunos encontronazos de pequeñas unidades de caballería por ambas partes, De Lusignan permaneció acampado cerca de los Pozos de Goliat, mientras sus camaradas discutía con ardor.

La verdadera razón de su vacilación residía en el inesperado tamaño del ejército de Saladino. Su formación en media luna parecía extenderse, desde un extremo al otro, sobre una distancia de una milla. Atacarlo, ahora que había maniobrado hasta formar su más efectiva línea de batalla, parecía suicida. De Lusignan no se había decidido a atacar a los sarracenos mientras estaban formando filas, y ahora era demasiado tarde.

Saladino intentó provocar a los francos para que iniciaran una carga frontal, pero fracasó en hacer entrar a los líderes divididos en la batalla. Todo se desintegró en pequeñas acciones en patrulla y ataques con lluvias de flechas de los arqueros escitas. El cielo se nublaba de flechas lanzadas con sus arcos, pero pocas de ellas hacían blanco en las tropas francas protegidas con cotas de malla, sino que se clavaban en el suelo, donde parecían espigas de trigo. En cambio, las flechas más pesadas de los cruzados dejaban vacía más de una silla de montar de los escitas.

Después de cinco días de escaramuzas, y de unas pocas bajas entre las tropas francas, De Lusignan buscó seguro refugio detrás de las orillas del Jordán.

Belami estaba furioso.

-Bien, Simon -dijo-, ¿qué te parecen nuestras brillantes batallas? ¡Qué condenada pérdida de tiempo y de energías!

-Estoy confundido -repuso el joven normando-. Yo podría seguir fácilmente nuestras propias acciones. Tu táctica funcionó perfectamente, Belami. ¿Por qué nuestro Gran Maestro no aprovechó la ventaja que le dimos?

-¿Por qué no vuelan los cerdos? -gruñó Belami-. ¿Cuál es tu opinión sobre esta batalla inexistente, Pierre? Vamos, muchacho, como futuro caballero se supone que debes decirme qué hacer algún

día. ¿Qué dices?

-¡Es una farsa! -contestó Pierre, fastidiado-. Una maldita rina de gallos. Lo hicimos mejor cuando luchamos contra De Malfoy.

Belami y Simon rieron tristemente, pero el veterano estaba pre-ocupado.

-Si así es como De Lusignan piensa continuar, será mejor que nos retiremos detrás de fuertes murallas y esperemos que nos releven antes de que nos muramos de hambre.

El primer choque armado en la Jehad Santa había sido un gesto futil, malo para la moral y una señal de que lo que vendría sería peor.

Saladino estaba perplejo ante la insólita renuencia de los francos a combatir. Habían perdido su oportunidad cuando los sarracenos se desplazaban para ocupar sus posiciones, y ahora parecían conformarse con retirarse al otro lado del río Jordán. El astuto líder sarraceno también había observado las acciones bien coordinadas de una pequeña columna volante comandada por los servidores templarios. Las maniobras de las tropas de caballería y de infantería combinadas constituirían una táctica difícil de superar si la adoptaba universalmente el resto de las fuerzas francas. Uno de sus cuerpos de exploradores, que habían enfrentado a las fuerzas corsarias de De Châtillon en el mar Rojo, había informado de que una columna de templarios estuvo aplicándola allí. Lo que resultaba sorprendente era que parecía que más bien trataban de obstaculizar a los bandidos francos en vez de luchar contra ellos. El informe parecía carecer de importancia en aquel momento, pero, después de ver lo efectivas que eran aquellas maniobras en acción contra los escitas, de repente Saladino comprendió que tenía sentido.

¿Pero por qué los templarios habían puesto a prueba su nueva táctica contra sus propios aliados? El agudo cerebro del sarraceno siguió dando vueltas al problema, hasta que recordó el relato de su hermana Sitt-es-Sham del ataque de De Châtillon contra su caravana camino de La Meca. ¿Acaso aquellos tres servidores templarios eran también los responsables de aquellas curiosas maniobras nuevas? Sin duda, ellos habían salvado a Sitt-es-Sham de la muerte o de algo peor. Presumiblemente, habían actuado bajo las órdenes de su Gran Maestro, para tratar de preservar la Pax Saracénica. ¿Por qué? ¿Tal vez para ganar tiempo con el fin de lograr más refuerzos?

El comandante sarraceno resolvió enviar más espías a Jerusalén. No contaba con más de un centenar de hombres confiables allí. El misterio le irritaba. A Saladino le gustaba conocer la solución de los enigmas. El caos le perturbaba. El sultán era esencialmente «un hombre cósmico». Quería que todo estuviese en orden. Para él, todo nuevo desarrollo en el campo de los infieles requería una explicación.

Se durmió, pensando todavía en aquella extraña táctica. Su último pensamiento, antes de que el sueño le venciera, fue que le hubiera gustado conocer a los hombres a quienes se les había ocurrido aquella maniobra tan bien ejecutada. Le habría gustado que fuesen sarracenos en vez de templarios.

El paso siguiente de Saladino sería contra Kerak, la fortaleza de su archienemigo Reinaldo de Châtillon, al sureste del mar Muerto.

Durante la batalla indefinida en el Llano de Jezreel, ni Simon ni Pierre habían entrado en combate cuerpo a cuerpo, salvo con la lanza, si bien Simon había abatido a cuatro escitas durante el intercambio de flechas.

Para sorpresa suya, tanto él como Pierre habían sido alcanzados por varias flechas sarracenas, pero las ligeras saetas de caña no habían logrado penetrar ni sus armaduras ni los acolchados petos de sus monturas. Tampoco Belami tuvo ocasión de utilizar su hacha de guerra y también él recibió varias flechas escitas, sin que atravesaran su

cota de malla.

--He visto cruzados que parecían puerco espines -comentó- con flechas sarracenas clavadas en sus sobrevestas. Sin embargo, un par de ellas hicieron verdadero daño, al alcanzar el cuello, la cara o una mano desprotegida. La lección es simple. Mantener todas las partes del cuerpo bien cubiertas y la cabeza baja durante las lluvias de flechas que disparan desde largas distancias.

Todo aquello había sido un anticlímax. La ardiente discusión que tuvo lugar en Jerusalén giró sobre la peligrosa indecisión de Guy de Lusignan. Algunos, como De Châtillon y Raimundo III de Trípoli, le acusaron llanamente de cobardía. El moribundo rey estaba conmocionado y rabioso.

En su horrible estado, el pobre desgraciado había pedido a De Lusignan que le instalara en la ciudad de Tiro, donde la brisa marina sería beneficiosa para la lepra que le devoraba. En un acto inhumano, De Lusignan rehusó hacerlo. Con las débiles fuerzas que le quedaban, el rey Balduino IV depuso al regente y proclamó a su sobrino, que también se llamaba Balduino, el hijo de seis años de su hermana Sibila, heredero suyo.

De Lusignan se puso furioso y regresó a Ascalon, otra de sus posesiones. Entonces sorprendió a todos negándose a obedecer al rey moribundo. Belami quedó tan pasmado como los demás.

-Ello sólo demuestra cómo han cambiado las cosas mientras estuve lejos de Tierra Santa. Hubiese apostado hasta mi último céntimo que De Lusignan era un buen comandante y un honorable caballero. Hasta esperaba que el Alto Consejo le nombraría a él antes que a De Châtillon o a Raimundo III de Trípoli. ¡Por Judas Iscariote, estaba equivocado!

El recio servidor meneó la cabeza azorado.

-He visto a Guy de Lusignan en el campo de batalla, luchando junto a Odón de Saint Amand. En aquella época combatía bien. Me pregunto qué mujer le habrá doblegado la voluntad.

Simon se sonrió.

-Lo que dices se parece más a lo que diría el hermano Ambrose que Belami. «El engendro del maligno», era como describía a las mujeres. Sea como fuere, ¿por qué una mujer? Quizá el daño lo ha causado una enfermedad.

-Es posible -replicó Belami-. Pero parece bastante sano. Mi instinto me dice que se trata de una mujer. ¿Tal vez la hermana del rey, Sibila? Dios sabe que es bastante ambiciosa y es la esposa de De Lusignan. ¡Si! ¡Esa debe de ser la respuesta! Por qué otro motivo De Lusignan negaría la alianza al rey si no por la resuelta ambición de Sibila? De alguna manera, presiento que Sibila está detrás de todas estas súbitas indecisiones y vacilaciones. Tal vez tenga algún acuerdo secreto con su esposo. ¡Quién demonios lo sabe!

El veterano se encogió airadamente de hombros y escupió certeramente a un escarabajo, que corrió en busca de refugio..

Su estallido sorprendió a los jóvenes servidores, que nunca habían visto a Belami enfadado a causa de la política. Hasta entonces, había seguido los cambios en el campo de la política encogiéndose tímidamente de hombros.

En realidad, Belami estaba profundamente resentido por la defecación de De Lusignan. Se había producido en el peor momento posible, con Saladino en acción, el rey en las etapas finales de la lepra y los barones divididos.

-¿Qué endemoniado embrollo! -renegaba Belami-. Mes amis -agregó, dirigiéndose a sus camaradas más jóvenes-, estáis a punto de ser testigos de algo que no había ocurrido en muchos años. -hizo una dramática pausa-. ¡Yo, Belami, servidor mayor de la Orden

del temple, voy a emborracharme hasta caerme muerto!

Cosa que hizo, y terminó por hacer destrozos en una taberna hasta que fue dominado con grandes esfuerzos por diez soldados de la guardia. Nadie recibió heridas graves, salvo unos cuantos moretones y la pérdida de algunos dientes. El tabernero recibió una compensación por daños de parte del tesorero de la Orden. Belami fue severamente reprendido por Arnold de Toroga, al igual que Simon y Pierre por haber acompañado y apoyado a su superior. La resaca, sin embargo, fue peor que el castigo. El vino tinto barato, en cantidad, puede causar efectos catastróficos a la mañana siguiente.

La pena consistió en mandarles a Kerak, a instruir a la guarnición allí apostada en la nueva táctica de acción conjunta de la caballería y la infantería. Arnold de Toroga, el Gran Maestro, era un hombre inteligente y eligió un sutil castigo para purgar la falta. Kerak era el castillo de De Châtillon. Belami rugía de rabia.

-¡Confiad en el Honorable Gran Maestro cuando queráis que se le ocurra algo especial! -Luego lanzó una de sus fuertes carcajadas-. ¡Maldito sea por ser tan imbécil! Lo tengo bien merecido. Allons, mes amis.

Animó a sus compañeros, que trataban de aliviar el dolor de cabeza que sentían.

-Vamos a Kerak. Tengo entendido que se celebrará una boda en el castillo. Homfroi de Toron ha de desposar a la princesa Isabella, otro casamiento de conveniencia por motivos políticos. El sólo tiene diecisiete años, y ella, pobre paloma, apenas doce. Quizá Pierre pueda lograr que la reina Leonor de Aquitania la secuestre antes de la ceremonia ¡Kerak! ¡Merde de merde! ¡Vaya lugar aburrido para vosotros!

Según se sucedieron los acontecimientos, aburrido sería la última cosa que Kerak resultaría ser. Aunque ellos no lo sabían, Saladino se encontraba reuniendo a sus fuerzas para marchar sobre el castillo de Reinaldo de Châtillon. El líder sarraceno tenía la razón de su Tiempos de desesperación, el poder en sus manos y el instinto asesino en el corazón.

El mes de noviembre de 1183 llevó un alud de invitados a Kerak para la boda que uniría a dos nobles casas, Toron y Comnenus. Reinaldo de Châtillon y la reina María Comnena tenían poco en común, pero ambos consideraban aquel matrimonio como una oportunidad para dos de las facciones opositoras del reino. Como prima del moribundo y joven rey, Isabella bien podría ser un peón importante en el juego de poderes de los barones.

Para crear el ambiente de alegría que semejante casamiento requería, se trajeron entretenimientos de distintas clases de todos los rincones del reino de Jerusalén: músicos, bailarines, juglares y cantantes. El hecho de que Saladino estuviese en acción no disminuía el espíritu festivo que reinaba en el castillo extremadamente fortificado y la ciudad de Kerak de Moab.

La enorme cúmulo de piedras había sido construido para que sirviera como base de una guarnición, de la que pudiesen enviarse partidas de forajidos a interceptar cualquier caravana o cuerpo de ejército que se desplazara entre Siria y Egipto. Constituía una espina estratégica en el pie de Saladino, del mismo modo que Reinaldo de

Châtillon era un tumor que había de ser extirpado del cuerpo del islam. Ambos perjudicaban la causa de Saladino y, por lo tanto, eran los principales objetivos en la Jihad. El jefe sarraceno estaba resuelto a matar al Señor de Kerak y destruir su castillo.

En el momento en que Belami y su columna volante llegaban a

la vista de Kerak, grandes nubes de polvo en el horizonte anunciaban la llegada del ejército sarraceno.

-Al menos la vida en Kerak no será aburrida -gruñó el veterano. ¡Adelante, mes braves!

Pero esto era más fácil de decir que de hacer, pues ríos de refugiados, granjeros y pastores habían aparecido de los cuatro puntos cardinales, gritando y clamando al cielo, en tanto arriaban sus rebaños y conducían sus carros cargados de productos hacia la ciudad fortificada.

Belami se abría paso entre ellos a golpe de látigo, tratando de controlar el tráfico para que los labriegos y pastores presa del pánico entraran apresuradamente por la puerta principal.

Las grandes nubes de polvo en el noroeste habían alertado a la guarnición y ahora los hombres se apostaban en las murallas del castillo, mientras unas pocas almas aguerridas corrían por las calles para ayudar a Belami y sus tropas a montar un operativo de resistencia en la retaguardia, fuera de los muros de la ciudad. A la guarnición le tenía sin cuidado la suerte de los campesinos, pero ante la posibilidad de quedar sitiados, cosa que parecía inevitable, las vacas, terneras, ovejas, cabras y cabritos, y aun los camellos y los caballos, serían una fuente invaluable de alimentos.

Jurando como un camellero, Belami había insultado, golpeado y empujado a la mayoría de los aterrados campesinos a través de la puerta principal, y luego les ordenó que se refugiaran tras los muros del castillo de Kerak.

Cuando el trasero del último pastor desapareció de un puntapié por el portal, aparecieron los escaramuzadores de Saladino, galopando sobre el cerro.

-Coloca a los arqueros en posición, Simon -gritó el veterano por encima del ensordecedor ruido que hacían los hombres y las bestias que circulaban por los patios interiores.

-Pierre, preparaos para contraatacar antes de que lleguen las fuerzas mayores. Con una carga bastará. Luego, da media vuelta y regresa, tan rápidamente como puedas. Puedo ver perfilándose en lo alto del cerro los artefactos de sitio. Eso significa que la fuerza mayor no podrá avanzar muy de prisa a causa de ellos. ¡Simon, á moi!

El joven normando se apresuró a acudir a su lado.

-Quiero verte en lo alto del castillo, muchacho. Todas las catapultas deben estar listas para disparar cuando la fuerza mayor de Saladino llegue a la distancia de tiro. Como la de Acre, la artillería de sitio de Kerak se encuentra emplazada en las torres más altas. rias cuantas piedras contra las orejas de los sarracenos detendrán j avance. La parte baja de la ciudad no la mantendremos durante mucho tiempo en nuestras manos. Es mejor rociar las casas con aceite de quemar y nafta, y luego dejar que entren los paganos en ellas. Después, dispararemos flechas encendidas sobre la ciudad. Eso mantendrá ocupada a la cannaille de mierda.

De inmediato, Simon salió al galope por la empinada calle que conducía al castillo. Belami no tuvo tiempo de comprobar si se cumplían sus órdenes ni las sugerencias más imperiosas, cuando ya un torbellino de arqueros escitas montados apareció de pronto, como si hubieran surgido del sol poniente.

-¡Disparad! -gritó Pierre, y una lluvia de flechas salió silbando de las posiciones de los templarios, ocultos tras las rocas de la parte exterior del portal de la ciudad.

El sol poniente brillaba enceguecedoramente y con ardor en los ojos de los defensores, pero disparaban bien, esperando a que los atacantes estuvieran lo suficientemente cerca para estar seguros que cada flecha alcanzase su objetivo. Las sillas de las monturas quedaban rápi-

damente vacías, y los caballos que relinchaban con las entrañas colgando de sus vientres abiertos daban media vuelta y corrían deses- perados entre las filas escitas.

Antes de que pudiesen reagruparse, Belami gritó:

-¡A la carga!

Las tropas de Pierre en seguida atronaron surgiendo de la parte baja de la ciudad y se opusieron a los escaramuzadores desbandados como un muro mortal. Caballos y jinetes caían apilados unos encima de otros bajo la fuerza del ataque de los lanceros turcos.

-¡A reagruparse! -gritó Pierre y, expertamente, hizo girar a sus hombres hasta situarse detrás de los arqueros ocultos.

Estos continuaban disparando sobre el grueso de los arqueros sarracenos montados: uno tiraba mientras el otro recargaba el arco. De esta forma, los cincuenta arqueros de Belami se convertían en veinticinco hombres que disparaban, cada uno de ellos, cinco flechas por minuto. Aquello era una cortina de flechas mortal.

Una segunda columna de sarracenos acudía al galope por el empi- nado llano, para reforzar a la desbandada vanguardia. Al tiempo que así lo hacían, pesadas piedras surcaban el aire silbando, y causaban el pánico entre los sorprendidos jinetes. Una nueva lluvia de potes de arcilla humeantes se estrellaban en medio de las filas atacantes. La orden de Simon se cumplía estrictamente. Las balas de fuego griegas también eran lanzadas por las catapultas de los muros del castillo.

Belami gritó de nuevo y lanzó a sus lanceros turcos al contraata- que. Sus lanzas atravesaban a los sarracenos a diestra y siniestra. El hacha de guerra del veterano segaba cabezas de arqueros sarracenos montados, que ahora eran incapaces de disparar por temor a herir a sus propios hombres. Muy pronto el campo de batalla quedó cubier- to de muertos.

-¡Retirada! -gritó Belami-. Hacia el portal. Recoged a nues- tros arqueros por el camino.

Como un solo hombre, sus bien preparadas tropas dieron media vuelta y retrocedieron hasta detrás de las rocas, deteniéndose un ins- tante al lado de cada uno de los arqueros. Entonces, cuando los sol- dados habían montado en la grupa de los caballos, éstos entraron al galope por el portal, que se cerró de golpe detrás de ellos. Pierre y Belami fueron los últimos en trasponer la puerta, antes de que se cerra- ran las dobles hojas y fuesen atrancadas. Belami sólo había perdido cuatro hombres, mientras que docenas de sarracenos yacían muertos fuera de las murallas de Kerak. ¡Primera victoria de los templarios!

Simon llegó galopando por la calle empinada y se detuvo junto a ellos. Pierre hizo una mueca mientras Belami le extraía una ligera fle- cha sarracena del muslo. Su cota de malla había interceptado las demás. Varias flechas escitas sobresalían de las gruesas sobrevestas de los ser- vidores. Aparte de eso, no habían sufrido ni un rasguño.

-¡Eso es lo que yo llamo una batalla! -exclamó Pierre, con la cara encendida por la emoción.

Belami gruñó:

-Cierra esa boca, muchacho, y ve a que los hospitalarios te curen la pierna. Simon, ¿qué hacemos?

El normando sonrió.

-El senescal te conoce de años, Belami. Sus hombres se ocu- pan de rociar con aceite de quemar y nafta la parte baja de la ciudad.

Belami pareció aliviado.

-Sube a las murallas y que se entretengan con los arqueros. Nada de cortinas de flechas esta vez; sólo lo justo para mantenerles a raya.

tro que atacarán. En cuanto lo hagan, retiraos al castillo. Vamos a necesitar a todos los hombres que podamos reunir en las fortificacio- nes principales. -Miró en torno-. ¿Dónde diablos está De Châtillon?

-Afuera, buscando la puerta. El Señor de Kerak estaba en el exterior para recibir a los invitados rezagados. Van a tener una recepción más calurosa de lo que esperaban.

Con alegría, Belami vio que quien hablaba era D' Arlan, el viejo servidor templario de Acre, que había llegado hacía una semana con un grupo de invitados a la boda, escoltados por templarios, desde la costa.

Los dos veteranos se abrazaron brevemente, riendo como dos escolares haciendo novillos.

-¡Abrid la puerta! ¡Sólo una! -gritó Belami-. ¡Que entre el gran Señor de Kerak!

Su socarrona risa se vio ahogada por el crujido de las gruesas barras de madera al ser retiradas para poder abrir la puerta.

En cuanto una de las hojas se abrió, entró al galope una partida de jinetes sudorosos.

-Bienvenido, mi señor -gritó Belami-. Cerrad la puerta, mes a,nis, o tendremos invitados sarracenos en la boda.

La pesada puerta se cerró a las espaldas del grupo de aterrados invitados. Sin una palabra de agradecimiento, De Châtillon se dirigió al galope hacia su castillo y desapareció por la puerta. Los demás le siguieron.

-Si no tuviéramos necesidad de ese cerdo, le habría dejado a merced de Saladino -dijo Belami a D' Arlan en voz baja.

Su viejo colega lanzó una risita maliciosa.

-¡Eres un maldito, viejo zorro!

Mientras los arqueros templarios mantenían a la caballería ligera sarracena a raya, las fuerzas principales de Saladino se acercaban lentamente a la ciudad. A juzgar por el número de artefactos de sitio que llevaban consigo, la batalla sería prolongada. Belami bendijo cada oveja, carnero, cabra y vaca que había introducido en las murallas y llevado al castillo.

Un infante franco jadeante llegó tambaleándose y saludó.

-La ciudad está rociada con aceite de quemar, mon sergent anunció en el dialecto lemosín de ultramar-. ¿Cuándo le prendemos fuego?

9

El camino de Jerusalén

Cuando la patrulla de Belami retornó a Acre, el nuevo mariscal templano, Roger de Montfort, acababa de ser nombrado. La princesa había enviado la noticia de la muerte de Robert de Barres al Gran Maestro del Temple, Arnold de Toroga, en Jerusalén. De allí, el mensajero veloz había llegado a Acre en menos de tres días, y el maduro caballero templario, que había regresado recientemente en último barco a Tierra Santa, fue nombrado mariscal de la guarnición de los templarios. Belami le conocía de los viejos tiempos y respetaba a De Montfort por su valentía y honestidad. También era un hombre instruido y, por lo tanto, indulgente. Escuchó el informe de Belami en silencio, y le felicitó calurosamente.

-Bien razonado, Belami. Tu táctica fue impecable. Lamento la temprana muerte de Robert de Barres, pero no me sorprende. Hacía tiempo que no estaba bien. Demasiado tiempo en Tierra Santa, ¿eh, Belami?

-Lamentablemente, si, señor! -repuso el viejo soldado, sin mayores comentarios.

-Servidor Belami -dijo De Montfort-, voy a enviarte a ti y a tus hombres a Jerusalén. La reputación de que gozas entre los crusa-

dos templarios es envidiable. He escrito a Arnold de Toroga, sugiriéndole al Gran Maestro que refuerce tus tropas con algunos hombres sobrantes de la guarnición para que eso te permita disponer de una patrulla montada de libre acción con que mantener a los cabaleros innobles como De Châtillon fuera del juego y tratar de preservar la Pax Saracénica.

Belami contuvo el aliento. De Montfort sonrió.

-Sé que no va a ser fácil, pero es evidente que cuentas con dos excelentes servidores jóvenes, y tendrás a tu mando no menos de centenar de lanceros. Por supuesto, eso no es más que una picada de pulga contra las hordas sarracenas, pero será suficiente para mantener a De Châtillon y otros de su calaña a raya.

Belami fue derecho al grano.

-Señor, os agradezco la confianza que depositáis en mí, pero no puedo detener a todas las fuerzas de De Châtillon. Corren sólidos rumores de que está construyendo una pequeña flota para mandar una expedición pirata a los puertos del mar Rojo. Yo puedo detenerle en tierra, con la ayuda de Dios, pero sin naves nada puedo hacer contra De Châtillon en el mar.

De Montfort tenía una grave expresión.

-Por supuesto que no, Belami. Sólo puedo esperar que hagas cuanto puedas. Tus tropas servirán para proteger a los peregrinos que se dirijan al sur, a Jerusalén, y las caravanas sarracenas que vayan a La Meca. Cumple con tu deber, servidor Belami, tan bien como puedas.

-Cogió la mano derecha del veterano-. Cuidate, viejo camarada.

Belami saludó y se fue a anunciar a los demás la difícil misión que se le había encomendado.

Dos días en Acre fueron suficientes para reponer las contadas bajas en sus filas. Belami sólo había perdido cinco lanceros turcos en el ataque matutino, y De Montfort le dio carta blanca para seleccionar a los sustitutos. A la tercera mañana, en cuanto amaneció, partieron de nuevo, en dirección, esta vez, a Jerusalén.

Su ruta les llevó al sureste, hacia la Ciudad Santa, por un terreno fértil y ondulado. En cuanto a distancia, se encontraba sólo a unas noventa millas de Acre, pero respecto del ambiente, Jerusalén se halla en otro continente. La vida en Acre era simple y agitada, como lo exigía el tráfico de la ciudad. El puerto de desembarque de los cruzados y la puerta al mar, por su misma naturaleza, tenía que concentrarse en esos aspectos de su existencia. Como Simon y Pierre habían comprobado, y Belami sabía por experiencia, se podía gozar de diversos placeres en Acre, pero en conjunto el bullicioso puerto de las Cruzadas era una guarnición militar y, como tal, la vida era relativamente austera. En cambio, no ocurría lo mismo en Jerusalén.

Aquel era el centro de las Cruzadas, el eje central alrededor del cual giraba la compleja estructura del reino cristiano de ultramar.

Su línea de marcha había conducido a las tropas de Belami más

de Nazaret y el monte Tabor, y a lo largo del sinuoso curso del río Jordán, que siguieron entre hileras de bajas colinas hasta que la Ciudad Santa apareció ante su vista, resplandeciente bajo el calor propio del mediodía, en su cuarta jornada de duro cabalgar.

Deliberadamente, Belami les había Uevado hacia el costado nordeste de la ciudad para ofrecer a Simon y a Pierre la primera vista del foco de las Cruzadas tal como se ve desde el monte de los Olivos. Para ello, había vadeado el riachuelo Kedron y conducido a sus hombres por las laderas del famoso monte precisamente cuando la luz anaranjada del amanecer bañaba la Ciudad Santa de una tonalidad cromada.

El ligero rodeo había compensado las penalidades que tuvieron que pasar cuando aún reinaba la oscuridad.

En el otro lado de su posición en la ladera, las almenas orientales de las largas murallas que rodeaban Jerusalén brillaban en todo su esplendor. Se destacaban las inconfundibles formas del Domo de la Roca, el palacio real y la mezquita de Al-Aqsa, todo construido dentro de la zona donde en un tiempo se había alzado el templo del rey Salomón. Frente a ellos, había dos entradas, el Portal de Josafat y el Portal Dorado, el primero dando acceso a la ciudad, y el segundo, que conducía a la zona del templo.

La ciudad sagrada relucía en las luces crecientes de la mañana temprana. Sus altas torres, mezquitas y cúpulas, minarettes y agujas truncadas de las iglesias cristianas formaban un intrincado dibujo de formas que capturaba la imaginación y la elevaba hasta las alturas.

Asentada firmemente sobre su base de roca, Jerusalén dominaba toda la región circundante. Con aproximadamente mil cien yardas de longitud por novecientas de anchura, la ciudad entera tenía la forma de un rectángulo, lleno de actividad religiosa, comercial, política y militar; lo sagrado y lo profano.

Desde la Torre de Tancredo en el ángulo del noroeste, la muralla y sus terraplenes occidentales corrían en dirección sur, sólo interrumpida por el Portal de Jaffa. Luego pasaba ante la maciza Torre de David hasta el portal de Sión, en el flanco meridional, donde la muralla se desviaba hacia el noreste, en una serie de almenas angulares, hasta el Portal de Silbán.

Finalmente, siguiendo el borde escarpado, se extendía hacia el norte a lo largo del llano oriental, dando la cara a Belami y sus tropas en el monte de los Olivos, hasta que doblaba hacia el oeste para formar la línea dentada de las defensas del perímetro septentrional.

Aquellos muros presentaban la abertura del Portal de las Flores, el Portal de la Columna de san Esteban y, por fin, el portillo en zigzag de san Lázaro.

-¡La Ciudad Santa, sin duda! -exclamó Simon, fascinado ante el espectáculo iluminado por la luz del sol que tenía enfrente.

Belami se rió al ver la expresión maravillada en el rostro extático del joven servidor.

-Como te dije, Simon, la proporción de prostitutas y de peregrinos es casi igual. Este es el centro religioso de la cristiandad, y santos y pecadores vivieron aquí siglos antes de que Nuestro Señor siguiera el sendero de la agonía, llevando la Cruz Verdadera sobre su flagelada espalda.

»El Gran Templo de Salomón, el Maestro Mago, ha sido destruido, pero en su asentamiento iglesias cristianas y mezquitas musulmanas han ocupado su lugar. Contempla hasta el hartazgo los blancos sepulcros de Jerusalén, bañados por la brillante luz del sol de Dios, y recuérdala así... en toda su gloria terrenal. -El tono de su voz se alteró, agudamente-. No existe tanta maravilla dentro de las murallas. La Ciudad Santa indudablemente lo es, pero Jerusalén, el centro de nuestro reino, también está lleno de intrigas al igual que un cadáver putrefacto está minado de gusanos.

Sin decir una palabra más, el recio soldado volvió a montar y condujo a sus tropas por la larga pendiente, a través del arroyo Kedron, y al paso se dirigió hacia el Portal de Josafat.

A la voz de alto de la guardia, Belami replicó:

-La acción de los templarios no requiere explicación. El servidor Belami y sus tropas piden entrar en la Ciudad Santa.

Su tosco acento y el evidente aire autoritario constituían un mejor pasaporte que una docena de documentos. Con el crujir de pesados maderos, las anchas vigas de cedro que trancaban las puertas fueron laboriosamente retiradas y las altas hojas se abrieron lentamente. La columna de la caballería ligera de los templarios entró

en Jerusalén.

En cuanto el último de los lanceros turcos hubo traspuesto el portal, las pesadas puertas se cerraron con estrépito y las gruesas vigas de madera volvieron a su lugar. El regente de Jerusalén no corría riesgos ante la delicada situación actual.

Las tropas de los templarios se adentraron en la ciudad y se dirigieron a su cuartel general dando un pequeño rodeo. Belami quería que sus jóvenes camaradas vieran parte de la Ciudad Santa que, a aquella hora temprana, presentaba la actividad de una colmena.

La vida comenzaba temprano en Jerusalén, antes de que el sol ardiente agotara las energías de sus industriosos ciudadanos. Los trabajadores eran numerosos, si bien muchos habitantes menos esforzados se ganaban precariamente la vida mendigando o realizando tareas serviles, tales como de mozo de servicios o de vigilante nocturno o diurno para detener la escalada de hurtos. Aunque las penas por robo eran severas, como la pérdida de los dedos o el cercenamiento de la mano, aún quedaban muchos ladrones en Jerusalén.

Simon y Pierre estaban fascinados por lo que veían, mientras se abrían paso entre la bulliciosa multitud. Todo cuanto ya habían visto en París, Lyon, Marsella, Acre y Tiberias quedaba eclipsado por la riqueza de los variados oficios y las exóticas mercaderías que se exhibían, se elaboraban o se restauraban en las angostas calles de Jerusalén.

El bullicio era aún más insistente que en Acre, y la amplia variedad de lenguas desafiaba a quien osara identificarlas. Al latín, griego, árabe, francés, español, italiano, alemán, genovés, pisano y, ocasionalmente, hasta inglés, se agregaban el armenio, turco, kurdo, maltés y indostanés, persa y urdú, de las tierras de Persia, Afganistán e India. Los hablantes de esas últimas lenguas eran comerciantes que traían especias raras y finas telas por la Ruta de la Seda, que se extendía de ultramar a Catay.

Al ruido ensordecedor de las voces se unía el sonido de las numerosas campanas de las iglesias, que tocaban a maitines, así como el toque militar de las cornetas, el redoble de los címbalos y el tronar de los tambores. En cuanto al color, había una plétora de mercaderías: sedas de todos los matices; alfombras y telas de algodón, lana y satén, todas teñidas con extractos vegetales conocidos por los alquimistas. Al igual que Acre, Jerusalén olía a intenso incienso y a especias acerbadas, a los perfumes almizclados de Oriente y a los aceites esenciales de azahar, rosas, violetas, azucenas, orquídeas silvestres y mimosa, pero en grado tal, que esos aromas sensuales cubrían el hedor de los productos de desecho animales y humanos en considerable proporción. Con el tiempo, el visitante apenas notaba esos otros olores desagradables y aspiraba los efluvios de sus exóticos rivales con enervante placer.

Aquella cabalgata temprana alrededor de la Ciudad Santa causó una perdurable impresión en Simon, aunque no así en Pierre cuya vida anterior en la corte francesa había de alguna manera embotado sus sentidos con una gran variedad de lujos. En Jerusalén, los mendigos de la ciudad dejaban tranquilos a los templarios, pues sabían que la Orden había tomado los votos de pobreza. Los ciudadanos respetaban a los templarios por otros motivos, puesto que allí estaban las espadas y las lanzas que mantenían a Jerusalén libre de sarracenos.

La población trabajadora nativa comprendía que si Saladino reconquistaba Jerusalén, los «convertidos» de la localidad serían expulsados con cajas destempladas. La decapitación mediante un golpe certero de una afilada cimitarra sarracena sería la rápida forma de salir. Las torturas más espantosas serían el destino más probable que aguardaría a los «fieles» que habían caído en brazos de la cristiandad.

En el año 1181, había un millar de caballeros y de lanceros, en total, incluyendo a los servidores, entre las dos grandes órdenes militares de los hospitalarios y los templarios. El cuerpo de lanceros estaba formado principalmente por turcos y otros mercenarios, y actuaban como fuerzas ligeras de exploración, o bien hasta participaban en los ataques de los caballeros provistos de pesadas armaduras. Las tropas estaban distribuidas por todas las guarniciones de ultramar. Otro millar de caballeros francos, españoles, italianos, alemanes y de otras naciones europeas podía contarse que combatirían por la cristiandad, pero eso era todo. La enorme discrepancia entre las fuerzas opositoras era obvia, pues para enfrentarse al sultán Saladino podía reunir por lo menos quince o veinte mil jinetes, incluyendo los mejores de Arabia.

La segunda Cruzada había terminado y, si se tenía que organizar una tercera, después de aquel precario periodo de tregua, se requerirían muchos más refuerzos para llevarla a cabo.

Las fuerzas francas confiaban grandemente en su infantería, integrada por arqueros y lanceros, que actuaría como respaldo de los caballos, así como para defender las murallas de todas las fortalezas cristianas, y resistir a las fuerzas sarracenas cuando Saladino decidiera atacar. La impresión era que debía preguntarse «cuándo» y no «sí», aquella feliz alternativa la daban por descontado la mayoría de los peregrinos pensantes y, sin duda, los cruzados mismos.

Por fin, Belami interrumpió el recorrido de «familiarización», pero le explicó luego al mariscal templario, Hugh de Belfort, que había estado esperando con cierta impaciencia su informe.

-Durante las patrullas, ¿no habéis visto ninguna señal de actividad de los sarracenos? -preguntó el incrédulo mariscal, que no familiarizado con los informes de Belami ni con sus métodos tan poco convencionales.

-Sólo el reflejo de sus heliógrafos en el horizonte, cuando se transmitían mensajes sobre nuestro desplazamiento de una colina a la otra. Nos estuvieron vigilando atentamente todo el camino. La noticia de nuestro enfrentamiento con los hombres de De Châtillon debe de haber corrido rápidamente por toda la región.

-¡Por las llagas de Cristo! -exclamó De Belfort-. La situación general es tan explosiva como ese maldito polvo nuevo del que tanto se habla. ¡Al diablo el alma de De Châtillon! Ya resulta bastante ardua esta tarea, servidor Belami, de mantener la paz entre los asesinos de Jerusalén, sin necesidad de que ese loco de De Châtillon cause más problemas. Al pobre rey Balduino le resulta casi imposible gobernar ahora, y De Lusignan gana más poder de día en día. Cuando nuestro desafortunado monarca fallezca a causa de su terrible enfermedad, roguemos para que nuestro Gran Maestro pueda influir en los barones para que elijan a Raimundo de Trípoli como regente, para aconsejar al nuevo delfín, que sin duda sucederá a nuestro actual monarca inválido. Raimundo no es ningún santo, pero es mejor que los demás, sobre todo que De Châtillon.

Aquella diatriba se debía más a la costumbre de De Belfort de hablar consigo mismo, que a la pretensión de ofrecer un certero panorama de la situación política para conocimiento del experimentado veterano, pero en realidad no hizo más que confirmar las sospechas que Belami tenía.

Tal era la reputación del veterano servidor, que antes de veinticuatro horas, Arnold de Toroga, el Gran Maestro de los templarios ya le había ordenado que asistiera al Capítulo, algo que, en tiempos normales, hubiese sido insólito.

La casa capitular de los templarios tenía forma octogonal, como consecuencia de la Sagrada Geometría, y tenía doce bancos de pie-

dra, adosados a las paredes, con un caballero templario sentado en cada uno de los tronos de mármol. El Gran Maestro se encontraba delante de suprie-dieu, situado en el centro, de cara a un pequeño altar donde se había colocado una cruz, hecha con dos espadas de los templarios. El Gran Capítulo era un alto tribunal templario, dentro de un sistema que, teóricamente, controlaba el rey de Jerusalén. Como contribuía en gran medida a los fondos del reino y proporcionaba la mayor parte de su poderío militar durante las cruzadas, la existencia del tribunal de los templarios no sólo era tolerada sino reconocida tácitamente por el poder político del Gran Capítulo.

Belami entró solo y saludó al Gran Maestro. El veterano reconoció a muchos de los miembros del Capítulo, con quienes había servido previamente. La sombra de una sonrisa se dibujó en sus labios, al descubrir al menos a tres ex comandantes. Estos, a su vez, le saludaron con un movimiento de cabeza.

El Gran Maestro habló así:

-Servidor Belami, os doy la bienvenida a Jerusalén. La Orden necesita de vuestros invaluable experiencia y conocimientos. Tengo entendido, por lo que me decía el mariscal De Montfort, que traéis a cincuenta lanceros, y que también os acompañan dos jóvenes servidores, a quien habéis instruido personalmente y altamente recomendado. Vuestra acción en el rescate de Sitt-es-Sham ha sido debidamente anotada y aprobada.

»Yo os daré un centenar de auxiliares más experimentados, la mitad lanceros turcos y el resto arqueros.

-¿De infantería, Honorable Gran Maestro? -dijo Belami, con tono de desaprobación-. Eso reforzará mis fuerzas, por cierto. Es preciso que nos movamos con rapidez, señor, si tenemos que evitar que las fuerzas de De Châtillon asuelen la región del mar Muerto.

-No podemos ofrecer más fuerzas de caballería -dijo el Gran Maestro, secamente-. Preciso a cada uno de los lanceros que podáis reunir para defender el reino de Jerusalén contra el ataque de los irracenos. Tendréis que valeros también de la infantería.

-He realizado anteriormente maniobras conjuntas, Honorable Gran Maestro. En distancias cortas, resulta efectivo sólo durante el ataque. En patrullas, agota tanto a los hombres como a los caballos puesto que la caballería y la infantería no pueden avanzar al mismo paso.

-Entonces dividid las tropas en fuerzas de choque y de reserva, servidor Belami. Eso es lo mejor que os puedo sugerir. En realidad, servidor Belami, es una orden. Gracias por haber venido. podéis retiraros!

Belami saludó marcialmente, giró sobre sus talones y salió de la casa capitular. Estaba furioso.

-¡Hidalgos! -murmuró-. ¡Nunca escuchan!

De fuentes confiables, tales como viejos camaradas y ex comandantes, Belami no tardó en formarse un panorama veraz de las fuerzas caóticas que obraban en Jerusalén.

El joven y moribundo rey Balduino IV casi no tenía poder. El regente, que oficialmente era Guy de Lusignan, compartía de mala gana su poder, si no su autoridad, con Raimundo III de Trípoli y Reinaldo de Châtillon. El anciano patriarca, Almaric, el representante rival del Papa en Jerusalén, había sido expulsado de la ciudad, al igual que el arzobispo Guillermo de Tiro, el famoso cronista, también había sido obligado a alejarse de ultramar por De Châtillon. Con anterioridad, la Iglesia ortodoxa griega había establecido el cisma con Roma, abriendo un abismo entre las formas de la cristiandad. Un patriarca títere, Heraclio, ahora actuaba como el portavoz de los barones todopoderosos en asuntos de la Iglesia. Eso dejaba a los templarios y los hospitalarios como las

únicas fuerzas verdaderamente independientes en Jerusalén.

Belami, que ya había soñado con una posible solución al problema de la movilidad de sus tropas, se ocupaba de coordinar las nuevas fuerzas de caballería e infantería combinadas, cuando De Châtillon hizo el siguiente movimiento. La pequeña flota de Reinaldo -construida, como le gustaba imaginar, en secreto- ahora fue varada en mar Rojo.

Mientras tanto, en Damasco, Saladino, el comandante supremo del sultanato ayyubid y sus numerosos aliados, estaba escuchando el relato de su hermana del ataque imprevisto a su caravana. Sitt-es-Sham y su comitiva habían regresado a Damasco con una fuerte escolta, que le proporcionaron los guardianes de La Meca. Flanqueados por una fuerza tan poderosa de guerreros, ninguna partida de bandidos cristianos se había atrevido a molestarles.

La narración de su inesperado rescate llevado a cabo por los servidores templarios dejó a Saladino con sentimientos mezclados. En primer lugar, la justa ira al ver que la confianza puesta en el infiel De Châtillon había merecido una traición tan bárbara; su segunda reacción fue de confusión.

En una ocasión Saladino había jurado decapitar a todo templario que cayera en sus manos, después de una matanza de compatriotas suyos efectuada por fuerzas de los templarios excesivamente apasionadas. Ahora, tendría que reconsiderar su juramento, un acto que, para un devoto musulmán como Saladino, constituía un salto mortal moral.

Sin embargo, Sitt-es-Sham se mostró inflexible. Los tres servidores templarios, cuyos nombres había conseguido, le habían salvado la vida y probablemente el honor también de las garras de un Asesino disfrazado de caballero franco. Por consiguiente, debían ser convenientemente recompensados.

Saladino dio las gracias a Alá por el feliz retorno de su hermana y tomó mentalmente nota de honrar y recompensar a los tres valientes templarios, si un día caían en sus manos. Luego, juró matar a De Châtillon, e inmediatamente dio orden de reunir a sus generales. Por lo que a Saladino se refería, la tregua había terminado. ¡En adelante, ya no regía la Pax Saracénica, sino la Jihad o «Guerra Santa»!

El líder del islam era un hombre complejo, de gran humildad e incomparable coraje. A diferencia del arquetípico jefe musulmán, el supremo sultán ayyubid era un intelectual, poco afecto a la cetrería, la caza o los convites, actividades que tanto habían distraído a muchos de sus reales antecesores. Su deporte era el polo, pues era un magnífico jinete y consideraba aquel juego de rápidos movimientos como una especie de ajedrez jugado con caballos. Los maestros de la Universidad de Damasco le habían enseñado a dominar el gran juego del tablero escaqueado, así como le habían impartido el amor por el gnosticismo, especialmente por las artes y las ciencias, la astronomía, la matemática, la arquitectura, la música, la erudición natural y la belleza en todas sus formas, como obra de Alá, el Único Dios.

Damasco, que él había vuelto a recuperar de manos de los infieles cristianos, representaba para Saladino todo lo que había de bello en la arquitectura árabe y en la planificación de una ciudad. Sus múltiples arboledas sombreadas y los numerosos jardines, grandes y pequeños, públicos y privados, eran oasis de color, perfume y belleza natural, y uno de los más grandes placeres del sultán residía en gozar de aquellos refugios de paz, completamente solo. En otras palabras, entre todos los jefes musulmanes, el sultán Saladino era único. Esto era así porque sus actos y reacciones resultaban difíciles de predecir.

Alto, apuesto y aún activo y en buena forma en la edad madura,

aquel príncipe de ayyubids poseía una personalidad extraordinaria, con el don de un encanto inmenso. Aunque tímido y retraído cuando muchacho, mediante la aplicación y el estudio diligente había crecido hasta convertirse en un diestro líder capaz de no dar consejos hasta el momento preciso. Sólo daba su opinión cuando se la pedían. Saladino no era ni jactancioso ni embustero. Cuando hablaba, era para decir la verdad.

Si agregamos a esto su devota fe en lo justo de la causa del islam, tendremos a un líder capaz de hacer retroceder a las hordas de las cruzadas que habían saqueado y assolado el medio Oriente.

Allá en Tiberias, Abraham-ben-Isaac le describió a Simon el jefe sarraceno en estos términos:

-Salah-ed-Din nació en 1138, en una familia compuesta de siete hermanos y una hermana. Su padre era Ayyub-ibn-Shadhy, un oficial del séquito de Zengi, el atabeg de Mosil. Su madre era Nejm-ed-Din. Su padre había sido alcaide de Tekrit, una fortaleza donde Zengi se había refugiado después de una desastrosa derrota. Cuando a Zengi le cambió la suerte, recordó que en una ocasión le debió la vida a Ayyub-ibn-Shady y le incorporó a su séquito.

»Aunque el padre de Saladino era mahometano, él era kurdo, del clan Rawadiya. Gente aguerrida y cortés, poseían un gran sentido del honor y la hospitalidad. Saladino heredó todas las virtudes tribales de su padre.

»El nombre completo de Saladino es Yusuf Salah-ed-Din, que significa «el honor de la fe». Es un nombre que bien se merece.

»En todo el medio Oriente, Simon, no encontrarás hombre más devoto, caballeroso y honorable. Además de estas cualidades, posee el coraje de un león del desierto y la obstinación de una muía. Es sin duda un adversario formidable en quien la cristiandad pueda clavar sus garras.

»Osama, príncipe de Sheyzar, eminente erudito y filósofo, tomó al inteligente hijo de Ayyub-ibn-Shadhy bajo su protección. Osama era un mago supremo, con gran penetración para juzgar el carácter de la gente. En el joven Yusuf, entonces sólo un muchacho, el sabio mago debió de reconocer todas las cualidades de grandeza. Saladino tenía sólo trece años cuando se conocieron; sin embargo, Osama presintió el destino del chico. Tú, Simon, serías afortunado si conocieras a un hombre como él.

-Ya le he conocido -repuso Simon, con sinceridad-. ¡Vos, ifll maestro, Abraham-ben-Isaac sois mi Osama!

El viejo filósofo se sintió complacido, pero meneó la cabeza.

-Yo no me encuentro en el mismo plano de evolución que Osama, príncipe de Sheyzar. El es la suerte de ser que los cristianos tratáis de santos.

Durante sus muchas conversaciones con Abraham, Simon aprendió muchísimas cosas más sobre Saladino. Supo de la educación que recibió el líder, en Baalbeck y Damasco, en sus tempranos años en la corte de Nur-ed-Din. Este atabeg era uno de los hijos de Zengi que, en 1146, fue asesinado, y Nur-ed-Din se hizo cargo de todo el séquito de su asesinado padre para que le sirviesen.

Nur-ed-Din, como su padre Zengi, había reconocido las cualidades del joven Saladino, aun en aquella temprana edad.

Durante la primera Cruzada, con los avatares de la guerra rápidamente cambiantes, Saladino era demasiado joven para tomar parte activa en ella; pero, como las fortunas de su padre prosperaron bajo el régimen de Nur-ed-Din, también mejoró su suerte.

Su capacidad para absorber conocimientos muy pronto le hizo abandonar la universidad y, cuando fue bastante mayor para servir al hijo del viejo benefactor de su padre, Nur-ed-Din tuvo conoci-

miento de que era un brillante comandante de tropas. A partir de aquel momento, el ascenso a capitán y luego a comandante de caballería también llamó la atención del colega de Nur-ed-Din, Shirkuh, un general sarraceno de gran osadía y capacidad, lejanamente emparentado con Saladino. La estrella de Yusuf Salah-ed-Din comenzó a brillar para que todo el mundo la viese.

-Esta bendición tuvo un doble filo -rió Abraham, al llegar a esa parte de la vida de Saladino-. La fama ganada en el campo de batalla y la evidente inteligencia del joven comandante de caballería no sólo le convirtieron en un valioso elemento para los hijos de Zengi, sino que también le marcaron como a un posible futuro rival. Saladino era lo suficientemente listo como para darse cuenta de la situación y se opuso a cualquier pretensión que pudiese tener de alcanzar el poder. Sirvió a los hermanos lealmente y bien, y con absoluta dedicación. Los hijos de Zengi, que siempre estaban alerta para detectar cualquier indicio de traición, reconocieron la honestidad de Saladino y su caballeroso comportamiento. No pudieron descubrir falta alguna en él, de manera que pudo vivir con honor y fortuna. Aquella era una época fértil para los hombres inteligentes, sobre todo con la demostrada capacidad para ganarse el respeto y el afecto de sus tropas. Saladino era, sobre todas las cosas, un musulmán devoto y un aplicado estudiante de la divinidad y de la teología. Le encantaba escuchar a los eruditos citar pasajes del Corán, y su inflexible ortodoxia le protegía como un escudo.

-Era un jeque ambicioso, que buscaba poder, fama y riquezas -siguió diciendo Abraham-. Saladino era un apasionado creyente en el islam y, por encima de todo, sólo deseaba ser un instrumento de la Voluntad de Alá. Como discípulo de Ibn-aby-Usrun, el gran sabio teólogo de su época, y como estudiante preferido de Osama, Saladino ya había emprendido el ancho camino del gnosticismo. Por eso, Simon, Saladino es el verdadero líder de los sarracenos: porque es honesto, valiente, justo y misericordioso.

»Por ello, respétale, hijo mío, pues él es tu más grande adversario. La cristiandad tiene un valioso oponente en Saladino, el «Honor de la Fe». -Abraham hizo una pausa-. Mis voces me dicen que un día vosotros dos os conoceréis. Sé que el acontecimiento determinará tu destino.

Simon de Creçy nunca olvidó las palabras de Abraham-ben-Isaac. Le volvieron a la memoria mientras ayudaba a Belami a instruir a sus nuevas tropas. En esencia, las tácticas del veterano eran simples, y por consiguiente impecables.

Su «columna volante» estaba compuesta de excelentes soldados de caballería y de infantería bien entrenados; la única dificultad radicaba en el hecho de que éstos retrasaban a los primeros. Pero Belami no tardó en resolver el problema.

Basándose en un pasaje del libro sobre las tácticas que empleaban las legiones romanas cuando utilizaban tropas mixtas, el astuto y viejo soldado entrenó a sus hombres para que actuasen al unísono. Cuando los soldados de caballería iban montados, un infante corría junto a cada caballo, aferrándose al estribo del jinete. Ello significaba que la columna volante en patrulla sólo podía avanzar a la misma velocidad con que podía correr un soldado de infantería o un arquero; sin embargo, cuando los de caballería desmontaban, para llevar al paso a sus monturas, los de infantería, después de un breve descanso, podían alcanzarles fácilmente.

Durante un ataque real, los mejores arqueros montaban a la grupa de los caballos de los lanceros turcos, para descabalgarse a último momento y brindar apoyo en el ataque final con lluvias de flechas. Ello requería una intensa instrucción, mucho renegar y violentas pele-

as, pero afortunadamente la táctica resultó efectiva.

La columna volante de Belami avanzaba casi tan rápidamente como lo había hecho originalmente sin la infantería. El astuto veterano había encontrado una solución viable al problema que el Gran Maestro le había planteado, que era precisamente lo que el inteligente y viejo caballero templario sabía que pondría en práctica. Arnold de Toroga no era ningún imbécil.

Cuando Reinaldo de Châtillon finalmente botó su pequeña flota y partió siguiendo la costa del mar Rojo, se enfureció al comprobar que una columna volante de los templarios a menudo seguía paralelamente su curso por tierra. Cada objetivo que elegía se le tornaba imposible de saquearlo sin ser descubierto. Sólo cuando dividió a la flota en dos partes, logró el airado De Châtillon desembarcar y saquear los puertos del mar Rojo, principalmente sobre el costado de Africa.

Belami no podía detener a los dos bandos de asaltantes, pero lograba hacerles las cosas difíciles a ambos. El resultado fue que sólo un número muy reducido de objetivos elegidos por los corsarios fueron saqueados o sitiados, como Aydhab en la costa africana. Esta táctica dilatoria dio tiempo al almirante Lulu, comandante de una flota egipcia, para desplegar sus naves y obligar a levantar el sitio de Eylá. Los corsarios aún tuvieron ocasión de atacar y hundir un barco de peregrinos árabes que navegaba hacia Jedah, sin que hubieran sobrevivientes, y prendieron fuego a naves ancladas en Al-Hawra y Yambo. El mundo musulmán estaba horrorizado, pero, de no haber sido por la presencia de Belami en muchos de esos objetivos, la matanza hubiera sido mucho peor. Una y otra vez, la columna volante de los templarios frustró el ataque y la matanza que pretendían llevar a cabo los francos. Naturalmente, De Châtillon estaba furioso y, al fin, tuvo que suspender los ataques espontáneos en la zona del mar Rojo.

El momento culminante llegó cuando el almirante Lulu desembarcó con sus tropas, las hizo montar en caballos beduinos que consiguió en el lugar y desmembró a los corsarios de De Châtillon en el cañón de Rabugh. Reinaldo de Châtillon salvó la vida por un pelo y la mayoría de sus hombres fueron muertos. El Señor de Kerak entonces se retiró apresuradamente a su fortaleza en Kerak de Moab, que era tan inexpugnable como puede serlo un castillo.

Puede parecer extraño que la misión de Belami consistiera en interceptar a las fuerzas francas, pero tales eran los intrincados juegos políticos de la época. Belami no había perdido ni un solo hombre, ya fuese de caballería o de infantería, pero había evitado matanzas en gran escala de personas inocentes a manos del Señor de Kerak. Eso sólo había mitigado el fuego de la venganza de Saladino y, vitalmente, brindó a Arnold de Toroga más tiempo para reforzar su guarnición en Jerusalén.

La Pax Saracénica quedó hecha añicos; la Jehad estaba a punto de estallar, y el 29 de septiembre de 1183, el comandante sarraceno cruzó el río Jordán, asoló la fértil llanura de Ghaur y saqueó la ciudad de Beysan, que había sido abandonada por sus defensores cristianos.

Luego avanzó por el valle de Jezreel y acampó junto al Pozo de Goliat. Saladino había arrojado el guante.

Belami regresó volando a Jerusalén e informó al Gran Maestro de los templarios.

-Pero, Belami -protestó Simon-, ¿de qué lado estamos nosotros?

-Ciertamente no en el de De Châtillon, mon brave. Ese bastardo asesino ha roto la tregua y traicionado la causa cristiana. Habría sido capaz de asesinar a cada hombre, mujer y niño de aquellas ciudades indefensas del mar Rojo. La suerte de esta guerra política ha

cambiado y ahora tenemos que enfrentar la ira de Saladino. Pero por lo menos nosotros no somos asesinos de criaturas.

El veterano tenía razón, y Simon y Pierre así lo comprendieron.

-Esos cruzados políticos me superan -dijo Pierre de Montjoie, con voz lastimera-. Pero es mejor formar parte de una Cruzada para llevar el cristianismo a los paganos, que ser marcados como asesinos de niños por la historia.

-Lo que demuestra -dijo Belami, con una sonrisa-, que no eres tan idiota como a veces me lo pareces.

Todos esos acontecimientos ocurrieron en el transcurso de muchos meses y si bien pareció una pérdida de tiempo para los dos jóvenes vividores, lo cierto es que convirtió a la columna volante de Belami en una de las más efectivas unidades tácticas de ultramar. No tardaría en ser puesta a prueba en el campo de batalla.

Saladino resultaría ser un duro adversario. El hecho de que Zeng, el atabeg, hubiese sido asesinado por su propia gente, mantenía a Saladino en alerta constante. Los Asesinos del culto de Sinan-al-Raschid habían efectuado dos intentos y estuvieron a punto de cumplir su misión con éxito. En el último atentado, fue la capucha de malla de Saladino, que le cubría la cabeza y el cuello, lo que detuvo el golpe. Estuvo tan cerca de la muerte, que desde entonces mantuvo una constante vigilancia incluso sobre sus compañeros de más confianza, puesto que uno de los atacantes fue un miembro de su guardia personal.

Ahora que había declarado abiertamente la Jihad, el líder sarraceno se mantenía doblemente vigilante.

Su última victoria contra los cruzados, antes de la tregua, había tenido lugar en «La locura del rey Balduino», el Castillo de los Pesares en el Vado de Jacobo. Saladino sitió la fortaleza durante cinco días. Al fin, los gruesos muros cayeron, al ser socavados por los zapadores sarracenos, que luego prendieron fuego a los soportes de madera del interior de los túneles.

Al quinto día, había entrado en el castillo; liberó a los prisioneros musulmanes y luego derribó toda la fortificación. Desde entonces, reinó una tregua con altibajos hasta que se declaró la Guerra Santa.

Durante otra batalla previa -un ataque combinado de fuerzas de los templarios, hospitalarios y francos al campamento de Saladino en la Pradera de las Fuentes, cerca de Mesafa-, Saladino derrotó a los cruzados y capturó a sus jefes. Entre éstos se encontraban Raimundo m de ' frípoli, Balián de Ibelm, Balduino de Ramia y Hugh de Tiberias. Además de estos importantes caballeros francos, tomó Prisioneros a los maestros de ambas órdenes militares. Odó de Saint Amand había sido uno de ellos.

Todos los caballeros salvo Odón fueron liberados, a cambio de un rescate y de la solemne promesa de no continuar la lucha contra Saladino. Sólo de Saint Amand se negó a formular este sagrado juramento y tampoco quiso ofrecer rescate.

-El dinero de los templarios no me pertenece para que pue utilizarlo en mi propia liberación -había dicho con tono desafiante

Saladino había quedado admirado del coraje feroz del Gran Maestre en la batalla y, una vez más, le ofreció la libertad sin rescate hacía el juramento. Odón de Saint Amand rehusó de nuevo, y falleció en prisión a causa de las fiebres, en Damasco, unos meses más tarde.

Saladino lamentó su muerte y le enterró con todos los honores, como correspondía a un valiente y caballeroso adversario, Posteriormente, los demás hidalgos renegaron de sus promesas y se

complotaron contra Saladino durante la tregua. Su arzobispo les absolvió a todos.

Cuando Belami contó a Simon las circunstancias de la muerte de su padre, había puesto el acento en la generosidad de Saladino.

-¿Durante cuánto tiempo fue Gran Maestro mi padre? -preguntó Simon.

-Desde 1171 hasta 1179; ocho años consagrados al servicio de la Orden. Cuando tú naciste, en 1163, tu padre era caballero templario. En los siguientes ocho años, a raíz de su destreza, brío y valor, llegó a ser Gran Maestro de la Orden del Templo. Tuvo la muerte de un soldado, Simon. Saladino le respetó y le honró no sólo como soldado, sino también como erudito. El líder sarraceno le dio a tu padre todas las posibilidades para que pagara un rescate o diese su palabra de honor a cambio de su libertad. Saladino es tan caballeroso como el mejor de nuestros caballeros cristianos, si no más.

Con el regreso de Belami a Jerusalén, y su extenso informe sobre los ataques de De Châtillon y la destrucción de sus fuerzas en el Cañón de Rabugh, Arnold de Toroga había recibido también nuevos refuerzos de tropas templarias de Acre. Sus fuerzas se encontraban en su plenitud y le ofreció los servicios de la Orden a Guy de Lusignan, ahora el incontestable regente de Jerusalén.

El atormentado cuerpo del joven rey Balduino IV estaba al borde de la muerte, con los miembros paralizados y prácticamente putrefactos. Su mente aún seguía activa, pero su habilidad para el mando casi la había perdido. De Lusignan vio llegada su oportunidad y convocó a todas las fuerzas del reino en su ayuda. Raimundo III de Trípoli, los grandes maestros de los templarios y de los hospitalarios, los hermanos Ibelin, Reinaldo de Sidón y dos poderosos visitantes, Godofredo, duque de Brabante, y Ralph de Mauleon, todos le respaldaron con su peso político. Incluso el despreciable Reinaldo de Châtillon llegó corriendo de Kerak de Moab, para unir a sus lanceros a los de los cruzados. Los políticos tienen una conciencia de corta vida.

-¡Judas Iscariote! Sabemos hasta qué punto podemos confiar en De Châtillon. Pero no tenemos alternativa. De pronto el cerdo embustero es nuestro aliado. ¡Quiera Dios que no tenga que salvarle el pellejo!

Belami protestaba, pero, como siempre, él obedecía las órdenes. Los cruzados partieron de Jerusalén, con gran despliegue de banderas, exóticos guiones y escudos francos de brillantes colores, en contraste con las negras sobrevestas de los cuerpos de servidores de los templarios y los hospitalarios, y por supuesto la vestimenta totalmente blanca de los caballeros templarios. Con ellos se alineaban los lanceros turcos a caballo, y los auxiliares de infantería. En total, después de dejar una reducida guarnición en Jerusalén, los cruzados reunieron un millar de caballeros y lanceros, además de 10.000 infantes. No tenían idea de que las tropas de Saladino ascendieran a más de 20.000 hombres, de caballería, arqueros montados, escaramuzadores y soldados de infantería, divididos en tres fuerzas principales. Estas eran comandadas por Saladino en persona, con Taki-ed-Din, su sobrino favorito, y su hermano mayor, Feruk-Shah, al mando de otras dos divisiones. Los sarracenos eran todos guerreros avezados, ágiles y mortales en el campo de batalla. Superaban a los francos en más de dos a uno.

Si hubiesen aplicado el método de Belami de combinar las columnas de la caballería con las de infantería, los cruzados habrían llevado ventaja.

Lamentablemente, la caballería se veía obligada a disminuir la marcha al paso más lento de la infantería, lo que daba a los sarracenos la ventaja de una mayor movilidad y rapidez.

El joven Homfroi de Toron, que se apresuraba a unirse a las fuerzas francas con las tropas de su padraastro de Outrejourdain, se encontró con que les salieron al paso los ayyubids y eliminaron a sus tropas. Él mismo, aunque sólo tenía diecisiete años, luchó valientemente, pero tuvo que retirarse a Kerak, donde buscó refugio. Como fuerza de combate, sus diezmadas tropas estaban acabadas.

La primera batalla entre los dos ejércitos en la Jehad de Saladino tuvo que librarse en el Llano de Jezreel. La columna volante de Belami entró al ataque, con Simon y Pierre al frente de un centenar de hombres de caballería e infantería, con el veterano al mando de los cincuenta lanceros turcos restantes. La tarea de Belami consistió en vencer a los escaramuzadores sarracenos, un millar de arqueros escitas, capaces de disparar desde la silla de su montura.

Cada vez que estos guerreros avanzaba para soltar una nube de flechas, las fuerzas mixtas de Belami tenía que interceptarles y anular su ataque. Además, los escitas perdían muchos hombres abatidos por los arqueros de Simon y Pierre, que participaban en la batalla, montados a la grupa de los caballos de los lanceros turcos. Cuando saltaban al suelo y disparaban sus dardos mortales, docenas de escaramuzadores escitas caían de sus sillas.

Las filas de los sarracenos se declararon en retirada.

Inmediatamente, Belami y sus servidores entraron a la carga, enfilando a los aterrados arqueros escitas con sus lanzas. Antes de que los escaramuzadores pudiesen reagruparse, la columna volante de los templarios había barrido el terreno para cubrir a los arqueros que habían desmontado. Luego, repetían la táctica de recoger a los arqueros, que montaban a la grupa de los lanceros, y se reunían con la columna franca. Era una perfecta maniobra de manual.

Si Guy de Lusignan hubiera sido un comandante más eficiente, todas sus fuerzas habrían utilizado la misma táctica. Lamentablemente, el regente de Jerusalén era un excelente político pero un mal general. Hizo alto con las fuerzas francas en los Pozos de Goliat, en vez de avanzar directamente contra la fuerza principal de Saladino, antes de que hubiesen podido formar su línea de ataque en forma de media luna.

Los francos, templarios y hospitalarios confiaban grandemente en tácticas anacrónicas. Siempre habían puesto en práctica su táctica principal: concentrar el peso de los caballeros atacantes en una masa compacta, para romper las filas de los paganos. De Lusignan confiaba que podría valerse de la misma maniobra antigua de nuevo.

Belami maldecía en árabe, su lengua preferida para renegar con eficacia.

-¿Por qué el maldito imbécil no se da cuenta de que Saladino está a la espera de la carga de los francos? ¡Por los huesos del Profeta, cuando el condenado «Calzones de acero» finalmente ataque con sus caballeros, ese astuto sarraceno abrirá las filas centrales y dejará que la fuerza de la carga se pierda en el aire! Entonces, Saladino hará girar la caballería formando la media luna y atacará a De Lusignan por la retaguardia, mientras nuestros guerreros correrán a la desbandada en el medio. Hasta un niño podría darse cuenta de por qué Saladino ha dispuesto a la caballería en esa formación de media luna. ¡Que Dios me dé fuerzas! ¿Por qué tenemos que estar a las órdenes de un estúpido?

Así las cosas, aparte de algunos encontronazos de pequeñas unidades de caballería por ambas partes, De Lusignan permaneció acampado cerca de los Pozos de Goliat, mientras sus camaradas discutía con ardor.

La verdadera razón de su vacilación residía en el inesperado tamaño del ejército de Saladino. Su formación en media luna parecía extenderse, desde un extremo al otro, sobre una distancia de una milla.

Atacarlo, ahora que había maniobrado hasta formar su más efectiva línea de batalla, parecía suicida. De Lusignan no se había decidido a atacar a los sarracenos mientras estaban formando filas, y ahora era demasiado tarde.

Saladino intentó provocar a los francos para que iniciaran una carga frontal, pero fracasó en hacer entrar a los líderes divididos en la batalla. Todo se desintegró en pequeñas acciones en patrulla y ataques con lluvias de flechas de los arqueros escitas. El cielo se nublaba de flechas lanzadas con sus arcos, pero pocas de ellas hacían blanco en las tropas francas protegidas con cotas de malla, sino que se clavaban en el suelo, donde parecían espigas de trigo. En cambio, las flechas más pesadas de los cruzados dejaban vacía más de una silla de montar de los escitas.

Después de cinco días de escaramuzas, y de unas pocas bajas entre las tropas francas, De Lusignan buscó seguro refugio detrás de las orillas del Jordán.

Belami estaba furioso.

-Bien, Simon -dijo-, ¿qué te parecen nuestras brillantes batallas? ¡Qué condenada pérdida de tiempo y de energías!

-Estoy confundido -repuso el joven normando-. Yo podría seguir fácilmente nuestras propias acciones. Tu táctica funcionó perfectamente, Belami. ¿Por qué nuestro Gran Maestro no aprovechó la ventaja que le dimos?

-¿Por qué no vuelan los cerdos? -gruñó Belami-. ¿Cuál es tu opinión sobre esta batalla inexistente, Pierre? Vamos, muchacho, como futuro caballero se supone que debes decirme qué hacer algún día. ¿Qué dices?

-¡Es una farsa! -contestó Pierre, fastidiado-. Una maldita rina de gallos. Lo hicimos mejor cuando luchamos contra De Malfoy.

Belami y Simon rieron tristemente, pero el veterano estaba preocupado.

-Si así es como De Lusignan piensa continuar, será mejor que nos retiremos detrás de fuertes murallas y esperemos que nos releven antes de que nos muramos de hambre.

El primer choque armado en la Jehad Santa había sido un gesto fútil, malo para la moral y una señal de que lo que vendría sería peor.

Saladino estaba perplejo ante la insólita renuencia de los francos a combatir. Habían perdido su oportunidad cuando los sarracenos se desplazaban para ocupar sus posiciones, y ahora parecían conformarse con retirarse al otro lado del río Jordán. El astuto líder sarraceno también había observado las acciones bien coordinadas de una pequeña columna volante comandada por los servidores templarios. Las maniobras de las tropas de caballería y de infantería combinadas constituirían una táctica difícil de superar si la adoptaba universalmente el resto de las fuerzas francas. Uno de sus cuerpos de exploradores, que habían enfrentado a las fuerzas corsarias de De Châtillon en el mar Rojo, había informado de que una columna de templarios estuvo aplicándola allí. Lo que resultaba sorprendente era que parecía que más bien trataban de obstaculizar a los bandidos francos en vez de luchar contra ellos. El informe parecía carecer de importancia en aquel momento, pero, después de ver lo efectivas que eran aquellas maniobras en acción contra los escitas, de repente Saladino comprendió que tenía sentido.

¿Pero por qué los templarios habían puesto a prueba su nueva táctica contra sus propios aliados? El agudo cerebro del sarraceno siguió dando vueltas al problema, hasta que recordó el relato de su hermana Sitt-es-Sham del ataque de De Châtillon contra su caravana camino de La Meca. ¿Acaso aquellos tres servidores templarios eran también los responsables de aquellas curiosas maniobras nuevas? Sin

duda, ellos habían salvado a Sitt-es-Sham de la muerte o de algo peor. presumiblemente, habían actuado bajo las órdenes de su Gran Maestro, para tratar de preservar la Pax Saracénica. ¿Por qué? ¿Tal vez para ganar tiempo con el fin de lograr más refuerzos?

El comandante sarraceno resolvió enviar más espías a Jerusalén. No contaba con más de un centenar de hombres confiables allí. El misterio le irritaba. A Saladino le gustaba conocer la solución de los enigmas. El caos le perturbaba. El sultán era esencialmente «un hombre cósmico». Quería que todo estuviese en orden. Para él, todo nuevo desarrollo en el campo de los infieles requería una explicación.

Se durmió, pensando todavía en aquella extraña táctica. Su último pensamiento, antes de que el sueño le venciera, fue que le hubiera gustado conocer a los hombres a quienes se les había ocurrido aquella maniobra tan bien ejecutada. Le habría gustado que fuesen sarracenos en vez de templarios.

El paso siguiente de Saladino sería contra Kerak, la fortaleza de su archienemigo Reinaldo de Châtillon, al sureste del mar Muerto.

Durante la batalla indefinida en el Llano de Jezreel, ni Simon ni Pierre habían entrado en combate cuerpo a cuerpo, salvo con la lanza, si bien Simon había abatido a cuatro escitas durante el intercambio de flechas.

Para sorpresa suya, tanto él como Pierre habían sido alcanzados por varias flechas sarracenas, pero las ligeras saetas de caña no habían logrado penetrar ni sus armaduras ni los acolchados petos de sus monturas. Tampoco Belami tuvo ocasión de utilizar su hacha de guerra y también él recibió varias flechas escitas, sin que atravesaran su cota de malla.

--He visto cruzados que parecían puerco espines -comentó con flechas sarracenas clavadas en sus sobrevestas. Sin embargo, un par de ellas hicieron verdadero daño, al alcanzar el cuello, la cara o una mano desprotegida. La lección es simple. Mantener todas las partes del cuerpo bien cubiertas y la cabeza baja durante las lluvias de flechas que disparan desde largas distancias.

Todo aquello había sido un anticlímax. La ardiente discusión que tuvo lugar en Jerusalén giró sobre la peligrosa indecisión de Guy de Lusignan. Algunos, como De Châtillon y Raimundo III de Trípoli, le acusaron llanamente de cobardía. El moribundo rey estaba conmocionado y rabioso.

En su horrible estado, el pobre desgraciado había pedido a De Lusignan que le instalara en la ciudad de Tiro, donde la brisa marina sería beneficiosa para la lepra que le devoraba. En un acto inhumano, De Lusignan rehusó hacerlo. Con las débiles fuerzas que le quedaban, el rey Balduino IV depuso al regente y proclamó a su sobrino, que también se llamaba Balduino, el hijo de seis años de su hermana Sibila, heredero suyo.

De Lusignan se puso furioso y regresó a Ascalon, otra de sus posesiones. Entonces sorprendió a todos negándose a obedecer al rey moribundo. Belami quedó tan pasmado como los demás.

-Ello sólo demuestra cómo han cambiado las cosas mientras estuve lejos de Tierra Santa. Hubiese apostado hasta mi último céntimo que De Lusignan era un buen comandante y un honorable caballero. Hasta esperaba que el Alto Consejo le nombraría a él antes que a De Châtillon o a Raimundo III de Trípoli. ¡Por Judas Iscariote, estaba equivocado!

El recio servidor meneó la cabeza azorado.

-He visto a Guy de Lusignan en el campo de batalla, luchando junto a Odón de Saint Amand. En aquella época combatía bien. Me pregunto qué mujer le habrá doblegado la voluntad.

Simon se sonrió.

-Lo que dices se parece más a lo que diría el hermano Ambrose que Belami. «El engendro del maligno», era como describía a las mujeres. Sea como fuere, ¿por qué una mujer? Quizá el daño lo ha causado una enfermedad.

-Es posible -replicó Belami-. Pero parece bastante sano. Mi instinto me dice que se trata de una mujer. ¿Tal vez la hermana del rey, Sibila? Dios sabe que es bastante ambiciosa y es la esposa de De Lusignan. ¡Si! ¡Esa debe de ser la respuesta! Por qué otro motivo De Lusignan negaría la alianza al rey si no por la resuelta ambición de Sibila? De alguna manera, presiento que Sibila está detrás de todas estas súbitas indecisiones y vacilaciones. Tal vez tenga algún acuerdo secreto con su esposo. ¡Quién demonios lo sabe!

El veterano se encogió airadamente de hombros y escupió certeramente a un escarabajo, que corrió en busca de refugio..

Su estallido sorprendió a los jóvenes servidores, que nunca habían visto a Belami enfadado a causa de la política. Hasta entonces, había seguido los cambios en el campo de la política encogiéndose únicamente de hombros.

En realidad, Belami estaba profundamente resentido por la defeción de De Lusignan. Se había producido en el peor momento posible, con Saladino en acción, el rey en las etapas finales de la lepra y los barones divididos.

-¿Qué endemoniado embrollo! -renegaba Belami-. Mes amis -agregó, dirigiéndose a sus camaradas más jóvenes-, estáis a punto de ser testigos de algo que no había ocurrido en muchos años. -hizo una dramática pausa-. ¡Yo, Belami, servidor mayor de la Orden del temple, voy a emborracharme hasta caerme muerto!

Cosa que hizo, y terminó por hacer destrozos en una taberna hasta que fue dominado con grandes esfuerzos por diez soldados de la guardia. Nadie recibió heridas graves, salvo unos cuantos moretones y la pérdida de algunos dientes. El tabernero recibió una compensación por daños de parte del tesorero de la Orden. Belami fue severamente reprendido por Arnold de Toroga, al igual que Simon y Pierre por haber acompañado y apoyado a su superior. La resaca, sin embargo, fue peor que el castigo. El vino tinto barato, en cantidad, puede causar efectos catastróficos a la mañana siguiente.

La pena consistió en mandarles a Kerak, a instruir a la guarnición allí apostada en la nueva táctica de acción conjunta de la caballería y la infantería. Arnold de Toroga, el Gran Maestro, era un hombre inteligente y eligió un sutil castigo para purgar la falta. Kerak era el castillo de De Châtillon. Belami rugía de rabia.

-¡Confiad en el Honorable Gran Maestro cuando queráis que se le ocurra algo especial! -Luego lanzó una de sus fuertes carcajadas-. ¡Maldito sea por ser tan imbécil! Lo tengo bien merecido. Allons, mes amis.

Animó a sus compañeros, que trataban de aliviar el dolor de cabeza que sentían.

-Vamos a Kerak. Tengo entendido que se celebrará una boda en el castillo. Homfroi de Toron ha de desposar a la princesa Isabella, otro casamiento de conveniencia por motivos políticos. El sólo tiene diecisiete años, y ella, pobre paloma, apenas doce. Quizá Pierre pueda lograr que la reina Leonor de Aquitania la secuestre antes de la ceremonia ¡Kerak! ¡Merde de merde! ¡Vaya lugar aburrido para vosotros!

Según se sucedieron los acontecimientos, aburrido sería la última cosa que Kerak resultaría ser. Aunque ellos no lo sabían, Saladino se encontraba reuniendo a sus fuerzas para marchar sobre el castillo de Reinaldo de Châtillon. El líder sarraceno tenía la razón de su Tiempos de desesperación, el poder en sus manos y el instinto asesino en el corazón.

El mes de noviembre de 1183 llevó un alud de invitados a Kerak para la boda que uniría a dos nobles casas, Toron y Comnenus. Reinaldo de Chátillon y la reina María Comnena tenían poco en común, pero ambos consideraban aquel matrimonio como una oportunidad para dos de las facciones opositoras del reino. Como prima del moribundo y joven rey, Isabella bien podría ser un peón importante en el juego de poderes de los barones.

Para crear el ambiente de alegría que semejante casamiento requería, se trajeron entretenimientos de distintas clases de todos los rincones del reino de Jerusalén: músicos, bailarines, juglares y cantantes. El hecho de que Saladino estuviese en acción no disminuía el espíritu festivo que reinaba en el castillo extremadamente fortificado y la ciudad de Kerak de Moab.

La enorme cúmulo de piedras había sido construido para que sirviera como base de una guarnición, de la que pudiesen enviarse partidas de forajidos a interceptar cualquier caravana o cuerpo de ejército que se desplazara entre Siria y Egipto. Constituía una espina estratégica en el pie de Saladino, del mismo modo que Reinaldo de

Chátillon era un tumor que había de ser extirpado del cuerpo del islam. Ambos perjudicaban la causa de Saladino y, por lo tanto, eran los principales objetivos en la Jehad. El jefe sarraceno estaba resuelto a matar al Señor de Kerak y destruir su castillo.

En el momento en que Belami y su columna volante llegaban a la vista de Kerak, grandes nubes de polvo en el horizonte anunciaban la llegada del ejército sarraceno.

-Al menos la vida en Kerak no será aburrida -gruñó el veterano. ¡Adelante, mes braves!

Pero esto era más fácil de decir que de hacer, pues ríos de refugiados, granjeros y pastores habían aparecido de los cuatro puntos cardinales, gritando y clamando al cielo, en tanto arriaban sus rebaños y conducían sus carros cargados de productos hacia la ciudad fortificada.

Belami se abrió paso entre ellos a golpe de látigo, tratando de controlar el tráfico para que los labriegos y pastores presa del pánico entraran apresuradamente por la puerta principal.

Las grandes nubes de polvo en el noroeste habían alertado a la guarnición y ahora los hombres se apostaban en las murallas del castillo, mientras unas pocas almas aguerridas corrían por las calles para ayudar a Belami y sus tropas a montar un operativo de resistencia en la retaguardia, fuera de los muros de la ciudad. A la guarnición le tenía sin cuidado la suerte de los campesinos, pero ante la posibilidad de quedar sitiados, cosa que parecía inevitable, las vacas, terneras, ovejas, cabras y cabritos, y aun los camellos y los caballos, serían una fuente invaluable de alimentos.

Jurando como un camellero, Belami había insultado, golpeado y empujado a la mayoría de los aterrados campesinos a través de la puerta principal, y luego les ordenó que se refugiaran tras los muros del castillo de Kerak.

Cuando el trasero del último pastor desapareció de un puntapié por el portal, aparecieron los escaramuzadores de Saladino, galopando sobre el cerro.

-Coloca a los arqueros en posición, Simon -gritó el veterano por encima del ensordecedor ruido que hacían los hombres y las bestias que circulaban por los patios interiores.

-Pierre, preparaos para contraatacar antes de que lleguen las fuerzas mayores. Con una carga bastará. Luego, da media vuelta y

regresa, tan rápidamente como puedas. Puedo ver perfilándose en lo alto del cerro los artefactos de sitio. Eso significa que la fuerza mayor no podrá avanzar muy de prisa a causa de ellos. ¡Simon, á moi!

El joven normando se apresuró a acudir a su lado.

-Quiero verte en lo alto del castillo, muchacho. Todas las catapultas deben estar listas para disparar cuando la fuerza mayor de Saladino llegue a la distancia de tiro. Como la de Acre, la artillería de sitio de Kerak se encuentra emplazada en las torres más altas. rias cuantas piedras contra las orejas de los sarracenos detendrán j avance. La parte baja de la ciudad no la mantendremos durante mucho tiempo en nuestras manos. Es mejor rociar las casas con aceite de quemar y nafta, y luego dejar que entren los paganos en ellas. Después, dispararemos flechas encendidas sobre la ciudad. Eso mantendrá ocupada a la cannaille de mierda.

De inmediato, Simon salió al galope por la empinada calle que conducía al castillo. Belami no tuvo tiempo de comprobar si se cumplan sus órdenes ni las sugerencias más imperiosas, cuando ya un torbellino de arqueros escitas montados apareció de pronto, como si hubieran surgido del sol poniente.

-¡Disparad! -gritó Pierre, y una lluvia de flechas salió silbando de las posiciones de los templarios, ocultos tras las rocas de la parte exterior del portal de la ciudad.

El sol poniente brillaba engeguedamente y con ardor en los ojos de los defensores, pero disparaban bien, esperando a que los atacantes estuvieran lo suficientemente cerca para estar seguros que cada flecha alcanzase su objetivo. Las sillas de las monturas quedaban rápidamente vacías, y los caballos que relinchaban con las entrañas colgando de sus vientres abiertos daban media vuelta y corrían deses- perados entre las filas escitas.

Antes de que pudiesen reagruparse, Belami gritó:

-¡A la carga!

Las tropas de Pierre en seguida atronaron surgiendo de la parte baja de la ciudad y se opusieron a los escaramuzadores desbandados como un muro mortal. Caballos y jinetes caían apilados unos encima de otros bajo la fuerza del ataque de los lanceros turcos.

-¡A reagruparse! -gritó Pierre y, expertamente, hizo girar a sus hombres hasta situarse detrás de los arqueros ocultos.

Estos continuaban disparando sobre el grueso de los arqueros sarracenos montados: uno tiraba mientras el otro recargaba el arco. De esta forma, los cincuenta arqueros de Belami se convertían en veinticinco hombres que disparaban, cada uno de ellos, cinco flechas por minuto. Aquello era una cortina de flechas mortal.

Una segunda columna de sarracenos acudía al galope por el empinado llano, para reforzar a la desbandada vanguardia. Al tiempo que así lo hacían, pesadas piedras surcaban el aire silbando, y causaban el pánico entre los sorprendidos jinetes. Una nueva lluvia de potes de arcilla humeantes se estrellaban en medio de las filas atacantes. La orden de Simon se cumplía estrictamente. Las balas de fuego griegas también eran lanzadas por las catapultas de los muros del castillo.

Belami gritó de nuevo y lanzó a sus lanceros turcos al contraataque. Sus lanzas atravesaban a los sarracenos a diestra y siniestra. El hacha de guerra del veterano segaba cabezas de arqueros sarracenos montados, que ahora eran incapaces de disparar por temor a herir a sus propios hombres. Muy pronto el campo de batalla quedó cubierto de muertos.

-¡Retirada! -gritó Belami-. Hacia el portal. Recoged a nuestros arqueros por el camino.

Como un solo hombre, sus bien preparadas tropas dieron media vuelta y retrocedieron hasta detrás de las rocas, deteniéndose un ins-

tante al lado de cada uno de los arqueros. Entonces, cuando los soldados habían montado en la grupa de los caballos, éstos entraron al galope por el portal, que se cerró de golpe detrás de ellos. Pierre y Belami fueron los últimos en trasponer la puerta, antes de que se cerraran las dobles hojas y fuesen atrancadas. Belami sólo había perdido cuatro hombres, mientras que docenas de sarracenos yacían muertos fuera de las murallas de Kerak. ¡Primera victoria de los templarios!

Simon llegó galopando por la calle empinada y se detuvo junto a ellos. Pierre hizo una mueca mientras Belami le extraía una ligera flecha sarracena del muslo. Su cota de malla había interceptado las demás. Varias flechas escitas sobresalían de las gruesas sobrevestas de los servidores. Aparte de eso, no habían sufrido ni un rasguño.

-¡Eso es lo que yo llamo una batalla! -exclamó Pierre, con la cara encendida por la emoción.

Belami gruñó:

-Cierra esa boca, muchacho, y ve a que los hospitalarios te curen la pierna. Simon, ¿qué hacemos?

El normando sonrió.

-El senescal te conoce de años, Belami. Sus hombres se ocupan de rociar con aceite de quemar y nafta la parte baja de la ciudad.

Belami pareció aliviado.

-Sube a las murallas y que se entretengan con los arqueros. Nada de cortinas de flechas esta vez; sólo lo justo para mantenerles a raya.

tro que atacarán. En cuanto lo hagan, retiraos al castillo. Vamos a necesitar a todos los hombres que podamos reunir en las fortificaciones principales. -Miró en torno-. ¿Dónde diablos está De Châtillon?

-Afuera, buscando la puerta. El Señor de Kerak estaba en el exterior para recibir a los invitados rezagados. Van a tener una recepción más calurosa de lo que esperaban.

Con alegría, Belami vio que quien hablaba era D' Arlan, el viejo servidor templario de Acre, que había llegado hacía una semana con un grupo de invitados a la boda, escoltados por templarios, desde la costa.

Los dos veteranos se abrazaron brevemente, riendo como dos escolares haciendo novillos.

-¡Abrid la puerta! ¡Sólo una! -gritó Belami-. ¡Que entre el gran Señor de Kerak!

Su socarrona risa se vio ahogada por el crujido de las gruesas barras de madera al ser retiradas para poder abrir la puerta.

En cuanto una de las hojas se abrió, entró al galope una partida de jinetes sudorosos.

-Bienvenido, mi señor -gritó Belami-. Cerrad la puerta, mes a,nis, o tendremos invitados sarracenos en la boda.

La pesada puerta se cerró a las espaldas del grupo de aterrados invitados. Sin una palabra de agradecimiento, De Châtillon se dirigió al galope hacia su castillo y desapareció por la puerta. Los demás le siguieron.

-Si no tuviéramos necesidad de ese cerdo, le habría dejado a merced de Saladino -dijo Belami a D' Arlan en voz baja.

Su viejo colega lanzó una risita maliciosa.

-¡Eres un maldito, viejo zorro!

Mientras los arqueros templarios mantenían a la caballería ligera sarracena a raya, las fuerzas principales de Saladino se acercaban lentamente a la ciudad. A juzgar por el número de artefactos de sitio que llevaban consigo, la batalla sería prolongada. Belami bendijo cada oveja, carnero, cabra y vaca que había introducido en las murallas y llevado al castillo.

Un infante franco jadeante llegó tambaleándose y saludó.

-La ciudad está rociada con aceite de quemar, mon sergent anunció en el dialecto lemosín de ultramar-. ¿Cuándo le prendemos

fuego?